COTO DE DIOS

ABEL FERNÁNDEZ RUIZ

Click
EDICIONES

Índice

Dedicatoria
1. Génesis
2. Éxodo
3. Levítico
4. Números
5. Deuteronomio
6. Josué
7. Jueces
8. Rut
9. Samuel
10. Pérmico
11. Reyes
12. Carbonífero
13. Crónicas
14. Devónico
15. Esdrás
16. Nehemías
17. Tobías
18. Judit
19. Ester
20. Libro primero de los Macabeos
21. Pleistoceno
22. Libro segundo de los Macabeos
23. Silúrico
24. Ordovícico
25. Salmos
26. Cantar de los cantares
27. Lamentaciones
28. Cámbrico
29. Job
30. Proverbios
31. Eclesiastés
32. Sabiduría
33. Eclesiástico
34. Isaías
35. Jeremías
36. Baruc
37. Ezequiel
38. Daniel
39. Cretácico
40. Daniel
41. Oseas

42. Joel
43. Amós
44. Jurásico
45. Abdías
46. Jonás
47. Miqueas
48. Nahum
49. Habacuc
50. Sofonías
51. Ageo
52. Zacarías
53. Malaquías
54. Apocalipsis
55. Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Créditos
Click
¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Visita **Planetadelibros.com** y c
nueva forma de disfrutar de

¡Regístrate y accede a contenid

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publica
Clubs de lectura con los aut
Concursos, sorteos y promoci
Participa en presentaciones de

PlanetadeLibr

Comparte tu opinión en la ficha
y en nuestras redes sociale

You
Tube

Al gen Fernández

1. GÉNESIS

Margarita Esteban González era una chica preciosa, con ojos verdes, piel oliva y melena larga y negra; alta, delgada y de aterciopeladas curvas. A ese físico, resultado del maravilloso proceso evolutivo a partir de las tortugas, había que añadir su edad, veintidós años, y su carácter: simpático, alegre y comprometido con nobles causas. Margarita Esteban González era una chica maravillosa los días que no estaba poseída.

El día que se conocieron Lucrecio Torralba Petit y Margarita tocaba posesión, y su carácter abierto, los delicados rasgos de su cara y su gran sonrisa habían desaparecido. Margarita yacía en la cama vestida con un camisón sucio. Las pupilas, negras y dilatadas, habían devorado las esmeraldas de sus ojos y las escleróticas que las circunvalaban habían sido invadidas por capilares tumefactos, que las recorrían y creaban un complejo rojinegro de ríos, afluentes, meandros y lagos sobre un fondo de tonos verdosos; los párpados inferiores, edematosos, se descolgaban como en un viejo perro de caza, dejando ver una conjuntiva púrpura; y la mandíbula, dislocada, le impedía tragar, haciendo que la saliva escapase de la boca y se solidificase en olas y escamas de aspecto cristalino en el lado derecho de la cara. Pero a Lucrecio Torralba Petit no le importaba si Margarita Esteban González era guapa o fea, agraciada o simiesca, porque Lucrecio Torralba Petit se debía a su oficio: sacerdote y exorcista.

Años atrás, cuando Lucrecio Torralba Petit ganó el alzacuellos e hizo votos, juró no tener relación sexual alguna con mujer, hombre, animal o insecto. No le había costado mucho cumplir su juramento: el deseo habitaba en su cuerpo, pero le faltaba, desde siempre, iniciativa, y si otros individuos, mucho menos agraciados pero más osados, habían conseguido copular con un gran número de hembras, él solo había experimentado enamoramientos, nunca el contacto o el sexo. Saber que nunca sería capaz de expresar sus sentimientos a una chica y que moriría virgen era el motivo principal por el que Lucrecio Torralba Petit se había hecho sacerdote; otros, como creer en Dios y querer servirle, o ser fácil de convencer y estudiar en los maristas, ayudaron.

Lucrecio realizaba el exorcismo de Margarita junto al padre Lorenzo, plantados sobre charcos de vómito, recitando salmos de la Biblia y guardando dos de las esquinas de la cama donde se retorcía Margarita.

Había conocido al padre Lorenzo un año antes, en unas jornadas sobre el demonio y sus engaños, de la Universidad Pontificia de Salamanca. En ellas, el padre Lorenzo expuso, en PowerPoint y con

gráficos, cómo habían disminuido drásticamente las posesiones demoniacas, que no había pruebas de una manifestación divina desde hacía siglos, cuando el Espíritu Santo se apareció por última vez en un pueblo del Cantábrico, y que los milagros que la Iglesia otorgaba a los aspirantes a santo para canonizarlos eran falsos. Las conclusiones de su charla eran dramáticas: si ya no había apariciones divinas y las demoniacas disminuían año tras año, se debía, sin duda, al agujero de la capa de ozono y al efecto invernadero.

Los sacerdotes coincidieron en la cena, frente a frente, y entre sopas, sorbos de cuchara y filetes, el padre Lorenzo le habló de su teoría ecológico-divina y la imposibilidad de ser demostrada, de cómo la filosofía, la fe y la ciencia confluían en los límites del conocimiento humano. Lucrecio Torralba Petit sintió simpatía por aquel viejo cura, por sus historias y teorías, y en aquella cena, iluminado por el vino, se atrevió a hablarle.

—Cierto es que fe, filosofía y ciencia confluyen y chocan en una frontera como ha dicho, pero ese límite no siempre ha estado en el mismo sitio. Con el tiempo, a medida que la ciencia ha conquistado nuevos conocimientos, la frontera se ha ido reduciendo. En el momento actual delimita una isla de filosofía en mitad del mundo científico; la isla de las preguntas vitales, las que nunca hemos sido capaces de responder. Cuando los científicos respondan a alguna de esas preguntas, la frontera volverá a contraerse, y la isla mística perderá un atolón.

Al padre Lorenzo le brillaron los ojos. Observó a Lucrecio y sonrió mientras masticaba su filete con la boca abierta; hacía bola. Tragó la carne y respondió:

—Me alegra ver que aún hay jóvenes con inquietudes. Brindo por usted. —Y bebió un trago de vino.

—En tiempos de Sócrates no existía ese límite —agregó el padre Lorenzo—, todo pensador era filósofo y científico, y por ello, sabio. Esa frontera se la debemos a Aristóteles. Ayer leí —prosiguió— que los investigadores de no sé qué universidad afirman que la vida no ha sido creada en este planeta, que ha llegado del espacio exterior en cometas… ¡Al final vamos a ser todos extraterrestres! ¡Disparates! Los límites de esa isla son arrecifes escarpados, no perderá más atolones.

Lucrecio Torralba Petit se sintió animado por el comentario de aquel viejo maestro de los exorcismos y se atrevió a continuar hablando. Uno de los problemas de Lucrecio, por su extremada timidez, era dar muchísimos rodeos para llegar a una afirmación.

—Pero en su caso… Creo que la teoría ecológico-divina sí puede ser demostrada de un modo experimental. ¿Ha oído usted hablar de

la estadística?

Y Lucrecio Torralba Petit explicó, entre sorbitos de vino, cómo la estadística era capaz de correlacionar diversos sucesos, que era el arma con el que podía saber, con una probabilidad de un noventa y cinco por ciento, si el agujero de la capa de ozono estaba relacionado con las posesiones, las manifestaciones divinas o con ambas.

El padre Lorenzo quedó impresionado con la disertación y la osadía de aquel joven. Sin levantar la voz y sin una mirada de reproche le había hecho tragar su orgullo, dejándole claro que si existía algún sabio, no era él, incapaz de mezclar lo divino y lo humano con aquel confuso arte de la estadística. Quizás, pensó el padre Lorenzo, aún quedaba un sabio en el mundo, aunque él mismo lo ignorase: un cura veinteañero con casi dos metros de altura, Lucrecio Torralba Petit.

El padre Lorenzo habló con el obispo y se llevó a su casa en Cordiñanes a Lucrecio, para transmitirle sus conocimientos sobre exorcismos y que le hiciese el trabajo estadístico.

Había pasado un año, y maestro y discípulo rezaban ante Margarita Esteban González, que sufría convulsiones y hablaba en hebreo, entre vómito y vómito, con una voz ronca, masculina y profunda. Tenía uno de sus días malos.

El padre Lorenzo, con una túnica blanca sobre la sotana y una larga banda de tela verde en el cuello que caía hacia delante, leía la Biblia. La poseída, tumbada en la cama boca arriba, se agarraba a las sábanas, pataleaba e insultaba al exorcista.

Lucrecio Torralba Petit fue a vivir a Cordiñanes con el sacerdote y su hermana Gema. Rodeado de los Picos de Europa y a las órdenes del padre Lorenzo, estudió y practicó hasta convertirse en exorcista. Los exorcismos eran simples: el sacerdote leía en alto el Antiguo Testamento para manifestar su presencia al ente diabólico. Una vez que captaba la atención del ser espectral, llevaba a cabo el segundo paso: recitar la plegaria de expulsión, un antiguo rezo precristiano traducido del latín. Y demonio fuera. Margarita, la chica que se arañaba los pechos, era su primer exorcismo, su examen final.

—El ritual es sencillo —le había dicho el padre Lorenzo—; lo que más impresiona es el poseído: sueles encontrarlo en unas condiciones de higiene lamentables y además tratará de distraerte, pero en cuanto le dejas claro quién eres, y por qué estás allí, todo es pan comido. Recitas la oración y el demonio vuelve al infierno. Se acabó el espectáculo. Es como extraer muelas. Los dentistas son primos hermanos de los exorcistas. Es más, he oído que en la antigua Grecia los exorcismos eran realizados por los sacamuelas.

En Madrid, frente a una endemoniada que levitaba sobre la

cama, y respirando una mezcla de vómitos y diarreas, Lucrecio Torralba Petit repetía mentalmente las consignas aprendidas para darse valor: «Un exorcismo no es una partida de ajedrez, o en todo caso, la Iglesia ha descubierto el jaque pastor. Es como sacar un diente podrido con un buen alicate».

Estaba preparado. Le habían entrenado haciéndole fregar letrinas en campamentos de niños y baños de estaciones de autobuses, obligándole a dormir abrazado a animales muertos y descompuestos. «Los exorcismos de las películas norteamericanas —le había dicho el padre Lorenzo— son una farsa; los de verdad carecen de misterio y encanto, y en una jornada de trabajo, si existiese cita previa, un exorcista podría realizar más de treinta.» Sin embargo, Lucrecio Torralba Petit no estaba totalmente de acuerdo con su maestro: aquella habitación le recordaba una vieja película.

Ante la cama de Margarita e inmóvil, entonaba los mismos versículos que su maestro, con fe en la verdad y su nuevo oficio de odontólogo. La higiene de la mujer estaba muy descuidada, pero no le distraería; eran ellos los que tenían que llamar la atención a un demonio que no quería ver, y arrancar la muela.

Recitaron los salmos de la Biblia, a dúo, uno como barítono y otro como bajo, durante diecisiete minutos, mientras Margarita giraba sobre sí misma en el aire y creaba un arco iris multicolor de vómito, orina y heces, al tiempo que hablaba en cinco lenguas muertas y en gallego. Fue en ese momento cuando se cumplió el primer punto del ritual del exorcismo: el ente se percató de la presencia del sacerdote. Las frases del Antiguo Testamento impactaron en los oídos del diablo anunciándole el desahucio inminente del cuerpo de su bella víctima.

Por primera vez, el ser habló en castellano dirigiéndose a sus exorcistas. La voz que salía de la boca de la poseída era cavernosa y masculina. No hacía justicia a su figura.

—Hola, Lorenzo. Por fin has venido. Cada vez cuesta más esquivar a los psiquiatras y convocaros. Me alegra ver que has traído compañía. ¿Ya no te encuentras en forma?

Lucrecio Torralba Petit estaba emocionado y orgulloso: hasta los demonios conocían a su maestro. No dijo nada y siguió rezando. El padre Lorenzo había sido muy claro en los entrenamientos: «Pase lo que pase, oigas lo que oigas y veas lo que veas, no intervengas, no te muevas. Sigue leyendo hasta que se fije en ti. Entonces recita la oración y acaba el asunto».

—No me conoces —dijo el ser parásito desde el interior de Margarita—, nunca te has enfrentado conmigo, pero yo sí he oído hablar de tus andanzas. Has vencido a muchos de mis esbirros.

Quería conocerte. Me vendrás bien. ¿Vas a intentar hacer lo mismo conmigo?

Lucrecio Torralba Petit observó cómo el padre Lorenzo pasaba un taco de hojas de su Biblia. Era la señal: buscaba la plegaria. Lucrecio cerró la suya y la volvió a abrir por la última página; había un trozo de folio, con una oración escrita a bolígrafo, pegado con esparadrapo en la cara interna de la contraportada. Escuchó al padre Lorenzo la primera frase y se sumó a la jaculatoria.

—En corro con la endemoniada…

Cuando Lucrecio Torralba Petit leyó por primera vez el exorcismo, sobre la mesa llena de libros de Cordiñanes, le sorprendió cómo la oración se había transmitido inconscientemente por vía oral y transformado hasta la actualidad.

—… quemaremos sus entrañas…

Se habían dispuesto cada uno a un lado de la cama; el padre Lorenzo más cerca de la joven y junto a la puerta, Lucrecio Torralba Petit en la parte que daba a la ventana y a los pies de la endemoniada

—… como comen los demonios…

Margarita Esteban González gritaba con voz de hombre. Se sentó sobre la cama y comenzó a insultar a los curas:

—Hijos de puta. Bastardos. Algún día arderéis en el infierno conmigo. Tú, Lorenzo, por el sexo con tu hermana. Como tu amigo Genaro el suicida, y tú, Lucrecio Torralba Petit —y pronunció su nombre completo, con los dos apellidos—, por tu violación.

—… cabras y carbones —recitaban sin prestarle atención.

De repente, el ser calló y se tendió de nuevo, exhalando humo por la boca. La oración era pronunciada frase a frase.

—¡Abandónala! ¡Abandónala!

—¡Sentadita se quede!

Al acabar la plegaria, la habitación se había llenado de una densa niebla que cegaba por completo a Lucrecio Torralba Petit, quien solo distinguía la luz más clara de una ventana. El silencio reinaba y el olor nauseabundo había desaparecido.

La amenazadora frase del engendro resonaba aún en su cabeza: «¡Lucrecio Torralba Petit, arderás en el infierno por tu violación!». ¿Qué violación, si él era virgen? Si no se atrevía a dar un beso, ¿cómo iba a hacer el amor con tanto estrés y a una mujer aterrada?

—¿Padre Lorenzo? —susurró.

—¿Hay alguien ahí? ¿Dónde estoy? —preguntó una temblorosa voz femenina.

—Hola, no tengas miedo. Soy el padre Lucrecio. ¿Padre Lorenzo?

Silencio. El padre Lorenzo no respondía. Lucrecio solo conseguía

ver los haces de luz que atravesaban el cristal de la ventana y los fantasmagóricos toboganes y caracolas que hacía aquel extraño humo al ser iluminado.

—Tengo miedo —dijo la voz femenina.

—No se asuste —trató de tranquilizarla Lucrecio, y dio un paso hacia la voz.

Se golpeó la rodilla con el forjado que decoraba los pies de la cama; alcanzó con la rótula una de las barras de hierro y miles de estrellas dolorosas recorrieron su pierna en un fogonazo nervioso.

«Mierda —pensó—, siempre haciendo el ridículo.» Levantó la pierna y la movió en el aire; el dolor remitió. «Menos mal que con la niebla no me ve nadie.»

Pero se equivocó. Al dejar de contemplarse una rodilla que no conseguía ver y alzar la cabeza, comprobó que la niebla se había ido depositando en el suelo y era menos espesa a la altura del colchón. Apreció el hierro forjado con el que había tropezado, las sábanas y unos pies desnudos.

—Espero no haberla asustado —susurró Lucrecio— con el golpe…

—¿Qué ha pasado? —preguntó asustada Margarita—. ¿Qué hace usted en mi habitación?

La niebla seguía concentrándose sobre la tarima. Lucrecio Torralba Petit distinguía ahora a Margarita en la cama: estaba recostada sobre las almohadas y apoyaba la sien en el cabecero forjado. La vio flexionar una pierna dejando la rodilla derecha en alto. La habitación se aclaraba, los rayos de luz del atardecer incidían en las sábanas blancas creando manchas doradas y rectangulares, se oían los cantos de los pájaros, y, de algún jardín, llegaban aromas a rosas y azahar. La niebla no había desaparecido, se enroscaba casi sólida en los pies y, aunque menos densa, inundaba el resto de la habitación; miles de minúsculas esferas blanquecinas y grises que impedían ver la pared del fondo, la puerta o al padre Lorenzo.

—Es una larga historia, cariño —dijo conciliador Lucrecio Torralba Petit—. Has sido poseída por un ser infernal. Te hemos practicado un exorcismo. Y acabas de ser liberada.

Margarita Esteban González era muchísimo más bella sin albergar un ser que la devorase por dentro. La piel ya no era azulada, sino olivácea; los ojos eran grandes y verdes; la cara, pecosa, y la melena, que hasta hacía unos minutos parecía un gato negro muerto sobre la cabeza, era fina, sedosa y caía creando pequeñas ondas sobre unos hombros redondeados. El camisón, blanco y sutil, permitía apreciar la marca de los pezones y la forma de los pechos; por arte del exorcismo, él y las sábanas habían

quedado lavados y perfumados. La imagen de un ser tan bello turbó a Lucrecio, pero lo que más llamó su atención fueron los labios. Unos labios que le petrificaron.

Cuando Margarita había recogido la pierna y dejado una rodilla en alto, el camisón se había deslizado por la dulce pendiente, permitiendo al joven exorcista contemplar las largas piernas de Margarita Esteban González. Espectáculo que no le sobrecogió tanto como la braguita rosa y transparente que también apareció ante sus ojos, mostrando, a través de un delicado encaje, una fina pista de aterrizaje labrada en el vello púbico y dos labios carnosos, en la base, que se apretaban contra la prenda lanzándole besos.

Lucrecio Torralba Petit contempló aquella visión celestial y sintió cómo algo se le despertaba en la entrepierna. La recompensa a un trabajo bien hecho, pensó, el pago a los dentistas y a los exorcistas tendría que ser en carne. Recordó sus votos de castidad. No le había importado hacerlos, no se apartaba de nada porque nada tenía… ¡Qué diferente hubiese sido renunciar a una mujer así! Sudaba. No hubiese jurado. Se habría quedado con ella… Y entonces reparó en dos detalles: Margarita Esteban González estaba hablándole y él tenía una erección.

«¡Qué vergüenza! —pensó Lucrecio Torralba Petit—. Menos mal que la casulla y el alba me cubren y no se nota.»

La niebla seguía invadiendo el lugar donde tendría que estar el padre Lorenzo y no conseguía verlo. No respondía. ¿Se habría desmayado? ¿Socorrer al padre o socorrer a Margarita? Su timidez le suplicaba ir a buscar al padre Lorenzo y alejarse de la joven, pero su sentido del deber se imponía. Estaban allí para salvar un alma, para hacer retroceder a un demonio al averno. Dio dos pasos hacia Margarita poniéndose a su lado y apartando la visión deseada y prohibida.

—Tranquila, todo ha pasado, has vuelto. ¿No recuerdas nada? —preguntó a una asustada Margarita Esteban González.

—No… —Fue casi un sollozo. Bajó la cabeza—. Bueno…, sí. —Ahora miraba a Lucrecio directamente a los ojos. Una lágrima resbaló por su mejilla—. A ti rezando a mis pies… —Rompió a llorar y se abrazó a la cintura del joven predicador.

Lucrecio Torralba Petit acarició con suavidad el pelo de Margarita Esteban González, como quien acaricia un perro. No sabía qué decirle y tenía un problema muy serio: Margarita lloraba desconsolada abrazada a su cadera, apoyando la cara sobre un pene que se negaba a abandonar la erección. Se iba a dar cuenta…

«¡Bájate!», le gritaba en silencio al miembro. Pero el pene había cobrado vida e independencia; se alimentaba del calor de la cabeza femenina que se apretaba contra él, de los ligeros roces que

producían los sollozos.

Y ocurrió.

—Padre… ¿Qué es esto que noto contra la mejilla? —preguntó curiosa Margarita Esteban González sin apartar la cabeza. Había dejado de llorar.

—Verás… Debo disculparme…

Margarita Esteban González buscó los ojos a Lucrecio, sin apartar la cara de un bulto que latía más rápido que el corazón que le alimentaba. Sonreía.

—No, padre. No se disculpe, y no se sonroje. Es lógico… —Y dio un beso a través de la ropa al ser que palpitaba bajo los pantalones —. Se ha enfrentado a la muerte y ha vencido. Quiere celebrar la vida. —La voz era suave, insinuante, tranquilizadora.

Una mano acarició la entrepierna de Lucrecio Torralba Petit, otra apartó el alba, desabrochó el cinturón y bajó una cremallera. La mano que acariciaba tiró de los pantalones hacia abajo, la otra se sumergió en la ropa interior, la primera volvió a por los calzoncillos y los arrastró hasta los pies. Los órganos genitales de Lucrecio Torralba Petit quedaron al aire, en mitad de la niebla, el pene erecto. Notó besos en su dilatado periscopio.

—Celébrala conmigo —susurró Margarita.

Lucrecio Torralba Petit estaba confuso, asustado y excitadísimo. No había esperado un final de exorcismo como aquel. Pero era sacerdote y había hecho votos, y estaba la relación entre profesional y cliente, esa que no hay que cruzar según las películas… Y sabía que lo que hacía no estaba bien. Tenía que separarse del pecado y de una chica confundida, pero el cuerpo no le escuchaba; disfrutaba de la más bella de sus fantasías sexuales.

Un trueno le resonó en los tímpanos, un rayo impactó contra su pecho, cuando oyó decir a Margarita Esteban González.

—Hazme el amor.

Margarita Esteban González se tumbó en la cama a la vez que se deshacía del camisón. Se quitó las braguitas y, abriendo las piernas a Lucrecio Torralba Petit, ronroneó:

—Fóllame…

La mente de Lucrecio Torralba Petit sucumbió a los encantos de su cliente y se tumbó sobre ella, penetrándola. Perdió la virginidad, no los pantalones, que permanecían enredados sobre los zapatos a la altura de los tobillos.

A Lucrecio Torralba Petit ya no le importaban los votos, se estaba desvirgando con el amor de su vida, con la madre de sus hijos. Renunciaría al sacerdocio, crearía una familia. Gracias a un ser del inframundo había conocido el amor. Estaba debajo de él, retorciéndose de placer.

—Eras virgen, ¿verdad? —preguntó Margarita Esteban González entre gemidos.

—Sí…, pero te quiero…

—Espera —dijo Margarita—. Para un momento. —Parecía que le costase respirar—. Yo también te quiero, pero no soy virgen. Solo se me ocurre una forma de desvirgarnos juntos. Déjame un instante.

Lucrecio Torralba Petit se apartó a un lado. Margarita Esteban González se puso a gatas.

—Sigue ahora —susurró.

Y Lucrecio Torralba Petit, sacerdote, cambio la postura del misionero por la del perrito.

—El culo, por ahí soy virgen. Fóllame el culo y nos desvirgaremos juntos.

Desde su posición, Lucrecio Torralba Petit contemplaba el nuevo objetivo en mitad de dos montañas con forma de media luna. Hizo lo que le pedía.

—Así…. —gritó Margarita Esteban González al sentirle dentro —. ¡Más rápido! ¡Muévete más rápido!

Lucrecio Torralba Petit estaba a punto de llegar al orgasmo. Sabía que la Iglesia no admitía las relaciones anales porque no llevaban a la procreación, pero le daba igual, tenían tiempo. Harían el amor muchas veces, alguna para tener hijos y muchas por placer. Y se estaban desvirgando juntos…

Acababa de pasar la barrera sin retorno: el más mínimo movimiento le haría eyacular. Sentía los latidos acelerados del corazón, los suspiros de Margarita Esteban González, su piel caliente, su vello erizado, el sudor de ambos… y quería parar el tiempo, disfrutar para siempre de aquel momento y evitar que se convirtiese en un recuerdo que pierde sus colores.

—Sabes —dijo Margarita con voz fría— que sigo estando poseída, ¿verdad? —Y apretó las caderas contra Lucrecio, que llegó a su primer orgasmo en compañía.

Lucrecio Torralba Petit había cerrado los ojos y sonreía con la broma; no había cesado el balanceo de sus caderas y disfrutaba de las oleadas de placer que le recorrían.

—Cuando abras los ojos habrás acabado tu exorcismo, mi amor —susurraba Margarita Esteban González gimiendo de placer—. Habré abandonado este cuerpo.

—Sí, ya —rio Lucrecio Torralba Petit.

Abrió los ojos en el mismo instante en que lo hacía la puerta de la habitación.

La niebla había desaparecido. Ante él descansaba, a gatas, el cadáver vomitado, pálido y ensangrentado de Margarita Esteban González. Si permanecía en aquella postura era porque lo sujetaba

por la cintura, con el pene aún incrustado en el culo del cuerpo sin vida, rodeado de una diarrea de olor nauseabundo. A su derecha, y sentado contra la pared, se encontraba el cadáver del padre Lorenzo, con un bolígrafo Bic clavado en cada ojo, uno de tinta roja y otro de azul. Tenía la mandíbula inferior arrancada, mostraba los dientes y la lengua colgaba lamiendo el alzacuellos.

Oyó gritos, y no podían ser del padre Lorenzo. Miró hacia la puerta. Toda la familia Esteban estaba allí, encuadrada en el marco.

La madre de Margarita Esteban González siguió gritando, histérica. El padre se desmayó. La hermana pequeña de la víctima lloraba mientras se abrazaba fuerte a su madre. Lucrecio Torralba Petit consiguió su sueño: hacer que aquel momento fuese inolvidable para él y para toda la familia Esteban, incluida una niña de diez años.

Mágico momento: el cadáver mugriento de una hija sodomizado por un cura con alba blanca, casulla roja y los pantalones por los tobillos.

2. ÉXODO

Los animales se llenaban de abscesos purulentos; el amarillento, denso y maloliente contenido se escapaba de las heridas abiertas al moverse las bestias, empapando el pelo y los costados; las moscas, atraídas por el hedor, depositaban sus huevos. Las pústulas se transformaban en heridas profundas y alveoladas abiertas en carne putrefacta, y en las oquedades crecían larvas que colgaban en racimos y gusanos blancos que horadaban nuevas galerías. Los animales enfermaban y morían o eran sacrificados: ovejas, vacas, caballos, cerdos, gallinas y jirafas.

Heladas tardías impidieron recoger el cereal y plagas de orugas devoraron las huertas. El viento, huracanado, no había cesado de soplar desde hacía meses; gigantescas olas barrían la playa y el mar lanzaba los botes de los pescadores contra los acantilados. En la ría, los peces habían desaparecido. El hambre reinaba en la comarca de Sardinas de la Barquera.

Onofre vivió en Sardinas de la Barquera en aquella época de carencia de siglo XVII, un pescador conocido en toda la región por el sobrenombre de *Cojonazos*. Onofre *(Cojonazos)* era honesto, valiente, temeroso de Dios y trabajador; su mote no estaba relacionado con una actitud impávida ante los acontecimientos, sino que era un epíteto fisiológico, debido, según se murmuraba, a los tremendos testículos con que Dios le había bendecido. Tan grandes eran, que no podía arrodillarse.

La leyenda cuenta que una mañana, mientras recogía sus redes vacías, fue testigo de un acto abominable. Un cortejo fúnebre, con el cura y los monaguillos a la cabeza, acompañaba al cementerio a las víctimas diarias de la hambruna: seis ataúdes y veintisiete cajas blancas y pequeñas; mientras, aldeanos famélicos, armados con palos y guadañas, aguardaban al sepelio escondidos entre las rocas. Los hambrientos atacaron y el sacerdote y los feligreses huyeron sin oponer resistencia y dejaron los ataúdes abandonados y volcados en el camino.

Los asaltantes no persiguieron al cortejo; abrieron las cajas y con ayuda de las guadañas hicieron filetes de los muertos, repartiéndoselos. El párroco, los monaguillos y las mujeres vestidas de negro que componían el sepelio regresaron mendigando por un trozo de carne de los parroquianos difuntos; sus amigos o sus propios hijos.

Onofre contempló toda la escena desde su barca sin poder impedir el canibalismo, llorando y suplicando a Dios que tuviese piedad de aquel pueblo de pecadores.

Su plegaria fue escuchada. Un ángel o el Espíritu Santo (en este

término los estudiosos no se ponen de acuerdo) se apareció ante él y le explicó qué hacer para acabar con la hambruna.

Onofre no dudó y realizó lo que aquel ser divino le había dicho. Se quitó los pantalones y saltó al agua. Con la ayuda de un cuchillo mellado y oxidado, recortó su escroto y lo usó a modo de red; los testículos, nacarados y recorridos por sinuosas venas, fueron el cebo. Cuando alcanzó la orilla, la nueva red estaba llena de peces. Tan grande era la superficie de su escroto que hubo pescado para meses y el hambre, por fin, fue vencida.

El pueblo no olvidó el sacrifico de Onofre el Cojonazos y, en su honor, levantaron sobre los acantilados una ermita donde conservar el escroto, una reliquia a la que adorar y besar. Los mordisqueados testículos fueron enterrados con los restos de Onofre en el cementerio parroquial (todavía se aprecian dos pequeños montículos). Onofre fue beatificado en 1613 y, ese mismo año, la villa marinera conocida como Sardinas de la Barquera cambió su nombre y se pasó a llamar San Onofre de la Barquera.

Con los siglos, la reliquia se transformó, se fue reduciendo y resecando hasta llegar a ser muy similar, en aspecto y forma, a una lombriz requemada por el sol: encarnada, estriada y con el ancho de un bigote. La única diferencia con el anélido y sola semejanza con el mostacho eran los pelos largos y rizados que punteaban su superficie aquí y allá, como las acacias la sabana africana.

* * *

Jonnathann era descendiente directo, por parte de padre, de san Onofre. Si lo hubiese sabido, quizás habría reclamado su herencia reseca. Pero desconocía el hecho y planeaba el robo, secuestro y rescate de una reliquia tan querida por los aborígenes del lugar.

Iluminado por la luz de las estrellas, remó en una barca hinchable hasta los acantilados sobre los que se elevaba la ermita. Escaló el precipicio, corrió por la hierba y llegó a la ventana que se abría en la pared del ábside. Podría haber ido a la ermita por la carretera, pero no tenía coche ni carné y no pasan autobuses a las horas en que los ladrones trabajan.

La idea del robo se le ocurrió en una excursión del instituto. Los llevaron por la costa buscando conchas y algas, y pararon a merendar junto a la capilla. Mientras sus compañeros retozaban en la hierba, Jonnathann fue más avispado y vio su futuro dentro de aquel templo: un yate, un cóctel exótico y un gato ronroneando sobre las piernas. Una ermita en mitad de la nada, sin luz ni alarmas, albergaba un tesoro. Lo robaría y sería rico.

La idea le cegó convirtiéndose en su El Dorado particular. No aprobó más asignaturas (llevaba tres en cuatro años), ahorró las

propinas, compró cuerdas, una mochila, una linterna, una sierra de hierro, una barca hinchable, y entrenó en el gimnasio: remo y escalada. Los sueños necesitaban sacrificios.

Dos años más tarde, en una noche sin luna, las estrellas brillaban sobre su pasamontañas. Que fuese luna nueva no era casualidad: había estudiado el calendario de la cocina. Serró los barrotes de la ventana y se deslizó dentro de la ermita.

El recinto estaba vacío y en tinieblas. Su tesoro, encerrado en un relicario de oro, brillaba a la luz de la linterna y esperaba en el centro del altar sobre una mesa de mármol blanco. Solo existía un problema, a su lado había otro relicario exactamente igual. Iluminó el contenido de ambos. No había diferencias, cada uno albergaba, entre dos cristales convexos, una anchoa. Trató de recordar sus conocimientos de anatomía: dos testículos…, dos escrotos, era lógico (tampoco había aprobado Ciencias Naturales). Guardó sin dudar ambas reliquias en la mochila.

«¡Diecinueve años y rico!», pensó.

Jonnathann reptó con dificultad a través de la ventana, que era estrecha, y la mochila, cargada con los relicarios, se encajaba y entorpecía su avance de gusano. Ya veía las estrellas titilar en el cielo, las luces rojas de los barcos y los reflejos intermitentes de un faro cercano. Los grillos cantaban. ¡Diecinueve años y rico!

Su sueño se interrumpió inesperadamente al sentir unas manos en los tobillos que tiraron de él con fuerza. Aterrizó, de nuevo, en el interior del templo. Un sacerdote, con casulla amarilla y estola verde, y más de cincuenta nazarenos, con cucuruchos verdes o rojos cubriéndoles la cabeza, le rodeaban y gruñían.

Lo que le ocurrió a Jonnathann no fue mala suerte, sino un robo mal planeado. Había mirado el calendario, pero no había estudiado los detalles. No tuvo en cuenta que, una vez cada diez años, la Cofradía del Santo Prepucio de Jaén peregrinaba al norte, hasta la ermita de San Onofre, escoltando al Santo Prepucio; descalzos y encapuchados de verde.

Prepucio y escroto permanecían en el templo durante una semana, uno junto al otro y dentro de relicarios idénticos. Y cada noche, la Cofradía del Santo Prepucio de Cristo y la de la Hermandad Cántabra del Gran y Santo Escroto desfilaban con velas alrededor de la ermita hasta las tres de la madrugada, hora en la que entraban a rezar el rosario. El origen de la peregrinación y encuentro de las reliquias era una incógnita que estudiaban los antropólogos andaluces.

Aunque fueron estudiadas por expertos del Vaticano fue imposible distinguir entre los dos restos púbicos. Los andaluces regresaron a la catedral de Jaén con una sanguijuela seca y la otra

se quedó en la ermita. Nadie volvió a tener la certeza, al arrodillarse ante uno de los relicarios y besar la ventanita con devoción, de si lo que se llevaba a los labios era un escroto o un prepucio disecado.

A Jonnathann le cayeron diez años y un día en la prisión de Topas, a mitad de camino de Zamora y Salamanca. La condena podría haber sido menor, pero Jonnathann, al que nunca le había gustado hablar, prefirió no contestar ni a las preguntas del fiscal y ni a las de la defensa. Acató la condena con un suspiro y una lagrimilla en el ojo por haber perdido un cóctel exótico, un yate y un gato ronroneando sobre las rodillas.

* * *

La causa del silencio casi perpetuo de Jonnathann era su madre, Lalleni. Bautizada como Laura, su nombre sufrió una evolución: Laurita, Lauri, LaLauri, Lalau… y, finalmente, Lalleni (en referencia a los kilos que había ganado mientras el nombre variaba). Lalleni tuvo a Jonnathann con dieciséis años, entre dos Seat Ibiza amarillos. Lalleni estaba encantada con su nuevo apodo porque sonaba a inglés y a estrella de cine, y tan contenta estaba que decidió compartir la dicha con su hijo y darle, desde el principio, un nombre extranjero, evitándole tener que sufrir la larga transformación de uno español.

El abuelo inscribió al niño con el nombre deseado por la madre; desgraciadamente, ni él ni el funcionario del registro sabían una palabra en inglés y apuntaron al recién nacido como *Jonnathann*. Creyeron que cuantas más enes y tes con hache tuviese, más inglés sería el nombre.

Su propio nombre fue el origen de sus problemas de comunicación. El joven Jonnathann nunca aprendió a pronunciarlo. Cuando decía que se llamaba *Jónatan,* alguien le corregía porque se pronunciaba *Yónatan;* cuando se autodenominaba *Yónatan,* le volvían a corregir, porque debía decirse *Llónatan*, con elle de *pollo,* y cuando, por fin, conseguía decir *Llónatan,* los defensores de la jota cargaban. También surgieron grupos en el barrio que opinaban que *th* debía pronunciarse como *d;* otros que defendían el sonido *t,* y los había incluso que pedían una *p*. A su vez, los más puristas le recriminaban que redujese las cuatro enes a dos o viceversa. Las combinaciones de jotas, enes y tes con hache en un solo nombre fueron tantas que acabaron por confundir al muchacho y hacerle coger miedo a pronunciar cualquier palabra en público. Por culpa de su madre, Jonnathann hablaba poco.

No abrió la boca durante sus primeros días en prisión, ni siquiera cuando un tipo gordo tatuado y un mejicano le violaron.

Alguien preguntó a su compañero de celda si el nuevo era mudo. Contestó que no, que era parco en palabras. Pocos entendieron qué tipo de enfermedad era aquella, y comenzaron a llamarle Parco; en unas semanas el nombre había evolucionado a Paco. Jonnathann, Paco y Francisco eran tres nombres distintos, pero una sola persona verdadera.

Tuvo otra visión, como en el instituto, mientras contemplaba los blancos azulejos del suelo de las duchas: un banco en el que solo podían sentarse los prisioneros más respetados. Él y el mejicano que tenía encima estaban allí, al lado de un tipo larguirucho y un adolescente.

Debía hacerse amigo del mejicano. Habló.

—Mejicano, ¿puedo ser tu amigo?

3. LEVÍTICO

Grandes nubes grises, ventrudas y de bordes blanquecinos se deslizaban hacia el este ocultando el cielo. Acababa de llover; gotas pequeñas y brillantes bajo los rayos del sol. El cielo estaba gris y oscuro, el chaparrón había cesado. El horizonte, delimitado por el alambre de espino que encumbraba los muros, aún permanecía despejado y azul.

El muro, las copas de los chopos, y al fondo un mar de hierba salpicado de encinas. A lo largo del año el paisaje variaba, el muro no. Los chopos se llenaban de hojas que amarilleaban y caían, y se quedaban secos como raspas de sardina. En la dehesa, las encinas permanecían verdes e inmutables mientras la hierba se secaba y desaparecía dejando al descubierto un suelo marrón y reseco. Cambios suaves, sin saltos bruscos, imperceptibles de un día para otro, como los kilos ante el espejo o los límites de la coronilla.

De día en día, de hora en hora, de minuto en minuto; solo el cielo variaba. Lo único que podía admirar Lucrecio Torralba Petit cuando ignoraba los barrotes de la ventana.

Fue sentenciado a veinte años en el centro penitenciario de Topas. Condenado por el doble asesinato del padre Lorenzo y de Margarita Esteban González, y por la violación de esta última. Su abogado, de oficio, alegó enajenación mental transitoria. Condenado a cumplir una penitencia impuesta, porque él, Lucrecio, era inocente y no había sufrido ningún tipo de locura; había sido engañado por el maligno. Quizás había hecho el amor con una muerta, o con una moribunda, pero no la había matado, como tampoco había clavado en los ojos los Bic al padre Lorenzo, ni le había arrancado la mandíbula inferior, ¿para qué quería él una mandíbula inferior de cura? ¿Esas cosas no las razonaba un jurado?

El exorcismo no había funcionado; el diablo había aprendido a defenderse del jaque pastor. Habían captado la atención del ente y pronunciado la oración de desahucio, pero el demonio no solo continuó en el cuerpo de la poseída, sino que le poseyó a él, de una manera diferente, y acabó con la vida de su maestro. Era inocente, pero fue sentenciado antes del juicio por los informativos y contertulios de radio y televisión. La Iglesia prescindió de sus servicios y le despidió amparándose en el convenio laboral del sacerdote católico sindicado. Cobró veintidós días por año trabajado, y a cambio, devolvió alzacuellos, sotana y votos.

Le tocó compartir hogar y cuarto con un recluso de dieciocho años, Alfredo Tascón, que había ingresado cuatro días antes que él. Cuando Lucrecio Torralba Petit llegó, con un uniforme de preso de repuesto planchado y almidonado en las manos, la celda apestaba a

pies; su nuevo compañero, Alfredo Tascón, no se había atrevido a abandonarla desde su ingreso; tenía tanto miedo de ser violado que se aseaba como podía, aunque en todo caso muy poco, en el pequeño lavabo metálico que colgaba de la pared. Lucrecio comprendió los miedos de Alfredo Tascón, pues sabía por las películas que los baños eran el hábitat del violador carcelario, y aceptó resignado el olor a sudor rancio. Durante su primera noche en prisión hicieron un doble pacto: respetarse y no visitar las duchas en toda su condena. De cumplirlo, Lucrecio Torralba Petit pasaría veinte años sin lavarse.

Pero no lo consiguieron: la ducha semanal era obligatoria y por turnos; cuestión de liendres, ladillas, pulgas, piojos y garrapatas. El martes tocó ducha al grupo de Alfredo Tascón. Regresó a la celda malhumorado y violado, pero con muy buen olor. El miércoles fue el turno de Lucrecio Torralba Petit, sin alzacuellos como protección.

El recinto de las duchas era un espacio alargado, abierto y recubierto con azulejos blancos hasta unas altas y estrechas ventanas, por donde trataba de escapar el vapor que producían el agua caliente y los cuerpos desnudos. Los reclusos se enjabonaban bajo alcachofas metálicas que salían en fila de una de las paredes, se secaban y vestían junto a las toallas colgadas, o esperaban en bancos de madera sus diez minutos de agua e higiene obligatoria. Desde una puerta con ventana, un funcionario vigilaba para evitar altercados.

Lucrecio Torralba Petit se sentó y respiró tranquilo; había demasiada gente, y las películas estaban equivocadas y los aseos eran un lugar seguro; los violadores trabajaban sin público. Un tipo tatuado y lleno de michelines abandonó la ducha frente a Lucrecio. Era la hora de enseñar el culo en público.

El día anterior habían abusado de su compañero de celda, Alfredo Tascón, que había permanecido en silencio desde entonces y un tanto irascible. Aunque le había preguntado varias veces sobre el lugar del ataque, no le había querido contestar. Aquel no parecía un lugar peligroso.

Abrió el agua caliente. Quemaba. Dejó correr un poco la fría. Mejor. Observó al preso de la derecha y se sintió afortunado, medía casi dos metros, tenía los músculos hipertrofiados y recorridos por varices, y el cuerpo cubierto de tatuajes verdosos, pero tenía un pene diminuto. La ducha de la izquierda estaba vacía. Era un lugar seguro, estaba claro: demasiada gente.

Cerró los ojos y dejó que el agua le golpeara la cara permitiéndose disfrutar del masaje facial. Se enjabonó. Cuando levantó los párpados, el hombre armario ya no estaba y quedaba poca gente en el pabellón. Se aclaró con rapidez, se secó, se vistió y

fue a la salida; no quería quedarse solo.

No sabía en qué rincón oscuro de la prisión había sido violado Alfredo Tascón, pero no había sido en las duchas…, o quizás…, pensó Lucrecio Torralba Petit, era desviado y estaba frustrado porque no habían abusado de él, pero lo había dicho para disimular, pues todavía no había salido del armario… Podía ser, aunque era un poco rebuscado. Entonces… ¿Dónde habían violado a Alfredo Tascón?

El funcionario de prisiones no le dejó pasar.

—Espere un momento —dijo seco.

Se quedó aguardando, rígido, inmóvil. El resto de los reclusos pasó sin ser detenido. Al cruzarse con él le sonreían o apartaban la mirada. Las duchas quedaron vacías y Lucrecio Torralba Petit intentó cruzar de nuevo.

—¡He dicho que espere ahí! —gritó el funcionario apostado en la puerta.

Lucrecio Torralba Petit, asustado, retrocedió un paso. La puerta se cerró ante él con un sonoro golpe. Escuchó cómo la cerraban con llave desde el otro lado. Llamó con los nudillos. El funcionario, a través de la ventana, le sonrío, saludó con la mano y desapareció. La luz, al otro lado de la puerta, se apagó.

Lucrecio Torralba Petit escuchó pasos detrás de él. No quería volverse porque sospechaba qué eran aquellos ruidos… ¡Violadores! Se le puso piel de gallina.

—Mal sitio para quedarse solo —declaró una voz con tono irónico—. Se ve que no has visto películas de cárceles.

—Se habrá extraviado…, pobrecito… —añadió una segunda voz con acento mejicano.

Lucrecio Torralba Petit miraba la ventana negra y golpeaba con ambas manos la puerta; ignoraba, o quería ignorar, lo que había a su espalda. ¡Dos violadores! ¿Podría con ellos?

—¡Pero si es el cura violador! —exclamó irónica la primera voz.

Los pasos se acercaban, las voces sonaban más cerca. Su compañero no le había mentido: ya sabía dónde le habían forzado. Nunca había practicado artes marciales, así que no podía enfrentarse a ellos. Habría sido mejor no ducharse en veinte años.

—Esto hemos de celebrarlo —retumbó la misma voz en el pabellón alicatado—. ¡Cuatro violadores encerrados en la misma habitación! ¡Qué dicha! Verdad, ¿padre?

«¿Tres violadores? No dos…, entonces uno todavía no ha hablado…», pensó Lucrecio Torralba Petit temblando, con la mirada fija en una puerta metálica.

—¡Qué picha! —rio el mejicano.

Lucrecio Torralba Petit se armó de valor y volvió la cabeza y

miró hacia atrás, como había hecho la mujer de Lot a la salida de Sodoma; la mujer se convirtió en estatua de sal; Lucrecio Torralba Petit corrió al ver tres hombres en calzoncillos blancos. Dos de sus tres nuevos amigos corrieron tras él.

—¿Adónde vas? —preguntó amistoso el hombre que no corría. Había sido el primero en hablarle—. ¿No ves que el suelo está húmedo y te puedes caer?

A Lucrecio Torralba Petit no le dio tiempo a verlo, lo sintió. Patinó bajo las duchas abriendo las piernas en un bello *spagat* involuntario y cayó de lado. Dos de los hombres en calzoncillos se lanzaron sobre él.

Le fastidiaba aquello, no la violación, que la había olvidado con el golpe, sino que otro tuviese razón y, sobre todo, haber hecho el ridículo.

Le dolía el tobillo. Uno de los tipos le levantó retorciéndole el brazo contra la espalda, el otro le puso en el cuello la hoja de una cuchara de acero afilada. En el suelo brillaba traidora la pastilla de jabón que le había hecho patinar. El dolor del golpe fue sustituido por una sensación de frío hibernal al sentir presionados los riñones por la erección del que le sujetaba por la espalda; la erección de un hombre gordo en calzoncillos.

El recluso que no había corrido se acercó hasta Lucrecio Torralba Petit. Aparentaba unos cincuenta años y parecía una bombona de butano: era pelirrojo, con cabeza pequeña y rapada, espaldas amplias, tripa esférica, michelines voluminosos que se acumulaban en cintura, brazos y piernas, tetas caídas sobre la grasa pectoral y una piel rosita, como la de un cerdo, repleta de tatuajes. La obesidad transformaba los tatuajes: donde en su día volaba un dragón, hoy parecía pastar una vaca; la gran mariposa que lucía en el pecho en otra época se había metamorfoseado en crisálida, y la esvástica del brazo se había transfigurado en dos torres gemelas cruzadas por un pliegue adiposo y descolgado. El color de los tatuajes no se conservaba mejor que el cuerpo: las líneas negras y brillantes de antaño se habían convertido en surcos prominentes, gruesos, sinuosos y verdes con aspecto de largas verrugas, y el resto de los colores habían perdido intensidad o mutado.

Pero lo que más impresionó a Lucrecio Torralba Petit de aquel preso no fueron los tatuajes flácidos y deformados, sino su calzoncillo Abanderado blanco y apretado, o mejor dicho, el espárrago que asomaba por encima de la goma.

—Ya te advertí que el suelo patinaba —dijo sonriente.

—No ha sido el suelo, ha sido la pastilla de jabón —respondió desafiante Lucrecio Torralba Petit.

—¡Ah! Sí, claro, la pastilla de jabón, el mejor amigo del violador

—los otros dos rieron la gracia.

—¡Ahí le dio, Boss! —afirmó el mejicano sin dejar de retorcer el brazo a Lucrecio Torralba Petit.

—Aquí hace mucho calor. Mira qué cómodos estamos nosotros en ropa interior. Te sentirás mejor si te desnudas —prosiguió el tipo tatuado.

Lucrecio Torralba Petit, al oír la frase, no pudo evitar mirar el violáceo trozo de carne que asomaba, cómodamente, del calzoncillo del Boss. El mejicano retorció un poco más el brazo. Dolía.

El tercer recluso, sin decir una palabra, le apretaba el pincho contra el cuello. El mejicano se frotaba contra su espalda.

—Vale —dijo Lucrecio Torralba Petit—. Me desnudo.

El mejicano soltó el brazo.

—Así me gusta —se congratuló el Boss—. No trates de escaparte o Paco te pinchará.

Lucrecio Torralba Petit se quitó la camisa y la dejó caer. Una vez, de viaje por Polonia, había visitado los campos de concentración nazis y se había preguntado por qué los judíos, viendo las cámaras de gas y el horno en una esquina del campo, no corrían e intentaban escalar las vallas, cómo no huían si no tenían nada que perder, si ya estaban muertos. Ahora él, un exsacerdote católico, actuaba como los judíos de los campos, ahora lo entendía: se agarraba a la esperanza de un rescate, ganaba tiempo.

—No quiero que te lleves una mala impresión de nosotros —le aconsejaba el jefe de la banda mientras Lucrecio Torralba Petit se despojaba de la ropa—. Nosotros, los violadores, no somos reclusos normales; nuestra motivación no es la envidia o el poder, nuestra motivación es el amor, nos gusta dar amor. Somos los últimos *hippies*.

—Y el sexo, Quevin —apuntó el mejicano.

—Ya estamos… No cambias, Luis Ramón, no cambias. Tendrías que escuchar más Chavela Vargas y menos reguetón. Te está pudriendo el cerebro… Estamos aquí porque queremos darle mucho amor al padre Lucrecio, los tres, uno después de otro. Solo amor…

Lucrecio Torralba Petit acabó de desnudarse. Permanecía de pie tapándose los genitales con las manos mientras hacía cálculos mentales: si un recluso ingresaba en un campo de exterminio en 1940 y no trataba de escapar, tendría que sobrevivir cinco años para poder ser liberado por los aliados en 1944… Si la vida media en un campo era de un mes, cinco años era tiempo suficiente para morir sesenta y cuatro veces, una al mes… Los judíos tenían que haber intentado escapar. Estúpida esperanza…

—Por haber sido tan ordinario con eso del sexo serás el tercero, Luis Ramón.

—¡Carajos, Quevin! ¡Que ayer también me tocó tercero! Yo creo que ustedes me la tienen jurada por no ser gallego.

Quevin ignoró las quejas de Luis Ramón el mejicano. Miraba con lujuria a Lucrecio Torralba Petit.

—Tienes un cuerpo muy bonito, cura. Será todo un placer darte amor. —Se quitó los calzoncillos—. Aparta las manos y date la vuelta, que te veamos.

Lucrecio Torralba Petit obedeció. Estúpida esperanza… Aquella estancia amplia y adoquinada era un extraño museo del Prado donde los cuadros cobraban vida y se mezclaban unos con otros: *La rendición de Breda* de Velázquez con las lanzas en alto, tres, rodeando a la Venus de Botticelli, él. Hacía calor y por los sumideros salían pequeñas nubes de vapor.

—Queremos darte la bienvenida y disfrutar juntos cada día. Sería una pena hacerte daño. Ponte de rodillas, coge esa pastilla y lubrícate, que te dolerá menos. Mientras, usaré tu boca.

Esperanza que paraliza. Lucrecio Torralba Petit se puso de rodillas y cogió el jabón. Los sumideros seguían despidiendo vapor. Lucrecio Torralba Petit sintió un repentino dolor en la sien. La esperanza, al desaparecer, duele.

—Pásame el pincho, no sea que muerda —dijo Quevin a Paco sonriendo.

El dolor se difuminó, Lucrecio sintió frío y el vello de la piel se le erizó. Levantó la cabeza hacia Quevin, que aguardaba ante él desnudo, erecto y con un pincho-cuchara en la mano.

Algo había cambiado, Quevin ya no sonreía, apretaba los dientes y se miraba los brazos, que temblaban. Lentamente, Quevin se agarró el tumefacto glande con la mano izquierda y tiró del pene hacia abajo hasta que adquirió una posición horizontal. La mano derecha, sirviéndose de la afilada hoja de la cuchara, comenzó a talarlo desde la base, desde la unión a la tripa timpanizada. Quevin gritó de dolor sin dejar de serrarse el pene. La sangre escapaba a borbotones por una incisión cada vez más profunda, se deslizaba por las piernas desnudas de Quevin y creaba un charco en los azulejos ante Lucrecio Torralba Petit y la mirada atónita de violadores y víctima.

Una morcilla sanguinolenta cayó al suelo salpicando de sangre la cara de Lucrecio Torralba Petit. Quevin se miraba aterrado los brazos sin dejar de gritar, con unos alaridos que retumbaban en las paredes. La mano izquierda agarró uno de sus pezones y tiró de él, la derecha clavó el pincho en la tensa frontera de la areola y la piel y utilizando la parte afilada lo diseccionó siguiendo el dibujo de la rosada areola. El pezón cayó en el charco de sangre al lado del pene amputado. Lleno de lágrimas y casi sin voz por los gritos, Quevin, o

sus brazos, hicieron lo mismo con el otro pezón.

Los compañeros del automutilado Quevin ya no estaban excitados, y le contemplaban asustados sin hacer ningún caso a Lucrecio Torralba Petit, que, aturdido y a gatas en medio de un charco de sangre, conservaba el jabón en la mano.

De pronto, Paco (antes Jonnathann) recordó dónde había visto al cura violador, y su cara le resultó familiar… Aparecía en su sueño: estaba sentado junto a él en un banco contemplando los pájaros.

Quevin dejó de gritar y sonrió. La sangre goteaba desde la sección circular de la base del pene y manaba de las simas de los pezones, se escurría por la tripa y se mezclaba con pelos rizados, donde se coagulaba.

—La esperanza no se pierde nunca. ¿No es así, Lucrecio?

La voz era la de Quevin el violador, pero Lucrecio Torralba Petit reconoció al que manejaba aquellas cuerdas vocales. Había hecho el amor con él una vez.

—Me alegro de verte; te echaba de menos —bromeó el ente.

Esperanza en los aliados, pensó Lucrecio Torralba Petit, pero en ocasiones los aliados fueron peores que los nazis.

—Creo, chicos, que no hemos sido presentados —dijo sonriendo a los asombrados reclusos—. Soy el ángel de la guarda de Lucrecio. —Los dos presos se elevaron en el aire hasta casi tocar el techo—. Pero, desgraciadamente para vosotros, soy un ángel caído. ¿Qué hacemos con ellos, Lucrecio? ¿Los destripo?

Lucrecio Torralba Petit dejó caer la pastilla de jabón y se puso de pie. Lo que le había ocurrido a Quevin era horrible, pero se alegraba. Lo que el ser demoniaco proponía para los esbirros violadores era correcto; quizás demasiado humanitario… Habían querido abusar de él, habían abusado de su compañero de celda…

Pero existían el perdón y la otra mejilla.

—No, por favor, no los mates.

Los dos presos flotaban desnudos gritando con todas sus fuerzas pero sin emitir un solo sonido.

—Un par de cortecitos por debajo de la línea del ombligo…

Mientras Quevin hablaba, una incisión longitudinal aparecía en el vientre de los reclusos. Gotas de sangre espesa llovían contra las baldosas.

—¡Por favor! ¡Detente! —suplicó Lucrecio Torralba Petit.

—¡Qué pronto perdonas! Me recuerdas a un tipo que conocí en Judea… De acuerdo.

Los dos presos se desplomaron. El impacto fue brutal y varias piezas dentales surcaron el aire.

—Vosotros, escoria —la voz de Quevin se había transformado, y

ahora era profunda, cavernosa, autoritaria—, ¿queréis ser eviscerados o preferís servirme?

Los reclusos estaban encogidos en el suelo, las heridas en la barriga de ambos habían dejado de sangrar; las encías vacías comenzaban a hacerlo.

—¡Servirte! —exclamaron a la vez y con algún diente menos el mejicano y Paco el de las palabras contadas.

—Entonces hagamos un pacto. Tomad y comed porque este es mi cuerpo. En el suelo tenéis unas raciones.

Los presos se arrastraron hasta el charco de sangre con el pene morcillón y los pezones peludos.

—¡Comed! Pero os advierto, si vomitáis os desventraré y jugaré a la comba con vuestros intestinos. Después, os mataré.

Luis Ramón apretó un trozo de glande contra las muelas que le quedaban y tiró del otro extremo del pene hasta que arrancó un pedazo; lo masticó con la boca abierta, como si fuese un chicle. Paco cogió uno de los pezones arrastrando un revuelto de pelo y sangre coagulada y se lo metió de un bocado en la boca.

—Así me gusta; no quiero que dejéis nada.

Lucrecio Torralba Petit recitaba la canción del exorcismo sin apartar la mirada del mutilado Quevin. No quería mirar la escena que se desarrollaba a sus pies.

—¿Estás contento, Lucrecio? He sido salomónico: querían sexo y les doy sexo… Y por favor —añadió Quevin—, deja ya esa plegaria, que da dolor de cabeza pero no me va a hacer desaparecer. O… ¿ya no te acuerdas?

Lucrecio Torralba Petit se calló y bajó la mirada. Las imágenes del Prado volvieron a su cabeza, el cuadro de Goya en el que un dios devora a su hijo se desarrollaba sobre un charco de sangre… Y ante él estaba un mejicano sin dientes, desnudo y de rodillas que sujetaba con ambas manos los restos de un pene mientras tiraba con la boca ensangrentada de un extremo; a su lado, Paco intentaba masticar un pezón derecho. Lucrecio Torralba Petit se mareó y tuvo que sentarse en el suelo. Sintió que las tripas se le retorcían y vomitó. Los reclusos dejaron de masticar y lo miraron fijamente.

—¿Qué miráis, idiotas? —preguntó Quevin—. No voy a destripar a Lucrecio, él puede vomitar, es mi protegido. —Lucrecio Torralba Petit se sintió muy aliviado—. Pero alguien tendrá que limpiar eso… Ya sabéis lo que tenéis que hacer cuando acabéis de practicar el sexo oral. —Y dirigiéndose al excura—: Bueno, bueno, Lucrecio, mientras estos comen, cuéntame cosas de ti. ¿Ya tienes novia? Tienes mala cara, te vendría bien un poco de agua.

Las alcachofas de las duchas se abrieron.

El agua, fría, caía con fuerza y rebotaba en la cabeza de Lucrecio

Torralba Petit. Se sentía menos mareado, pero mantenía los ojos cerrados; sabía que si veía el festín vomitaría de nuevo. El agua arrastró la sangre y los restos de vómito dejando a los dos reclusos a gatas y lamiendo un suelo casi limpio. Pequeñas olas sanguinolentas cruzaban el cuerpo de Quevin.

—Muy bien, muchachos. Buen provecho. Tenemos un trato. Proteged con vuestra vida a Lucrecio y os dejaré vivir. No lo hagáis y volveré y no seré tan benevolente —advirtió Quevin—. En cuanto a ti…, Lucrecio. Estamos en contacto, no estaré lejos. Ha sido un placer reencontrarte, pero me tengo que marchar, este cuerpo se está desangrando por momentos. Otro día vengo, hablamos con más calma y nos ponemos al día.

Lucrecio Torralba Petit no quería abrir los ojos. Intentaba rezar. Quizás los judíos no huían porque sabían lo que les esperaba en la zona no ocupada.

—Para dejar este cuerpo tengo que acabar con él, ya lo sabes, Lucrecio.

Dicho esto, el cuerpo de Quevin se rajó el cuello con el pincho cuchara haciendo una profunda hendidura; los cartílagos de la tráquea brillaban sesgados.

«Por cierto —oyó Lucrecio Torralba Petit dentro de la cabeza. Era la voz de Quevin—, es la cobardía la que impide huir, no la esperanza.»

4. NÚMEROS

Paco y Luis Ramón eran siervos del mal y tenían que cumplir un trato, defender al cura, por lo que pasaron de ser sus potenciales violadores a ser sus más fieles siervos. Se sentaban con él en el comedor, lo escoltaban en las duchas y no se separaban más de un metro cuando estaban en el patio.

Declararon haber asesinado a Quevin por celos entre violadores; les aumentaron la condena diez años y los aislaron durante quince días.

Lloraron y se arrastraron suplicando ir por turnos, cumplir el castigo alternativamente y no dejar solo al padre Lucrecio, pero el director de la prisión no hizo caso de sus sollozos y pucheritos y los mandó al aislamiento en celdas separadas.

Lucrecio Torralba Petit vagó por la cárcel sin guardaespaldas; nadie intentó hablar con él y mucho menos violarlo; la historia de lo ocurrido en las duchas era la comidilla de toda la prisión. Solamente Alfredo Tascón se acercaba al padre Lucrecio, porque eran compañeros de celda y porque ser su amigo quizás fuese un buen antídoto antiviolaciones.

Sin embargo, el contraveneno no funcionó, y Alfredo Tascón regresaba de los baños, una vez por semana, de muy mal humor.

5. DEUTERONOMIO

Cada mañana, Antonia Galán Cantueso se vestía frente a un gran espejo de cuerpo entero, que le devolvía la imagen de la mujer más bella del reino. Primero se deleitaba contemplando su figura desnuda, esbelta y sensual, luego se cubría con la más delicada lencería, y esta, a su vez, la ocultaba con ajustados vestidos de grandes diseñadores de moda, que escondían su piel pero permitían apreciar envidiadas formas. Veinte años atrás, Antonia Galán Cantueso se casó con un arquitecto y tuvo un niño. La mañana de un sábado, unos cuantos años más tarde, y porque era impulsiva, decidió divorciarse de su marido y volver a ser libre y objeto de deseo alcanzable…

Pero el espejo no mentía como en el cuento de Blancanieves. No estilizaba la estampa o la hacía más ancha; reflejaba de forma exacta todo lo que se proyectaba ante él. Si Antonia Galán Cantueso se veía tan atractiva se debía a un problema en sus nervios ópticos. Porque, aunque se vistiese con elegantes bragas negras y la ropa más cara, nunca había medido más de un metro cincuenta y su cuerpo sufría el problema de las bajitas con sobrepeso: era redondo; una figura geométrica casi perfecta a la que ayudaban a definirse unos pechos pequeños, asimétricos y caídos. La cara, bajo mil capas de maquillaje, estaba cubierta de arrugas, y el pelo, largo, rubio, con extensiones y teñido, contrastaba con el color de las cejas y otras islas peludas no visibles.

Sus ojos averiados le ofrecían una realidad distorsionada. Su marido la había abandonado por otro. Antonia Galán Cantueso era tan mala como la bruja del cuento, y el esposo enanito había acabado aborreciendo a las mujeres y huido, del brazo de un cubano musculoso, al otro lado de la acera.

Antonia Galán Cantueso ganaba su sueldo de bruja como profesora en un instituto público de Burgos. Si por su primer apellido había conseguido un puesto de funcionaria, por una succión al presidente de la AMPA (divorciado y sin hijos) se había aupado a un puesto como secretaria, que la liberaba de horas lectivas y ponía a sus pies a una administrativa.

En el instituto pasaba la mañana hablando por teléfono, salía a tomar un café de más de cinco horas, y volvía al teléfono al regresar. Podía hacerlo, pues el trabajo no se acumulaba y los expedientes no sufrían retrasos: eran tramitados por Cenicienta la administrativa, que tomaba un café en menos de veinte minutos. Los padres, agradecidos por la celeridad de los trámites, regalaban jamones y guitarras eléctricas a la hacendosa y esférica secretaria. Antonia Galán Cantueso no compartía los presentes con Cenicienta,

pero cuando esta se equivocaba no dudaba en llamarle la atención de palabra delante del padre afectado y comunicárselo por escrito al director.

Daba clases de Ciencias Sociales: tres horas semanales que consistían en sentarse sobre la mesa y hacer leer en alto a los alumnos el libro de texto. Lo lógico era pensar que si se estudiaba el libro se aprobaba, pero Antonia Galán Cantueso era la bruja del cuento, le funcionaba mal la recepción sensitiva y buscaba las preguntas en antiguos exámenes de la facultad de Geografía e Historia que evaluaban temas distintos. Si el alumno hubiese tenido la suerte de ser un erudito en cualquiera de las asignaturas de la carrera de Historia, seguramente, tampoco habría aprobado. Como corregir exámenes era agotador, Antonia prefería tumbarse en el sofá y lanzarlos al aire; aprobaban los cinco que llegaran más lejos.

El director del instituto o algún profesor podría haberle llamado la atención, pero en su anterior puesto había denunciado por acoso y *mobbing* al jefe de estudios y nadie quería problemas, de modo que el drama se repetía año tras año: Antonia Galán Cantueso exhibía las bragas ante los alumnos, sentada con las piernas abiertas en el borde de la mesa, y la administrativa, en silencio, confeccionaba muñecas con alambres, trozos de telas y pelos robados, y les clavaba alfileres.

A pesar de lo expuesto, Antonia Galán Cantueso no se identificaba en absoluto con la bruja de Blancanieves: no le gustaban las manzanas y en el espejo de su conciencia veía una trabajadora tenaz y válida rodeada de vagos; los ojos no le funcionaban correctamente.

La vida sexual de Antonia Galán Cantueso se encontraba en la mesilla derecha de su dormitorio: en el primer cajón guardaba erótica ropa interior, de encaje y cuero rojo; en el segundo, un amplio surtido de juguetes sexuales: esposas, vibradores de todos los tamaños y colores —cremas, negros, fluorescentes y violetas—. En el tercer cajón estaba la droga: casi un kilogramo de cocaína, trescientos cuarenta y cuatro gramos de heroína y dos kilos de pastillas con todo tipo de dibujitos grabados en su superficie.

Las braguitas y los juguetes los había comprado, la droga era la recompensa al trabajo de la hormiga aplicada. Una cigarra despilfarradora hubiese destruido las sustancias estupefacientes requisadas a los alumnos, pero Antonia Galán Cantueso era una secretaria trabajadora, recolectaba sin dejar pistas y sustituía el material incautado. Cada año el instituto entregaba a la policía, para su destrucción, azúcar glasé, Cola Cao e innumerables pastillas de sacarina.

La idea de Antonia era usar aquella droga en locas veladas de

pasión que no llegaban, y cada noche, ataviada con la ropa del primer cajón, se consolaba con los juguetes del segundo.

Los sábados, Antonia Galán Cantueso salía de fiesta con su única amiga, otra rubia (que era morena), divorciada y muy entrada en años, que había sustituido los artefactos del segundo cajón de Antonia por un perro chihuahua. En las frías noches de Burgos, las dos esculturas andantes de Botero recorrían bares con barras tapizadas de escay en busca del calor del último señorito andaluz. Podrían haberse calentado y contentado con algún proletario sin escrúpulos del polígono industrial de Gamonal, pero eran indignos de tocar o acariciar cuerpos tan bien perfilados.

Lamentablemente, Burgos estaba demasiado al norte y los señoritos latifundistas no toleraban el frío. Tan infrecuente era cruzarse con alguno que Antonia Galán Cantueso llevaba en el bolso pastillas, de las que usaban los violadores para anular la voluntad de sus víctimas (recuerdo del instituto), aunque solo las había podido usar tres veces. De madrugada, al cerrar los bares, Antonia Galán Cantueso y su amiga regresaban en taxi a sus casas, solas. Se encerraban en sus cuartos, se vestían con la ropa del primer cajón y hacían pasar por señorito repeinado a un consolador violeta y a un chucho goloso.

Antonia Galán Cantueso, profesora de Ciencias Sociales en un instituto público, tenía un hijo al que había educado en centros religiosos y privados varios. Trabajaba demasiado, o ella lo percibía así, y llegaba a casa demasiado agotada para educarlo, y prefería dejar esa pesada responsabilidad en manos de los curas.

El niño salió bicho; por hiperactivo o maleducado, fue pasando de colegio a colegio de curas por toda la provincia y se convirtió en una ficha de oca con la que jugaron todos; un profesor católico abusó de él en cada centro.

* * *

Un sábado por la noche, y aprovechando la ronda de Antonia Galán Cantueso por los bares de reguetón, samba y sevillanas, el hijo invitó a tres de sus amigos y a sus novias a celebrar un cumpleaños en el piso.

Cenaron unas *pizzas,* bebieron unas botellas de vino y de ginebra y se perdieron por parejas en las habitaciones.

El hijo buceaba entre unas piernas cuando alguien encendió la luz.

—¡Qué pasa, joder, un poco de intimidad! —bramó Cousteau asomando la cabeza.

—Ven. ¡Vas a flipar con lo que he encontrado! —contestó su amigo desde la puerta.

El hijo de Antonia y Susanita, la dueña de las piernas y el océano, le siguieron hasta la habitación de la madre. Sus amigos estaban allí, tumbados en la cama o saltando, esnifando cocaína o masticando pastillas con todas las muelas. La mesilla, abierta, mostraba sus tesoros.

—Estaba buscando condones… ¡Y mira lo que he encontrado! —dijo emocionado su guía mostrando el alijo.

El hijo de Antonia Galán Cantueso, que también vio el contenido de los otros cajones, se enfadó: habían violado la intimidad de su madre. Unas cuantas pastillas más tarde sonreía mientras se preparaba para una nueva inmersión carnal.

* * *

Cuando Antonia Galán Cantueso bajó sola del taxi, los destellos azules de cuatro coches de la policía nacional aparcados en la acera la iluminaron.

—Estos vecinos… —murmuró.

Preguntó a un agente si había peligro de violaciones en la zona, y aliviada por la respuesta, subió a casa. Encontró la puerta de su piso abierta y a un policía en el rellano hablando por la emisora. Entró temblando. Sospechó lo peor…: ladrones.

Un pastor alemán lamía restos blancos en la alfombra, dos policías hacían fotografías de bolsas con polvos sospechosos y un tercero, con guantes, recogía pastillas desperdigadas; consoladores de todos los tamaños yacían exhaustos por el salón; cuatro chicos desnudos y cuatro chicas vestidas con lencería de cuero rojo permanecían esposados y de pie contra la pared; uno de ellos era su hijo. Gritó asustando a los policías y a los detenidos.

Le pidieron el DNI para corroborar su identidad, comprobaron los datos con la comisaría y le ofrecieron, como cortesía y para tranquilizarla, una taza de su propia tila. Mientras daba sorbitos a la infusión se enteró de lo sucedido. Los vecinos habían llamado a la policía porque la música estaba muy alta, y la patrulla, al llegar, descubrió una orgía y un alijo de drogas surtidas.

Le dejaron saborear la tila antes de contarle que los chicos juraban que la droga y los consoladores no eran suyos. Le preguntaron si conocía a alguno de los esposados.

Los receptores de la realidad de Antonia Galán Cantueso fallaron de nuevo, o quizás se activaron… ¡Qué pensaría la gente si se sabía que acumulaba cocaína, pastillas y vibradores! Se echó a llorar y renegó de su hijo como Pedro renegó de Jesús.

Asintió llorando y señaló a su hijo.

—Cría un hijo con todo tu amor para que te lo pagué así —gritó —, ¡guardando drogas en casa! ¡Haciendo aquelarres!

La tez de su hijo adquirió un color rojo, encarnado, se mordió los labios y sollozó. Sus compañeros profirieron todo tipo de monstruosidades a la madre, pero eran drogadictos y les hicieron callar a porrazos. Además, como bien dijo el fiscal en el juicio posterior: «¿Quién puede creer la absurda defensa de un hijo drogadicto, pecaminoso y degenerado que afirma que su madre miente? ¿Quién puede creer que una madre no daría todo por sus hijos y mucho más?».

La pobre Antonia Galán Cantueso sufrió con la noticia que publicó el periódico. «Una denuncia por los ruidos de una fiesta en un piso saca a la luz importante alijo de narcóticos.» Aparecían la dirección de su casa y sus iniciales. También se mortificó visiblemente cuando declaró en el juicio con gafas de sol y una vistosa pamela.

—Nunca sabes cómo educar un hijo; te descuidas y te sale toxicómano —expuso acercando con cuidado un pañuelo a la base de las gafas.

Los abogados del hijo los pagaron el padre y su musculosa pareja cubana. Antonia Galán Cantueso estaba tan abatida por la tragedia que gastó la asignación mensual de su exmarido en ropa y productos para el cutis.

El juez creyó al fiscal y a la madre, y regaló al hijo, Alfredo Tascón Galán, que celebraba en aquella fiesta la mayoría de edad, cinco años con pensión completa en el hotel rural de Topas.

Alfredo Tascón Galán repudió a su madre, se borró el segundo apellido y decidió encerrarse en su celda y no visitar las duchas en toda la condena. Con dieciocho años había sido violado en nueve centros escolares y traicionado por su madre. Las duchas obligatorias también lo traicionaron.

6. JOSUÉ

Atardecía y una nube de estorninos sobrevolaba el patio de la prisión; tan sincronizadas estaban sus maniobras que parecían un cardumen de peces negros sacado de algún documental de mares tropicales. Ahora se unían en una esfera casi compacta, ahora viraban todos hacia la derecha y se extendían en una larga y estrecha cinta sobre los muros de la prisión y los colores anaranjados del anochecer.

Contemplaban la danza de los estorninos Lucrecio Torralba Petit, sentado en un banco del patio; a su lado y sobre una almohada, un dolorido Alfredo Tascón, sin segundo apellido, y a sus pies, desde el suelo, Paco (antes Jonnathann) y Luis Ramón el mejicano.

Había pasado un mes desde la extraña muerte de Quevin y una sensación de miedo y tristeza envolvía la prisión y se mezclaba con el cemento de las paredes y oxidaba las puertas de acero.

Alfredo Tascón acababa de relatar su historia, la traición de su madre, y de declarar su inocencia. La nube de estorninos pasó por detrás de una torre de vigilancia. Lucrecio Torralba Petit le había escuchado sin apartar la vista de los pájaros. No sabía qué decir.

Anochecía; el cielo estaba rojo.

—¡Eres un verdadero hijo de puta! —exclamó Luis Ramón con el acento del general Zapata limpiándose una lagrimita.

La bandada de estorninos cruzó el patio piando y bombardeando a los reclusos con excrementos grises y de consistencia caseosa. Los juramentos de los presos resonaron por encima del gorjeo de las aves, que hacían cabriolas y espirales sobre el recinto.

Lucrecio Torralba Petit, que no había sido alcanzado por las deyecciones, seguía contemplando la negra danza de las aves sobre sus cabezas. Los presos gritaban improperios a las alturas y los guardias de las torres de vigilancia, previsores, se refugiaron en las garitas. Los pájaros se convirtieron en una flecha negra que se elevaba vertical en el aire, volaban, juntos, hacia arriba, sin dejar de piar. Al llegar a una determinada altura, el grupo hizo un picado congregándose en una figura esférica. En el centro, unos pájaros se apartaron dejando ver el cielo rojo a través de dos cavidades y la figura tridimensional, ahora con ojos, se estiró; en su parte inferior aparecían dientes compuestos por miles de minúsculos estorninos negros. Cesaron el canto de los pájaros y las quejas de los presos. Todos miraban asustados una calavera negra que flotaba en silencio en el cielo rojo.

—Lo que está bien está mal, lo que está mal está bien —se anunció por megafonía.

La figura seguía flotando en el aire. Lucrecio Torralba Petit oyó abrirse una puerta en la torre de vigilancia más cercana a la bandada de aves. Un guardia con un rifle tomaba posiciones.

—¡Mira lo que les pasa a los que quieren hacerte daño, Lucrecio! —gritó el guardia desde la torre. Era la misma voz que había sonado por los altavoces—. ¡Tomad nota todos!

Lucrecio Torralba Petit reconoció al guardia, que era quien no le había dejado salir de las duchas una vez. Y reconoció, asimismo, al ente que gritaba en su interior.

El guardia se llevó el rifle a la boca y apretó el gatillo. El disparo retumbó en la silenciosa cárcel. Los estorninos volvieron a piar y abandonaron la macabra formación, se dirigieron hacia el este y desaparecieron tapados por los muros. Un guardia contemplaba los sesos de su compañero extendidos por la pared. Todos los presos miraban a Lucrecio Torralba Petit, con miedo.

Alfredo Tascón movió su almohada acercándose a Lucrecio. Si los veían juntos, quizás por fin le respetasen en las duchas.

Aquella noche, Lucrecio Torralba Petit no consiguió dormir; las imágenes de la calavera y el funcionario quitándose la vida se repetían en el telón de sus párpados cerrados. ¿Por qué le había seguido aquel ser? ¿Por qué le había perdonado la vida? Era culpable de haber dejado morir a Margarita y de arrastrar al mismo demonio a una jaula de hámsteres… Se tumbó boca arriba y en un intento por conciliar el sueño comenzó a contar, uno por uno, los estorninos de la siniestra figura. Llegaba al maxilar izquierdo, con un millón trescientos cuarenta mil dos especímenes, cuando percibió ruidos y pasos, y al poco sintió cómo el colchón se hundía y alguien se sentaba a su lado.

Asustado y con los pelos de punta abrió los ojos y perdió la cuenta pajaril. Un anciano le miraba sonriendo. Lucrecio le conocía; nunca había hablado con él, pero se habían cruzado en el patio y en el comedor.

—Hola —saludó el viejo recluso.

—Eres tú, ¿verdad? —contesto Lucrecio Torralba Petit sin responder al saludo.

—Las pupilas alargadas me delatan… Pero aquella vez no quisiste verlo.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué me torturas? Mátame como hiciste con el padre Lorenzo, Margarita, el vigilante y Quevin.

—Todo a su tiempo. Poseí a Margarita para atrapar a Lorenzo. Pero no se presentó solo. Decidí quedarme contigo, vengar sus exorcismos y arrancar la boca que tanto daño había causado. Hoy no te mataré —prosiguió—. De hoy en adelante me servirás. Viviré entre los muros de esta prisión y tú serás mis zapatillas y mi perro

faldero, y cuando te llame, acudirás. No te suicidarás o exterminaré a todos los habitantes y mascotas de Madrid. No te suicidarás porque lo prohíbe tu religión y ya sabes quién te espera si lo haces, y no te gustaría verme enojado. Lo mejor de mi trato es que no te ofrezco nada. Te condeno a vivir la muerte por haber elegido un oficio tan poco clemente como el de exorcista. Rezarás por morir y algún día, quizás, haga realidad tus deseos.

Lucrecio Torralba Petit no dijo nada. No todas las noches se tenía la oportunidad de ser maldecido por el mismo diablo y se había quedado sin palabras. El anciano le dio un golpecito amigable en la pierna y se levantó.

—Mataré cada noche a una persona, reo o guardián —anunció la voz del maligno—, solo para recordarte que me perteneces, que estás muerto pero respiras. Empezaré por este.

Y ante los ojos llorosos de Lucrecio Torralba Petit, el anciano se apretó con ambas manos la garganta. Cambió de tonalidad varias veces como un camaleón y murió ahogado y con la lengua fuera.

7. JUECES

Los cuatro reos charlaban y contemplaban el rectángulo de cielo gris, sentados en el mismo banco desde el que habían observado la calavera de los estorninos, cuando un guardia entregó la carta a Lucrecio Torralba Petit.

Querido padre Lucrecio:

Mi nombre es Cecilia y soy la hermana pequeña de Margarita Esteban González, no sé si la recordará, la que mató. Yo estoy bien, espero que al recibo de esta usted también esté bien.

Mis padres no saben que le estoy escribiendo, y si se enteran, se llevarán un disgusto, porque solo desean lo peor para usted. Mamá pide a Dios que un perro rabioso le arranque los testículos y que un rayo los fulmine, a usted y a sus testículos. ¿Qué pasaría con el perro? No lo tiene en cuenta, la puede la ira. Bueno, da lo mismo.

Quiero que sepa, y que quede claro, que, a pesar de sus diferencias con usted, mis padres son muy buenos. Entiéndalos, usted y aquel señor viejo dijeron que iban a curar a mi hermana y se bebieron el café de mamá. Luego lo encontramos con mi hermana muerta y el pito dentro de su culo. Es lógico que le odien.

¿Por qué metió usted el pito en el culo de mi hermana?, ¿para enfadar a mamá?

Yo también estaba enojada. Su dirección la vi en la tele, dijeron que lo habían recluido a usted en Topas. Estaba enfadada porque no había curado a mi hermana y porque mis padres estaban muy tristes por su culpa. Por matarla y meterle el pito en el culo.

Elena Núñez, una amiga mía que sabe mucho, me ha dicho que solo meten el pito en el culo de las chicas los chicos enfermos. Es mejor que vaya al médico.

Le escribo para decirle que ya no estoy enfadada. Marga viene por las noches y me ha dicho que usted y el cura viejo intentaron salvarla, pero que no pudieron porque el ser que albergaba era Lucifer en persona. Que usted no la mató, que perdieron. Hablamos también de lo elegante que queda la manicura francesa si no te comes las uñas, y de una amiga de una prima de Elena, que se murió por comerse las uñas con la manicura recién hecha. También me dijo que me olvidase de lo del pito y el culo, que estaba muy pesada.

Hoy hace un año que usted mató a Marga, y quedan doce días para mi cumpleaños. Le mando la carta para hacerle un

poco de compañía y para que no tenga miedo en la cárcel rodeado de asesinos y ladrones. Bueno, también se la envío porque Marga me ha dicho que lo haga, y me pregunta cada noche si lo he hecho. Habría escrito antes, que conste, pero es muy difícil.

Dentro de dos semanas cumplo once años y estaría muy bien recibir una carta y un regalo suyo. Pero no ponga su nombre en el remite que seguro que a mamá no le sienta bien.

Un beso muy grande y páselo muy bien con sus amigos los presos.

Cecilia Esteban González

Posdata: Vaya al médico y cuéntele lo del pito en el culo: le curará.

Lucrecio Torralba Petit releyó emocionado aquella carta de trazos infantiles. Sus lágrimas impactaron en la hoja de libreta cuadriculada donde permanecían, inalterables y en bolígrafo verde, los renglones con su perdón. Margarita Esteban González, a través de su hermana, le perdonaba. Se tapó la cara con ambas manos y sollozó. La carta se le deslizó de los dedos y cayó al suelo. Luis Ramón la recogió con cuidado, la limpió de barro con la palma de la mano y la guardó sin leerla, doblándola en dos, en el bolsillo de su camisa. Luego se la daría.

—Malas noticias —murmuró Alfredo Tascón.

Paco pasó un brazo por el hombro de Lucrecio Torralba Petit y le dio unas palmaditas.

Lucrecio no envió ninguna postal de felicitación o regalo a la hermana de Margarita Esteban González.

Había trascurrido casi un año desde el encuentro en la ducha y el suicidio del funcionario de prisiones, y Lucrecio Torralba Petit y sus discípulos vivían todo lo bien que se puede vivir en una cárcel. Ocupaban celdas contiguas, y presos y guardias intentaban no molestar ni acercarse a ellos; nadie entraba en las duchas mientras se aseaban; nadie había vuelto a violar a Alfredo Tascón (salvo Paco y Luis Ramón); en el comedor podían repetir ración si lo deseaban, y en el patio, nadie osaba ocupar su banco.

A la cárcel le pasaba como a la difunta Margarita, que era mucho más agradable cuando no estaba poseída. Algo oscuro se había instalado en los pabellones, algo que no podía verse pero que se sentía en el vello de la nuca y que asesinaba cada madrugada. Las paredes de pasillos y celdas se habían llenado de manchas con formas de caras angustiadas, el acero inoxidable de puertas y barrotes se escondía bajo una capa de óxido verde, y por la noche, cuando las celdas se cerraban, se oían susurros en los pasillos. Los funcionarios, asustados, no hacían ronda solos y creían ver cosas

moverse entre las sombras. Los presos se escondían bajo las mantas y esperaban temblando el amanecer. Un rumor recorría la prisión: el diablo en persona vigilaba las camas esperando a que alguien asomase la cabeza. Verdad o no, cada día descolgaban a un preso del techo de su celda. Nadie veía nada bajo las sábanas, pero todos juraban haber sentido al mismo Lucifer. Lucrecio Torralba Petit no dormía mejor que sus compañeros, podía oír su nombre en cada susurro que arrastraba el aire, y sabía quién le estaba llamando. Padecía insomnio y rezaba por morir, para que le fallase de forma fulminante algún órgano o le creciese un cáncer, para convertirse en el cadáver matinal y salvar la prisión de Belcebú.

8. RUT

Luis Ramón era muy macho y ninguna mujer había tenido jamás queja de su virilidad: un purasangre mejicano que no conocía el gatillazo; no importaba si el amor era voluntario, pagado o forzado. Era narcotraficante y dos pistolas automáticas le colgaban siempre de las axilas, pero su mejor arma la escondía entre las piernas: un ariete siempre dispuesto.

Había llegado a Madrid por negocios —y había ocurrido—. Sus pistolas descansaban en el respaldo de una silla, su ropa tirada en el suelo —y había ocurrido—. Ella miraba sorprendida —y había ocurrido—.

Luis Ramón, sentado, desnudo y encogido en la cama se masturbaba intentando insuflar vida a la lombriz inerme. Ella estaba casi desnuda; solo llevaba unas finas medias verdes y un liguero de encaje rojo. Luis Ramón trataba de hacer fuego frotando entre las manos un tallo sin turgencia. Ella era una profesional y lo había visto muchas veces, pero lo que nunca había visto era a un mejicano llorar. Luis Ramón no logró revivir la serpiente. Ella no logró insuflarle vida con ninguno de sus labios. Luis Ramón apartó la cabeza de la puta de entre las piernas con un manotazo, se estiró hasta la silla y cogió una pistola. Disparó a la prostituta, que murió desangrada sobre las sábanas, al lado de su tanga de encaje amarillo.

Después, Luis Ramón fue a un bar de moda y pidió tequila. Era un local amplio, con las paredes violetas y el mobiliario blanco. Tanta pintura blanca y violeta hacía que todo costase cuatro veces más que en cualquier otro *pub* y que los tipos más pijos de la ciudad ocuparan sus sillas.

¿Por qué había perdido su hombría? Luis Ramón había asesinado a hombres, violado mujeres y cebras, pero nunca había matado a una mujer para silenciar su propia culpa, su fallo, su deshonor.

Se sentó solo en una mesa y pidió una botella. Aquella mujer era alta, morena y con fuego en los ojos, pero había ocurrido. Se servía un vaso de tequila tras otro, absorto en sus pensamientos. Fragmentos de una conversación ajena, a su espalda, le impactaban en los tímpanos. Alguien presumía de su trabajo:

—Estoy cansado. Acabo de llegar de Sidney. Ser piloto es lo que tiene.

Luis Ramón estaba excitado antes de pagarla; antes de salir del bar de citas, su arpón se retorcía inquieto bajo los calzoncillos, mucho antes de llegar al hotel —y había ocurrido—. Otro tequila.

—¡Piloto!, qué trabajo más interesante…

Luis Ramón se desnudó tras cerrar la puerta de la habitación; la bestia estaba preparada. Ella se quitó el vestido en la penumbra. Luis Ramón encendió la luz de la mesilla: le gustaba ver cuando hacía el amor; carne, pelo, curvas, piel… Más tequila.

—Para trabajo interesante el de Andrés, ¿verdad, Andrés?

Ella estaba en ropa interior, sujetador violeta, liguero rojo, tanga amarillo y medias verdes. Luis Ramón sintió esconderse el pene entre las piernas. ¿Por qué había fallado? Tragó tequila.

—Bueno, me dedico al diseño.

¡Eso era! ¡El diseño! La solución llegaba de la mesa vecina. La maldita ropa interior había podido con él. ¿Dónde había quedado la lencería negra?, ¿dónde estaban los sujetadores y bragas conjuntados? Bebió dos vasos más de tequila.

—Sí, sí… ¡Diseña ropa interior!

Luis Ramón acabó la botella. Se levantó y se acercó a la mesa donde dos homosexuales exquisitamente vestidos usaban sus trabajos para intentar ligar y otros dos escuchaban atentos. Desenfundó las pistolas automáticas y vació los cargadores en los cuatro pijos, sin que la cara ropa de marca parase las balas. Tuvieron que morir los cuatro; no sabía quién era el diseñador culpable de su deshonra y quién era el piloto. La sangre roja se extendió en la superficie de las mesas blancas y goteó sobre el suelo violeta.

Luis Ramón ingresó en Topas con una condena de quince años y un propósito de enmienda: no volver a fallar. Y decidió entrenar duro.

Aguardaba paciente en las duchas, a la espera de sus víctimas, y saltaba sobre ellas cuando estaban desprevenidas, con el ariete dispuesto a derribar la puerta del castillo. Luis Ramón tenía claras las ideas: si lograba triunfar con el culo peludo de un hombre, ninguna braga, fuese del color que fuese, volvería a provocar su ruina. Saldría de la cárcel siendo, de nuevo, un macho mejicano.

La historia de Luis Ramón el mejicano la conocía toda la prisión. Acostumbraba a contarla en el transcurso de las violaciones, y luego, al cruzarse con sus doloridas víctimas en el comedor, les susurraba: «Disculpa, hermano. Pero la ropa interior me ha llevado a ser lo que soy».

Pero el objetivo de las violaciones, la filosofía de sus actos y de su sufrido entrenamiento, solo los conocían unos pocos: Lucrecio Torralba Petit, Paco y Alfredo Tascón. Ninguno los aprobaba, sobre todo Alfredo Tascón, harto de sus asaltos en las duchas y sus disculpas con bragas de colores cada mañana.

Si había algo que le daba fuerzas a Luis Ramón para no dejarse vencer por el espesor del vello púbico masculino era contemplar

cada mañana, a lo lejos y entre los rombos metálicos de las alambradas, el patio del pabellón de mujeres. Luis Ramón aprendió, con las imágenes robadas de aquel patio, a abstraerse mientras la bestia trabajaba, sustituyendo cuerpos peludos por sudadas formas femeninas. Alfredo Tascón desarrolló la misma técnica y en más de una ocasión coincidieron recordando a la misma chica en el transcurso de la violación.

9. SAMUEL

Lucrecio Torralba Petit tenía un sueño que no lograba cumplir: morir y aterrizar en el otro lado, en el paraíso, junto a Margarita. Morir era la única manera de despertar de la pesadilla, de que cesasen su maldición y los asesinatos diarios que le señalaban con dedos rígidos. No podía suicidarse, Madrid y su alma dependían de ello…; rezaba pidiendo ser bendecido con una enfermedad mortal.

Para alguien que solo deseaba acomodarse en un ataúd, cumplir los votos de castidad en una cárcel era fácil. No estaba obligado a hacerlo, pues había sido expulsado de la Iglesia católica. Roma le arrancó el alzacuellos y le prohibió llevar sotana por faltar a sus votos en acto de servicio y tener relaciones con una cliente. Aun así, había preferido mantener su juramento: las espaldas peludas no le atraían y no tenía que exculpar su falta de hombría. Él solo había hecho el amor una vez, pero había sido una experiencia irrepetible.

Visitar la valla desde la que se veía a las reclusas en el patio del pabellón de mujeres, en pantalón corto y camiseta, pasó a ser uno de los hábitos de los cuatro presos. Se sentaban detrás de las verjas y contemplaban el paisaje dos veces al día, hasta que su líder les indicaba que era hora de irse. Lucrecio Torralba Petit, el líder, había confesado y escuchado las pasiones de los hombres; sabía que aquel lejano y cercano patio era el aliento diario para muchos presos y no deseaba enemistarse ni generar peleas; controlaba el reloj mientras sus guardaespaldas babeaban.

El líder se equivocaba: podrían haberse quedado a vivir junto a las vallas y ningún preso hubiese osado enfrentarse a ellos; no era consciente de que estaba maldito, de que vivía aislado, junto a sus tres mosqueteros, dentro de una burbuja forjada en miedo. Pero las reclusas desconocían lo que ocurría en la prisión contigua, y hacían gimnasia, corrían, reían o se peleaban en el patio y, a veces, se acercaban a su valla, se pegaban a ella y les sonreían o saludaban.

Controlar el tiempo que pasaban en la valla de las lamentaciones era parte de la monotonía; a Lucrecio no le interesaban aquellos seres borrosos tras su miopía, pero sus secuaces se negaban a abandonarle y no quería fastidiar. Se sentaba en un banco cercano y, mientras ellos contemplaban el baile de las sirenas, releía la carta de la hermana de Margarita con su perdón; le reconfortaba y le daba fuerzas.

Se sentía solo, dentro del heterogéneo grupo que Satanás había creado, por culpa de un problema de comunicación; había sido incapaz de adaptarse a los gustos y modas de la prisión; a las conversaciones sobre fútbol, deporte, sexo o las espectaculares presas del otro patio; unas charlas que no entendía, no le

interesaban o acerca de las que no tenía nada que decir.

10. PÉRMICO

El verano derretía parte del alquitrán del patio; el invierno helaba los delgados charcos que se formaban en la superficie. Los barrotes se revestían de óxido, los cadáveres cubiertos con sábanas cruzaban los pasillos diariamente y en las celdas, repintadas una y otra vez, volvían a surgir caras con ojos vacíos y oscuras bocas abiertas. Los años pasaban, una lúgubre monotonía invadía el alma de los reclusos y el cielo plomizo se asentaba en su corazón. Lucrecio Torralba Petit, incapaz de suicidarse por razones religiosas y por el miedo a los infiernos eternos, oía su nombre cada noche en la niebla fría que se arrastraba por los pasillos cargada de susurros y frases incomprensibles, en el aleteo de los estorninos que anidaban en los tejados; lo veía reflejado en los ojos vidriosos de los cadáveres y escrito en las muecas rígidas de sus bocas.

Para no volverse loco decidió romper la burbuja en la que vivía aislado de sus esbirros, que, a su vez, habitaban dentro de otra que los separaba del resto de una prisión que, a su vez, vivía rodeada de alambre de espinos y aislada de la sociedad; decidió leer los periódicos deportivos y fijarse en las mujeres.

Sus pasos, como todas las mañanas, llevaron a Lucrecio Torralba Petit hasta la valla. No se sentó en el banco, sino que se quedó observando las pequeñas figuras que se movían en el otro patio. O tenía demasiadas dioptrías o sus compañeros exageraban, pensó: era imposible adivinar, a aquella distancia, una cara o la marca de un pezón en una camiseta.

—¡Qué buena está la rubia! —exclamó pinchando la burbuja que le fagocitaba.

Luis Ramón le sonrió con picardía.

—¡Mira el padrecito! Le gustan con las tetas grandes.

No solo los ojos de Lucrecio Torralba Petit se fijaron en aquellas mujeres; algo oscuro atravesó muros, verjas, espinos y alambradas e invadió la prisión contigua.

Una semana más tarde y a la hora de visitas, un aviso resonaba en megafonía: «Atención, Lucrecio Torralba Petit, lo están aguardando en sala cuatro para intercambio vis a vis».

Lucrecio Torralba Petit trataba de enseñar a jugar al ajedrez a Luis Ramón el mejicano cuando oyó el mensaje. Miró hacia los altavoces, arriba, al final de un delgado mástil. Un estornino negro descansaba sobre uno de ellos.

Suponía quién o qué le esperaba en la sala cuatro, pero podía estar equivocado; quizás fuese Cecilia, la hermana de Margarita, que, quizás, aburrida de no recibir respuestas, había ido a visitarle. ¿Cuántas cartas había enviado? Demasiadas. Conocía, de su puño y

letra, su infancia. No había contestado a ninguna. ¿Cuántos años tendría ahora? Unos quince: ya no era una niña.

El estornino graznó desde su atalaya. Lucrecio Torralba Petit volcó su rey en señal de rendición y fue a la galería, al encuentro de alguien o de algo. Paco, que también estaba aprendiendo a jugar, felicitó al mejicano por la victoria con una palmada en la espalda.

—Puerta cuatro a la derecha —le indicó un funcionario de prisiones mirando al suelo, con miedo de enfrentarse a los ojos de aquel que arrastraba el diablo en su sombra.

Lucrecio Torralba Petit no dudó. Abrió la puerta, entró y cerró, como quien salta de un trampolín. Fue tragado por la ballena, como Jonás. La barriga albergaba una sala estrecha, de paredes verdes, alicatadas y sin ventanas; una bombilla roja y desnuda colgaba del techo y una silla y una cama de matrimonio ocupaban casi toda su superficie. Había ropa en la silla y una mujer en lencería aguardaba tumbada en la cama.

—Hola, Lucrecio —saludó la mujer—. Soy un regalo. ¿Quieres desenvolverme? —preguntó ronroneando la presa rubia de la que había hablado con Luis Ramón el mejicano.

Unas braguitas granates envolvían un cavernoso y húmedo regalo; un sujetador, a rayas amarillas y negras, montañas coronadas por duros pezones. Su piel era oscura; el pelo, rubio, ondulado y largo. En la pequeña habitación olía a incienso.

La sensual escena no excitó a Lucrecio Torralba Petit.

—Reconozco tus pupilas —afirmó tajante.

La chica sonrió y abrió las piernas. Unos dedos de uñas largas se sumergieron en las braguitas y acariciaron una vagina oculta.

—Lo que está mal está bien, Lucrecio. Lo que está bien está mal. Toma mi cuerpo —susurró la mujer tocándose—. Te he visto mirarme, sé que lo deseas.

El movimiento de los dedos creaba un pequeño seísmo en las braguitas.

Lucrecio Torralba Petit estaba en prisión por culpa de aquel ser, un ente que se había burlado de él y había asesinado a Margarita, al padre Lorenzo Valdelviro, a Quevin, al guardia de la torreta, a mil ochocientos veintidós reclusos, y del que era siervo, pero notaba el despertar en la entrepierna y se sentía confuso.

¿Se había desvirgado con Ella y eso creaba lazos? Ya no era cura, ya no tenía que cumplir votos y llevaba cinco años encerrado, sin contacto con mujeres…

Su oficio de sacerdote se impuso disipando las dudas. No volvería a ser engañado.

—No te poseeré, ente —afirmó—. Eres el diablo. ¿Quieres matarme?, pues hazlo de una vez. Aquí estoy. Pero no te haré el

amor.

La chica sonrió; tenía las pupilas alargadas de un gato.

—Quién habla de matarte… Eso es lo que deseas. Cumples tu penitencia por exorcista, eres el responsable de una muerte diaria. No te mataré por ahora, te prefiero vivo. En cuanto a lo de hacer el amor…, eso es de lelos: los diablos follamos. ¡Échame un polvo! ¡Fóllame!

Un pezón asomó por encima del sujetador a rayas.

—¡No! Eres una asesina.

—Ah… Ahora me otorgas un sexo —ironizó el ente—; pensaba que los ángeles no teníamos. —Lucrecio Torralba Petit notó cómo una mano invisible le desabrochaba el cinto y le bajaba la cremallera. El pantalón se deslizó hasta las zapatillas—. Eres mi perro, cállate y actúa. Olvida tu moral y reconoce que me perteneces. Además, pillín, mucho hablar, pero estás excitado —susurró la mujer.

Lucrecio Torralba Petit, con los pantalones arrebujados en los tobillos, no podía moverse o tropezaría y caería. Una mano etérea le acariciaba la verga por encima del calzoncillo.

—Es una pena que no me poseas —se lamentó entre suspiros el ente—. Estoy a punto de correrme…

Una fuerza sobrenatural bajó los calzoncillos de Lucrecio Torralba Petit, que permanecía de pie ante la cama. La misma fuerza invisible continuó masturbándole.

—Para, por favor —gimió Lucrecio.

Pero nadie paró. Lucrecio Torralba Petit eyaculó de pie. Gotas de semen alcanzaron las sábanas y las piernas de la poseída, que gritaba y temblaba disfrutando de su orgasmo.

—Has desperdiciado este cuerpo —jadeó el ser—. Espero que el próximo miércoles te atrevas a tocarme.

—No lo haré. Me tentaste una vez. No lo harás dos —contestó Lucrecio subiéndose los pantalones.

—Eres idiota, Lucrecio. Un esclavo disfruta de las migajas que le da su amo. Deberías saberlo. Gocé cuando te poseí en aquel patético exorcismo y me aburro en esta prisión. Además, ha sido idea tuya: tú las miraste.

Lucrecio Torralba Petit se arrepentía de haber tratado de reventar la cebolla que le envolvía.

—No lo haré —repitió Lucrecio—. ¿Acabarás con la población de Madrid y sus mascotas por ello o prefieres matarme?

—Olvídate de morir, te digo. Estás encerrado y Madrid queda lejos —sentenció el ente con una voz de hombre ronca y llena de flemas—. Necesitamos una motivación más cercana… Cada vez que me niegues mataré a tres personas en tu nombre. Sin incluir al

poseído, claro.

* * *

Lucrecio Torralba Petit jugaba al ajedrez en la sala de lectura; era jueves, un día después del encuentro privado del exsacerdote y el ente.

—Tu novia se ha muerto —dijo Luis Ramón el mejicano al párroco en paro con la misma ternura que si le hubiese dicho el menú—. Se volvió loca. Clavó un pincho en el pecho a tres reclusas en el comedor, luego cogió carrerilla, se lanzó contra la pared y se rompió la cabeza. Murieron las cuatro.

Lucrecio Torralba Petit volvió a volcar el rey en el tablero. Se tapó la cara con una mano y lloró mordiéndose los labios. «Tres personas muertas sin incluir al poseído», había anunciado Lucifer. Era su culpa.

La próxima vez tendría que cumplir, prostituirse para evitar muertes inútiles, tendría que ser un hombre, un macho. Se quitó las manos de la cara y miró a Luis Ramón el mejicano. Al otro lado del tablero, Alfredo Galán felicitaba a Paco por su inesperada victoria.

—Luis Ramón…, vuelve a contarme tu técnica para no dar gatillazo. Eso de la abstracción en el coito.

11. REYES

Estimado padre Lucrecio:

Yo estoy bien, espero que cuando leas esta carta todos tus amigos los presos y tú estéis bien.

Sé que hace mucho que no escribo, pero es que me tienes un poco harta. Te he escrito más de ocho cartas en estos años y todavía no me has contestado. Te he contado mis secretos, en parte porque te considero mi amigo y en parte porque como eres cura no se los puedes contar a nadie. He discutido con mis padres por tu culpa, porque siguen pensando que eres un monstruo. Y todo… ¿para qué?, para que no te dignes a escribir. Pues será que tiene muchas cosas que hacer el señor don Importante en la cárcel.

Me ha explicado mi amiga Elena Núñez que en las cárceles no hay estancos para que no fuméis tanto, porque los presos fumáis mucho. Y claro, que no puedes comprar sellos para las cartas. Perdona. Te envío dos sellos para que escribas. Cuando se te acaben mando más. Lo haré poco a poco para que no te los roben los ladrones, que las cárceles están llenas.

Y nada más. Escribe pronto.

Un beso y un fuerte abrazo.

Cecilia.

Miércoles. Habían pasado los siete días. Lucrecio Torralba Petit acababa de leer el último renglón sentado en la cama cuando un joven funcionario de prisiones entró en la celda.

—Tiene visita, padre Lucrecio. Un vis a vis.

Toda la prisión le llamaba padre Lucrecio. Si la Iglesia católica le había despojado de galones, alzacuellos y votos, la cárcel se los había vuelto a coser en la solapa. Su delgada figura y la oscura sombra que proyectaba imponían el miedo suficiente en los corazones de encarcelados, reos o guardianes para nombrarle cura, obispo o papa, lo que fuese necesario para evitar la cólera de la mano derecha del infierno.

Lucrecio Torralba Petit dobló la carta, la guardó en el sobre y la dejó bajo el colchón con el resto de la correspondencia. Ocho cartas de Cecilia y dos de Gema, la hermana del padre Lorenzo. Se tumbó en la cama, cogió un libro de gramática griega y comenzó a leer.

Lucrecio Torralba Petit estaba nervioso y tenía miedo. Sabía que era un siervo de Satán, pero no quería encontrarse con él; además, no concebía el sexo sin amor. Tenía un plan. Si daba la espalda a los antojos de su amo, este se enfadaría y lo mataría liberando su alma.

Había decidido que su destino no podía estar en manos de un ser demoniaco, había decidido luchar, enfrentarse a él y salvar el alma.

Y ese era el camino: despreciar el encuentro y morir asumiendo cuatro víctimas colaterales. Tres personas por desoír la llamada eran demasiadas, pero podría con ello si Lucifer se enfadaba y le incluía en el lote; todos los datos eran relativos para un amante de la estadística. El ser asesinaba una persona al día desde hacía años, si la cárcel no se vaciaba era porque los ingresos no cesaban; no obedecer al maligno solo suponía cuatro días, cuatro vidas.

Tras cinco años sometido a la voluntad de Satanás, tenía la oportunidad de hacerle frente, cabrearle y morir. Superaría las cuatro muertes porque conservaba su fe. No doblegaría, de nuevo, la rodilla ante un ser de las tinieblas.

El altavoz volvió a anunciar su cita. Lucrecio Torralba Petit no se concentraba en la lectura, pero no se movió de la cama.

Lo habían discutido en el patio: no le gustaban las películas en las que al rescatar al rehén morían más salvadores que personas liberadas, y no entendía que una sola vida importara más que la suma de las desperdiciadas por llevar al secuestrado de nuevo a casa… Las películas de Chuck Norris eran ilógicas, pues todas las vidas tenían el mismo valor. Y ahora, ¿lo estaba haciendo él? ¿Su vida por la de cuatro?, ¿por cabrear a un demonio?, ¿por orgullo?, ¿por miedo? No, él estaba imitando a su salvador y antiguo patrón, estaba ofreciendo su muerte para liberar la prisión de las funerarias matinales. Estaba exorcizando, con su vida, el recinto carcelario de Topas.

Las horas pasaron. Ningún guardia volvió a entrar en la celda, ningún anuncio resonó por megafonía. Pasado un tiempo, formaron en el pasillo y bajaron a cenar.

Las noticias se transmitían entre murmullos por las mesas: la presa que le esperaba había muerto ahogada en la sala de intercambios, se había metido la mano derecha por la boca hasta el esófago, hasta el codo. En la celda contigua, un preso había estrangulado a su mujer y luego se había reventado la cabeza con la pata de la cama.

Tres, contó el padre Lucrecio: el poseído diario y dos más, faltaba uno. Satanás no olvidaría su desplante, le consumiría la ira y volvería a asesinarle y liberar la prisión. Con suerte, sería el cuarto.

Pasaron dos meses, los que se suicidaron fueron cincuenta y nueve, uno cada noche; uno de los meses era febrero.

¿Satanás no estaba enfadado? ¿Se había olvidado de él y de su cuarta víctima? ¿Había fracasado el plan de Lucrecio Torralba Petit?

CONDENADO A CONTINUAR SIN ILUSIÓN,
LA EXISTENCIA SE TORNA EN TORTURA.
¡CLONG!
STOP

12. CARBONÍFERO

Estimado Luc:

Si no te importa, a partir de ahora te llamaré Luc, y si no dices nada en contra, entenderé que te gusta. Lucrecio es muy largo y padre no me gusta, me recuerda al mío, barrigón y triste, y tú eres una persona muy distinta.

¿No te han llegado los sellos? ¿Y por qué no escribes? Elena Núñez dice que no tenéis buzones ni gatos porque en la cárcel solo hay hombres y estáis muy embrutecidos y los usáis para masturbaros. He intentado imaginarte con un buzón, pero me cuesta creerlo, y no entiendo por qué…, después de lo que te vi hacer con mi difunta hermana.

Dale mis cartas al cura o al médico de la prisión, que ellos ya encontrarán un buzón limpio en el exterior.

Un beso.

Cecilia.

Lucrecio Torralba Petit consiguió globos de colores, Paco y Luis Ramón fabricaron confeti recortando revistas viejas y dejaron al cura ensimismado con la decoración.

Alfredo Tascón se secaba en las duchas cuando Paco y Luis Ramón le atacaron. Se turnaron para sujetarle y ambos abusaron de él, de uno en uno.

—Te vamos a echar de menos —dijo uno con acento mejicano.

—De verdad —le costó añadir a Paco.

Alfredo Tascón se levantó del suelo, se volvió a duchar y se encontró, al volver a la celda, con los globos colgando de las literas y los barrotes. Tenía el pelo aún mojado.

—¡Felicidades! —exclamó Lucrecio Torralba Petit tirando el confeti—. Mañana te vas a casa.

—Sí…, mañana, por fin. Cinco años. ¡Qué largo se me ha hecho! Y eso que me han quitado alguno por buena conducta.

—¿Unas copas de coñac y una partida de ajedrez para celebrarlo?

—Me parece bien. Además, a tu lado nadie se atreverá a…, despedirse de mí.

Lucrecio Torralba Petit no quiso entender la frase. Sacó una botella, dos vasos de plástico y colocó el tablero de ajedrez y las piezas sobre una mesilla metálica. Alfredo Tascón se secó el pelo con la toalla y se sentó ante el tablero.

—A tu salud. Que todo te vaya bien ahí fuera —brindó Lucrecio Torralba Petit levantando el vaso.

—Gracias. —Alfredo Tascón imitó el gesto y bebió el coñac de un trago.

Lucrecio Torralba Petit acabó su vaso y sirvió otra ronda.

—Mira, he recibido otra carta de Cecilia esta mañana —dijo Lucrecio sentado en la cama frente a Alfredo Tascón. Le pasó un sobre abierto—. Léela, te hará gracia. Cree que en la cárcel nos follamos los buzones.

Alfredo Tascón sonrió y leyó la carta. Lucrecio Torralba Petit jugaba con piezas blancas. Se concentró en el tablero. Movió un caballo. Esperó la respuesta de las negras. No llegaba, Alfredo Tascón era muy lento al ajedrez. Lucrecio levantó la mirada: su rival seguía concentrado en la carta y sonreía sin hacer caso al juego. Alfredo Tascón miró directamente a los ojos del cura.

—Así que estáis tan salidos que no respetáis ni los buzones ni los gatos —comentó sonriente Alfredo Tascón.

Lucrecio Torralba Petit notó un familiar erizamiento del vello.

Cuatro, pensó.

—Y no hubiese sido más lógico, digo yo, ¿hacer el amor con una mujer ardiente antes que con un gato, un buzón o un enchufe, Luc? ¿Por culpa de un gato has matado a tres personas?

Cuatro, se repitió Lucrecio Torralba Petit. Cuatro.

Las pupilas de Alfredo Tascón habían perdido su forma redondeada y ahora eran alargadas y acabadas en punta, como un kiwi seccionado.

—Sí, lo has adivinado, soy el número cuatro. Soy un «hombre» con palabra.

Lucrecio Torralba Petit tragó saliva. Satanás tenía que estar irritado: no se acostumbraba a que le llevaran la contraria. Si le tocaba las narices acabaría con su vida, su tortura, y liberaría la prisión.

—¡Cuatro! Habrás asesinado a cuatro personas tú solo —replicó Lucrecio Torralba Petit—. Yo no tendré nada que ver. No me arrodillé. Me burlé de ti y te dejé plantado como una bellota el día del árbol. —Alfredo Tascón sonreía—. ¡Tu presencia me da fe!, ¡tu existencia me hace fuerte! —gritó Lucrecio Torralba Petit—. Tu reino de terror me infunde valor. Has perdido. —Alfredo Tascón permaneció inmóvil en la silla sin hacer desaparecer la insidiosa sonrisa de los labios—. ¿Estás sordo? ¡Demonio estúpido! Gracias a ti sé que Dios existe. Si hay tinieblas ha de existir luz. —Alfredo Tascón bostezó mientras su oponente se enardecía—. ¡Si hay oscuridad, también hay luz!

—Puede… —contestó al fin un Alfredo Tascón endemoniado—. Aunque la existencia de algo no implica la existencia de lo contrario. Alguien dijo que la oscuridad no existe, simplemente es que no llega la luz. Pero dejemos este apasionante tema de debate. Lo que nadie te va a discutir es que el mal sabe leer.

—¿Quién es Cecilia? ¿La hermana de Margarita? —preguntó mostrando la carta que sostenía en la mano—. Tiene que ser toda una señorita. ¿Cuántos años tendrá?, ¿dieciséis? ¿Es bonita?

Lucrecio Torralba Petit palideció.

—Mátame, por favor —suplicó—. Mátame y déjame reunirme con mi creador.

—No sé si te gustaría lo que ibas a encontrar. Además, no te quejes tanto —replicó Alfredo Tascón con tono amigable—. ¿No dijo tu dios que aquí hemos venido a sufrir? ¿Tienes fotos de Cecilia? ¿Tiene buenas tetas?

—Por favor…

—¿Por favor? Lucrecio…, te propuse una cita y me rechazaste; entiende que esté dolido. ¿Si poseo a Cecilia querrás tener un vis a vis conmigo?

—¡Por favor! —lloró Lucrecio—. No le hagas daño.

—No se le voy a hacer. La voy a poseer para que tú puedas hacer lo mismo.

Las imágenes de la familia de Margarita explotaban en la cabeza de Lucrecio Torralba Petit como fuegos artificiales: la mirada del padre, el aullido de dolor de la madre, las manos temblorosas de una niña. Las lágrimas le hacían ver borroso, gemía, tragaba mocos. Recordó los insultos de la madre en el juicio, al padre hundido y con mirada ausente encogido junto a ella… Por eso no había escrito. No quería hacer más daño: ya habían sufrido bastante. Los mocos le dificultaban la respiración y se los limpió con la manga.

—Ya tendrá tetas, ¿no? ¿Será virgen o la desvirgaremos nosotros?

«¿Quieren un café antes del exorcismo?», había preguntado la madre de Margarita. Y se lo habían tomado, dos tazas, con mucho azúcar, porque los exorcismos eran un juego de niños, un jaque pastor… El padre sollozaba con pena cuando se dictó su sentencia…

—Al corro de la endemoniada… —comenzó a recitar de memoria Lucrecio.

Alfredo Tascón soltó una carcajada.

—No me vengas con eso; sabes que conmigo no funciona. ¿A qué edad se depilan las ingles?

Lucrecio Torralba Petit se dejó caer de la cama y sin parar de llorar se arrodilló.

—¡Por favor! No le hagas daño… Haré lo que quieras. No volveré a dejarte plantado.

Alfredo Tascón apartó de una patada la mesilla, que salió disparada hasta el inodoro; las piezas de ajedrez aterrizaron de pie y ordenadas en dos filas, las figuras blancas y negras entremezcladas, con los peones ocupando la primera fila. Se inclinó

desde su silla y miró fijamente a Lucrecio Torralba Petit.

—No sé si creerte. Necesitas un escarmiento.

—¡Por favor! —Lucrecio, con los ojos llenos de lágrimas y el labio superior repleto de mocos verdes, se enfrentó a los ojos felinos del ente—. ¡Por favor…!

—Está bien —aceptó sonriendo Alfredo Tascón—. Te probaré. En nuestra última cita fui a buscarte con una presa joven y bonita, de veintidós años. Creí que era tu tipo, pues se daba un aire a Margarita. Pero no quisiste usarla. Resolvamos el encuentro. Eliminemos la tensión sexual acumulada. Háztelo conmigo ahora, en este instante. Folla a tu compañero de celda.

—¿Es eso lo que deseas? —preguntó Lucrecio sin disimular el asco.

Se levantó y se quitó los pantalones. Alfredo Tascón hizo lo mismo y se puso a gatas sobre la litera inferior, mostrando el culo.

Lucrecio Torralba Petit vio dos papos peludos, un ano arrugado como una pasa en el centro y dos kiwis colgando entre las piernas. Se acercó a su objetivo. Recordó a Luis Ramón el mejicano y su filosofía de la abstracción. Necesitaba salvar a la familia Esteban. Abstracción y excitación…, dos cosas muy difíciles de conseguir ante un campo de aterrizaje lleno de pelos enmarañados y restos de papel higiénico.

Los sentidos nos engañan, se decía, la realidad no es lo que percibimos, no nos podemos fiar de ellos…, eran las ideas del Platón mejicano: las había estudiado en el seminario. Cerró los ojos; ante él no estaba Alfredo: era Margarita la que aguardaba. Intentó despertar con la mano un pene chicloso. Nuestro mundo es una copia mala de cosas perfectas. Aquel culo era hermoso, era el de Margarita.

Siguió jugando al acordeón con la mano derecha y apoyó la izquierda en la espalda peluda de Alfredo Tascón. Alfredo Tascón reía con la cabeza sobre la almohada.

Era un culo perfecto, un culo perfecto, se repetía. Había prometido no practicar sexo anal… Había prometido tantas cosas: no hacer caso al ser demoniaco, no arrodillarse ante el mal… El movimiento continuo y persuasivo de la mano consiguió despertar de su letargo a la pequeña ballena blanca. Abstracción. Era un culo perfecto.

Abrió los ojos para enfocar al objetivo; abstracción. El escroto colgaba en forma de pera. La ballena blanca huyó dentro de la cavidad abdominal, sus dedos sujetaban un pellejo flácido. Platón era un gilipollas y Luis Ramón el mejicano, un obseso sexual.

—No puedo —gimoteó Lucrecio.

—Si das gatillazo, no habrá trato —susurró el ser endemoniado

y peludo.

Lucrecio Torralba Petit cerró los ojos y se masturbó rápido, con energía. No consiguió arrancar la motosierra. Le fallaba la abstracción.

—Por favor… —suplicó Lucrecio con los ojos cerrados—. No lo consigo, no me atraen los hombres. No logro abstraerme. ¿Puedes engañar mi percepción como hiciste en aquella habitación?

Nadie le respondió. Siguió masturbándose con los ojos cerrados. Abstracción, necesitaba mucha abstracción. De repente olía a azahar y rosas.

En la cama, desnuda, le esperaba Margarita Esteban González. Sonreía. La mano de Lucrecio Torralba Petit dejó de rodear un pellejo muerto, la sangre le fluía bajo los dedos, llenaba cavidades y preparaba el submarino para la inmersión y la guerra. Se sentó junto a ella. La besó.

—No tienes idea de cuánto te he echado de menos —susurró amorosamente, besándole el cuello.

Hicieron el amor tres veces, practicaron todas las posturas imaginables y se chuperretearon los sexos. Sus masculinos gemidos de gozo se oyeron en todo el pabellón.

Al amanecer Lucrecio Torralba Petit se quedó dormido entre los delicados brazos de Margarita Esteban González, que no los fornidos brazos de su doblemente poseído compañero de celda.

—Hasta el miércoles —le susurraron en el oído—. Ya que la vida de tres reclusos no te importa, cambiaremos el trato; si fallas, mataré a Cecilia.

Alfredo Tascón nunca alcanzó la libertad. Cuando Lucrecio Torralba Petit despertó le encontró en el suelo muerto y rodeado de babas. Se había tragado las piezas de ajedrez y había muerto intoxicado por el atracón de metales pesados de la pintura blanca y negra.

Lucrecio Torralba Petit se quedó sin ajedrez y sin compañero de celda. La administración decidió que era más sano tratar de no molestar al recluso.

PUEDE QUE ME MANTENGA LA ESPERANZA DE ENCONTRAR A OTRAS PERSONAS.
ESO O EL NUEVO MARCAPASOS QUE ME PUSIERON CON LAS PILAS DEL CONEJITO DE "DURATEL".
QUE DURAN Y DURAN...

13. CRÓNICAS

Antonia Galán Cantueso entró en la habitación de su único hijo, Alfredo, y se sentó en la cama. Chuchín, un pequeño perro chihuahua que había comprado para que le hiciera compañía, entró tras ella y saltó sobre la colcha.

El teléfono la había sorprendido pintándose la raya del ojo, a primera hora, antes de ir a trabajar. Su hijo, Alfredo Tascón Galán, se había suicidado en el centro penitenciario donde había ido a parar por culpa de las drogas.

No tuvo que ir a la cárcel o al hospital; el padre de Alfredo se encargó de los trámites. Antonia llamó al instituto para decir que no acudiría por asuntos personales y se sentó frente a la televisión, con Chuchín en el regazo, y vio todos los programas del corazón y prensa rosa que pudo. Se cortó las uñas, las limó y se hizo la manicura completa.

La muerte de Alfredito era un verdadero problema. Eran católicos, y un suicidio en una familia tan religiosa como la suya era un escándalo. Se suicidaban los desgraciados y los infelices, no los miembros de una familia acomodada y católica. Las drogas, la culpa era de las drogas. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de que su hijo era toxicómano? (ya había olvidado que las drogas eran suyas). ¿Cuándo se había descarriado? ¿Cómo podía un hijo portarse tan mal con su propia madre? A veces, era mejor que el Señor se los llevase de niños: martirizaban menos y reducían los temas de conversación del vecindario.

Se consoló; saldría adelante. No era la primera vez que Alfredito la dejaba en evidencia y la convertía en foco de cotilleos. Había ocurrido antes, cada vez que le echaban de un colegio; cuando gritó en mitad de la sala de profesores que el director lo había violado, cuando se enganchó a las drogas y celebró una orgía en casa. Alfredito había salido a su padre: esa era la explicación lógica, la que se veía obligada a dar cada vez que le hacía sonrojar y pasar apuros en público. El padre…, menudo monigote; no entendía cómo alguna vez había estado con él; desde luego no fue amor: ella nunca se enamoraría de un tipo con tan poco encanto; la juventud, sin duda, era así de loca. Lo dejó un día porque se levantó y decidió que tenía que hacerlo. Un impulso. Sabía que iba en contra de la moral católica, pero decidió saltar la tapia y divorciarse. Con Alfredito muerto, la relación con su exmarido se rompería, dejaría de verle, a él y al mamarracho con el que se había casado. Qué poco carácter, qué miedo a la soledad. A la semana de separarse ya se paseaba por mitad del Espolón con un cubano musculoso, cogidos de la mano. Se tiró al cuello de lo primero que se tropezó; era un

enfermo, no como ella, que había preferido estar sola y dedicar su vida a Alfredito. Ahora, sin Alfredito, ese cerdo dejaría de enviar el cheque de la manutención, se escudaría en sus derechos, en la muerte de su hijo. ¡Hipócrita, fariseo, falso!

Dejó el sofá para ir al servicio. Al regresar entró en la habitación de Alfredo y se sentó en la cama. Abrió un armario lleno de ropa. Miró a través de la ventana por la que Alfredito veía el cielo. Volvió a sentarse en la cama. Acarició a Chuchín.

Su hijo era un desagradecido: suicidarse el último día, justo antes de salir, cuando ya le había apuntado a un centro de desintoxicación y a convivencias en la parroquia. ¿Le devolverían el dinero? Cada vez estaba más convencida: era mejor un perro fiel que un hijo ingrato, un perro cariñoso que un amante. Seguiría adelante, como Escarlata O'Hara.

Miró hacia el armario. La habitación estaba vieja, necesitaba un cambio. Renovaría el mobiliario y daría la ropa de Alfredito a los negritos.

Llamó a su amiga, la rubia de cejas negras, y se fueron de compras a Ikea.

* * *

Si alguien hubiese sido tan insensible de preguntar a Antonia Galán Cantueso, en un momento como aquel, si la muerte de Alfredo le había venido bien o mal, y ella hubiera sido por una vez sincera, no habría sabido qué contestar. Por una parte, había ganado una habitación y sus conocidos la trataban con respeto y dulzura. Por otra, había perdido la asignación mensual del padre y un suicidio era una deshonra, un acto de cobardía. Si en esa misma e hipotética entrevista le hubiesen dado a elegir entre su hijo o su perro Chuchín, habría preferido al perro. Y si le hubiesen hecho definir el año con una sola palabra, con el suicidio de Alfredo incluido, habría exclamado: ¡fenomenal! Porque ese mismo año y para desdicha de Chuchín, Antonia Galán Cantueso descubrió el amor.

Antonia Galán Cantueso encontró el amor en el fondo de un bar dos meses después de la muerte de Alfredito, cuando su amiga y ella hacían la ronda semanal en busca de los últimos latifundistas, al tiempo que Chuchín abría con la patita un cajón de la mesilla, saltaba dentro y orinaba, celoso, sobre los sexos de látex. El usurpador del trono de Chuchín bebía en la barra, llevaba el pelo relamido y peinado hacia atrás, gafas de sol apoyadas sobre la gomina, un pañuelo con lunares al cuello, camisa rosa desabotonada mostrando los pelos del pecho, vaqueros y botas de cuero camperas.

Se inició el ritual de cortejo. Antonia y su amiga teñida bailaron a su lado contoneando sus esféricos cuerpos, mirándole y creando remolinos en el humo al parpadear sus negras, largas, rígidas, postizas y repintadas pestañas. Él sacó pecho, metió tripa y adoptó la pose del palomo. Se acercó y bailó con ellas, las agarró por la cintura o por donde debía estar, les susurró cosas al oído y acabó en una mesa con las dos, bebiendo copas elaboradas con licores de marca extranjera.

—¿Eres torero? —preguntó Antonia Galán Cantueso.

—No —respondió él.

Al ver la cara de descontento en las chicas, rectificó.

—Pero conozco muchísimos. Soy ganadero, de Salamanca. Tengo una ganadería de toros de lidia. Mil hectáreas de dehesa, encinas, vacas y cerdos ibéricos.

Con esa declaración las enamoró.

Los bares y las copas desfilaron ante ellos, los zapatos de tacón resistieron. Amanecía y la presa repeinada, Agapito Carnicero Tabernero, no prestaba atención a Antonia, conversaba con su amiga acariciándole la cintura con una mano y con la otra el pelo. La amiga cerró los ojos, Agapito atacó. Se besaron.

Antonia Galán Cantueso no había conseguido seducir al señorito charro, había perdido la guerra y el latifundista no aterrizaría en su cama. Perseverante, aprovechó el palpamiento de lenguas de los nuevos amantes y echó pastillas con dibujos de calaveras en sus copas. La policía había requisado la droga de su piso cuando detuvieron a Alfredito, su hijo había muerto y el tiempo había pasado, pero los hábitos permanecían y los alijos que se incautaban en el instituto acababan en su mesilla, e incluso se había hecho con un revólver. Antonia Galán Cantueso usó por cuarta vez pastillas de las que hacían perder la voluntad.

Los limacos se despegaron y, sedientos, tomaron la poción. Antonia Galán Cantueso aguantó estoicamente los besos apasionados, tratando de entender qué veían los hombres en una mujer como su amiga, teñida, vieja, mal cuidada y gorda. Cuando por fin el bebedizo hizo efecto, ordenó a su amiga enrollarse con el camarero, que era bajo, calvo, bizco y cabezón, y a su nueva conquista acompañarla a casa.

Se vistió su mejor lencería, encerró a Chuchín, que no paraba de ladrar, en el cuarto de Alfredito, y reclamó a Agapito Carnicero Tabernero que le hiciera el amor, repetidas veces. Para que no aflojase, le alimentó con cocaína y pastillas de Viagra. Era increíble las cosas que llevaban los chicos al instituto.

Antonia Galán Cantueso se despertó desnuda y boca arriba en la misma cama que un exhausto latifundista. Chuchín, que se había

fugado de su prisión, le lamía solícito la entrepierna. Dejó jugar un rato a Chuchín. Agapito Carnicero Tabernero roncaba: demasiado sexo, alcohol, drogas y pastillas. La lengua de Chuchín excitó a Antonia, que apartó con cariño al perro y se apretó contra su hombre. Chuchín gruñó disgustado.

Agapito Carnicero Tabernero oía los gañidos de un perro y sentía una mujer desnuda pegada a su cuerpo. Sus recuerdos eran borrosos: sexo, muchísimo sexo, en muchas posturas distintas, y un perro lamiéndole los testículos. Levantó la cabeza y vio a la mujer y al perro. Era de día y le dolía la cabeza. Sintió los labios de la mujer, notó su cuerpo desnudo, sus pechos asimétricos y su tripa prominente. Palpó su culo enorme, sus grasientas asas del amor, los pliegues sebáceos que le recorrían los muslos, y se avivó.

Desayunaron juntos, se intercambiaron los teléfonos, quedaron para ir al cine esa tarde y se despidieron con un apretón de manos y un beso tímido.

A la hora convenida se encontraron en la puerta del cine y se saludaron con dos besos en la mejilla, se cogieron las manos en la oscuridad y al acabar la película fueron a tomar un café descafeinado. Agapito habló de fútbol, Antonia de prensa rosa. Pasearon por las calles y quedaron para cenar el fin de semana siguiente.

Tras siete días de nervios y largas charlas telefónicas, se vieron en el restaurante y se saludaron estrechándose la mano. Cenaron, tomaron una copa y Agapito la acompañó hasta casa. Se besaron con torpeza en el portal y Antonia le invitó a subir y tomar un último trago. Hicieron el amor sin drogas, y se hicieron novios.

Agapito Carnicero Tabernero no era latifundista ni torero, era profesor de griego. Su forma de vestir se debía más a la asignatura clásica que impartía que a su pertenencia a la jerarquía social de la peineta y el toro de lidia. Casado, sin hijos y vecino de Salamanca, acababa de divorciarse. Había pedido destino en otra ciudad tratando de no arrastrar su pasado. Agapito Carnicero Tabernero, un tipo solitario, creía que todo se podía superar, pero que si uno se alejaba de los problemas, se solucionaban antes. También pensaba que el ser humano solo podía llegar a la felicidad por parejas. El hombre necesitaba una mujer a su lado para llegar a ser feliz, y la mujer, a su vez, un hombre. Pero una cosa era la teoría y otra la práctica; en su caso, por ejemplo, todo había salido mal, ni su mujer ni él habían logrado ser felices, y habían decidido separarse.

Tenía cincuenta y cuatro años y había tenido tres parejas: la primera en el instituto, la segunda en la mili, y con la tercera se había casado; con ninguna de ellas había logrado hacer realidad su teoría. Pero Agapito Carnicero Tabernero era fiel a sus ideales y

sabía que si no encontraba una mujer con la que compartir la vida, no alcanzaría la felicidad.

Enseñar lenguas muertas le hacía vestir a la moda de seres difuntos y practicar el olvidado arte de la filosofía. Filósofo por proximidad a los textos griegos que leía en clase, se definía como un seguidor del gen primigenio. Para saber si algo era correcto, retrocedía en la evolución diez mil años, hasta el hombre de las cavernas, y se preguntaba cómo habrían actuado en una cueva y rodeados de nieve, barro y peligrosos dientes de sable, los primeros *Homo sapiens*. ¿Podía el hombre ser feliz sin una pareja? No, porque se aburriría en la cueva por la noche. ¿Podía el hombre tener más de dos mujeres? No, pues tendría que cazar demasiados antílopes para alimentarlas, y además tendría que aguantar a sus madres. ¿Era más lógico tener mujer y amante? Tampoco: tendría que cazar para dos familias, mantener dos cuevas y aguantar a dos mujeres preguntándole si había afilado el hacha, si se había puesto las mismas pieles de la semana anterior…

Por culpa de esta arraigada filosofía, Agapito se declaró a Antonia en el desayuno. Apartó las migas de la mesa, le cogió la mano y le explicó que el hombre solo podía ser feliz en compañía de la mujer. Que se había equivocado antes, pero que ella era diferente, que en sus ojos veía bondad y amor. Que la estadística del fracaso estaba de su parte y que equivocarse cuatro veces seguidas de pareja era casi imposible.

Una semana después ya vivían juntos. Antonia Galán Cantueso tiró la mesilla con los vibradores, la droga y la lencería; solo guardó el revólver (cada día había más ladrones). Compró ropa interior de mujer decente, color carne o estampada y de vivos colores, y dio cobijo, amor y sexo a Agapito Carnicero Tabernero. No tuvo que volver a drogarlo.

Un mes más tarde, y para que los vecinos no dudasen de la virtud católica de Antonia Galán Cantueso, se casaron por lo civil, ella con traje de novia y de blanco. De luna de miel fueron a Argentina. Visitaron glaciares, selvas, volcanes y cataratas, y en el calor de las playas, bajo la sombrilla, Antonia le preguntó que cuándo la iba a llevar a Salamanca a ver su ganadería de toros bravos. Agapito le explicó, riéndose, que ni él ni nadie de su familia tenían vacas, que eran de La Armuña, meseta plana, y que sus padres cultivaban lentejas. Y vio que en los limpios ojos de su mujer se había extinguido la pureza; más bien rezumaban odio.

—¡Embustero! —gritó arrojándole su bebida tropical en la cara —. ¡Me has hecho quedar en ridículo! ¡Se lo había contado a todo el mundo!

Antonia Galán Cantueso se fue llorando a la habitación del

hotel. Una ballena saltaba en el horizonte.

Agapito Carnicero Tabernero sintió un escalofrío. ¿La estadística había fallado? ¿Estaba Antonia con él solo por la ganadería…? Entonces tenían un problema.

Tumbado en la hamaca, acabó su cóctel. Lucharía por la felicidad de ambos. Porque creía en lo que había visto en los ojos de Antonia, porque creía en la estadística.

Regresaron a Burgos. Antonia Galán Cantueso no dijo a nadie que su marido no era ganadero; al contrario: cada vez que salía el asunto, muy a menudo, las hectáreas de la finca y el número de animales se habían multiplicado.

Por su parte, Agapito Carnicero Tabernero intentó recuperar el corazón de su amada. La llevó a las actuaciones culturales del Teatro Principal, a las mejores películas y a las exposiciones que visitaban la ciudad; los fines de semana recorrieron la geografía ibérica: los hayedos rojos de Irati, la cornisa cantábrica y San Onofre de la Barquera, el románico palentino, la sierra de la Demanda y las cuevas de Ojo Guareña.

Agapito Carnicero Tabernero se conmovía en el cine, se sentía minúsculo ante los acantilados y el mar que rodeaban una pequeña ermita, y breve como la otoñada de los abedules. Y cuando ocurría, apretaba con fuerza la mano de Antonia Galán Cantueso intentando transmitirle sus sensaciones. Entonces, Antonia le miraba a los ojos y decía: «Me aburro, esto es un rollo». O bien: «Me aburro. Vaya mierda que me estás haciendo tragar».

Agapito Carnicero Tabernero regresaba a casa cabizbajo y ponía la mesa mientras su amor se desmaquillaba; cenaban, fregaba, barría e iba al salón, donde Antonia le esperaba en el sofá con la televisión encendida y Chuchín enroscado entre las piernas. Agapito se sentaba en un sillón apartado; si intentaba sentarse junto a ella, Chuchín gruñía, enseñaba los dientes y lanzaba dentelladas.

Agapito Carnicero Tabernero no se dio por vencido y siguió confiando en la estadística: era casi imposible equivocarse cuatro veces al elegir una pareja. Visitaron ciudades, y fueron a Europa en vacaciones. Pero nada cambió.

—¡Esto es un rollo! ¿Quieres torturarme?

Nueve meses después de la boda, Agapito Carnicero Tabernero resolvió el problema, despejó las incógnitas y supo qué era lo que no funcionaba bien en Antonia Galán Cantueso. Cenaban en la cocina y Chuchín esperaba entre las patas de las sillas algún trocito de filete.

Habían sido demasiados viajes, demasiadas películas. Demasiadas cosas bellas ante las que tendría que haber reaccionado; y agradecer el esfuerzo de llevarla, y pedirle perdón, y

hacer el amor… Pero no había ocurrido. Si un hombre de las cavernas se enfrentase a una situación como aquella, a una mujer que no follaba, no sonreía, gritaba mucho, y gruñía cada vez que la sacaba a cazar ranas o la sentaba en la entrada de la cueva a contemplar las estrellas… A una mujer ingrata, ¿qué habría hecho? Dársela para merendar al dientes de sable. Pero, por una vez, se habría equivocado, porque los cromañones no conocían la ciencia. Lo que ocurría con Antonia Galán Cantueso ya lo había explicado Platón hacía mucho tiempo: sus sentidos la engañaban, estaba ciega, aunque veía. Sus ojos captaban una cosa e interpretaban otra. Antonia Galán Cantueso había visto los paisajes que habían recorrido, las iglesias, los bosques y las ciudades, pero sus estropeados globos oculares le habían transmitido al cerebro un mensaje erróneo y muy monótono: por eso se aburría.

Agapito se levantó. Se situó detrás de la silla de Antonia y le acarició el pelo. Esos ojos que tanto le habían fascinado. Le sujetó la cabeza con fuerza con el brazo izquierdo. Lo que había visto brillar no era pureza, era un cáncer, un tumor, un glaucoma metafísico. Tenía una cuchara en la mano derecha.

Con un rápido movimiento empujó la cuchara por el borde interior de uno de los ojos, y la cuchara se hundió en el cráneo dentro de la cavidad ocular; realizó un giro de muñeca y extrajo el ojo como la bola de un helado de cucurucho. Repitió la acción con el izquierdo. Antonia Galán Cantueso gritaba intentando liberarse.

Sin percepciones erróneas Antonia sería feliz; sus otros sentidos suplirían el que faltaba. El globo ocular izquierdo salió limpio, cayó en la mesa y rebotó como una pequeña pelota de golf. Agapito Carnicero Tabernero volvió a sentarse y acabó su cena. Sería sus ojos, su faro en la niebla. Antonia Galán Cantueso palpaba la mesa buscándolos.

—Se te va a quedar fría la sopa, querida.

Después de cenar se sentaron en el sofá; Agapito Carnicero Tabernero le leyó el periódico mientras escuchaban música clásica. Pusieron los ojos en hielo y los donaron para trasplantes.

Unas semanas más tarde, Agapito Carnicero Tabernero entraba en la cárcel de Topas condenado por intrusismo profesional al realizar cirugías sin estar colegiado.

La práctica ilegal de la medicina era una de las condenas que más repulsión producían entre los funcionarios de prisiones, y decidieron darle un castigo ejemplar: encerrarle con su preso más temido y peligroso, Lucrecio Torralba Petit. Agapito acabó ocupando la misma litera que su hijo adoptado después de muerto, Alfredito Tascón.

—Hola —se presentó al entrar en la celda—. Mi nombre es

Agapito. Y estoy preso por ser fiel a la filosofía. Fuera hay una mujer que me espera y me quiere.

—Encantado, yo soy Lucrecio. Y soy un siervo de Satán.

Y la vida continuó su curso: Chuchín volvió a ser el rey de la casa y Antonia Galán Cantueso, enamorada, arrancaba hojas en el calendario esperando la puesta en libertad de su marido. Irían al campo, pasearían y él sería sus ojos; por la noche, harían el amor. Agapito Carnicero Tabernero acertó: la maldad que corroía a su amada, y que él había sido incapaz de ver al principio, residía en sus ojos.

Los ojos acabaron en una nevera a la espera de dos trasplantes, pero la sanidad pública es tan lenta que no fueron injertados hasta casi un año más tarde, cuando ya soltaban un tufillo desagradable.

14. DEVÓNICO

Estimado Lucrecio:

No dejo de rezar un solo día por tu alma y la de mi hermano Lorenzo, que Dios tenga en su gloria. Sé que eres inocente de las atrocidades de que te han acusado, que mi hermano y tú erais cruzados de Dios. Fui testigo muda de vuestro duro entrenamiento en Cordiñanes. Os vi entrenar sumergiéndoos en el purín de los cerdos, meditar y estudiar antiguos libros y rezos.

El Mal os tendió una trampa. Perdimos a Lorenzo y a ti te trataron como a un criminal, te expulsaron del seno de la Iglesia y te encerraron en prisión. No desesperes, mi querido Lucrecio, que el bien triunfa. Dios está contigo y no te abandonará.

Te envío unos chorizos. Si quieres cualquier cosa, no dudes en escribirme.

Tu amiga,

Gema Valdelviro Arza

Estimada Gema:

No sé cómo agradecer tu carta. Me considero inocente de la muerte de Margarita, pero todos me señalan con el dedo y, a veces, dudo. Tus palabras de apoyo me dan fuerzas y me alejan de las siniestras nieblas de la locura. No maté a nadie; algo salió mal en aquel exorcismo, y Margarita y tu hermano perdieron la vida…

De todas formas, acepto mi condena. Fui burlado y violado por Belcebú, fallé a mis votos en mitad de la jornada laboral, y debo pagar por ello.

He descubierto la biblioteca de la prisión y paso allí las tardes. He leído lo que he podido sobre exorcismos, pero no hay mucho y son obras muy generales: no he logrado encontrar el error que cometimos.

También me he apuntado a la Universidad a Distancia en Humanidades y a la Escuela de Idiomas (por correspondencia) en latín, griego y arameo; además, he encargado libros de gramática y diccionarios en esas lenguas. Tengo todo el tiempo del mundo. Estudiaré, me entrenaré y acabaré con ese ser.

En la biblioteca del padre Lorenzo había muchas obras sobre exorcismos que cuesta conseguir por correo, sobre todo las anteriores a la imprenta. Sé que es un gran favor el que te voy a pedir, pero… ¿podrías enviarme alguno? Supongo que no te hace ninguna gracia, pues eran de tu hermano y sé muy bien que los libros que se prestan no vuelven a casa, carecen de la

orientación del bumerán. Prometo reenviártelos en cuanto acabe de leerlos.

Y nada más. Echo de menos los huevos de tus gallinas y el aroma de tus caldos.

Un abrazo enorme. Venceremos.

Lucrecio

Querido Lucrecio:

Sé que es duro estar en la cárcel siendo inocente, pero recuerda que Dios está de tu parte. Por aquí todo sigue igual: en verano se llena de madrileños y en invierno estamos solos y aislados. Prefiero el invierno; esos madrileños, mal esta decirlo porque no tengo pruebas, me roban las gallinas y los huevos.

Te envío dos cajas: en la primera están todos los libros de la repisa de arriba, donde mi hermano guardaba los relativos a exorcismos. Como bien decías, no me los devolverás nunca, y cuando nos veamos no los llevarás contigo (además pesan cuarenta y tres kilos); otro día se te olvidarán en el coche y aun otro te dará pereza cogerlos. No importa, en mis manos no son más que objetos inservibles, acumuladores de polvo; no me interesa su contenido, al margen de que la mayoría están en latín y no creo que fuese capaz de entenderlos.

Los libros te pertenecen, porque eras el discípulo de Lorenzo, y eso, en el caso de los curas, es lo más cercano a un hijo. Quédatelos y cuando salgas de la cárcel no dejes de pasar por casa y llevarte el resto. La biblioteca es tuya, entera; a mí solo me estorba y me da tristeza. Veo esos libros y veo a Lorenzo, sentado a su mesa.

En la otra caja te envío cigarrillos, dos docenas de huevos de nuestras gallinas y unas sartas de chorizo de la última matanza; no están malos, pero ya te digo yo que me quedaron mejor el año pasado…, los chorizos, me refiero, que los huevos son los de siempre.

Sé que no fumas: los cigarrillos son para que los emplees como pago si tienes problemas para que te frían los huevos.

Me despido ya, que va a empezar la novela y estoy enganchada: parezco tonta. En cuanto acabe esta no veo ninguna más.

Gema.

Querida Gema:

Visitarte será lo primero que haga cuando sea libre. Mientras, aprovecharé el tiempo y estudiaré los libros que me has enviado. Prometo vengar a tu hermano.

El chorizo y los huevos estaban riquísimos.

Muchísimas gracias.

Lucrecio.

Lucrecio Torralba Petit regaló los cigarrillos e invitó a cenar a sus guardianes violadores huevos de pueblo y chorizo casero. Se emocionó al untar la yema amarilla y lloró de placer al aplastar el chorizo frito entre dos trozos de pan. Visitaría a Gema al salir, para abrazarla y darle el pésame, pero no se llevaría más libros: con aquella caja tenía suficientes.

De todos los incunables que enviaba, tres estaban en castellano, y los había leído y releído durante su entrenamiento al lado del padre Lorenzo; de los otros veintidós solo había echado un vistazo a las ilustraciones. Aunque experto en estadística, era muy torpe con las lenguas muertas y no las había considerado importantes, y así le había ido… ¡Le había violado un demonio!

Se encerró en la biblioteca de la prisión a estudiar latín y griego. Descifraría los códices y mandaría al ser al abismo. Tenía una cita semanal con él, una oportunidad cada siete días para vencerle.

15. ESDRÁS

Lucrecio Torralba Petit se sentó en la cama y esperó. Aquello no iba a funcionar. El ente acabaría con la pobre Cecilia.

Ya no le molestaban los ronquidos de Alfredo Tascón: hacía cinco días que habían retirado el cadáver; ni se desvelaba pensando un movimiento de ajedrez, pues Alfredo se había llevado casi todas las piezas en el estómago, pero no conseguía dormir. Había sido engañado por el maligno en dos ocasiones: la primera le había desvirgado, la segunda le había hecho poseer a un hombre. No se suicidaba y se sometía a un vis a vis con el maligno para que respetase la vida de Cecilia… Quería morir pero seguía vivo: Satanás jugaba con él y le torturaba.

Los remordimientos le corroían. Se decía que había hecho el amor con el diablo para salvar a Cecilia, que lo había consumado por ella, pero se descubría pensando en el cuerpo desnudo de Margarita Esteban González. Y de repente recordaba que no había ninguna Margarita, que llevaba muerta cinco años, que su Margarita de la semana anterior era un hombre y se afeitaba dos veces a la semana. Y aunque fuese de madrugada, se desvelaba y contemplaba la litera vacía de su compañero.

La puerta de acero se abrió dejando paso a una mujer de unos cincuenta años vestida de reclusa; la drogas y la mala vida se le marcaban en el rostro. El pelo, canoso, caía lacio y sin vida sobre unos hombros huesudos; la carne que debía rellenar la cara había desaparecido de forma desigual creándose cráteres irregulares, recubiertos por una piel grisácea y escariada, y los labios eran finos y amoratados. Sonrió mostrando unas encías grandes y pálidas: le faltaban las palas de arriba, tres incisivos y varias muelas, y las piezas dentales que resistían estaban erosionadas, carcomidas, cariadas y negras.

—Hola, Lucrecio. Me alegro de que no hayas faltado a tu palabra —saludó el ente quitándose la ropa —. ¡Qué mala cara tienes! ¡Qué ojeras!

La mujer se quedó desnuda: estaba caquéctica y los huesos se marcaban en la piel blanquecina; las tetas, secas y sin volumen, colgaban llenas de arrugas longitudinales. Lucrecio Torralba Petit había visto cuerpos como aquel en los documentales sobre campos de exterminio. Se levantó, se quitó la ropa y se dejó caer en el colchón.

—No he dormido en toda la semana. Arrodillarse ante Lucifer es lo que tiene: da dolor de cabeza —contestó muy serio—. Acabemos con esto de una vez. Ven a la cama.

Sabía que aquello era otra prueba, que el ser deseaba que se

rindiese, que suplicase una alteración de sus sentidos para ver de nuevo a Margarita, pero no caería de nuevo en la trampa. Haría el amor con cualquier cosa poseída que le sirviesen, una vez por semana, sin importarle si era mujer, animal o bogavante. «¡Levántate, amigo, tenemos que librar una batalla contra el mal!».

—Espera un poco. ¡Estás demasiado salido! No me gusta cómo se encuentra este cuerpo. Da verdaderamente asco. Le insuflaré la energía que perdió.

«Abstracción, recuerda a Luis Ramón. Mucha abstracción.»

La mujer, de pie ante la cama, cerró los ojos. Su pelo gris comenzó a cambiar de color mientras crecía y adquiría volumen, los dientes brotaron en las encías, la piel de cara y cuerpo comenzó a hincharse, como cuando se sopla una paja incrustada en el culo de una rana; los pechos se llenaron mientras los pezones se movían hacia arriba, las arrugas desaparecieron, los labios se hicieron carnosos y acuosos y la piel adquirió un bonito bronceado. La presa volvía a tener veinte años.

—Este cuerpo me agrada más —corroboró la mujer acariciándose los pechos y la cintura. Sus pezones grandes y rosas, coronando dos grandes y turgentes montañas, apuntaban a Lucrecio Torralba Petit—. ¡Qué forma de echarlo a perder! La droga y la edad son muy malas.

Lucrecio Torralba Petit no necesitó de la abstracción. La chica que se acostaba a su lado podría haber salido en cualquier desfile de moda, haber sido estrella de cine… Estaba de acuerdo con el monstruo: las drogas y la edad eran malísimas. La abrazó. Haría lo que tenía que hacer. Olió el cuerpo. Deseaba hacer lo que tenía que hacer.

Se vistieron cuando la hora de intercambio expiraba.

—Vete tú primero, Lucrecio. No quiero que veas este cuerpo recuperar su edad actual.

Lucrecio Torralba Petit no escuchaba; intentaba dejar pasar la bofetada de realidad que deja el orgasmo. Era una escoria. Había disfrutado haciendo el amor con una mujer poseída. Sentía asco de sí mismo.

—No te enojes contigo, Lucrecio. —Las palabras del ser eran dulces—. Solo lo has hecho para salvar a una niña.

—No sé… Mañana matarás a la mujer que estas poseyendo. Quizás son demasiadas muertes para evitar solo una.

—¡No seas ciego! —replicó enojada la presa—. Lo que haces por esa niña es follar una vez a la semana. Las otras muertes son tu tortura diaria, la forma de recordarte que deseas morir y no puedes hacerlo.

—Eres una psicópata. ¡No te importan sus vidas!

—No sé cómo explicártelo para que me entiendas. ¿Nunca has meado en un hormiguero o matado una mosca o aplastado una araña? ¿Sentiste alguna pena? Pues estás mucho más cerca de un mosquito que yo de un ser humano. No puedes juzgarme. Nadie puede llamarte asesino por matar arañas. Bueno, sí…, los idiotas.

Lucrecio Torralba Petit no respondió.

* * *

Una semana más tarde, el altavoz anunció su cita. De nuevo llegó a la celda antes que su invitada. Las palabras del ser habían permitido dormir a Lucrecio Torralba Petit. Tenía razón, se habían suicidado siete personas, una al día, solo para recordarle que era un pésimo exorcista y pagaba por ello. Decidió esperar en ropa interior.

La visita fue una mujer pelirroja, gorda y bastante desmejorada. Como la vez anterior, recuperó su figura juvenil. Ganó mucho.

—¿Cómo tengo que llamarte?

La chica sonrió y se abrazó a él.

—Creo que Magdalena sería un nombre muy acertado.

Lucrecio Torralba Petit sabía que Magdalena era el nombre de la prostituta que lavó los pies a Jesús. No le gustó la respuesta: se burlaba de él. Prefirió ignorarla.

—Respecto a lo que decías el otro día —prosiguió Lucrecio. No le daría la satisfacción de verle enojado—. Puedo pisar a las hormigas, inundarlas, dar fuego a su hormiguero, destruir su mundo… Dios hace lo mismo en el Antiguo Testamento. Pero… Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué lo haces desde dentro? ¿Por qué te metes en el hormiguero disfrazado de hormiga?, ¿por qué destruirlos uno a uno?

—Fortalezco vuestra fe, ¿no crees? En esta prisión, gracias a mí, todos rezan de corazón.

—También lo harían si los matases sin poseerlos.

—Busco información.

—¿Qué información?

—Para salvaros, claro. Hablas mucho. Soy un ángel caído y me gusta disfrutar de los placeres de la carne. Poséeme si no quieres ver arrancada la cabeza de tu amiga.

16. NEHEMÍAS

Las presas jugaban al baloncesto en la pista de al lado: dos equipos, diez mujeres. Se cubrían unas a otras intentando evitar un pase, rozándose, se estiraban al saltar a canasta, sudaban. Los dos acólitos observaban con lujuria en la distancia y tras las verjas, a su lado, Lucrecio Torralba Petit leía una novela sin prestarles atención.

—Leonas contra tigresas —dijo Luis Ramón—. No, mejor gatas contra perras —Luis Ramón el mejicano hablaba solo, contestando sus preguntas; se había acostumbrado a convivir con un compañero casi mudo: Paco—. He conocido muchas mujeres y solo las hay de dos tipos: perras o gatas; las perras son pegajosas, tratan de no separarse nunca de su hombre, son como mejillones adheridos a una roca, uñas en un dedo. Las gatas son independientes, y solo se tumban a ronronear entre tus piernas cuando a ellas les apetece. Son las que más hacen sufrir —solía explicar—. Sigue sin sonarme bien. ¿Galgos contra gatitos? —se contestó.

—Tienes razón —le interrumpió Lucrecio, que había dejado de leer y escuchaba el monólogo—. Pero lo mismo pasa con los hombres. Yo soy un perro.

Entonces, Paco, que llevaba dos meses sin decir una palabra, suspiró y dijo.

—Yo quiero un gatito.

Paco, parco en palabras, solicitó esa misma mañana, por escrito, tener un gatito a la dirección del centro. La respuesta fue negativa. No desistió, redactó dos solicitudes más que fueron contestadas de la misma manera. Había un motivo: años atrás los presos habían usado como vaginas a perros y gatos limándoles los dientes, lo que había provocado un aumento de las enfermedades venéreas, las quejas de las protectoras de animales y la prohibición de tener animales de compañía dentro de la prisión.

Paco respondió a las tres negativas por escrito. No quería un gato como vagina, quería un gatito para quererle, pero el alcaide no le creyó: conocía su *hobby* como violador de ducha.

Paco no olvidó la idea y volvió a hablar en alto, esta vez ante Lucrecio.

—¿Puedes conseguirme un gatito? ¿Puede *él* conseguirme un gatito?

Lucrecio, como el alcaide, desconfió. Era difícil saber qué ocurría en la cabeza de Paco, porque nunca hablaba, era una especie de figura de escayola con afición a las duchas. ¿Qué tipo de amor iba a dar al gatito? No le hizo caso.

E igual que por tres veces preguntaron a Pedro si era discípulo de Jesús, Paco hizo la misma súplica tres semanas seguidas.

Lucrecio cedió a la tercera.

—Se lo comentaré el próximo miércoles. Pero no te hagas ilusiones: va a su bola.

El siguiente jueves, cuando Paco y Luis Ramón regresaron a su celda, encontraron un gato adulto y gordo, de más de siete kilos, dormido en la cama de Paco; un macho gris de cabeza grande con pelo corto y el lomo atigrado. Luis Ramón lo miró con indiferencia y trepó a su litera; Paco se sentó con cuidado a su lado y le acarició la cabeza.

—Gracias —murmuró a la nada.

El gato abrió un ojo verdoso y observó con una pupila afilada la mano que le acariciaba. Volvió a cerrarlo. Paco continuó pasando los dedos por el suave pelo del felino; cabeza gorda, dorso y costillas. El gato estiró las cuatro patas y bostezó dejando ver unos dientes amarillentos y afilados. Paco no pudo evitar la tentación y cogió al gato con las dos manos dejándolo suspendido ante él, con las patas traseras apoyadas en las piernas, las delanteras estiradas por encima de las manos, la tripa colgando, la cabeza rodeada de pliegues de piel. El gato bostezó de nuevo.

—Hola, gatito… —dijo emocionado Paco—. ¡Te voy a llamar Gatito! ¡Y seremos muy amigos!

El gato abrió los ojos y contempló a Paco, y en una fracción de segundo, antes de que Paco pudiese soltarlo, defenderse o saber siquiera qué ocurría, el gato tensó la columna vertebral, erizó el pelo, bufó y llenó de zarpazos la cara de su sorprendido dueño. Gatito se liberó antes de que Paco tuviese tiempo de abrir las manos, antes de que Luis Ramón, en la litera de arriba, consiguiese mover un músculo al percibir los bufidos.

Cuando Luis Ramón asomó la cabeza, Gatito salía al pasillo apretando la barriga entre los barrotes y Paco permanecía sentado en su cama, con la cara llena de profundos y alargados arañazos que apenas sangraban: parecía que alguien hubiese intentado hacer escribir un bolígrafo rojo en su cara; varios de los arañazos cruzaban longitudinalmente sus párpados cerrados y un líquido translúcido y gelatinoso se escapaba por las comisuras.

—Así aprenderéis que no soy el criado de nadie —dijo Magdalena al siguiente miércoles a su esbirro amante.

Paco perdió la vista, en ambos ojos, y quedó en libertad un mes más tarde; las cárceles no estaban preparadas para albergar discapacitados. Volvió a Portugalete, al piso familiar, y se convirtió en un ávido lector de novela negra en braille. Su vida fue ejemplar, no intentó violar a nadie y no trató de sustraer escrotos u otras reliquias de lugares sagrados. Había aprendido la lección, y sobreviviría con el subsidio del Estado.

17. TOBÍAS

Lucrecio Torralba Petit se había arrodillado ante Magdalena, el ser, aunque no se había rendido; estudiaba los libros del padre Lorenzo tratando de encontrar la forma de vencer al maligno y evitar más muertes, pero las lenguas muertas no se le daban bien y el avance era lento. Mientras tanto, un día a la semana, los miércoles, y solo por evitar el asesinato de una persona en particular, bajaba a las celdas de visitas antes de oír su nombre en megafonía; se instalaba cómodamente en la cama y esperaba su intercambio sexual. Una chica distinta en cada encuentro: morenas, rubias, altas, bajas…, nunca se repetían porque se suicidaban de madrugada. Cuatro chicas al mes, cincuenta y seis al año… La mayoría cumplían condena en el pabellón de mujeres, el resto trabajaban como funcionarias. Todas odiaban y temían al padre Lucrecio, hasta que un miércoles, de improviso, cambiaban de opinión y pedían un encuentro íntimo. Después de la cita, en un plazo de veinticuatro horas, se suicidaban de las más diversas maneras.

La muerte de reclusos, policías o funcionarios ya no impresionaba en el centro penitenciario de Topas; un preso se suicidaba cada noche, y algunos días un guardia. El suicidio se había convertido en la letal lotería de la prisión. Nadie tenía intención de jugar, pero cada mañana alguien abandonaba las instalaciones en una mortaja. Nadie envidiaba los escarceos de Lucrecio Torralba Petit.

¿Poseía Magdalena una víctima cada día para torturarle o para salvarlos?, se preguntaba Lucrecio Torralba Petit. El diablo había vuelto a tomarle el pelo. Era absurdo que un ser del averno tuviese una misión como aquella, carecía de lógica. Trataba de confundirlo, de crear en él la duda y hacerle pensar que era buena, de arrastrarlo al infierno y hacerle perder su alma. Todo era una partida de ajedrez.

Magdalena, en sus citas, no había vuelto a mencionar su hipotética misión; le contaba recuerdos curiosos que encontraba en el interior de sus víctimas: historias de amor y desamor, de asesinatos pasionales, de envidias, graciosas o ridículas; le informaba del funcionamiento de la prisión, de que los urinarios vertían en un colector separado del alcantarillado y el contenido era vendido a empresas de cosmética; o hablaba de ella y de su vida en la Tierra, como la vez que poseyó una gaviota e hizo castrarse a un pobre pescador; pero ni una palabra o alusión a lo de salvarlos.

¿Salvarlos a todos? ¿Salvar a la raza humana? ¿Salvar al planeta?: burlas. Le arrastraba a los abismos. Cuando consiguiera

que creyese en él y le adorase como salvador, le mataría y se quedaría con su alma. No sucedería, no era tan fácil de convencer, y encontraría el error cometido en el exorcismo y vengaría a Margarita y a todos los caídos.

Con sigilo y sin modificar sus hábitos de presidiario, traducía en su celda los libros que le había enviado la hermana del padre Lorenzo, escondiéndolos bajo la almohada cuando oía los pasos de algún carcelero. No deseaba que algún ojo poseído le viese y le diera por destruir los libros. Era una partida de ajedrez y no podía dejar que su adversario sospechase su próxima jugada.

La lectura era lenta e infructuosa, pues cada volumen era una recopilación de exorcismos practicados por el autor, los casos a los que se había enfrentado en su carrera y lo bien que los había resuelto. No aportaban nada nuevo, daba igual que estuviesen escritos en el siglo XVII o en el XIX; la moda cambiaba, pero la esencia del rito seguía siendo la misma: llamar la atención del demonio y recitar la plegaria de expulsión. Lucrecio Torralba Petit desesperaba. Cada miércoles tenía una oportunidad de enviar a Lucifer de nuevo al averno, así que tenía que encontrar algo entre aquellos libros.

Meses de lectura y encuentros después, en el décimo tercer volumen, Lucrecio Torralba Petit halló pistas de lo que andaba buscando. Era un libro escrito por un sacerdote francés en el siglo XVIII que relataba, como los demás y caso por caso, los exorcismos que había practicado; lo interesante era que contenía un capítulo dedicado a los grandes exorcistas del pasado. En él citaba al que consideraba el gran maestro de los exorcistas, Antolín de Cerdeña, un monje que había vivido en la Edad Media y había redescubierto, según el autor, el rito del exorcismo y la plegaria de expulsión, y la había traducido por primera vez del griego al latín.

Lucrecio Torralba Petit sacó emocionado, de debajo de la cama, las tres cajas de revistas porno bajo las que ocultaba los libros, apartó las revistas y examinó los volúmenes con cuidado, leyendo el título: *Exorcismos del padre Ayala…*, no. *Exorcismos noruegos del siglo* XX*…*, no. *Exorcismos españoles en el Siglo de Oro…*, no. *El libro de exorcismos de Antolín de Cardeña…*, si el sacerdote francés había escrito *Cerdeña* en lugar de *Cardeña,* lo tenía.

Hojeó el libro y un montón de papelitos cayeron al suelo. Muchas páginas estaban señaladas con trozos de papel y habían escrito con lapicero en los márgenes. Las anotaciones estaban hechas en castellano, pero la caligrafía era indescifrable. ¿Quién escribía en un libro con más de siete siglos?, se preguntó Lucrecio Torralba Petit.

Se sobresaltó al oír su nombre. Le llamaban a la sala de citas: era

miércoles. Guardó el libro en la caja correspondiente y lo tapó con las revistas. Estaba excitado, y no era algo sexual. ¿Acababa de mover un caballo o aquel libro no significaba nada en su partida de ajedrez contra el maligno?

Magdalena estuvo melancólica durante el encuentro, o lo melancólico que puede estar un diablo. Cuando terminaron le habló de su larga vida pasada, de cómo había poseído y destruido a ricos y pobres y a muchas gaviotas. Las gaviotas, le aseguró, no tienen nada en la cabeza y solo piensan en comer pescado, pero me encanta volar, extender las alas y sobrevolar el mar y las olas a escasos centímetros. Es el único pájaro que aguanta una de mis posesiones. Bueno, también las gallinas, pero no saben volar.

El siguiente miércoles, Magdalena estuvo de mejor humor y le contó cómo una vez, mucho tiempo atrás, había realizado un milagro. Había poseído una gaviota y sobrevolaba una ría cuando vio a un pescador recoger sus redes vacías y suplicar a Dios un milagro. Eran épocas de hambruna y en la orilla unos aldeanos devoraban los cadáveres en sus ataúdes. Suplantó la identidad divina y le propuso, desde el pico de la gaviota, que si usaba sus huevos como cebo y su escroto como red capturaría los suficientes peces para saciar el hambre de toda su familia. El pobre infeliz creyó que la gaviota era un ángel y se castró intentando pescar algo, pero no capturó un solo pez.

Aquel mismo día, la casualidad y la marea hicieron que un cachalote embarrancase en la playa del pueblo. Todos atribuyeron la mala suerte del cetáceo a la aparición divina y a la pesca de aquel hombre, que moriría desangrado y eunuco. El boca a oreja hizo el resto del milagro.

* * *

Lucrecio Torralba Petit tardó tres semanas en acabar el libro; casi no durmió. Leía por la noche, con una linterna bajo las mantas. Tenía prisa, y miedo de delatarse en su cita semanal.

Y encontró lo que estaba buscando.

Antolín había vivido en el siglo XIII y se definía, en el libro, como un pensador. Según él, si existía una cosa, existía lo opuesto. Sabía que no podía demostrar la existencia de Dios a través de los milagros porque no se conocía ninguno desde la muerte de Jesús. Pero, según su teoría, si demostraba la existencia de Lucifer, demostraría la existencia de su opuesto, Dios. Y trató de encontrar al diablo en los poseídos.

Antolín de Cardeña necesitaba que un endemoniado sobreviviese a la posesión para demostrar la presencia del maligno, pero en la Edad Media no se practicaban exorcismos y los poseídos eran

quemados en la hoguera, que solo dejaba escorias. Buscó una manera de hacerlo. Estudió a Aristóteles y Platón, y en una de las obras de Aristóteles, *Sobre posesiones y dolores de muelas* (hoy lamentablemente perdida), descubrió que en la antigua Grecia los dentistas practicaban la extracción de muelas y de espíritus malignos. Para extraer a los entes se hacían acompañar del que ve y no ve, y realizaban el ritual en dos fases: llamar la atención del ser y recitar la plegaria de expulsión.

Antolín de Cardeña tradujo la plegaria al latín y comenzó a practicar exorcismos. Fueron un fracaso. Cuando recitaba la oración, los enfermos entraban en combustión espontánea y ardían hasta convertirse en cenizas. Las casas eran de madera, el fuego se propagaba a las sábanas, la cama y las paredes, y Antolín de Cardeña tenía que correr para salvar la vida y no perecer entre las llamas.

Lucrecio Torralba Petit, al leer esta parte del libro, tuvo que morderse las manos para evitar gritar de emoción. La plegaria de expulsión que él conocía no hacía arder al enfermo. Antolín de Cardeña tenía que usar otra, mucho más potente.

Antolín de Cardeña no avanzaba en su demostración de la existencia de Dios; lo único que había conseguido era quemar a los poseídos sin necesidad de leña. Como buen filósofo, trató de resolver el problema. ¿Habían cambiado los endemoniados desde la época griega? ¿Eran los griegos físicamente más fuertes e ignífugos?

Volvió a Aristóteles y revisó otra de sus obras, *Sobre posesiones y dolores de muelas II* (también perdida en la actualidad). En ella Aristóteles criticaba a Platón, de quien afirmaba que escribía sus textos a partir de las imágenes creadas para él por las posesiones momentáneas de espíritus débiles, y que solo así se podía explicar tanta tontería con el Mundo de las Ideas. Antolín también descubrió en los textos del griego que los odontólogos no hacían caso a este tipo de espíritus, y que era el propio hombre el que debía saber si sus sentidos, momentáneamente poseídos, le engañaban. Sin embargo, los dentistas disponían de dos oraciones a emplear para los dos tipos de espíritus capaces de hacer enloquecer al ser humano. La que Antolín de Cardeña había utilizado hasta entonces era la que se usaba para los denominados espíritus mayores, existía otra, para espíritus menores. Las tradujo al latín. En las siguientes páginas aparecían las dos oraciones.

Lucrecio Torralba Petit lloraba de emoción: tres tipos de diablos y dos plegarias. Reconocía uno de los exorcismos, que le había hecho aprender el padre Lorenzo en castellano; el otro no lo había visto hasta entonces. Lo tradujo y lo memorizó. Era jueves. Quedaban seis días para su próxima cita. Seguiría con el libro.

Utilizando la oración para espíritus menores, la que Lucrecio conocía, Antolín de Cardeña consiguió realizar, con éxito, el primer exorcismo de la era cristiana, y demostrar, por oposición, la existencia de Dios.

Los siguientes capítulos eran un compendio de exorcismos: indicaba lugares, fechas, nombre, oficio de los poseídos y plegaria empleada; en casi todos usaba la oración del padre Lorenzo, solo en unos pocos, cuarenta y siete, se había valido de la segunda, la de espíritus mayores.

El libro proseguía con su biografía, relataba cómo se había retirado al monasterio de San Pedro de Cardeña, después de probar la existencia del Altísimo y realizar con éxito más de mil exorcismos, y dedicado al estudio de los Evangelios de los Apóstoles. El nombre del monasterio aparecía rodeado por un círculo de color rojo y la única nota en lapicero comprensible: «¿Aquí?».

Antolín de Cardeña creía que el resto de los apóstoles también habían escrito sus propios evangelios, y estaba especialmente interesado en el de Judas Iscariote.

En las últimas páginas describía de una forma mucho más detallada su último exorcismo. Una orden papal le obligó a dejar sus estudios y visitar el pueblo de Sardinas de la Barquera, donde Lucifer se había hecho carne.

La peste negra asolaba Europa y viajar era difícil y peligroso. Antolín de Cardeña, sumiso, peregrinó durante meses cruzándose con casas de enfermos marcadas con aspas rojas, con carros cargados de cadáveres y muertos hinchados pudriéndose en las cunetas. Al llegar a Sardinas encontró la misma desolación que en su viaje: la peste negra ganaba la partida a las posesiones.

Tras semanas de pesquisas y de esquivar la pestilencia, Antolín de Cardeña descubrió la forma de actuar de Satanás. Cada día poseía un alma, sin importarle sexo o edad, y al amanecer la obligaba a suicidarse condenándose a los infiernos. Cuando las campanas tocaban el ángelus, otra alma era poseída. Lógicamente, a Lucrecio Torralba Petit esa forma de actuar le resultó muy familiar.

Antolín de Cardeña se encerró con un poseído y luchó contra el mismo Lucifer durante días. No consiguió salvar al labriego, pero Satanás fue expulsado y las posesiones terminaron. Después de aquello, Antolín viajó a Tiermes, en Soria, donde realizó más exorcismos, para regresar, por fin, al monasterio de San Pedro de Cardeña.

En la última página del libro, y escrita con tinta de bolígrafo roja, se leía una nota: «Antolín de CArdeña (la letra A en mayúscula) fue condenado a la hoguera. Murió a la edad de

cuarenta y dos años». Estaba firmada: «Genaro».

Lucrecio Torralba Petit agradecía a Genaro la aclaración sobre el final de Antolín, pero le disgustaba que pintasen en los libros, y más en un incunable. De todas formas, eso era, en aquel momento, lo que menos le importaba; sabía cómo destruir a Magdalena; Antolín de Cardeña ya lo había hecho antes, y nada menos que cuarenta y ocho veces. Cerró el libro, hizo un pis en el inodoro metálico y se fue a dormir. Intentaría descansar; tenía que realizar un exorcismo. Jaque mate.

18. JUDIT

Magdalena acudió a la cita en el cuerpo de una señora obesa con la edad de la madre del exsacerdote, saludó y se desnudó sin más. El cuerpo estaba lleno de cicatrices y antiguas quemaduras y le faltaba un pecho. Como en ocasiones anteriores, Magdalena insufló energía a la apariencia mortal y recuperó la vitalidad de los veinte años. Lucrecio Torralba Petit la observó con pena; empezaba a sospechar que las chicas guapas se veían atraídas por las sendas oscuras.

Magdalena se tumbó al lado de su siervo favorito.

—¿Quieres que te desnude? —pregunto besándolo en la mejilla.

—No —contestó Lucrecio Torralba Petit tratando de mantener la sangre fría—. Ahora lo hago yo. —Se levantó y se situó a los pies de la cama—. Magdalena…

No acabó la frase.

—Dime —respondió mientras apartaba la sábana hacia atrás—. Te noto raro.

Lucrecio Torralba Petit sabía que el diablo le prestaba atención, demasiada. Pero no quería tener dudas. El primer paso del exorcismo se había cumplido: captar la atención del ente. Ya solo quedaba extraer la muela. Sacó un papel con la plegaria de uno de sus bolsillos. La sabía de memoria, pero no quería cometer ningún error.

Comenzó a recitarla:

—Cinco engendros en la endemoniada…

Magdalena giró bruscamente el cuello hacia el exorcista. Le miraba fijamente a los ojos. Las pupilas se le habían dilatado por completo. Eran rojas.

—¿Qué haces, Lucrecio? —La voz ya no era la de una chica de veinte años. Era profunda, masculina—. Para. No va a funcionar.

Lucrecio Torralba Petit continuó inmutable leyendo la oración.

«Pase lo que pase —le recordaba el padre Lorenzo—, no prestes atención al espíritu; tratará de distraerte. Acaba la plegaria y mándalo a freír monas al infierno.»

—Avernos y demonios detrás de la escoba…

La boca de la poseída comenzó a echar humo.

—¡Duele! ¡Para, hijoputa!

Magdalena sufría espasmos musculares.

—Cinco engendros…

La musculatura del cuerpo de la reclusa comenzó a contraerse. Los labios dejaban ver las encías y los dientes, la saliva escapaba de la boca a borbotones. Cayó boca arriba, se puso rígida y comenzó a flotar. La energía que le había insuflado Magdalena desaparecía; el

pelo se llenaba de canas; la piel, de arrugas; engordaba.

—¡Te vas a acordar de esto! ¡Te lo juro!

La voz era cada vez más cavernosa.

—… Cinco albergaba…

El cuerpo comenzó a dar vueltas sobre sí mismo.

—¡Si no paras ahora mismo, me voy a enfadar!

La piel comenzó a llenarse de manchas que evolucionaron con rapidez a pústulas purulentas y ampollas que reventaban, como maíz en la sartén, esparciendo queso blanquecino y espeso.

—¡Y a todos los saco con una patada!

El ser gritó de dolor.

Quedaba una frase para acabar la oración. Lucrecio Torralba Petit acabaría para siempre con aquel ser que le había hecho vivir el infierno en la tierra. Que se había instalado en su pecho como una nueva víscera. Vengaría al padre Lorenzo, a Margarita, a Alfredo y a todas las personas que había sacrificado en aquellos años. Una al día eran demasiadas.

—¡Y a todos los saco con una patada! —repitió.

Magdalena flotaba en el aire, la tripa se le iluminó con tonos anaranjados: algo ardía en su interior. Los orificios de su cuerpo echaban humo. Olía a putrefacción. La piel del abdomen se hundió y las llamas escaparon del interior del vientre. Los olores se sucedían: a carne a la brasa, a pelo quemado, a heces frescas, a sudor.

Lucrecio Torralba Petit había acabado la oración. Dobló la hoja y la guardó.

Los ojos de la mujer reventaron. El contenido se esparció por la cara y se solidificó en una masa blanquecina, como un huevo frito en aceite hirviendo. Su melena gris ardió con un fogonazo y el cuerpo se estrelló contra la cama. Las llamas se extendieron a las sábanas y la habitación se llenó de humo negro. Lucrecio Torralba Petit tosía; no podía respirar. Se arrodilló. Se asfixiaba.

Moriría, pensó, pero había mandado a Magdalena de vuelta a casa. Tuvo aún otro pensamiento fugaz antes de perder el sentido: se le había acabado follar en la cárcel.

Recuperó la conciencia en la enfermería; tenía puesta una mascarilla de oxígeno. En una camilla, a su lado, los restos de un cuerpo cubierto con una sábana todavía desprendían humo.

—No sé qué ha podido pasar. —Alguien conversaba en la habitación—. Se registra a los presos antes de entrar en la celda para evitar que hagan fuego o prendan lo primero que se les ponga por delante.

Lucrecio Torralba Petit quería explicarles que había sido una combustión espontánea, que examinasen los vídeos de las cámaras,

que no quería pasar más años en prisión, que quería recuperar su vida y visitar a la hermana del padre Lorenzo en Cordiñanes. No podía. Le picaban los ojos, le ardía la garganta.

—Tendremos que comprobar los vídeos. Está todo grabado. Valiente hijo de puta.

Había ganado. Era lo único que importaba.

Un viento frío levantó la sábana del cadáver vecino. Los restos sonrientes de un esqueleto churruscado, brillante, negro y humeante miraban al cielo.

—Una ventana abierta —quiso pensar Lucrecio Torralba Petit. Pero el vello erizado de su nuca le indicaba otra cosa.

Notó que una mano invisible le presionaba la ya dolorida garganta. Quería toser. La fuerza invisible le estrangulaba, lo alzó en el aire sin dejar de apretar. El tubo del oxígeno se tensó y se desprendió de la bombona. Los guardias y el médico que hablaban junto a las camas miraban aterrados cómo Lucrecio Torralba Petit flotaba y adquiría tonos púrpuras. En la sala se oyó una voz profunda y cavernosa.

—Te lo dije… Dolía mucho.

Lucrecio Torralba Petit no lo entendía. Había ganado. No podía estar sucediendo.

—Rompiste la vasija. Me liberaste antes de acabar conmigo. Idiota.

Lucrecio Torralba Petit sintió cómo le lanzaban contra la pared. Notó cómo se fracturaba la clavícula en el impacto.

¿Qué había salido mal? No lo entendía.

Le sujetaron en el aire por una pierna. Dio varias vueltas, y al final le soltaron para aterrizar en los restos carbonizados.

—¡La mataste antes de acabar el exorcismo! Te lo advertí. Que parases. Que no iba a funcionar. No me hiciste caso.

Lucrecio Torralba Petit sintió cómo le cogían de nuevo por el cuello, lo elevaban y lo arrastraban hacia la ventana. Podía ver el patio a través del cristal. Estaban en un segundo piso y los presos paseaban o jugaban al baloncesto. «¡Lo había hecho todo como estaba descrito en el libro!», se repetía incrédulo.

Rompió los cristales con la cabeza. Volaba. Recordó las gaviotas.

El tiempo se detuvo. Distinguió la ventana rota que acababa de atravesar, el suelo que se acercaba. El que ve y no ve acompañaba siempre a los dentistas, recordó haber leído. Percibió el vuelo de un pájaro y una pelota de baloncesto entrar en la canasta. «El que ve y no ve era el ayudante del dentista», ¡esa era la respuesta! Sintió el golpe, seco. Oyó su fémur al romperse. «Si se hace añicos la vasija se libera al espíritu de nuevo en nuestro mundo.» La cabeza golpeó contra el suelo y rebotó varias veces. «Por eso se suicidaba cada

noche, para liberarse.» Veía las piedrecillas embadurnadas de alquitrán mezclarse con su sangre. «Pero Antolín había hecho su exorcismo y el paciente había muerto. ¿Mentía? ¿Por eso le quemaron en la hoguera?» Todo se hizo alquitrán, oscuridad. Nada.

19. ESTER

En una esquina del cuadrilátero, con ciento cuarenta kilos de peso y calzón rojo, el campeón de los pesos pesados; en la otra, con sesenta y tres kilos y túnica blanca, el nuevo aspirante: ¡Aristóteles!

Una mujer de piernas largas, con bañador dorado y transparente, cruza el cuadrilátero sujetando un cartel con un enorme «1» sobre su cabeza, se detiene en mitad de la pista, flexiona el cuerpo hacia adelante sin doblar las rodillas y apoya las manos en la lona. Su culo en pompa hace callar las gradas, desde donde la contemplan boquiabiertos. La chica se marcha entre aplausos.

El musculoso boxeador se acerca a Aristóteles. Lanza un puño. Aristóteles baila con los pies, lo esquiva. El púgil vuelve a la carga, lanza un gancho de derecha a la mandíbula de Aristóteles. Le sorprende y le da de lleno. Los dientes salen volando en todas direcciones.

La muchacha que llevaba el cartel cambia dientes por relaciones sexuales: es una forma de pago. Antolín de Cardeña, que tiene un saco lleno de dientes, aborda a la chica («Lo que está mal está bien, lo que está bien está mal»). La chica regatea: Antolín es muy feo; dos muelas por un polvo: a los sacamuelas se les pagaba con sexo. Luis Ramón el mejicano interrumpe la transacción. La ha visto en el cuadrilátero y la quiere para él. No tiene dientes, pero se ha entrenado para ese momento; es un filósofo de la abstracción, y la ropa interior con estampados le había hecho como era. Ofrece un saco lleno de pastillas de jabón. Alfredo Tascón pide, lleno de lágrimas, que lleguen a un acuerdo, que se queden con la mujer y le dejen el culo en paz, que está harto, que unas veces por vicio, otras por entrenamientos filosóficos y otras, en fin, amparándose en posesiones, siempre le tocaba a él.

Antolín de Cardeña se queja. Él había llegado el primero, recogido los dientes y el legado de Aristóteles, y no tenía por qué compartir. Luis Ramón el mejicano le amenaza, sin el que ve y no ve no es nada. Tira una pastilla al suelo y le pide que se agache a por ella. La chica del bañador transparente mete una zanahoria en el culo de Alfredo Tascón. Antolín de Cardeña se niega a agacharse; él había derrotado a todos los demonios, grandes, pequeños y diminutos. Luis Ramón le recuerda que sin el que ve y no ve no sería nada, que si hubiese sido un poco menos pedante habría aclarado esas tonterías en el libro. Tira otro jabón al suelo.

Un guardia se mete el cañón de la escopeta en la boca y dispara. Una bandada de estorninos sale de su cabeza. Se ha roto la vasija. Antolín está atado a un poste de madera, sobre un montón de

pastillas de jabón. «Te condeno por pactar con el Señor de las Tinieblas», le dice Luis Ramón. Rompiste la vasija, le dejaste ir. Antolín sopla los bloques de jabón incandescentes. Grita que lo que está bien está mal y lo que está mal está bien. Los estorninos hacen figuras geométricas en el cielo, caen en picado y se introducen todos en el culo de Alfredo Tascón.

La chica se sienta en el suelo con las piernas abiertas; su vagina se pega a la lencería transparente, es un pez que quiere respirar. El que ve y no ve asoma la cabeza con un estornino en la boca. «Y esto es lo que ocurre cuando uno pacta con el diablo», dice Luis Ramón a un grupo de escolares que chupan estorninos. «Sí, niños. Sed buenos, o acabareis como yo», grita Antolín entre las llamas. Oscuridad.

Tiene el fémur derecho roto en tres partes, hematotórax, contusiones varias, abrasiones en el costado derecho, fractura de clavícula, de varias costillas y del meñique izquierdo. Oscuridad.

Eso tiene que doler, ayúdame. Oscuridad.

La animadora lleva una bata blanca. Violó y mató a una chica en un exorcismo. Es un loco. Le atacó el diablo. Borroso. Oscuridad.

Bandadas de estorninos, no dejan ver, no dejan oír. Ha salido por los pelos, pero ya está fuera de peligro. Mañana vuelve a Topas. Caras. Rostros difuminados. ¡Qué pillín, Antolín! Hiciste un pacto con Magdalena. Oscuridad.

Todo se mueve. Bombillas, puertas. Oscuridad.

Toda su celda ha ardido, de repente. Se ha quemado todo, colchones y revistas porno. Tenía un buen alijo: tres cajas llenas. ¡Joder con el curita! Oscuridad.

* * *

Lucrecio Torralba Petit recobró el sentido en la cama de la enfermería donde había sido atacado. Lloró. ¡Quería estar muerto pero seguía vivo! Botellas con suero y fármacos colgaban a un lado; tubos transparentes las unían a las venas. Tenía una pierna escayolada hasta la ingle; la cabeza, el hombro, el pecho y el dedo meñique de la mano izquierda vendados. Debía de parecer la momia. Tenía sed. Volvió la cabeza: había otra cama, otro paciente. Intentó incorporarse y llamar a las enfermeras. Solo consiguió emitir un ruido ronco. Se mareó. Una bata blanca se acercó. Sintió náuseas.

—Tranquilo, padre Lucrecio. No intente levantarse —era una voz femenina.

Oscuridad.

Cuando despertó era de noche, no había ninguna luz encendida y la luna iluminaba la habitación a través de las ventanas. El

enfermo de la otra cama estaba sentado, observándole; las piernas, flacas y huesudas, le colgaban en el aire.

—Hola —saludó—. Has vuelto.

Lucrecio Torralba Petit movió los ojos sin girar la cabeza; le dolía todo. Su interlocutor, en mitad de la noche, parecía un fantasma; llevaba un camisón abierto en la espalda y la luna le confería colores azulados; era extremadamente flaco y solo conservaba algún mechón de pelo.

—Hoggglaaa.

Lucrecio trató de devolver el saludo. Le picaba la garganta.

Su vecino sonrió.

—Fuiste un idiota. No puedes derrotarme. No sabes hacer exorcismos.

Lucrecio Torralba Petit comprendió quién era su interlocutor, otra vasija.

—He quemado tu biblioteca, el libro de Antolín, los dos de Aristóteles sobre posesiones y dolores de muelas…, las revistas porno, todo. Mejor tarde que nunca.

—Eg que veee y no feee —articuló como pudo.

El recluso le miró fijamente y no dijo nada durante un rato. Suspiró.

—Confiaba en que hubieses hecho una mala traducción. Enhorabuena. Ahora sabes que Antolín era un egocéntrico. Olvidó remarcar en su libro que necesitaba al que ve y no ve para hacer el tipo de exorcismo que trataste de realizar. Si la oración para los espíritus menores no funcionase sin su presencia, la Iglesia no habría conseguido desahuciarlos. Tuvisteis suerte.

—Paagrtó contigjo —balbuceó Lucrecio.

—¿Cómo?

—¡Que pagrrctó condigo! En Saggdinags…

—Pactó conmigo. Sí, ya hace mucho de eso. Él me envió a recoger información, a salvaros, como ahora. Y una tarde me encontré a Antolín y a su amigo anónimo. Me exorcizaron usando las dos plegarias: una no resultó, otra sí. Pero Antolín quería cosas e hicimos un trato. Le di lo que buscaba y mi palabra de seguir mis investigaciones lejos.

—Go sagbía.

—Toma. Bebe agua.

Lucrecio Torralba Petit aceptó el vaso que le ofrecía Magdalena. Se enjuagó y tragó.

—Lo quemaron pog tu culpa.

El enfermo rio.

—¡Qué va! ¡Lo quemaron porque era idiota! Solo a un payaso se le puede ocurrir andar jugando con las escrituras en plena Edad

Media.

—Y tú…, ¿conseguiste lo que queguías?

—Estás hecho una mierda. Velaré tus sueños. Además, el próximo miércoles tenemos una cita.

Lucrecio Torralba Petit no conseguía mantenerse despierto; estaba cansado, muy cansado. Tenía sueño. Vio que su vecino se acercaba. Cerró los ojos. Notó unas manos sobre el pecho. Sintió calor, percibió oleadas azules y amarillas recorrerle el cuerpo. Ya no tenía dolores. El diablo volvía a burlarse de él: le estaba sanando. Se dormía. Quería preguntar algo.

—¿Salvaste al mundo?

La lengua no quería responder.

—Estáis aquí… Descansa.

Oscuridad.

¿Había sentido unos labios en la frente? Oscuridad.

* * *

Aristóteles conversaba en un banco de la cárcel con Luis Ramón el mejicano. Antolín leía concentrado.

—Si tuvieseis un cuerpo perfecto y decidieseis acostaros cada día con la misma persona, ¿no estaríais encadenándoos a la pared y negándoos a ver las formas verdaderas que pasan por detrás de vosotros?

Platón se quejaba detrás de las verjas:

—Estáis malinterpretando mis teorías —gritaba.

—Si fueses una mujer con un cuerpo espectacular y solo quisieses hacer el amor con una persona, te estarías poniendo un collar, clavando una estaca y una cadena de la estaca al collar —siguió Aristóteles sin hacer caso a las protestas de Platón.

—Ustedes los griegos no creen en el amor entre un hombre y una mujer —decía Luis Ramón el mejicano.

—Es que nosotros somos más de pastilla de jabón —replicaba Aristóteles.

—Esto es muy interesante —dijo Antolín levantando la cabeza de su libro—, me quemarán por esto.

* * *

Lucrecio Torralba Petit se desveló. En la otra cama, su ángel guardián roncaba. Era imposible. Un demonio no podía enamorarse de un humano.

A la mañana siguiente, cuando la doctora cambió los vendajes a Lucrecio Torralba Petit se sorprendió; la piel tenía una coloración muy saludable y no había señales de hematomas, heridas o

hemorragias. Le auscultó: el hematotórax había desaparecido. La doctora era joven y rubia. Sintió pena. Tenía los días contados.

Cuando se quedaron a solas su vecino se sentó sobre la cama.

—Hoy no te vas a enfadar conmigo; no voy a matar a nadie: este cuerpo está a punto de morirse solo. Esta noche vuelvo.

Y falleció.

Lucrecio Torralba Petit permaneció en la enfermería cinco días y el ente le visitó cada noche. La quinta, miércoles, se presentó dentro de la doctora. No necesitó dar vitalidad a aquel cuerpo.

—Magdalena, ¿cómo salvaste al mundo en la Edad Media?

Los dos descansaban abrazados en la cama de la enfermería. Lucrecio acariciaba distraído el pelo suave y rubio de la poseída.

—Estabais siendo invadidos por una raza extraterrestre: negra, peluda, con un rabo grande y una altura de veinte centímetros. Os estaba exterminando con armas químicas. Los descubrí. Mi información llegó al averno y contraatacamos. Los destruimos.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Lo conoces como la peste negra.

—¡Qué bobada! Era una enfermedad que transmitían las ratas.

—¿Seguro? Nadie exterminó a las ratas y los antibióticos se inventaron siglos más tarde.

—No sé…, la población se hizo resistente.

—De la noche a la mañana… Cree lo que quieras.

—¿No te estás burlando de mí?

—Puede. Soy un ser infernal.

* * *

Lucrecio Torralba Petit fue dado de alta y regresó a su antigua celda. Estaba haciéndose la cama, la de la litera de arriba, cuando oyó abrirse la puerta.

—Tienes un nuevo compañero —anunció un guardia, y dando un empujón al recluso que conducía los dejó solos.

El preso fue dando traspiés hasta la mitad de la estancia. Sujetaba con ambas manos sábanas, toallas, mudas blancas y dos pastillas de jabón.

—Hola. Mi nombre es Agapito. Y estoy preso por ser fiel a la filosofía. Fuera hay una mujer que me espera y me quiere.

—Encantado, yo soy Lucrecio. Y soy un siervo de Satán.

20. LIBRO PRIMERO DE LOS MACABEOS

Agapito y Lucrecio se hicieron amigos desde el primer día, y sentados en las literas intercambiaron sus historias. El mobiliario de la celda era nuevo, pero persistía el olor a libro y papel quemado. Agapito Carnicero Tabernero explicó a su nuevo compañero de habitación su filosofía del cromañón o del gen primigenio, como él la denominaba; que para buscar el camino había que retroceder diez mil años hasta el hombre de las cavernas. También dejó claro que no era un desdichado que arrastrase una mala vida, que si había acabado en prisión había sido por culpa del amor, su filosofía prehistórica y la estadística. Su novia sufría la enfermedad de los sentidos, la vista le engañaba y los ojos le transmitían sensaciones erróneas. Lo más sencillo hubiera sido abandonarla, irse, pero él era un valiente. Se plantó en la mente del primer europeo y no encontró ninguna queja del filósofo *erectus.* Si algo no funciona, arráncalo. Luego se detuvo en cálculos estadísticos: había estado con cuatro mujeres, el fracaso se daba en un veinticinco por ciento de las parejas, así que con la cuarta tenía que ir matemáticamente bien. Además, la quería. Por eso, armándose de valor, y aunque no soportaba la sangre y las vísceras, le había extirpado los ojos. A partir de ese momento su relación había sido perfecta; por desgracia, cuando su amada fue a trabajar sin ojos sus compañeros se dieron cuenta. Y fue detenido y arrestado.

Por su parte, Lucrecio Torralba Petit, que había sentido una oleada de placer al escuchar hablar de estadística, le relató su siniestra historia y su admiración por la ciencia matemática de las probabilidades.

Salieron al patio, Lucrecio presentó a su nuevo amigo a su único guardaespaldas, Luis Ramón el mejicano.

—Si practicas la abstracción con Agapito, me enfadaré bastante —advirtió tranquilo.

Luis Ramón asintió asustado.

Lucrecio, con una sola frase, salvó al padre adoptivo de un muerto. Hacer que respetasen a Agapito era más sencillo que enfrentarse a Lucifer; había fracasado con el segundo tipo de exorcismo por culpa de Antolín de Cardeña, que no había sido claro, y sus planes de victoria habían ardido con los libros de exorcismos. Pero había decidido resistir en la lona y no lanzar la toalla. La propia Magdalena le había dado una idea: la mentira perfecta sería su meta. El maligno solo le quería vivo para hacerle sufrir, de modo que si conseguía convencerle de que era feliz y masoquista, le mataría.

Acudía a las citas de los miércoles sonriendo, abrazaba a la

endemoniada después de hacer el amor, le daba besos en el cuello… Mentir era la forma de vencer a un demonio cuando no quedaban exorcismos en el revólver. Ya lo decía Magdalena: lo que estaba bien estaba mal, lo que estaba mal estaba bien.

21. PLEISTOCENO

Querido padre Lucrecio:

Hoy tengo una cosa importantísima que contarte. Siempre he querido vengar la muerte de mi hermana, pero nunca había sabido cómo. Creo que ahora tengo la oportunidad.

El instituto está lleno de gente rara y hay un empollón en mi clase que dice pertenecer a una secta satánica. No se viste de manera extraña, no va de negro o lleva collares con pinchos, y realmente tiene muy buen gusto con la ropa, pero se pasa el día pintando en las mesas ataúdes y crucifijos puestos del revés.

Mi idea es hacerme su amiga e infiltrarme, y estoy en ello. Cuando me inviten a una de sus reuniones, rociaré con gasolina el local y los quemaré vivos. Los culpables de que Lucifer se arrastre por la Tierra son sus siervos, que al adorarle le hacen fuerte (es lo que dice el cura de religión).

Si no me contestas, entenderé que te parece una buena idea.

Un beso.

Cecilia.

Lo que acababa de leer era un disparate. Lucrecio Torralba Petit estuvo a punto de contestar. Pero no lo hizo. Eran los delirios de una adolescente. Cecilia no iba a matar a nadie.

Querido padre Lucrecio:

Como eres cura, voy a considerar esta carta una especie de confesión. No quiero que me hables nunca de ella.

Siguiendo con nuestros planes de infiltración y exterminio de adoradores del diablo me hice amiga de Roberto Sánchez, el chico satánico del que te he hablado. Fue fácil: me senté dos o tres veces a su lado en clase y me dediqué a pintar, como él, ataúdes y cruces boca abajo. Le impresionaron mis dibujos (y mi escote).

Como presumía de pertenecer a una secta satánica, le dije que a mí me atraían mucho esas cosas y siempre me había hecho ilusión asistir a una misa negra.

Me propuso que si quería entrar tenía que pasar una prueba, y a la salida del instituto me hizo acompañarle a una esquina del parque. Me besó con la boca abierta, entrechocando su aparato de dientes con el mío. Ahora nos sentamos juntos y, según él, estoy dentro del grupo satánico y nos reuniremos todos pronto. Se pasa el día llamándome por teléfono, no sé si cree que somos de la misma secta o más bien novios.

Pasar la prueba no fue agradable, cuando llegué a casa me lavé los dientes tres veces seguidas.

Ya me he confesado. No sé si me siento mejor o más tonta.

Un beso.

Cecilia.

Lucrecio Torralba Petit rompió la carta en trocitos y salió a dar una vuelta por el patio: necesitaba que le diese el aire. Sus dos discípulos le siguieron en silencio.

Querido padre Lucrecio:

Ayer acudí, por primera vez, a una misa negra. Solo estuvimos cuatro: Roberto, dos amigos suyos con pinta de empollones, uno gordo y otro lleno de espinillas, y yo.

Tenían un libro encuadernado en cuero con la cabeza de un macho cabrío en la portada, nos sentamos en corro y lo colocaron en el centro.

Fue de lo más aburrido. Recitaron oraciones adorando a Belcebú y su ejército de demonios, grandes, menores y débiles, durante más de una hora. Parecían las viejas con las que se junta mamá a rezar el rosario.

Cuando acabaron, el chico gordo me dio el libro para que lo custodiase hasta la siguiente misa.

Te mando unas fotocopias de sus páginas por si te sirven de algo. No se entiende nada y la portada sale fatal porque era muy oscura.

Creo que me están tomando el pelo. Te iré contando.

Un beso.

Cecilia.

Lucrecio Torralba Petit hojeó el taco de hojas fotocopiadas. Estaban escritas en griego. Le pareció curioso y comenzó a traducirlas; además, no había muchas cosas que hacer en una cárcel.

«Dentro de esos anteriores días…»

Había conseguido aprender latín, pero el griego le superaba. Recordó que su compañero, Agapito, era profesor de esa asignatura.

—Agapito, ¿eres capaz de leer griego?

Agapito Carnicero Tabernero dormitaba en la litera.

—Claro, estoy volcado en mi profesión. ¿Tienes un periódico?

—Mejor. Tengo un libro satánico —a Lucrecio Torralba Petit le brillaban los ojos al entregarle las hojas.

—Lee.

—¿Ahora?

—¿Tienes algo mejor en la agenda?

Quizás, pensó Lucrecio, la forma de destruir al enemigo era conocerlo. Acaso la forma más certera de ganar una partida de ajedrez era prever los movimientos del contendiente. Algún día ese demonio se arrepentiría de no haberle matado. Sufría sus burlas semanales y las muertes diarias, pero no se iba a rendir.

Agapito Carnicero Tabernero leyó las hojas fotocopiadas que acompañaban a la carta, en las que los textos en griego se alternaban con dibujos esotéricos.

En aquellos primeros días, los endemoniados eran una plaga, más extendida que la úlcera oriental y la lepra. En cada casa habitaba uno, cada familia tenía el suyo, y nosotros no éramos una excepción.

Nadie podía combatirlos. Deambulaban por las ciudades vestidos con andrajos y apestando a orina y heces. Dejaban los ojos en blanco y vaciaban sus tripas por arriba y por abajo entre temblores y terribles arcadas. En los restos de sus vómitos se retorcían lombrices, gusanos y renacuajos.

Mi madre desencadenó a mi hermana y la llevó a la sinagoga. La multitud se agolpaba en la entrada porque el Sanador estaba en la ciudad. Su fama le precedía, sus poderes eran únicos: recobraba enfermos, resucitaba muertos y curaba endemoniados.

Dejé mis estudios sobre Aristóteles y fui a verlo. Mis siervos me abrieron camino por calles abarrotadas, en las que los comerciantes y los mendigos se mezclaban con una procesión que, cargada con endemoniados amordazados, carretillas con tullidos y cadáveres malolientes y amortajados, descendía la colina.

Los muertos, enfermos y endemoniados fueron colocados ante el templo. La muchedumbre había hecho un corro y presenciaba los milagros. El Sanador paseaba entre los pacientes y amortajados recitando plegarias, y a su paso la primavera acababa con el frío invierno. Los muertos retornaban a la vida y abrazaban a sus familiares, los leprosos sanaban, a los mancos les crecían manos y Belcebú abandonaba los cuerpos de los endemoniados o ardía encerrado en ellos. Me acerqué: dos endemoniados ardían en el suelo y los restos humeantes de un tercero eran barridos por uno de los guardianes del templo.

Preocupado por mi hermana, me había enterado de las técnicas de curación de aquel al que llamaban el Sanador; recitaba una oración ante los poseídos y esperaba; si Belcebú no abandonaba el cuerpo, continuaba con sus preces y hacía estallar en llamas al poseído: el demonio era vencido y el alma liberada.

Desde primera fila contemplé los milagros. Mi madre sujetaba por una correa a mi hermana endemoniada, una mordaza tapaba su boca y tenía las manos atadas por delante. El Sanador se acercó a ella, extendió las manos y recitó unas

frases en griego. Esperó. Mi hermana cayó desmayada. Luego se elevó en el aire: flotaba. Se soltó las manos y se arrancó la mordaza. Reía y una lengua larga y bífida surgía de su boca. La muchedumbre retrocedió atemorizada. El Sanador comenzó a recitar una segunda plegaria. Sabía que era el fin de mi hermana, que sería liberada por las llamas.

Me sentía confuso: quería impedirlo y a la vez deseaba que ella encontrase la paz. Avancé unos pasos, hasta que uno de los que iba con Él me agarró del brazo y me susurró que le dejase hacer. Me detuve. El Sanador acabó la oración mientras mi hermana se retorcía en el aire.

Cuando terminó la plegaria, mi hermana descendió suavemente. No había ardido y estaba curada: el espíritu había abandonado su cuerpo. Se arrodilló y se abrazó llorando a la túnica de su salvador. Mi madre también era presa del llanto. El Sanador miró a mi hermana y a su alrededor; parecía sorprendido. Clavó la mirada en mí y se acercó. Posó las manos en mis hombros y sonriendo me dijo:

—Te he estado buscando, Judas Iscariote. Abandona tu dinero, tus libros y tu vida, deja de servir a los hombres y sirve a un fin mayor.

Dos días más tarde dejaba Jericó, mi mujer, mis hijos, mis criados y mi antigua vida. Me convertí en sirviente y, junto a otros seis, seguí al Sanador.

El Sanador resucitó muertos, curó leprosos y endemoniados por toda la costa de Genesaret. Ningún poseído volvió a arder.

Escogió a otros cinco entre las gentes que contemplaban sus milagros y humildes pescadores. Al acabar el año éramos doce los que compartíamos vida con él.

Y sucedió que la gente se asombraba de lo que veía y su fama se extendió por toda Siria; cuando llegaba a una ciudad, una muchedumbre le seguía.

Una tarde, sentados en una playa rocosa y contemplando el mar, Jesús, pues ese era su nombre, nos dijo que la limosna y la oración debía realizarse en secreto, que a nadie importaba lo que hacíamos o dejábamos de hacer, y que si no nos ceñíamos a eso, seríamos una banda de hipócritas. E indicó, señalándome, que mi sacrificio había sido mayor que el de los demás porque había renunciado a mi vida de gentil para seguirlo, ya que uno no podía servir a dos señores. Añadió que el ojo era la lámpara del cuerpo y si estaba sano había luz, pero que si estaba enfermo, todo el cuerpo estaría a oscuras. ¿Y si la luz que había en nosotros era oscuridad?

Agradecí su cumplido e intenté meditar sobre lo que nos

había manifestado, pues era confuso. Las olas rompían, notaba la arena bajo la túnica. La idea de dar limosna en secreto era sencilla. Los dos señores a los que se refería eran el dinero y él mismo. Esa era mi diferencia con los demás discípulos, que ellos procedían de familias humildes, mientras que la mía era inmensamente rica y yo había renunciado al dinero por seguirlo. Me sonrojé. Luego imaginé un ojo sano y uno enfermo. No me costó demasiado, pero no entendí el mensaje.

Jesús solía expresarse con parábolas fáciles de comprender, aunque muchas veces mis compañeros no las comprendiesen y tuviese que explicárselas yo con otros ejemplos. Si aparecían pescados y redes, las veían enseguida. Otras veces, como había ocurrido en la playa, su doctrina era compleja ¿La luz podía ser oscuridad? ¿Qué había querido decir con aquello?

Se lo pregunté, y entonces sentí una pedrada en la cabeza. Sangraba.

Mis compañeros no tenían el corazón tan limpio como querían hacer creer. Habían sido pobres y eran desconfiados, como perros huesudos ante un único trozo de pan duro. No entendían que Jesús y yo nos enzarzáramos en largas conversaciones mientras caminábamos hacia otra ciudad. Tenían envidia de mi noble cuna, mis cuidados modales y de que fuese su favorito.

Jesús vio la sangre brotándome de la cabeza y puso una mano sobre la herida. La hemorragia se detuvo y la piel sanó. Se dirigió a todos nosotros:

—A veces pienso que echo margaritas a los puercos y las pisoteáis con vuestras patas. Aprended de Judas y no le tengáis envidia: él posee el sentido crítico que a vosotros os falta. No preguntaré quién ha sido el de la pedrada, porque aunque solo la ha lanzado uno, los demás os habéis quedado con las ganas. Y lo mismo ofende el que tira la piedra que el que no ha tenido tiempo de hacerlo y todavía juega con ella en la mano.

Dicho esto, todos los discípulos dejaron caer al suelo la piedra que sujetaban en la mano, salvo Pedro, que ya no tenía ninguna. Pude comprobar que la de Santiago pesaba más de dos arrobas.

De camino a Sidón, volví a preguntar a Jesús qué había querido decir con eso de que la luz podía ser oscuridad. Jesús me miró; sonreía, pero sus ojos brillaban tristes.

—Una gran batalla se está librando en el Reino de los Cielos —me dijo—. Las fuerzas de Belcebú avanzan y el reino está rodeado. Si el cielo cae, la luz será oscuridad. Eres el único de los doce que sabe escribir. De ti depende que eso no ocurra.

Comprendí en aquel momento por qué me había elegido para acompañarle. Mi misión y mi deber era escribir la vida del Sanador, de mi maestro.

—Haré por que el cielo no sea vencido —afirmé orgulloso.

—Harás mucho más que eso. Dejaste todo por servirme. Ahora te pido que renuncies a tu vida. No se lo puedo pedir a otro. Solo a ti. Al que ve y no ve. Te pido que hagas maldecir tu nombre hasta el fin de los días. Te ruego que, llegado el momento, y será pronto, me ayudes a morir.

—¡Nunca! —exclamé.

—Si no lo haces, la luz será oscuridad. Satanás habrá triunfado.

En aquellos primeros días, los endemoniados eran una plaga, más extendida que la úlcera oriental y la lepra. En cada casa habitaba uno, cada familia tenía el suyo, y nosotros no éramos una excepción; nadie podía combatirlos.

En aquellos primeros días, los endemoniados eran una plaga, más extendida que la úlcera oriental y la lepra. En cada casa habitaba uno, cada familia tenía el suyo, y nosotros no éramos una excepción; nadie podía combatirlos.

Agapito Carnicero Tabernero dejó de leer en alto y hojeó el resto de los folios.

—A partir de aquí se repite —aclaró—. Los dibujos son diferentes, en esta página hay una serpiente, en esta una cabra, pero el texto es el mismo.

—¿Estás seguro? —preguntó muy serio Lucrecio.

—Casi. Dame un rato y te lo confirmo. ¿De dónde has sacado esto?

—Me lo han mandado por correo.

Agapito Carnicero Tabernero leía en silencio y muy concentrado. Lucrecio Torralba Petit le daba vueltas en la cabeza a lo que había oído. ¿El libro de misas negras de unos adolescentes podía esconder el Evangelio de Judas Iscariote? Tiempo atrás se habría reído de todo aquello; Judas Iscariote no había escrito ningún evangelio: había traicionado a Jesús y se había suicidado, lo decían los evangelios sinópticos. Pero las cosas habían cambiado mucho desde que estaba en prisión: había descubierto un segundo exorcismo que practicaban los odontólogos griegos y desconocía la Iglesia. Aquellos papeles hacían referencia a la clasificación de demonios que había leído en el libro de Antolín, hablaban de los dos tipos de exorcismo (las oraciones en griego que pronunciaba Jesús) y del que ve y no ve. Según las fotocopias, Judas Iscariote era el que ve y no ve, y gracias a él los conjuros de Cristo no hacían arder a los endemoniados. El que ve y no ve era una especie de catalizador del

exorcismo.

—Sí, el resto se repite —Agapito interrumpió sus pensamientos —. Son fragmentos al azar de lo que ya hemos leído.

—¿Qué opinas? ¿Es el Evangelio de Judas? —preguntó Lucrecio.

—No sé qué decirte —contestó rascándose la cabeza—. Está escrito en un griego clásico muy cuidado. Pero estos símbolos… No son de la época. ¡Espera! —añadió prestando atención a uno de los dibujos—. ¡Mira! —Le pasó las hojas a Lucrecio Torralba Petit.

Uno de los dibujos estaba hecho sobre un trozo de hoja de libreta cuadriculada. Había sido pegado a un lado del texto y se notaban los bordes.

—Yo creo que solo el texto es antiguo. Lo han reescrito palabra por palabra y adornado con dibujitos —sentenció Agapito—. Me gustaría que fuese el Evangelio de Judas. Si Jesús afirmó que el ojo era la lámpara del cuerpo y que si estaba sano había luz, pero que si estaba enfermo, todo el cuerpo estaría a oscuras…, entonces soy inocente ante Dios.

Lucrecio Torralba Petit no consiguió dormir hasta el amanecer. Magdalena podía ser derrotada, cometía errores porque no era Lucifer en persona, lo habían dicho Antolín de Cardeña y Judas Iscariote: Magdalena solo era un tipo de diablo más poderoso y mucho menos frecuente que los normales.

Pero… ¿le había enviado Cecilia el Evangelio fotocopiado de Judas Iscariote? Tenía dos formas de conocer la verdad. La primera era escribir a Cecilia, pedirle que enviase el libro e intentar obtener más datos. La segunda era más sencilla: preguntar a su cita de los miércoles.

22. LIBRO SEGUNDO DE LOS MACABEOS

Surgió amoratado, con los párpados edematosos y la frente arrugada. Lloraba. Una capa sanguinolenta y de hilachos gelatinosos tapizaba la piel y ocultaba una marca granate con la forma de tres seises sobre la oreja derecha. La vagina, cortada hacia un lado para evitar que los espasmos la desgarraran y la unieran con el ano, expulsaba en oleadas mucosos restos amnióticos. Un cordón umbilical surgía de su interior negro y dilatado y unía al recién nacido con la madre. Olía a sudor. El médico envolvió a la criatura chillona en un paño y la levantó en alto, con ambos brazos.

Habían decidido tener el niño en una clínica privada, con médicos norteamericanos más listos, más guapos y más atletas que sus colegas españoles (todo el mundo sabía que a los norteamericanos los becaban por practicar deporte).

Lo que ignoraban era que algunos estudiantes americanos se concentraban mucho más en la pelota que en los estudios y envejecían en la universidad. Para solucionar este problema, una ley federal obligaba a las universidades a concederles el título en el que estuviesen matriculados, luego el gobierno se encargaba de ellos: o declaraba una guerra y los enviaba al frente o creaba clínicas e instituciones de ayuda en países lejanos y los enviaba al destierro.

España sufría, claro, un problema similar, aunque la canción tradicional sustituía al deporte. Los universitarios alcanzaban la jubilación sin acabar la licenciatura y se paseaban envueltos en negras ropas apolilladas y medias de encaje por plazas, bodas y bautizos cantando y tocando panderetas y bandurrias. Un espectáculo tan triste que las madres tapaban los ojos a sus hijos y los piadosos arrojaban monedas para que comprasen ropa y abandonasen esa vida. A diferencia de los norteamericanos, ningún gobierno español promulgó una ley para acabar con los universitarios prejubilados y folclóricos.

El médico que asistía el parto era uno de aquellos americanos deportistas en el exilio; licenciado en medicina a los cuarenta y tres años y titular en cuatro mundiales de baloncesto con su selección. Recibió el balón, levantó los brazos evitando que le robasen la pelota y saltó lanzando a canasta. Confundió el paritorio con la cancha.

Cogió al niño y levantó los brazos, el cordón umbilical se tensó como una cuerda de guitarra salpicando de sangre al padre y a las enfermeras. La madre arqueó la espalda intentando evitar el dolor. El médico, con dos metros quince centímetros de altura, mantenía al niño en alto y daba saltitos cubriendo la posición. El cordón se

desgarró. El doctor sintió que el niño pelota había sido liberado y saltó a la canasta. La cabeza del niño se incrustó contra la gran lámpara circular que iluminaba la operación, los cristales cayeron sobre la madre, que mantenía las piernas abiertas. Los filamentos incandescentes de la lámpara quemaron la cabeza del recién nacido, en la sien derecha, y la marca profética desapareció bajo una pequeña quemadura de tercer grado.

Una monja muy educada convenció a los padres de que los médicos norteamericanos eran los mejores, aunque algo extravagantes cuando trabajaban. No hubo denuncias. La religiosa era una agente de la CIA.

Bautizaron al niño con una tirita sobre la oreja. Lo llamaron Pedro García Gómez. El sistema de educación estadounidense impidió que la humanidad estuviese preparada.

23. SILÚRICO

Era miércoles. Una mujer bajita y morena, delgada y con enormes pechos, le abrazaba. Lucrecio Torralba Petit respiraba con la boca abierta. La chica se incorporó apoyada en un brazo.

—¿Echamos otro?

—Dame un respiro —jadeó Lucrecio Torralba Petit—. Los humanos necesitamos un descanso entre polvo y polvo.

—Como quieras. ¿De qué hablamos…? ¿Te gustan estas tetas? ¿No te parecen demasiado grandes?

—Espera —dijo Lucrecio Torralba Petit. Se estiró y alcanzó su pantalón, del que sacó unas hojas enrolladas—. Quería preguntarte algo. ¿Puedes leer esto?

Magdalena cogió las maltrechas hojas que le ofrecía Lucrecio Torralba Petit y las observó sin hojearlas. Se las devolvió.

—¿Ya las has leído? —preguntó sorprendido Lucrecio Torralba Petit.

—A veces olvidas quién soy.

—Con ese pecho… y… ¿Es parte del Evangelio de Judas?

—¿Tú qué crees?

—Que sí.

—Entonces lo será.

—¡Joder, Magdalena! Que te lo he enseñado, que luego te cabreas, entras en mi celda, le pegas fuego y a mí me das una paliza. ¡Que nos vamos conociendo! Yo creo que sí que es. Viene lo de los dos tipos de exorcismos y nombra al que ve y no ve.

—Sí. Lo es —admitió Magdalena—. Solo un fragmento repetido, pero lo es. Lo que no sé es por qué está escrito entre estos dibujos tan ridículos.

—Son dibujos satánicos. Parece mentira que tenga que explicártelo. Es el libro de una secta satánica. Lo usan para entrar en contacto con vosotros.

—Menuda chorrada —soltó riéndose Magdalena—. Pues los dibujos son una puta mierda. Yo prefiero gaviotas.

Lucrecio Torralba Petit se puso serio antes de hacer la siguiente pregunta. Una idea le revoloteaba en la cabeza.

—¿Conociste a Jesús?

—Y a la hermana de Judas. Era tu tipo, te hubiese gustado.

—¿Te exorcizó?

—Afortunadamente, no. Me hubiese mandado de regreso. Su poder era tremendo. ¡Qué tiempos aquellos! Parece que fue ayer. ¿Echamos otro polvo?

No conversaron más.

* * *

Miércoles. Lucrecio quería que llegase el miércoles. El jueves pasó muy despacio y el viernes no acababa. Estaban sentados en su rincón del patio. Habían movido un banco que arrancaron y plantaron allí, sobre el pavimento, con las cuatro patas metálicas rodeadas de las pesadas pirámides invertidas de hormigón que antes lo clavaban en la tierra. Nadie lo había impedido; Lucrecio Torralba Petit y sus secuaces podían hacer lo que les diera la gana: nadie iba a decir nada. Enfrentarse al padre Lucrecio era un viaje seguro a la morgue.

Luis Ramón el mejicano contaba, a quien quisiese oírle, que había vencido, que ya había violado a todos los presos, que había estado a la altura y que estaba preparado para volver a las calles para enfrentarse a la ropa interior femenina. Agapito hojeaba un periódico. Lucrecio Torralba Petit miraba las nubes. Miércoles, quería que fuese miércoles y preguntar más cosas a Magdalena. Agapito Carnicero Tabernero le pasó el periódico.

—Mira qué noticia más curiosa —comentó—. Aquí. Un hombre que ve el futuro con una hora de antelación.

El hombre que ve el futuro con una hora de antelación

Felipe Rodero Pérez, natural de Requena, varón, de cincuenta y siete años, padre de familia y ciego hasta hace unas semanas, ha sorprendido a amigos, vecinos y extraños con su nuevo don: ver el futuro.

Tras ser sometido en Madrid a una operación de trasplante de ojo por prestigiosos cirujanos españoles, Felipe Rodero Pérez recuperó la vista. Pero cuál no sería su sorpresa cuando al retirarle las vendas descubrió que lo que veía se correspondía con un momento futuro: veía exactamente con sesenta minutos de adelanto.

Admirados por el milagro que ha asombrado a toda Requena, las autoridades civiles y eclesiásticas no han tardado en visitar al paciente, que ya los esperaba desde hacía una hora.

Mientras prestigiosos científicos investigan el milagro, el obispo de Valencia ha propuesto la beatificación de Felipe Rodero Pérez. Aunque tenga que matarlo antes.

Lucrecio Torralba Petit olvidó el miércoles por un instante. Sonreía. Hacía siglos que no se producía un milagro y había ocurrido uno. Quizás el agujero de la capa de ozono que el padre Lorenzo relacionaba con la falta de milagros no fuese tan grande.

—¡Sí!

Gritó. Y dio un beso en la frente a un sorprendido Agapito.

Sabía de quién hablaba el periódico, sabía quién era Felipe Rodero Pérez. Todo cuadraba, le citaban en los textos de Antolín de Cardeña y de Judas… Ese tipo de Requena era el que ve y no ve.

Era hora de cambiar la estrategia de la partida: las negras tomaban la iniciativa y tocaba jugar al ataque… Tenía la oración y su catalizador. Vencería al diablo, se desharía de sus cadenas y lo enviaría de nuevo a los abismos.

Besó también a Luis Ramón, se levantó y paseó por el patio mirando el suelo y haciendo planes; su discípulo y el profesor de griego le siguieron.

Había cumplido ocho años de condena y le quedaban dos para obtener el tercer grado y salir. Buscaría entonces al que ve y no ve y acabaría con aquella historia. Pero… Y si… ese tal Felipe Rodero Pérez ¿no quería ayudarle? Lo secuestraría. Lo ataría de manos y pies y le obligaría a oficiar el exorcismo. El que ve y no ve no hacía nada, solo tenía que estar presente. Después le devolvería la libertad. Un mal menor aparejado a un bien mayor.

Es más, pensó mientras daba pataditas a un guijarro: no era ni pecado, ni se confesaría por ello. Lo de hacer el amor con tanta poseída y servir a Belcebú era diferente; le tocaría confesarse y rezar muchas avemarías antes de sacar brillo a su alma.

* * *

Cinco presos murieron colgados en sus celdas y los periódicos olvidaron al tipo que veía el futuro, Felipe Rodero Pérez. Llegó el miércoles y la hora del encuentro. Lucrecio Torralba Petit dejó la ropa en una silla, se quedó en calzoncillos y esperó a su poseída.

Una funcionaria de prisiones entró en la estancia. Lucrecio Torralba Petit la había visto alguna vez en la zona de oficinas: era bajita, fuerte y llevaba el pelo corto y canoso, sin teñir.

—Vas a tener que hacer virguerías para arreglar esa mierda de cuerpo —comentó Lucrecio quitándose los calzoncillos.

La funcionaria le miró con desprecio.

—¡Póngase contra la pared! ¡Con las piernas abiertas! ¡Registro de drogas!

Lucrecio Torralba Petit obedeció. La mujer le separó las piernas con la porra. Por el rabillo del ojo vio cómo se ponía un guante y oyó el ruido del látex al estirarse. Cerró los ojos. Recordó la próstata. Lo que no había ocurrido en las duchas ocurriría en la celda de intercambios. ¿Cómo había sido tan idiota de enfadar a su proctólogo? ¿Dónde estaba su diablo cuando hacía falta?

—Qué sepa usted que estoy muy orgullosa de mi cuerpo y mi compañera también lo está.

Entonces se fijó en sus pupilas alargadas.

—Algún día —dijo en alto— conseguiré mandarte al infierno.

Lucrecio Torralba Petit la empujó hacia la cama y le hizo el amor muy rápido. Tenía que preguntar muchas cosas y poco tiempo.

—¿Sabes? —comentó al acabar—, me has decepcionado un poco. Al principio pensé que eras Lucifer en persona.

—¡Qué poca humildad para un cura! Si no puedes vencerme he

de ser el mismo Belcebú…

—Luego, al leer a Antolín y Judas, me di cuenta de que solo eras un demonio diferente. Pero hay una cosa que no entiendo. ¿Si erais tan poderosos, por qué desaparecisteis? ¿Por qué la Iglesia os olvidó? ¿Por qué no se ha sabido de ninguno de vosotros desde hace casi mil años?

—Tienes los datos. Sabes las respuestas, pero no quieres enfrentarte a ellas. En la época de Jesús había una guerra, un desequilibrio entre el bien y el mal. Belcebú necesitaba que sus tropas patrullasen la Tierra; los tres tipos de diablos de los que hablaba Antolín. Cuando acabó la guerra, las tropas volvieron a casa. Mis colegas son muy sedentarios. Yo me quedé para velar por vosotros.

—Sí, ya me sé el cuento. Nos salvaste en la Edad Media. ¿De qué? ¿De la peste?

—Eres un incrédulo. Ya te dije que la peste no era una enfermedad. Una invasión extraterrestre os estaba envenenando y tuve que salvaros. Yo, no tus queridos ángeles.

Lucrecio Torralba Petit sintió pena de Magdalena. No sabía que a un diablo también se le podía ir la cabeza.

Magdalena le miró fijamente a los ojos. Sus pupilas de gato brillaban.

—No seas necio. Te estoy revelando la verdad.

—Pero…, sigue habiendo ratas.

—No, Lucrecio. Llamas así a unos roedores. A aquellos seres los hubieses llamado monstruos.

Un ser infernal solo trata de confundir. Se lo había enseñado el padre Lorenzo, pero aquella historia era demasiado absurda para ser falsa. Solo había una explicación: tanta posesión estaba pasando factura a la mente demoniaca de Magdalena.

—Ya, ya… Entonces… ¿Estás intentando salvarnos de nuevo porque una peste está acabando con nosotros?

—Algo así. La natalidad mundial se ha desplomado. Ya no nacen niños. Según mis cálculos, os extinguiréis en sesenta y seis años.

—Y… ¿qué ha provocado esa caída en picado de la natalidad?

—No tengo ni idea —contestó Magdalena. Sus palabras sonaban sinceras. Las pupilas se le habían dilatado—. Busco respuestas en la mente de los humanos que poseo, pero no las encuentro. Nadie sabe nada.

Lucrecio Torralba Petit tragó saliva. Magdalena estaba tumbada a su lado, agazapada como un conejo, indefensa y asustada. Borró esa idea. Magdalena era un ser del averno, una asesina sin escrúpulos. No se dejaría vencer por los ojos del diablo. Recordó su adiestramiento. «Haz lo contrario de lo que él te proponga.» No se

dejaría llevar por su falsa tristeza.

—Tendrías que haber poseído a Luis Ramón. Te habría dado la respuesta —bromeó—. Te habría dicho que han sido los diseñadores de ropa interior femenina. Está preso por eso. Se acostó con una mujer con una lencería tan horrible que le dejó impotente. Ha desarrollado toda una técnica de violaciones en serie para que no le vuelva a suceder.

Mientras Lucrecio Torralba Petit hablaba, Magdalena se había sentado en la cama y observaba su ropa interior, jugaba con ella entre los dedos. La braga era roja con tulipanes blancos, motocicletas amarillas y visillos negros en los bordes, el sujetador mostraba dos círculos verdes pálido en la zona de los pezones rodeados por bandas concéntricas de colores azules, pistachos y amarillos.

Lucrecio Torralba Petit dejó de hablar. Un silencio incómodo recorrió la habitación. Magdalena lo miró.

—Sabes. Quizás ese Luis Ramón tenga algo de razón. Una prisión no es el mejor sitio para encontrar respuestas.

—Otra cosa —le interrumpió Lucrecio—. ¿Sabes cómo conseguir el Evangelio de Judas completo?

—Cuidado con tus deseos. El último que quiso leerlo fue Antolín y acabó en la hoguera. Vete. Nos vemos el miércoles.

La funcionaria salió de la habitación unos minutos después que Lucrecio Torralba Petit. Un policía, desde su mesa, la contempló con pena. Regresó a secretaría, su puesto de trabajo, y se sentó al ordenador. Sus compañeros la miraban con lástima, pues sabían que moriría ese mismo día. Ocurría cada miércoles; mujer que visitaba al padre Lucrecio, mujer que se suicidaba. La funcionaria se agarró la cabeza con ambas manos.

—Dad las gracias a Luis Ramón el mejicano —dijo en alto.

Y con un giro brusco de los brazos se rompió el cuello.

24. ORDOVÍCICO

Los gorriones cantaban sobre los alambres con espinas que coronaban la cárcel. Las telarañas, entre los rombos metálicos de las vallas, brillaban cubiertas de rocío. El viento olía a lluvia y se colaba entre los barrotes de las ventanas. Una tormenta había descargado por la noche y los charcos reflejaban un sol grande, rojo y perezoso que se levantaba entre las encinas distantes. La bandada de estorninos que anidaba en los tejados y servía de despertador a los reclusos había desaparecido. Era jueves.

Sonó el timbre y se abrieron las celdas. Los presos formaron en el pasillo. Un guardia realizó el recuento en cada planta. Estaban todos. Ningún muerto. Tampoco había bajas entre los guardianes.

Circulaban rumores. Luis Ramón el mejicano había vencido al ser diabólico que habitaba en la prisión. Los reclusos le sonreían en el patio. Los guardias le saludaban con afecto. A la hora de la cena no se había producido ninguna muerte repentina. El cocinero sirvió ración doble.

Cuando al final de día las celdas se cerraron y se apagaron las luces, el temor invadió de nuevo a todos los habitantes del centro penitenciario. No se oyeron susurros fantasmales en los pasillos durante la noche y llegó el viernes; tampoco hubo muertes, y el coche de la funeraria aguardó sin suerte en la entrada. Cuando Luis Ramón entró en el comedor a desayunar, los presos se abalanzaron sobre él. Los guardias no lo impidieron. Lo levantaron en hombros, como a su libertador torero.

No hubo más suicidios. Sábado, domingo, lunes, martes… Luis Ramón se hizo dueño y señor de las duchas. Forzaba a más de tres reclusos al día, pero eran presos agradecidos que intentaban que dominase la complicada técnica de la abstracción.

Querido padre Lucrecio:

Yo estoy bien, espero que tú también lo estés.

Siento haberte hecho perder el tiempo con el libro fotocopiado que te mandé, porque todo era mentira.

Volví a quedar con Roberto y sus amigos para celebrar otra misa. Se vistieron con trajes de cofrades, con las túnicas azules y los capuchones que usan en las procesiones de Semana Santa, y me hicieron desnudar y permanecer de pie sobre la Biblia negra (así es como llaman al libro que te envié). Me rodearon y se levantaron las faldas: no llevaban calzoncillos.

Fue humillante. Le di con todas mis ganas una bofetada a Roberto, recogí la ropa y escapé sin querer saber nada más de adolescentes adoradores del diablo.

Creo que no habían hecho una misa negra en su vida, que

solo querían aprovecharse. Me siento idiota.

Roberto no hace más que llamar por teléfono. Dice que me quiere, que todo fue un error y que le obligaron sus amigos. Pero ya le he dicho que se puede ir a masturbar con sus amigos o lo que fuesen a hacer, que conmigo no vuelve a quedar. Todos los chicos son iguales, unos cerdos.

También me ha contado que el libro lo hicieron ellos, que los dibujos los había dibujado él, que los había sacado de una película, y que el texto lo copió, que se lo había pasado un cura del colegio a cambio de unas caricias.

Y nada más. Mi venganza ha fallado y me siento una idiota.

Un beso.

Cecilia.

25. SALMOS

Felipe Rodero Pérez llevaba apuntado en la lista de trasplantes de ojo de la Seguridad Social desde los diecisiete años, cuando el sol eclipsó su vista. Por eso, al recibir la llamada del hospital casi cuarenta años después, sintió miedo; ver suponía enfrentarse a un mundo diferente.

La operación fue, según los doctores, un éxito. Le retiraron el vendaje compresivo una semana después de la intervención y lo sustituyeron por unas gasas. Por primera vez desde hacía muchos años, Felipe Rodero Pérez vio claridad, y supo distinguirla de la oscuridad.

Le trasplantaron un solo ojo; la cirugía era cara y el Estado quería reducir facturas y listas de espera. A cambio le apuntaron en la lista de espera para ojos de cristal del mismo color que el trasplantado.

Dos semanas después le retiraron las gasas y Felipe Rodero Pérez abrió los ojos, el ciego y el nuevo. Los colores atravesaron la retina e impactaron en el nervio óptico. Las formas surgieron en el cerebro y Felipe Rodero Pérez vio, pero resultó que lo hizo con una hora de adelanto.

La prensa publicó la noticia, le visitaron científicos y sacerdotes y todos coincidieron: era un milagro.

Felipe Rodero Pérez nunca opinó lo mismo. Al principio, y hasta que comprendió que su ojo adelantaba, creyó volverse loco; la banda sonora de la vida no coincidía con las escenas que proyectaba. Y cuando se habituó al desfase horario, su recuperada vista le hizo perder a su mujer, su familia y su empleo como vendedor de cupones.

Hundido, optó por vendarse el ojo, denunciar al hospital y seguir siendo ciego, encerrarse en el mundo que conocía. Felipe Rodero Pérez reclamó una compensación económica o la restitución del órgano dañado; si volvía a ser ciego se perdería las puestas de sol, pero recuperaría su trabajo.

En el hospital se depuraron responsabilidades por el desfase temporal y la culpa acabó siendo del conserje de la puerta B, que había pedido la autorización de entrada al cirujano encargado del trasplante. Por su culpa, el ilustre matasanos había llegado tarde a la operación y realizado la inserción del nervio óptico una hora más tarde de lo previsto, coincidiendo con el cambio de hora de invierno. El ojo, con la última sutura, se había quedado en el verano, no había cruzado el solsticio. Para compensar aquel desliz, el hospital echó al conserje. Felipe Rodero Pérez no fue indemnizado, pero le adelantaron unos cuantos puestos en la lista

de trasplantes de ojos de cristal.

La Iglesia, cuando leyó el informe del hospital culpando al conserje, paralizó su beatificación y suspendió la orden de asesinarlo que había dado a sus sicarios habituales.

Algunos días, Felipe Rodero Pérez se escapaba en tren hasta la playa, en Valencia, se sentaba frente al mar, se destapaba el ojo y disfrutaba de las olas. Al anochecer, lo cubría y esperaba sentado en la arena; una hora después regresaba a la estación guiándose con el bastón.

Contemplando las gaviotas que volaban sobre las olas, recordó el robo de unas reliquias púbicas que había oído hacía años. Las aves le despertaron en la memoria la descripción que el locutor hizo de la ermita donde se encontraba el tesoro: «está situada en una pradera, rodeada de acantilados llenos de nidos». Cuando escuchó la noticia se dibujó a su alrededor, bajo bandadas de gaviotas y nubes, una pequeña capilla blanca aislada en mitad de un mar verde en el que oscilaban los mástiles de margaritas y dientes de león, rodeada de precipicios e iluminada por los últimos rayos del ocaso.

Ya nada le unía a Requena; además, no había mar y la combinación de trenes a Valencia no era buena. Buscaría la ermita.

26. CANTAR DE LOS CANTARES

Los presos jugaban felices al pañuelo en el patio; habían hecho dos grupos: violados contra violadores. Los discípulos de Lucrecio Torralba Petit también participaban; Lucrecio, sin embargo, los contemplaba desde un banco, solitario. El ente diabólico se había esfumado, pero todos seguían temiendo a su protegido.

Lucrecio ya no sentía la presencia del mal: el vello no se le había vuelto a erizar, no notaba presión en el pecho y no había vuelto a oír su nombre en los gemidos de viento. Sin embargo, sabía que el ser volvería. No estaba seguro de lo que había ocurrido en su último encuentro, si Magdalena había sido sincera o si él, sin proponérselo, había conseguido burlarla. Pero Magdalena se daría cuenta del engaño (involuntario), de que los diseñadores de bragas no eran una amenaza para la humanidad, y retornaría cabreada.

Cuando llegó el nuevo miércoles, Lucrecio Torralba Petit esperó en su celda la llamada del altavoz. Todo el centro la esperó, sin respirar, mordiéndose los muñones. Pasó la hora de intercambios y ninguna mujer se presentó solicitando los servicios del párroco; un suspiro de alivio recorrió la prisión.

Habían pasado dos semanas y solo se había producido una muerte, un desnucado al patinar con una pastilla de jabón. En el patio, Luis Ramón corría detrás de un recluso que huía con un pañuelo entre las manos. Sus compañeros lo animaban y quedaban pocos metros para cruzar la línea y salvarse. Entonces los altavoces emitieron el ruido estático que precedía a la voz.

—Lucrecio Torralba Petit. Tiene intercambio. Celda cuatro.

Era miércoles; habían transcurrido catorce días. El preso del pañuelo dejó de correr y se quedó mirando los altavoces. Luis Ramón tropezó con él y ambos cayeron al suelo. Los gritos de ánimo se esfumaron y un ángel (caído) cruzó el patio.

Todas las miradas se posaron en Lucrecio Torralba Petit. Una bandada de estorninos revoloteó en el aire y el ruido del batir de alas y el alboroto de sus chirridos invadió la prisión. Lucrecio sintió escalofríos. Se levantó y se dirigió a su particular agonía. No estaba bien reírse de un ser sobrenatural. Eso se pagaba.

Un guardia lo escoltó, llorando, hasta la puerta de la celda.

Una famosa modelo le esperaba sentada en la cama, desnuda.

—He preferido quitarme la ropa interior —le dijo a modo de saludo—. Para evitar gatillazos.

Se levantó. Era más alta que él y estaba muy delgada, las costillas se marcaban en su piel caoba, el esternón le sobresalía entre dos pechos resecos y los huesos de la cadera florecían en su escuálido culo, los pezones parecían callos superpuestos. Solo la

cara era atractiva.

Lucrecio Torralba Petit la reconoció: la había visto en las revistas de la peluquería. ¿Le estaba Magdalena nublando los sentidos? ¿Le engañaba para luego vengarse? «Miente, Lucrecio —se dijo—, se feliz, disimula. Si eres complaciente tienes una oportunidad de morir y ganar, si no, tendrás que secuestrar al que ve y no ve, y no será sencillo.»

Lo más sensato era tratar de seguirle el juego.

—¡Jo! —exclamó tímidamente—. Con lo seductora que apareces en los anuncios… Parece que te has escapado de un campo de concentración.

—¿No te gusto? Si soy del *top ten* —respondió la modelo simulando enojo.

«Sonríe, incluso parece estar cariñosa… Es como un gato… Y hay que tener mucho cuidado con los gatos. Recuerda lo que le hizo a Paco. Síguele la corriente…», pensaba Lucrecio.

—Te prefiero con un poco más de carne, si no te importa —contestó precavido.

—Dicho y hecho.

La modelo cerró los ojos y de inmediato el cuerpo ganó kilos y curvas.

—¡Así estás mucho mejor!

De repente, el cuerpo se deshinchó. La modelo recuperó su aspecto famélico original.

—Lo siento —se excusó Magdalena—. No lo controlo bien. —Lucrecio Torralba Petit tragó saliva. El espectáculo se había acabado, ahora era cuando le tocaba pagar y cobrar por haber engañado al ente—. Es un cuerpo alienígena —dijo Magdalena cogiendo con suavidad las manos de Lucrecio—. Tendrás que conformarte con lo que hay.

No necesitó esforzarse ni recurrir a la técnica de abstracción de Luis Ramón el mejicano para salvar a Cecilia. Se había acostumbrado a su polvo semanal y se había saltado el de la semana anterior.

Ante la sorpresa de Lucrecio, Magdalena se disculpó por no haber acudido a la cita, aunque alegó que un diablo no tiene palabra, y le contó, entusiasmada, que la hipótesis de trabajo que había aportado Luis Ramón el mejicano era la correcta. Todo estaba relacionado. Los diseñadores de moda interior eliminaban el deseo en el hombre, la natalidad caía en picado y la especie humana se extinguía en consecuencia.

Los diseñadores de lencería no eran humanos, sino una especie alienígena procedente de un mundo que agonizaba. Habían consumido sus recursos y contaminado su atmósfera. Dos eran sus

opciones para sobrevivir: recuperar su planeta y tener un desarrollo sostenible, o encontrar otro similar en el universo y conquistarlo. Eligieron la segunda, gracias a las sondas Viking de la NASA que marcaban exactamente la situación de la Tierra en la galaxia.

Los extraterrestres planearon la exterminación de los humanos evitando guerras, bajas en sus filas, bombas atómicas y la destrucción de su nuevo hogar. Para ello poseyeron a los diseñadores de moda íntima y comenzaron a producir una ropa interior femenina que fulminaba la libido masculina. La autocastración psicológica del ser humano estaba en marcha. Además, se infiltraron en el movimiento ecologista para preservar el medio ambiente hasta la desaparición de la humanidad, y de paso, favorecer la extinción al hacer renegar del jabón a sus seguidores.

Lucrecio Torralba Petit escuchó sin abrir la boca. Su maestro le había prevenido. No hagas caso a las burlas del diablo. ¿Era aquello una burla o un diablo loco?

Magdalena le desveló que las mentes de los seres infernales estaban conectadas, que el Padre sabía lo que hacía el Hijo, y que su información había sido transmitida al corazón de los infiernos y llegado a la silla ardiente de Lucifer. Y concluyó con una frase que desconcertó al padre Lucrecio:

—Mi labor casi ha acabado.

¿Era aquello una despedida? Lucrecio Torralba Petit se sintió abatido. Era una ruina como exorcista. No solo no había conseguido cargarse al diablo, sino que ahora encima lo dejaba plantado.

—¿Te vas a ir, vuelves a casa? —preguntó frío.

—No por ahora —contestó Magdalena besándole los labios—. Conozco la idea general del ataque extraterrestre, pero necesito saber los pormenores. Cuántos son, dónde están, quiénes son sus jefes. Son difíciles de manejar y necesito algo más de información. Poseerlos es fácil, pero no consigo controlarlos del todo. La lectura de mente es confusa y me cuesta que se quiten la vida. Me encierro dentro de ellos más de un día, hasta que consigo que den un paso y les atropelle un metro.

—Entonces… ¿Nos vemos el miércoles?

—Sí, si rompo la vasija a tiempo.

27. LAMENTACIONES

El martes, en Portugalete, mientras Paco acababa de releer *Sangre en la luna,* sonó el teléfono. Tenían un ojo para él esperándole en Madrid.

El trasplante hubiese tardado varias décadas en llegar por la lista de la Seguridad Social, pero Paco no trabajaba, era exconvicto y el Estado tenía que hacer algo para reinsertarlo. Le trasplantaron un ojo izquierdo.

Su nuevo órgano funcionaba bien; sin embargo, tras la inserción del globo ocular ocurrió algo que sorprendió a su familia: Paco comenzó a hablar, sin pausa, de día y de noche y sobre cualquier tema; de todo sabía, en todo quería intervenir, aunque no tuviese ni idea. Además, e inexplicablemente, se sentía atraído por la velocidad.

Paco compró y tuneó un Seat Ibiza amarillo y comenzó a trabajar como mensajero con una furgoneta para pagar los neumáticos que quemaba la noche de los sábados con sus amigos de impronunciables nombres americanos.

Su madre, Lalleni, con lágrimas en los ojos, sobrepeso y las mismas mallas de jaguar que se había enfundado a los catorce años, decía orgullosa en la cola de la pescadería:

—Ese amor a los coches… es mi gen, los *gomosomas*… ¡Ha salido a su madre!

OTRA VEZ GRACIAS A LOS CLÁSICOS, ENCONTRAMOS LA SOLUCIÓN...
¡DESTRUIR EL MUNDO VIRTUAL GENERADO POR MATRIX!
¡DESTRUIR A "ESCAYNER"!

28. CÁMBRICO

Lucrecio Torralba Petit fue al patio tras dejar a la modelo. Allí se encontró con Luis Ramón el mejicano y le dio un abrazo cordial y un beso en la frente; en él reconocía al verdadero exorcista del centro penitenciario de Topas.

No hubo más muertes y el miércoles siguiente ninguna poseída se presentó de visita en la cárcel.

El viernes comunicaron a Luis Ramón el mejicano que sería indultado a cambio de aceptar salir en procesión de Semana Santa con la Cofradía del Santo Perdón de Valladolid. El director de Topas, a petición de sus habitantes, había dado la libertad al Barrabás mejicano. No se lavó las manos en una pila, sino que las estrechó con las de los funcionarios y policías que le agradecían el gesto.

Llegó el domingo de Ramos, repartieron laurel y boj en la capilla, y los andaluces y el único zamorano de la prisión hicieron una procesión por el patio.

El zamorano volvió a salir en procesión, esta vez en solitario. Pasó el lunes.

El martes, el zamorano, a falta de cruces o imágenes, arrastró un banco por el patio. Lucrecio contemplaba emocionado la procesión cuando oyó su nombre por megafonía. Su cita aguardaba en la sala de intercambio; llegaba casi con una semana de retraso.

Sentada sobre la cama le esperaba Margarita Esteban González: zapatos de tacón, medias negras, minifalda de tablas con cuadros rojos y negros y una blusa blanca. Algo pellizcó la memoria de Lucrecio Torralba Petit. Era la mujer de sus sueños, la chica a la que hizo el amor, por la que se sacrificó, por la que se perdió.

Magdalena sonreía. Ya controlaba a sus extraterrestres, dominaba su mente, sus movimientos, y podía variar su aspecto físico.

—Has tardado mucho —dijo Lucrecio.

—Eso no es justo, no tenía por qué haber venido —contestó. Y se lanzó contra sus labios.

Lucrecio Torralba Petit la poseyó sin quitarle la ropa, con la falda arrebujada en la cintura, las medias apretando los muslos y el tanga apartado a un lado. Hicieron el amor como un miércoles más, aunque fuese un martes; el misionero, el perrito y el diplodocus. Sin hablar. Solo besándose, solo gimiendo, solo suspirando.

Cuando acabaron, Lucrecio Torralba Petit sintió un escalofrío. La última vez que Magdalena había adoptado la forma de Margarita había hecho el amor con Alfredo… El diablo estaba de vuelta, torturándole.

Los besos y las caricias de la última cita eran un embuste, pensó. No había ninguna conspiración galáctica ligada a los sujetadores de colores y Magdalena se lo hacía pagar. No le mataba, simplemente le privaba de cualquier sensación de felicidad, le hacía forzar una vasija masculina o un animal bajo el aspecto de Margarita, y luego contemplar su aspecto real. ¿Qué conducto había estado usando esa vez?

Margarita apoyó la cara en el pecho desnudo de su siervo. Lucrecio sabía que fingía, que mentía como él. Acarició su pelo largo; también mentiría, aparentaría ser feliz, aunque acabase de follarse una gaviota. Solo le quedaba una esperanza para recuperar su alma: que Magdalena le matase antes de abandonarle.

Seguían en la cama, abrazados, y quedaban segundos para que concluyese la hora de su sexo semanal. Era el momento de contemplar una gallina escocida. Pero la hora de intercambio acabó sin transformaciones.

—Volveré la semana próxima —dijo Margarita tajante, sin levantar la cabeza.

—Bien —Lucrecio Torralba Petit se levantó y se vistió. Mientras se ponía las zapatillas preguntó.

—¿Qué tal van tus investigaciones?

—Sigo en ellas —contestó Magdalena.

—Bueno, pues hasta la semana que viene —se despidió Lucrecio.

Salió rápido, sin mirar atrás. No quería saber con qué había fornicado. Prefería recordar, aunque fuese falsa, la imagen de Margarita Esteban González.

29. JOB

Era Jueves Santo. Luis Ramón el mejicano encabezaba la procesión que recorría Valladolid mostrando al preso indultado por la Administración para conmemorar la muerte de Jesús. Caían cenizas del nuevo volcán, pero las autoridades habían asegurado que no había peligro. Le seguía un gran grupo de encapuchados y pesadas esculturas, cargadas a la espalda por voluntarios, que mostraban diversas escenas del Nuevo Testamento: Jesús en el monte de los olivos pegando la oreja cortada a un centurión, la última cena, y la cruz, muchas cruces. La tecnología había evolucionado muchísimo desde que Jesús fuese ajusticiado y al burro le había sustituido el tractor, pero los cofrades desconocían la existencia del motor de gasoil y preferían hacer el asno cargando con pesadas imágenes de madera. También preferían obviar que su Dios había prohibido adorar ídolos de barro.

La comitiva desfilaba con Luis Ramón al frente y el público se apelotonaba a ambos lados de la calle para contemplarla, comía pipas y palomitas, aplaudía el paso de las carrozas y pedía que tirasen caramelos. Lo que nadie sospechaba era que el reo, durante todo el camino, no había dejado de llorar. Su amarga tristeza quedaba oculta por un capirote negro.

Un día antes, el miércoles a primera hora y poco antes del seísmo, la Guardia Civil trasladó a Luis Ramón a Valladolid. Fue entregado a la hermandad al mediodía del jueves. Los cofrades, antes de la procesión, invitaron a cordero asado al reo, y después, para congraciarse con él y darle la bienvenida a la libertad, le llevaron a tomar el café y la copa a un puticlub. Pagaron el asado, el café, la copa (no le ofrecieron un puro porque estaba prohibido fumar en recintos cerrados) y una puta, la que prefiriese. El mejicano, ilusionado, eligió a una rusa.

Luis Ramón se había entrenado en la cárcel, estaba preparado y jamás volvería a fallar, nunca más unas bragas inhumanas le robarían las ganas. Se sentó en la cama, excitado y erecto, mientras la mujer se desnudaba ante él sin prisa, insinuándose. Primero se deshizo de la blusa…, y Luis Ramón vio aparecer un sujetador rosa con ranas verdes. Puso en marcha su técnica de abstracción. Luego de la falda…, y unas bragas fosforescentes atacaron sus retinas.

El miembro mejicano se deshinchó y quedó yerto sobre la colcha, la técnica de la abstracción fue vencida por la ropa interior extraterrestre. Luis Ramón contempló su flácido chicle y lo zarandeó con la mano derecha. No respondía, estaba muerto. Se tapó la cara y se echó a llorar.

Así lo encontraron los cofrades cuando la puta asustada bajó a

buscarlos. Y ya no dejó de llorar, porque para un mejicano perder la hombría por segunda vez era una cosa muy seria. Más que un seísmo o una explosión piroclástica.

30. PROVERBIOS

El miércoles por la tarde, un día antes del triste final de Luis Ramón el mejicano, un zamorano desfilaba por el patio de la prisión de Topas como único nazareno de la procesión del silencio; vestía una camiseta blanca de manga larga y se había tapado la cabeza con un cucurucho de cartulina roja. Arrastraba, con resignación y mucho silencio, el banco en el que Lucrecio y sus amigos solían sentarse a mirar a las presas. Los reclusos, que habían esperado horas a ambos lados del recorrido circular, lloraban compungidos. Todos estaban en el patio, con la excepción de los sevillanos, que preparaban rebujitos para festejar la muerte de Jesús al día siguiente. El silencio fue violado por un funcionario de prisiones.

—Padre Lucrecio, le aguardan en la sala dos. Intercambio —susurró entre lágrimas y emocionado por el paso.

Lucrecio Torralba Petit, que se encontraba en primera fila admirando el paso del Cristo de las Injurias, miró hacia el pabellón donde le esperaba un ser tan demoniaco que era capaz de cargarse él solo toda una procesión.

Quince días sin verse y luego cita dos días seguidos… Aquello era estresante. Bastante duro era someterse semanalmente a un ente diabólico como para que además cambiase sus hábitos cuando le viniese en gana. Se lo pensaba echar en cara. Tenían un acuerdo. Una vez a la semana, ni más ni menos. Además, el día anterior habían hecho el amor cuatro veces en una hora, y no creía poder resistir otro envite. Pero… ¿y si lo de ese día era una despedida? ¿Y si había acabado su trabajo? ¿Y si estaba a punto de liberarse por fin del ente? Quizás era su última oportunidad de morir y ser liberado, como su antiguo jefe.

Roía aún esos pensamientos cuando entró en la habitación. Una modelo desnuda le esperaba. La reconoció: la había visto en televisión, pero nunca hubiese pensado que era una alienígena.

—¡No me fastidies que era un extraterrestre! —exclamó—. Pues no lo entiendo. ¿Por qué van a ser las modelos alienígenas? No encaja con el plan que me contaste. Excitan a los hombres. Se engendran niños en su nombre. Eso va en contra de lo que decías.

—Hola. No te engañes, Lucrecio. Es parte del plan. Primero fue modelo, luego diseñadora. Si ella, con las bragas con las que desfila, no logra excitar a los hombres, ¿qué podrá conseguir un ama de casa? Esta que ves aquí es un arma biológica muy sofisticada. Si quieres me pongo la ropa interior y te lo demuestro.

—Prefiero que no lo hagas.

Se desnudó él, se tumbó a su lado e hicieron el amor. Hablaron del tiempo, de las primeras hojas de los árboles y dejaron pasar la

hora.

Como de costumbre, Lucrecio Torralba Petit se vistió antes que su visita. La modelo extraterrestre se levantó y se puso sus bragas negras a lunares rojos con filigranas amarillas.

—No hace falta que salgas antes que yo —le comentó abrochándose un sujetador blanco lleno de grapadoras azules—. Aún no consigo dominar a estos seres. No me voy a transformar.

—Ah… —murmuró Lucrecio—. Como ayer te presentaste como Margarita, pensé que ya los tenías controlados.

La modelo le miraba fijamente, sus iris de gato eran rojos.

—Ayer… fue martes —dijo seca.

Lucrecio Torralba Petit notó una mano invisible, ya familiar, que le apretaba la garganta.

—Ya… —consiguió decir—. A mí también me pareció raro.

Lucrecio se sujetaba la garganta con ambas manos. Cruzó la habitación deteniéndose ante los centelleantes ojos del ser. Miraba en su interior, leía sus secretos, ordeñaba sus pensamientos.

Lucrecio Torralba Petit sintió cómo salía despedido y chocaba contra la pared.

La modelo diabólica, en ropa interior y con los brazos en cruz, flotaba; halos anaranjados le acariciaban el cuerpo, las pupilas se habían dilatado y los globos oculares eran azabaches cruzados por el resplandor de relámpagos rojizos. Lucrecio Torralba Petit se arrastró por la habitación y llegó hasta la puerta. La cama se alzaba en el aire, el suelo vibraba y temblaba, las paredes latían. Lucrecio se incorporó, abrió la puerta y la cerró apoyando la espalda contra ella. Un funcionario de prisiones le miraba con curiosidad.

—Corra —le dijo.

La prisión temblaba; profundas grietas con forma de ramas muertas se extendían por el suelo y las paredes, los azulejos crujían y se desprendían dejando al descubierto pegotes redondeados de cemento. Lucrecio Torralba Petit se apartó de la puerta y echó a correr. La puerta estaba caliente, quemaba.

En el patio, el terremoto los sorprendió alrededor del nazareno zamorano. La tierra ondeaba formando olas y gemía, los guijarros chirriaban al frotar sus cantos entre sí. El suelo se llenaba de grietas, las vallas y las paredes de los pabellones oscilaban ebrias, la torre de vigilancia, un alto bloque de hormigón rectangular, se inclinaba hacia los lados. El zamorano perdió el equilibrio y el banco metálico cayó sobre él; la pata envuelta en hormigón atravesó el cucurucho y se le clavó en el ojo.

La puerta que encerraba a Magdalena fue adquiriendo los colores anaranjados del acero fundido y la pintura se deslizaba derretida. Algunos funcionarios vaciaban el contenido de los

extintores en ella; la mayoría huían aterrados.

El seísmo cesó, la torre vigía se mantuvo oscilando, muchas vallas se desplomaron, una bandada de estorninos volaba en silencio sobre la prisión. Cuando Lucrecio Torralba Petit salió al patio, los pájaros cubrían el cielo. Una ráfaga de aire le abofeteó y oyó su nombre, con ira, en el silbido del viento. Todos lo oyeron.

Sobrevino otro terremoto más fuerte que el anterior. La superficie del patio ondulaba elástica como olas en un mar picado, las zonas pavimentadas se quebraban en fragmentos afilados y rígidos que se elevaban como grises icebergs, las vallas que aguantaban en pie oscilaban y cedían derrumbándose con un estrépito eclipsado por los rugidos de un subsuelo que se quejaba al ser zarandeado con violencia.

Lucrecio era un hombre sensato, nunca había pensado en saltar las verjas y fugarse; su idea más optimista de un intento de fuga acababa con él encarcelado de nuevo, cumpliendo el doble de condena y con alguna bala alojada en el pulmón. Todo había cambiado de repente: las enrejadas paredes caían, las torres de vigilancia se desmoronaban, llovían trozos de muros y tejas; y guardias y presos corrían despavoridos en la misma dirección, lejos del centro penitenciario. Debía imitarlos; su vida estaba en juego… Sin saber cómo, había cabreado al ente maléfico, sentenciado a muerte a la prisión y a los reclusos más lentos.

Una teja rompió el cráneo de un andaluz que corría a su lado con un rebujito en la mano.

Muchos morirían… Demasiadas muertes por su culpa… Una mano en el hombro le hizo a Lucrecio Torralba Petit abandonar sus pensamientos.

—Esto es cosa tuya, ¿verdad? —preguntó Agapito sin esperar una respuesta—. Tenemos que correr o moriremos.

Lucrecio Torralba Petit no pensó en los rifles de los policías apuntándole a las nalgas ni en el aumento de su condena y se unió a la carrera detrás del profesor de griego.

Estalló la celda de citas y ondas destructoras se propagaron por la prisión como una explosión piroclástica, arrancando azulejos y baldosas, fluorescentes y puertas de acero.

Lucrecio Torralba Petit y su amigo ya habían cruzado la mitad del patio cuando el suelo cedió; grandes bloques de tierra se separaron alzándose y variando su posición original; las fisuras se transformaban en anchas, profundas grietas llenas de magma; la grava suelta se deslizaba desde los prismas inclinados del patio y caía por las fallas de fondo resplandeciente, acompañada de presos y funcionarios.

Una grieta se abrió ante ellos y Agapito Carnicero Tabernero la

saltó sin dificultad y continuó la huida. Lucrecio Torralba Petit le seguía a unos metros; la superficie que transitaba se inclinó súbitamente hacia abajo y saltó imitando a su compañero y salvador, pero sus pies no llegaron a la otra orilla y se quedó colgando en la pared del abismo, con las manos agarradas a la superficie de grava resbaladiza; el magma del fondo le hacía sudar los pies dentro de los zapatos. Apretó los dientes e intentó trepar, y no pudo. No tenía fuertes los brazos; se había pasado la condena leyendo novelas y libros de gramática en lugar de entrenar como el resto, que incansables levantaban pesas en el gimnasio. Cómo había perdido el tiempo con la lectura, pensó. Era el fin: moriría en las llamas como Antolín, como los grandes exorcistas de la historia.

Una mano le asió con fuerza la muñeca derecha y le ayudó a subir. Agapito Carnicero Tabernero, profesor de griego, sí que había aprovechado los aparatos de musculación.

—Has regresado a por mí —dijo con los pies que echaban humo de nuevo sobre el suelo—. Gracias.

La gran torre central de la prisión dejó de oscilar y se derrumbó sobre sí misma liberando una gran nube de polvo gris. El sol desapareció cubierto por una densa niebla que impedía ver a escasos metros y la atmósfera se volvió casi irrespirable a causa de la mezcla de polvo de la torre y el azufre de las profundidades. Lucrecio y Agapito, uno frente al otro, solo distinguían las respectivas siluetas.

—Corre mirando al suelo, y así distinguirás el resplandor de la lava en el interior de las grietas. Salta entonces —gritó Agapito sin perder la serenidad—. Tenemos que salir de aquí. En esa dirección. Ve delante, yo te sigo.

—Gracias —repitió Lucrecio, y se apresuró obediente.

El terremoto no cesaba y la superficie se agitaba dificultando el avance. Agapito Carnicero Tabernero tenía razón: aunque el polvo impedía ver a un metro de distancia, las grietas estaban iluminadas por el magma. Corrían a ciegas hacia los límites de la prisión, hacia la libertad, y el aire, en ocasiones, arrastraba aromas a carne asada. Lucrecio Torralba Petit frenó en seco, no se atrevió a saltar: ante él se extendía un estrecho cañón con un río ardiente en su lecho. Agapito Carnicero Tabernero se detuvo a su lado.

—Es imposible. ¡Estamos muertos! —gritó Lucrecio.

—No pierdas la fe. ¡Salta!

Lucrecio Torralba Petit aceptó el consejo, así que cogió carrerilla y se impulsó con todas sus fuerzas. Le daba igual morir, pero si por casualidad vivía, visitaría a la hermana del padre Lorenzo, e iría a buscar a Cecilia, y serían amigos… Aterrizó al otro lado. Miró hacia atrás, buscando a Agapito Carnicero Tabernero. Entonces distinguió

su silueta rojiza volando rodeado de brumas sobre la sima.

Agapito Carnicero Tabernero calculó mal el salto y no cayó a su lado, sino que se precipitó al abismo. Lucrecio creyó oír una frase de despedida.

—¡Cabrones!

O quizás era su imaginación y había confundido algún ruido con la voz del malogrado Agapito, quien tanto le había ayudado. Se asomó al borde del acantilado y contempló el río de masa ígnea discurrir por el fondo, pero no había ni rastro de su amigo. Reanudó la carrera: iba a salvarse. Lo haría por Cecilia y por Agapito Carnicero Tabernero, que le había socorrido a cambio de su vida.

Agapito Carnicero Tabernero supo que no alcanzaría a poner los pies al otro lado de la cornisa; vio el borde a cámara lenta, detenido en el aire; sabía que no llegaría, que se quedaría a unos centímetros, y luego, sin abandonar la sensación de que el tiempo se había ralentizado, comenzó a caer, lentamente, hacia un fondo denso, rojo y ardiente que lanzaba burbujas de singular hermosura. Fenecería como era costumbre entre los *Homo erectus*, abrasado por las lavas de algún volcán. Y moriría como uno de ellos por no haber hecho caso a su práctica filosofía. Si la guarida del hombre de las cavernas se hubiese convertido de repente en un volcán, habría huido, sin ayudar a nadie. Sin embargo, en lugar de hacerlo y atravesar el patio cuando todavía no había precipicios, había perdido el tiempo con Lucrecio: animándolo a seguirlo, retrocediendo y preservándolo de la muerte que ahora, en el fondo, le esperaba a él sin remisión. Las paredes pasaban ante sus ojos, piedras erosionadas y redondeadas por el agua se incrustaban en la arcilla. Moría por bobo, por seguir la filosofía impuesta por las películas de Chuck Norris y no la milenaria filosofía del gen.

Chuck Norris era ficción: nadie salva a nadie en la vida real; lo había entendido demasiado tarde. Recordaba una conversación en el patio: si salvas a un rehén y pierdes a uno de tus hombres, el rescate es una mierda, porque en el cine el actor secundario no importa, pero fuera de la pantalla el secundario tiene una vida tan importante como la del rehén, aunque sea el mismo presidente de los Estados Unidos; hasta Luis Ramón el mejicano había estado de acuerdo… Pero él había picado… Qué hondo calaban las películas norteamericanas.

Olía a pelo chamuscado y continuaba descendiendo, hacía calor. ¡Antonia! Habían hecho tantos planes. ¿Qué sería de ella? Sintió pena. Esperaba que nunca supiese cómo había muerto, que un reportero, o el mismo Lucrecio, no se presentase en su casa a explicárselo, a informarle de que había muerto como un héroe, sacrificándose por un preso que cumplía condena por asesinato y

violación, directamente relacionado con el suicidio de miles de personas y responsable de la destrucción de la prisión. Sabía que aun sin los ojos disfuncionales, Antonia no entendería su forma de actuar y no encajaría bien la noticia, que pensaría que se había inmolado como un gilipollas y que la había dejado sola sin causa justificada.

Homo erectus ganaba, Chuck Norris perdía. Era idiota, un auténtico gilipollas. Murió maldiciendo a gritos mientras caía a Lucrecio, a Chuck Norris y al cine norteamericano que nublaba el entendimiento.

—¡Cabrones!

Se sumergió en la lava; la última sensación que percibió fue de escozor urente en la tripa: había caído de panza. Luego se fundió en un destello rojo.

A mitad de distancia de Zamora y Salamanca, donde hasta unos minutos antes estaba el centro penitenciario de Topas, se elevaba un nuevo volcán que lanzaba a la atmósfera lava, gases tóxicos y piedra pómez para el noble acto de limarse los callos.

La mayoría de los presos perecieron, otros huyeron y fueron a ver la Semana Santa a Zamora, y aun otros más, una minoría, se entregaron a las autoridades para acabar de cumplir sus penas.

31. ECLESIASTÉS

La voz de Agapito le tranquilizaba; sonaba en los altavoces del ordenador, le hablaba de su amor, de la vida en prisión, de un cura perseguido por un espíritu maligno, de atardeceres sentado en el patio, de un filósofo mejicano, de la noche que se conocieron, del absurdo intento de robo de una reliquia sagrada en San Onofre de la Barquera… Antonia Galán Cantueso escuchaba en el sofá la voz enlatada, en la eterna negrura que reinaba en su vida, mientras sus ojos de cristal brillaban sobre la mesa del comedor, en mitad de dos manchas acuosas. Las lágrimas llenaban sus cuencas vacías, las rebasaban y caían en una fina lámina a lo largo de las pestañas; cuando movía la cabeza, los lagos de tristeza se veían empujados por la inmisericorde gravedad, hacían prominencia en los párpados cerrados y se liberaban en turbulentas cascadas sobre las mejillas.

Antonia Galán Cantueso apagó la radio y la televisión cuando la llamada telefónica arrancó sus últimas esperanzas. Las ondas que transportaban la noticia de la destrucción de la cárcel desaparecieron. Ahora solo estaba él; describiéndole una ermita blanca levantada en un prado verde lleno de margaritas, frente a un mar revuelto y rodeada de acantilados. Una ermita que volverían a visitar juntos, que ella vería con los ojos de él, sin soltarse de la mano. Ahora no estaba él. Agapito había muerto en la cárcel, como su hijo, como sus ganas de vivir.

Los ojos le aportaban luz desde el exterior y miseria y oscuridad desde el interior, funcionaban mal. Ya no los tenía y los echaba de menos. No quería sentir la ausencia, el miedo, el dolor, las ganas de no vivir… Con sus ojos esas cosas se llevaban mejor.

«Por la noche el cielo se llena de estrellas sobre la ermita. Nos sentaremos a contemplarlas, mientras cantan los grillos y rompe el mar en los acantilados: la Vía Láctea, las constelaciones, las estrellas fugaces y los satélites. Te contaré dónde está cada una de ellas…», susurraba Agapito desde los altavoces.

Muerto. Agapito estaba muerto. Cinco días escuchando las noticias, rezando, suplicando al Creador para que diese señales… Hasta que sonó el teléfono.

No le importó perder a su hijo; aún estaba dominada por sus malignos globos oculares y veía a su vástago como una imposición social inherente al matrimonio, que había heredado los genes del desgraciado de su padre y ninguno de los de su encantadora madre. Pero Agapito le extrajo los ojos, haciendo palanca con una cuchara. Unos ojos disfuncionales que eran una glándula de maldad. La curó. Y ahora sentía: el distanciamiento con su hijo, su muerte, la de Agapito.

Agapito nunca le contó si había oído hablar de su hijo en prisión, o no sabía nada o no había querido herirla. Alfredito se había suicidado justo antes de salir. Seguramente, para no estar con ella, por mala madre, por mala persona…, pero eso lo pensó mucho después, cuando perdió los ojos y vio la luz. La cárcel de Topas le había arrancado a los hombres de su vida, uno en su celda, otro cocido a su punto bajo espesos ríos de lava.

Las lágrimas sacaron brillo a sus ojos de cristal y escocían; se los quitó y los dejó en la mesa, sin cesar de llorar. El televisor ofrecía espectaculares y devastadoras imágenes del volcán de Topas y de las ruinas de la cárcel rodeadas de lava roja y negra. Antonia Galán Cantueso no lo veía, pero escuchó los desgarradores comentarios de los locutores, esperando un milagro. Hasta que llamaron y supo que ya no se obraban milagros.

«Espérame hasta mi regreso. Siempre tuyo, siempre contigo», concluía la grabación. Antonia Galán Cantueso soltó un alarido, inclinó la cabeza y se la tapó con las manos, los párpados se evertieron dejando salir en tromba su triste contenido. Chuchín aullaba desconsolado a sus pies.

La grabación comenzó de nuevo.

«Hola, mi amor. Te echo de menos, me cuesta respirar sin que estés a mi lado, pero sería absurdo dejar de vivir…»

Antonia Galán Cantueso levantó la cabeza y abrió los párpados: dos oquedades negras y lisas aparecieron en el lugar que antes ocupaban los ojos, brillantes hilos de lágrimas se deslizaban desde las pestañas inferiores. Le haría caso. No podía ni pensar en respirar, pero no podía dejar de vivir. La ermita entre los acantilados en San Onofre de la Barquera… Esa era la respuesta.

La visitarían de nuevo, juntos. Esperarían la noche y el canto de los grillos. Antonia conocía el pueblo: había estado allí dos veces, una con Agapito y otra antes de conocerle y de tener un hijo, aún poseída por dos ojos con los que veía pero no veía, intentando arrebatar los novios a sus amigas.

Las cosas habían cambiado desde entonces; le habían extraído los ojos, su hijo se había suicidado para no verla, le habían arrebatado la vida de su marido… Pero nada podía quitarle la ilusión de sentarse en los acantilados con los restos de su amado y sentir el latido de las olas al impactar contra las rocas. Esperaría la noche y las estrellas y esparciría los restos de Agapito desde allí. Pondría la alarma para saber la hora exacta.

La voz del teléfono le informó de que no habían encontrado los restos de su marido, que se había desintegrado en el magma. No tendría un cuerpo que identificar ni una urna con polvo. Daba igual… Lo supo antes de descolgar; ella era los restos de Agapito.

Esperaría a las estrellas y los lanzaría al mar. Chuchín seguía aullando a sus pies.

32. SABIDURÍA

Luis Ramón el mejicano seguía llorando la pérdida de su hombría sumergido entre copas de anís y tequilas; una mosca azul se frotaba las patas sobre unos azulejos blancos, cuadrados y llenos de grasa; un tipo gordo y sudado hojeaba un periódico deportivo; un borracho gritaba al camarero la verdadera forma de hacer política mientras sus babas se precipitaban en una barra de acero inoxidable y oxidado…, cuando en la televisión del bar, situada al lado de la cabeza sarnosa de un toro disecado, aparecieron las imágenes del volcán y la devastación de la prisión de Topas.

Luis Ramón sintió envidia, envidia de los presos chamuscados y muertos, seres felices que no llegarían a saber nunca si habían perdido la virilidad. Pagó sus copas y salió; llovían cenizas y trozos de piedra pómez.

Anduvo sin rumbo pero en línea recta, atravesó diferentes barrios de Valladolid, aceras, carreteras y polígonos industriales, sin levantar la cabeza, sin atreverse a mirar a las mujeres con las que se cruzaba; había sido humillado y vencido, como el toro con círculos alopécicos que colgaba en la pared del bar. Recordó el volcán; quería estar muerto, como Alfredo, como el padre Lucrecio.

Los coches, aparcados a ambos lados de las calles, estaban cubiertos por una fina capa de ceniza gris, y una niebla, que dejaba sabor a barro y azufre en la boca, envolvía la ciudad. Continuó caminando; sus pisadas se marcaban en la ceniza volcánica que se depositaba en las aceras y se acumulaba en las cunetas, y enfiló la carretera de Madrid, aún con el traje de penitente puesto y con la ceniza manchando sus hombros; dejando un rastro similar al de Armstrong al pisar la Luna. Por la tarde, la verdadera lluvia transformó en barro la ceniza, que se solidificó en cemento haciendo inmortales las huellas de un mejicano acabado.

Llovía. Luis Ramón cruzó un pinar en el que las acículas caídas se mezclaban con la ceniza empapada y se pegaban a los zapatos creando suelas gruesas y pesadas difíciles de levantar. Se detuvo a quitarse el barro gris con un palo, convencido de que dejar la carretera y atajar no había sido una buena idea, cuando vio, en el suelo espinoso, una rama horquillada del grosor de un brazo; les separaban solo unos metros de polvo volcánico y gotas de lluvia. La rama había perdido la corteza y su superficie era cremosa y lisa; dos pequeñas ramitas resistían en la parte más alta perpendiculares y opuestas; unos centímetros más abajo, dos protuberancias redondeadas, una un poco más baja que la otra, marcaban el lugar donde una vez se habían insertado otras ramas más finas o el árbol había sido atacado por algún insecto, luego la rama continuaba

recta hasta dividirse formando un gran tirachinas.

La abstracción funcionó de forma inconsciente en el apenado cerebro de Luis Ramón y donde debía ver una rama caída sus sentidos le transmitieron el cuerpo de una hermosa joven con pechos de inserción irregular. Se arrodilló a su lado, la cogió con delicadeza y arremangándose el sucio y mojado traje de penitente le hizo el amor sobre un lecho lleno de acículas afiladas y mojada ceniza de un volcán próximo.

Regresó a la ciudad cargando la rama muerta. Llovía con fuerza, los automóviles circulaban con las luces encendidas y los limpiaparabrisas apartaban el agua y el barro trabajando a la máxima velocidad. Luis Ramón aparecía de repente avanzando por el arcén, con la sotana sucia y empapada y arrastrando una gran rama con forma de i griega. El agua y el barro creaban olas bajo los neumáticos que rompían sobre Luis Ramón y su amada. Los conductores sentían piedad ante un penitente o miedo ante un loco, aunque ninguno paró.

Llegó a un hotel, acostó con cuidado a la joven en la cama y se dio una ducha de agua caliente. Bajó a la calle y compró en una corsetería lencería transparente y blanca, conjuntada y desfasada, de los años ochenta: braguitas, sujetador, liguero y medias. Regresó a la habitación, la vistió e hicieron el amor. El cuarto olía a resina, semen y amor.

33. ECLESIÁSTICO

—Paco, me llamo Paco, en el carné pone que mi nombre es Jonnathann, pero no me gusta que me llamen así; Paco es un nombre más completo, surgido de las experiencias vividas.

—¿Nivel de estudios? —preguntó aburrido el hombre al otro lado de la mesa.

La empresa necesitaba un nuevo conductor y el INEM les había enviado ciento dos candidatos; era la enésima entrevista que realizaba aquella mañana, a razón de una cada diez minutos: sesenta segundos para hojear el currículum del aspirante, otros tantos para contemplar al candidato y no más de ocho minutos para aclarar dudas. Estos últimos sobraban, pues con el currículum y el aspecto eran suficientes; el resto del tiempo lo consumían preguntas insulsas con el tictac del reloj de la pared como banda sonora; hasta que soltaba, en los últimos diez segundos, la frase final: «Gracias, ya le llamaremos».

Con aquel aspirante pasaba lo mismo: en el primer minuto descubrió que había estado en prisión y no tenía estudios; en el segundo, al ver sentarse ante él a un tipo con la cara cruzada con finas cicatrices blanquecinas y un ojo de cada color, lo descartó. El tiempo de la entrevista estaba de más.

—No tengo estudios, no los tengo si por tales entendemos la enseñanza reglada recibida en los centros educativos del Estado. Me considero un espíritu libre, una esponja que absorbe el conocimiento de los seres que me rodean; en este preciso momento, mientras usted me interroga, estoy empapando mis conocimientos con los de usted.

—¿Algún problema de vista?

—Un gato poseído me arrancó los ojos. Aprendí la lección: no abraces a los gatos gordos que te encuentres, no pidas favores al maligno, aunque creas que trabajas para él. Afortunadamente, la bondad humana hizo que recuperase la vista: me donaron un ojo, solo uno. Supongo que mi benefactor camina ahora por la vida tuerto pero contento al saber que ha hecho el bien. El otro ojo es de cristal; me lo compró mi tío por catálogo; el color es casi igual, pero si te fijas se nota un poco.

Se empujó con la yema del dedo índice en la pupila y se extrajo el ojo ante el anonadado jefe de recursos humanos.

—Mire, es de cristal y redondo, como un pequeño planeta —dijo acercándoselo—. Ahora soy tuerto, pero he sacado el carné de conducir.

El entrevistador disimuló las arcadas y miró el reloj de la pared: aún quedaban cuatro minutos.

—Somos una empresa de transporte urgente a nivel nacional; su puesto de trabajo estaría en el norte de la Península. ¿Conoce la cornisa cantábrica?

Paco había prestado atención en los cursos del INEM y sabía que en las entrevistas había una pregunta decisiva. Si la contestabas bien, el trabajo era tuyo; si fallabas, estabas perdido. Paco quería aquel trabajo, quería conducir; había nacido para tener un volante entre las manos. Había necesitado el trasplante de un ojo para ver sus sueños y sentir la necesidad de hablar sin parar. Esa era *la* pregunta. Había un lugar en la cornisa cantábrica que había marcado su vida.

—San Onofre de la Barquera.

—¿Cómo dice? —preguntó asombrado el entrevistador.

—San Onofre de la Barquera. No nací allí; soy de Portugalete, también en el norte, pero San Onofre es mi verdadera patria. Para serle más concreto, la ermita de San Onofre, en una pradera y encaramada sobre los acantilados.

El entrevistador sonreía.

—Uno de los grandes errores de mi vida fue no ser un cofrade de la Hermandad Cántabra del Gran y Santo Escroto. Hubiese evitado cometer un gran error, pero bueno, de todo se aprende y ese desliz me llevó a conocer almas poseídas, filósofos de la abstracción y a un cura que no parecía un cura. Si consiguiese este trabajo viviría en San Onofre, y no dejaría pasar la ocasión y me haría cofrade y defensor de la Hermandad Cántabra del Gran y Santo Escroto.

El reloj marcó los diez minutos de rigor. El entrevistador dijo su frase.

—Muchas gracias, ya le llamaremos si ha sido usted seleccionado. Por favor, al salir haga pasar al siguiente.

El nuevo candidato tomó asiento en la silla aún caliente que había quedado libre. El entrevistador escribió algo con letras rojas en el currículum de Paco y lo apartó del resto. Cogió un nuevo currículum del montón de la derecha y comenzó a leerlo. No le interesaba lo que decían aquellos papeles; con la mano derecha jugueteaba con un medallón que colgaba debajo de su camisa; la medalla de la Hermandad Cántabra del Gran y Santo Escroto de San Onofre de la Barquera. La elección ya estaba hecha.

34. ISAÍAS

El autocar se detuvo sobre la palabra BUS pintada en blanco con letras mayúsculas a un lado de la carretera y las puertas traseras se plegaron como las alas de un saltamontes. Descendieron una mujer invidente y su extraño perro guía chihuahua. Las puertas sisearon al cerrarse. Las luces naranjas de los intermitentes brillaron y el autocar se incorporó a la carretera vacía, negra, larga y estrecha que se extendía bordeando los acantilados entre tojos de flores amarillas y prados verdes, hasta el horizonte, donde el arco iris se perfilaba entre nubes compactas y amoratadas.

Antonia Galán Cantueso sentía el sol sobre la piel y percibía el olor a lluvia arrastrado por el viento: la tormenta se acercaba. Con ayuda del bastón y su perro Chuchín se guio por el sendero hasta la entrada de la ermita. La puerta estaba abierta y un aliento fresco y de vela derretida la envolvió. Escuchó voces bajas, rezos corales. En la oscuridad se perfilaban las figuras de hombres y mujeres inclinadas ante la reliquia del Santo Escroto.

Su educación católica la imploraba a entrar y arrodillarse ante el colgajo disecado; su amor perdido quería sentir la hierba bajo los pies, escuchar el canto de los grillos y del mar golpeando las piedras, ver la bóveda celeste estrellada y el mar azul y verde, y las líneas rotas de las olas trazadas con lápices de espuma. Antonia Galán Cantueso decidió hacer caso a su marido muerto. Se descalzó y, rodeando la edificación encalada, avanzó con cautela, con el bastón por delante; el borde escarpado del acantilado se acercaba y sentía en la cara gotas de las olas más grandes, escuchaba sus rugidos exhaustos al finalizar su recorrido oceánico.

El bastón se hundió en el vacío, Chuchín ladró y corrió en sentido contrario tirando de la correa. Antonia Galán Cantueso se detuvo y se sentó con cuidado en el borde del precipicio. Esperaría la noche, las estrellas, y se lanzaría desde aquellos riscos: se uniría a su amado Agapito en un bello y mortal salto de ángel.

Había cogido el autobús de las seis y media y el trayecto había durado unos quince minutos; diez minutos más para llegar al borde del abismo…, así que serían las siete, lo que suponía que quedaban unas dos horas de luz; luego llegarían las tinieblas y la paz, y saltaría. Se tumbó en la hierba húmeda, prestó atención a la salida de misa de los feligreses, escuchó los motores de los coches al alejarse, las olas, las gaviotas, un topo que cavaba cerca… y se quedó dormida.

La despertó bruscamente un trueno y la lluvia impactándole en la cara. ¿Ya era hora de lanzarse? Había llevado un reloj despertador que sonaría cuando llegase el momento. Palpó su bolso:

peines, bolígrafos, colonias, pañuelos de papel, una agenda, el revólver requisado en el instituto, la cartera…, pero ni rastro del despertador. Llovía con fuerza y mechones de pelo empapado se le pegaban a la cara. Estaba desconcertada, enfadada consigo misma. ¿Cómo se había podido dormir? ¿Y olvidarse el reloj? ¿Había anochecido? ¿Qué hora era?

Se levantó sin escuchar los aullidos de Chuchín, que calado como estaba parecía una rata, soltó la correa, dejó el bolso y saltó sin más al vacío.

El viento y la lluvia la habían desorientado: aterrizó en el césped a unos centímetros de su posición anterior. Herida en su orgullo de *girl scout,* pero aliviada por encontrarse sola en mitad de la noche, tanteó con el bastón hasta dar con el borde y se dispuso a realizar un hermoso salto de ángel.

—Espérame, Agapito. Voy a tus brazos —dijo en voz alta.

Notó una mano firme que la agarraba del brazo.

—Agapito tendrá que esperar, señora —señaló exigente alguien a su lado—. Guardia civil. Documentación, por favor.

La patrulla de la benemérita dejó en su hotel, poco después de su frustrado intento y aún de día, a una empapada Antonia Galán Cantueso y a un perro con apariencia de rata y resfriado; no pudieron evitar reír, entre dientes, al recordar el ridículo salto al vacío en sentido opuesto al precipicio. El sacerdote de la ermita los había llamado: la había visto al cerrar la iglesia, sentada en el acantilado con el perro junto a ella, pero no había ningún coche y el último autobús ya había pasado hacía un rato. Sospechó y telefoneó. Desde el intento de robo múltiple de los santos Escroto y Prepucio desconfiaba de las visitas solitarias a la capilla; sufría pesadillas.

Antonia Galán Cantueso y Chuchín tiritaban; se dieron una ducha de agua caliente, echaron dos mantas en la cama y se acostaron. Lo intentaría de nuevo al día siguiente. Lloró hasta quedarse dormida.

Soñó. Agapito se elevaba sobre lava naranja y humeante. Ahora estaban sentados los dos en el acantilado. Veía los relámpagos escapar de las nubes oscuras, grandes gotas de lluvia se precipitaban en la hierba y hundían el tórax de grillos negros y brillantes, arrancaban sus aserradas patas traseras o seccionaban sus cabezas de prominentes mandíbulas. Las luces azules de un coche de policía se proyectaban sobre las paredes blancas de la iglesia.

—Vas a suicidarte sin haber visto —le susurró abrazándola—. Te extirpé los ojos para que pudieses ver, pero no lo has hecho: no había estrellas, no cantaban los grillos y no era de noche. No estés triste, no sufras, no llores. Todavía no era la hora. Quiero que veas

por mí, que sientas San Onofre: el trinar de sus pájaros, el canto de sus campanas, el pitido de alerta de los camiones de basura… Luego vuelve a la pradera, disfruta el canto de los grillos, espera la noche, escucha pasar una estrella fugaz y entonces salta a mis brazos. Te esperaré.

Se besaron.

Despertó abrazada a Chuchín, sintiendo en la lengua los finos colmillos del perro, su halitosis y su sarro.

Tenía fiebre y se sentía feliz, con dolor de cabeza y garganta, pero alegre. Había soñado con Agapito. Viviría el pueblo por él antes de saltar, y cuando llegase el momento elegiría un día de calor y soleado, sin previsión de tormentas, y no se quedaría dormida, y tendría cuidado de que no se celebrase ninguna misa, y no se olvidaría el reloj despertador.

Los siguientes días solo salió del hotel para ir a la farmacia, pues la fiebre y el resfriado asaltaron su cuerpo y su espíritu. A la semana siguiente, ya repuesta, inició junto a su fiel Chuchín el descubrimiento de San Onofre de la Barquera. No tenía prisa.

35. JEREMÍAS

Llamaron a la puerta. Luis Ramón el mejicano se puso los calzoncillos. Vivía en el centro de Madrid, en un viejo piso que le había dejado la Hermandad del Santo Perdón; la cofradía también tenía propiedades en Valladolid, pero siempre habían desconfiado de los exconvictos y preferían alojarlos, una vez pasada la Semana Santa, lejos de sus familias. Su amada, con las piernas abiertas y rígida, descansaba en el sofá con una braguita de encaje, transparente y amarillenta, grapada en la bifurcación de la rama. La cubrió con una sábana; la puerta de entrada daba directamente a la sala. Abrió.

Una chica alta y delgada, con pelo negro, largo y cara angelical esperaba en el rellano. La sábana, traidora, se deslizó dejando ver un sujetador enganchado a un palo con dos protuberancias redondeadas. La mujer contempló la absurda escena y luego miró a Luis Ramón. Rio a carcajadas.

Luis Ramón aún no había soltado la manilla, la puerta permanecía abierta; estaba paralizado. Ya había visto aquellos ojos de gato antes, en unas duchas, donde había jurado proteger al padre Lucrecio…, ahora él estaba libre y el cura había muerto churruscado. Pensó que al recobrar la libertad su pacto satánico finalizaba. Se había equivocado.

—Luis Ramón, mi querido filósofo, veo que me has reconocido. ¿No me vas a invitar a entrar?

La mujer pasó sin esperar una respuesta, retiró del todo la sábana y contempló la rama envuelta en ropa interior. Seguía riendo.

—Eres todo un filósofo de la abstracción —apuntó—. Cierra la puerta, tenemos que hablar de nuestro pacto.

Concentró la vista en la rígida novia y la madera comenzó a arder; el olor a resina y algodón quemado se extendió por la habitación.

—Es mejor así, créeme, lo hago por tu bien.

Luis Ramón no dijo nada, la silenciosa mujer con la que vivía, con la que se había encontrado en el bosque, había desaparecido; unos palos ardían de forma mágica en el sofá, sin que el fuego se extendiese al terciopelo de los cojines.

Luis Ramón no sabía qué había ocurrido en Topas, pero tenía un presentimiento: el volcán era obra del ser. Algo le había pasado al padre Lucrecio en su ausencia y no había estado allí para defenderle. Luis Ramón era mejicano, macho y muy hombre: sabía asumir sus errores. Moriría de pie, como los valientes.

—La he pringado —dijo—. No estaba en la prisión, no cumplí mi

tarea y creo que al padrecito le pudo suceder algo. Mátame, así, a lo macho.

La mujer cerró una mano y la leña dejó de arder transformándose en polvo negro.

—No podrías haberlo evitado. La perra apareció sin aviso, ni él se dio cuenta. Es igual, ahora descansa en paz. No temas. No he venido a matarte. Sé reconocer los méritos. Gracias a ti he encontrado la respuesta a lo que andaba buscando. Tu impotencia fue planeada por una inteligencia alienígena. Los has descubierto, ahora los poseo y absorbo la información que tienen sobre la invasión. Gracias a ti, un simple mortal, los estamos combatiendo.

—De nada… —respondió Luis Ramón sin entender nada.

—Quiero que vuelvas a servirme, que me asesines cada vez que me presente en tu casa. A cambio, dos de mis esbirros te servirán en exclusividad.

La puerta de la calle se abrió sola, chirriando, y dos chicas altas y de aspecto deseable entraron en la habitación.

—No sé… —balbuceó el vencido Luis Ramón—. Últimamente tengo problemas con las mujeres.

El ente rio. Las chicas rodearon a Luis Ramón acariciándolo, lamiéndole la piel.

—No sufras, Luis Ramón, no volverás a fallar: no necesitarás más la técnica de la abstracción. Mis esbirros siempre vestirán ropa interior conjuntada, y solo de dos colores, blanco o negro.

Luis Ramón estaba tentado a aceptar la oferta, un bulto en el calzoncillo le decía que lo hiciese, que olvidase para siempre la áspera y nudosa piel del pino. Pero recordaba la cárcel poseída por aquel ser, las muertes y el miedo, el sufrimiento diario del padre Lucrecio.

—Es tentador, pero… ¿Por qué no te matan tus propios esbirros? Sería más sencillo.

—Comprendo la desconfianza. En los avernos tenemos clara la cadena de mando y nunca un subalterno levantará la mano a un superior. Permitirán que tú lo hagas, pero ellas nunca podrían hacerlo.

—¿Y el padrecito?

El ente le miró a los ojos, sus negras pupilas de gato eran recorridas por ondas anaranjadas.

—Ya te he dicho que descansa en paz. Estás agotando mi paciencia. Acepta el trato y quédate con estas dos poseídas o busca otra rama, es tu elección. Tengo prisa.

»Veinticuatro horas son suficientes para absorber los secretos de un ser humano o un extraterrestre que haya poseído a un mortal. Si no he conseguido liberarme transcurrido ese tiempo, vendré a esta

casa a que me asesines. ¿Aceptas?

—Sí. Acepto…

—Una vez que acabes conmigo, lleva el cadáver, al caer la noche, al parque del Retiro. Ahora mátame y haz lo que te he indicado. Quizás te vea mañana.

Las dos poseídas se apartaron de Luis Ramón, al que el ente dio un cuchillo de cocina.

—¿Quieres que follemos antes de que te asesine, como hacías con el padre Lucrecio?

Luis Ramón sintió una mano invisible que le apretaba la garganta y le impedía respirar hasta ponerse morado. Soltó el cuchillo. Las endemoniadas reían sentadas a los pies de su maestro.

—Si pones una sola mano en uno de mis cuerpos, aunque ya esté muerto, morirás tres veces.

Luis Ramón cayó de rodillas; la mano había desaparecido. Tosió y cogió aire con la boca abierta. Una de las endemoniadas le deslizó el cuchillo en la mano.

—Mátalo —susurró.

—Eso mismo —confirmó el ente—. Tengo prisa.

Luis Ramón cercenó el cuello del ente de un solo tajo, la mujer se desplomó en el suelo y un charco de sangre se extendió a su alrededor, las poseídas lamieron la sangre como dos gatitos.

Magdalena sabía cómo sustituir al exorcista; además, prefería no ver a Lucrecio por el momento: estaba enfadada; lo mataría antes de dejarle abrir la boca. Mejor esperar. Sin saberlo, se había burlado de ella.

36. BARUC

Cecilia Esteban González había estado tan preocupada con la destrucción de la prisión y la posible muerte de su amante, el padre Lucrecio, que no había podido disfrutar de las procesiones. Las noticias entremezclaban imágenes del Ku Klux Klan arrastrando figuras con cruces, de Topas arrasado, de sevillanos llorando porque llovía y del terremoto de escala 9 que había liberado una masa de magma de las profundidades y formado un volcán en mitad de la meseta. La cárcel había desaparecido bajo la lava y muchos presos habían muerto; solo unos pocos habían sido realojados en otras prisiones. En la televisión, una fila de reclusos, llenos de polvo y encadenados, bajaban de un autocar de la Guardia Civil e ingresaban en el centro penitenciario de Herrera de Pisuerga; entre ellos estaba Lucrecio Torralba Petit.

Cecilia suspiró aliviada al ver su rostro sucio. Decidió escribirle.

Querido padre Lucrecio:

La verdad, no sé si debo llamarte así después de lo que pasó el martes, aunque a lo mejor deba, porque eres un inconsciente y no usaste protección ninguna de las veces.

He estado muy preocupada por ti: vi en la tele el volcán que es ahora Topas y temí por tu vida. Luego te reconocí ingresando en la cárcel otra vez y respiré aliviada.

Durante un día me he sentido viuda, y ahora estoy enfadada e indignada. Te di mi amor y mi corazón, y creo que no me correspondes. El martes me fui de la cárcel confusa, humillada: me trataste mal, como si no te importase, como si fuera una puta. ¡Después de haberme acostado contigo! Estuviste distante e insensible. Nunca te imaginé así.

Luego se hunde la prisión, estás vivo y no llamas. ¿No se te ocurrió pensar que estaría preocupada? Yo pensaba: ha muerto sepultado y todo se ha acabado o se ha escapado y va a enviarme una carta desde el extranjero para que nos reunamos. Y de pronto te veo en las noticias vivo y preso. ¿De qué vas? ¿No podías haber telefoneado?, ¿o haberte escapado? ¿Te sientes culpable? Imbécil, habría ido a buscarte. Nos habríamos fugado juntos.

Quizás no me has llamado porque no tienes mi teléfono, aunque creo que ya te lo envié; lo escribo otra vez por si lo has perdido.

No es necesario que surja un volcán debajo de la prisión para que llames o escribas. Nos hemos acostado y eres católico, así que ahora somos novios.

Y si estoy embarazada… ¿Qué vamos a hacer? Porque no sé

si quiero tener un hijo con un tipo tan cobarde e insensible como tú.

Espero que esta carta te haga recapacitar. Una relación depende de dos, y tú no te preocupas en absoluto de la nuestra. Vas por mal camino.

Si no me escribes iré a verte.

Un beso.

Cecilia.

Al tercer día, Jesús resucitó y la Semana Santa se fue al garete, pues no había muertes que festejar. La televisión dejó de escupir procesiones y andaluces llorando y entremezcló las noticias sobre el volcán con corridas de toros.

La mayoría de los presos murieron en Topas, otros huyeron y fueron a ver la Semana Santa a Zamora, y otros, una minoría, se entregaron a las autoridades para acabar de cumplir sus penas. Entre estos últimos estaba Lucrecio Torralba Petit.

37. EZEQUIEL

Lucrecio Torralba Petit releyó la carta hasta seis veces. Salió a la galería desierta: estaba solo, todo un pabellón para albergar a un único preso. Paseó por los pasillos, deteniéndose ante las celdas vacías mientras una tormenta, gris como los barrotes, acompañaba su marcha. Ahora entendía el enfado de Magdalena, el ente infernal. Había respetado la vida de una chica y esta, a cambio, le había quitado su juguete sexual. Es lo que vio Magdalena cuando escrutó sus recuerdos: a Cecilia y a él haciendo el amor. Eso provocó su cólera, el terremoto, el volcán y quizás su propia muerte. ¿Cecilia había vengado a su hermana?

Él había actuado mal, había confundido a Cecilia con su hermana y a esta, a su vez, con una manifestación de Belcebú. No le había hecho el amor, la había tratado como si fuese una muñeca hinchable, sin delicadezas, sin cariño, sin arrullos, sin caricias. Cecilia, con solo dieciocho años, se había entregado y él la había tratado como a un cenicero con forma de vagina. Se asomó por una de las ventanas. Se sonrojó; se sentía miserable.

Encendió la tele y se tumbó en la cama. En su nueva celda, en Herrera de Pisuerga, había televisión; no todas tenían, pero existía un ala de la cárcel en la que el patio tenía piscina y las habitaciones estaban dotadas de aire acondicionado, teléfono, internet, aparato de televisión y hasta *jacuzzi*. Allí cumplían sus escasas penas los políticos o banqueros que llegaban a ser condenados. Era una especie de balneario, una balsa de paz en la que pasaban los días hasta que la prensa olvidaba su causa y el gobierno les concedía un indulto. Tan bien funcionaba el entramado que cuando un preso era registrado en ese pabellón, los indultos se tramitaban de forma automática: se imprimían, se enviaban a Madrid, se firmaban y regresaban por valija al centro penitenciario. El reo quedaba libre y sin cargos. El lema del gobierno era claro y sencillo: nadie merecía pasar más de una semana privado de libertad en el ala vip de Herrera de Pisuerga.

La fama le precedía en las cárceles. Cuando el director de Herrera de Pisuerga leyó el nombre de Lucrecio Torralba Petit en el listado de presos procedentes de la derruida Topas, sintió un repentino escalofrío en la espalda. No lo dudó: le ingresó en el pabellón destinado a presos ilustres. Un indulto con su nombre y a falta de firma se imprimió y se remitió sin más al palacio de la Moncloa.

—Mierda —murmuró en alto Lucrecio Torralba Petit sin prestar atención al tercer toro de la tarde.

Tenía que llamar a Cecilia y explicarle el malentendido. Que no

era su intención causar más daño ni a ella ni a su familia. Que asumía su acto y la consecuente relación sexual católica, porque la respetaba y era cristiano. Que se casaría con ella e intentaría hacerla feliz, aunque la relación con sus suegros no fuese cordial. Descolgó el teléfono y marcó el número.

—Sí. ¿Quién es?

No respondió. Pensó, de repente, que no debía hablar con ella. Quizás el ente no había muerto. Por lo que sabía, solo el segundo exorcismo podía acabar con él. Si seguía vivo sabría dónde encontrarle; lo había hecho antes, y pondría en peligro a Cecilia.

Colgó.

Habían pasado siete días desde los fenómenos volcánicos de Topas, desde el enfado autodestructivo del ente Magdalena, y no había señales de su presencia; ni encuentros en la sala de intercambios, ni muertos en la madrugada, pero… ¿cómo saber que Magdalena se había disuelto? Era imposible; no llamaría.

Se despertó a las tres de la mañana. Magdalena había muerto, ahora estaba seguro. Si Magdalena hubiese sobrevivido a su propia mala leche, habría visitado, poseído y fulminado a su competencia en la Tierra, Cecilia Esteban González.

Descolgó de nuevo el teléfono y marcó el número que ya sabía de memoria. El corazón le latía rápido. El teléfono daba señal. ¿Qué le diría? ¿Que habían vencido?

Contestó una voz somnolienta.

—¿Sí? ¿Quién llama a estas horas? —preguntó Cecilia medio dormida.

—Soy Lucrecio. El padre Lucrecio. Lamento profundamente que te hayas hecho una idea equivocada de mí. Tu visita no fue una buena idea. Ocurren cosas a mi alrededor que sería mejor que no supieses.

Dos horas más tarde colgó el teléfono e intentó dormir. No lo consiguió. No tenía sueño y no podía dejar de pensar en una cosa: tenía novia y era guapísima.

38. DANIEL

Miércoles, veintiún días desde la destrucción de Topas, veintiún días sin incidentes ni estorninos, y catorce días con novia.

Lucrecio Torralba Petit seguía siendo el único preso en el pabellón de primera clase; tomaba el sol en el patio tumbado en una hamaca; de vez en cuando se incorporaba un poco y daba traguitos a un mojito; los kikos los masticaba sin incorporarse: en aquella posición era menos complicado comer que beber. Cerró los ojos dejando que los colores naranjas del sol le invadiesen los párpados. Le gustaba la máxima seguridad, era agradable: no había peligro en las duchas y si un ser demoniaco te perseguía no podía cargarse un preso cada noche, porque no los había. Oyó pisadas y los colores naranjas se oscurecieron cuando una sombra se proyectó sobre él. Abrió los ojos. No había nubes, solo un águila calzada, blanca y negra, se deslizaba sin prisas en un nítido cielo azul bajo la estela de un avión. Un guardia estaba a su lado.

—Por favor —dijo amable—, sígame. Le están esperando.

Lucrecio Torralba Petit se puso las chanclas y el albornoz con el escudo de la prisión y siguió al funcionario.

«Miércoles, era miércoles —pensaba mientras recorría corredores y pasillos—. Había sido un iluso. Magdalena no estaba muerta. La visita no podía ser Cecilia: estaba en clase.»

Atravesaron en silencio el corredor. Puertas con barrotes escoltadas por la Guardia Civil se abrían a su paso. Iban a la sala de intercambios. Seguro, como cada miércoles desde hacía ya demasiado tiempo.

Había hecho un pacto con el diablo: servirle sexualmente una vez a la semana a cambio de una vida, la de Cecilia. Pero ahora Cecilia era su novia. Si se acostaba con el diablo, fallaría a su fe, como de costumbre, y ahora también a su prometida. No podría contárselo nunca, ni mirarse en el espejo…, tampoco podría mantener una relación basada en el adulterio y la mentira.

Llegaron ante una puerta. El guardia llamó con los nudillos y abrió. Lucrecio Torralba Petit entró como un autómata deshaciendo el nudo del cinturón del albornoz.

Era una sala espaciosa, con dos grandes ventanas, tapizada de madera, con las paredes llenas de fotos y tres mástiles con banderas en una esquina. Una enorme mesa, de caoba, descansaba en el centro sobre una alfombra. Tras ella, un hombre con traje, gordo y calvo, le indicó a Lucrecio Torralba Petit una silla.

Lucrecio Torralba Petit obedeció y se sentó. También se quitó las gafas de sol que llevaba puestas desde el patio, y se volvió a ceñir el cinto. Se sentía incómodo y ridículo con albornoz y chanclas en

aquella habitación.

El hombre calvo le ofreció un puro. Lucrecio Torralba Petit lo aceptó. Mientras lo encendía con el mechero que asimismo le tendió, el hombre calvo sacó dos vasos de cristal y sirvió coñac. Le pasó uno a Lucrecio.

—Espero que le guste el coñac —se disculpó—. Hoy en día todo el mundo bebe ginebra. Yo soy un clásico.

Lucrecio Torralba Petit se quitó el puro de la boca y con la otra mano cogió el vaso y dio un trago al coñac.

«Otras épocas…», pensó con nostalgia Lucrecio. Así era como se trataba a los curas. Lamentablemente la educación y el buen gusto se habían perdido… Se sentía feliz, bebería, fumaría y comería todo lo que aquel individuo le brindase, porque aquello parecía evidente que no era un intercambio. Magdalena había muerto, o…; de repente lo vio todo claro.

Sus sentidos le engañaban y Magdalena jugaba con él. ¿Estaba en su presencia? Se le atragantaron a la vez el humo y el alcohol. Tosió con fuerza. Parte de la saliva salió despedida y aterrizó en la superficie de la pulida mesa.

El calvo sonrió y secó con su pañuelo de tela el charco catapultado.

—¿Demasiado fuerte? —preguntó preocupado.

—No —se disculpó Lucrecio Torralba Petit—. Demasiado tiempo sin probar el tabaco.

El calvo volvió a sonreír, esta vez con malicia.

—¿Le tratan bien en la prisión? ¿Tiene alguna queja? Por favor, sea sincero.

Lucrecio Torralba Petit notó su inconfundible mirada. Bajo aquel aspecto formal se escondía la maldad; la conocía bien.

—Estupendamente, mejor imposible. No tienes que cargarte a nadie —contestó. Había descubierto el juego: Magdalena seguía atormentándole.

Ahora el calvo se rio y se levantó de su silla.

—Veo que mi fama me precede —dijo riendo aún—. Lo hago por el bien de la prisión. Si mis hombres no cumplen, les abro un expediente. Los clientes del ala vip siempre tienen razón.

Cogió un sobre de la mesa y lo deslizó hasta quedar a su alcance.

—Su indulto. Ha llegado está mañana. Disculpe la demora.

Lucrecio Torralba Petit sacó como pudo los papeles del sobre (con el puro en la mano era complicado): tres folios escritos en el encriptado lenguaje del derecho, en cuyo final, y en negrita, estaban impresos su nombre y la palabra *indulto.* Dejó las hojas en la mesa y buscó un cenicero: la ceniza del puro estaba a punto de desprenderse.

—Si firma las tres copias, será libre. Una es para usted y dos para nosotros.

Al lado del cenicero había un cubilete con bolígrafos; Lucrecio Torralba Petit cogió uno sin pedir permiso, se apoyó en la mesa y garabateó tres veces.

—Enhorabuena —dijo el calvo mientras tomaba la mano del indultado y se la estrechaba—. Es usted un hombre libre. En cuanto recoja sus cosas, puede irse, o si lo desea puede esperar hasta que su familia venga a buscarlo.

—Gracias —contestó confuso Lucrecio, y se levantó—. Creo que esperaré hasta mañana para salir. Si no le importa.

—Como usted quiera.

Era demasiado raro: un indulto, así, de repente, sin esperarlo, y a un violador y un asesino. Por si las moscas, había firmado; le costaba discernir realidad y engaños demoniacos.

Abría la puerta cuando oyó al funcionario calvo a su espalda:

—¿De verdad eres tan iluso como para creerte esto? ¡Tú y yo vamos a vernos mucho y durante mucho tiempo!

Lucrecio Torralba Petit sintió cómo se le erizaba el vello de la nuca. Dejó caer el papel al suelo. Se había burlado de él. Otra vez.

El hombre calvo se agachó riendo y recogió el indulto. Se lo entregó. Lloraba de risa.

—Es una broma que hago siempre a los indultados. Discúlpeme. ¡Qué cara ha puesto! Vaya, vaya a que le dé el aire. Está pálido.

El hombre cerró la puerta y se quedó solo en el despacho. Le temblaban las piernas. Era un idiota, un verdadero idiota. No se había atrevido a echar de la prisión al cura poseído esa misma mañana y le había dado un día más. Y luego, para rematar, le había hecho la estúpida bromita. ¿Y si se había ofendido? ¿Y si armaba la de Topas? Idiota. Era idiota. Se bebió de un trago el coñac y se sirvió otro. Pidió unos días libres y se fue a casa. No volvería a pisar la prisión hasta que ese sacerdote demoniaco se hubiese largado.

Lucrecio Torralba Petit no tenía ninguna maleta que hacer. Los libros que le había enviado Gema habían ardido, Alfredo Galán se había comido su ajedrez y el resto de sus pertenencias se habían quedado en lo que había sido Topas.

Telefoneó a Cecilia y le contó que le daban la libertad, que serían libres, que podrían casarse y tener una familia, juntos, y envejecer y ser felices. También le contó que el autobús de la cárcel le dejaría en León sobre las doce, y que desde allí cogería un tren o un autobús hasta Madrid, que le reservase un hotel, ni muy caro ni muy barato, por la zona de Atocha, y que la llamaría desde León, al día siguiente, para decirle a qué hora llegaba.

Colgó. Libertad. Ocho años después. Libertad. ¿Qué haría? ¿A

qué se dedicaría? Daba igual, cualquier cosa, construcción o enseñanza. ¡Libertad! Para ver la tele, para pasear por espacios abiertos y sin rejas, para ducharse sin miedo, para leer en un parque. Cecilia era su novia y el ser espectral que había asesinado a Margarita había desaparecido. Su tortura y su pacto habían acabado, recobraba su alma, su vida le pertenecía y la disfrutaría al lado de Cecilia. Tenía obligaciones: hacerla feliz y olvidar la muerte de su hermana; e ir a Cordiñanes y visitar a Gema, darle un abrazo, disculparse por lo de los libros y contarle, con pelos y señales, lo que había sucedido en aquel exorcismo ocho años atrás. Dejarle claro que su hermano había muerto como un valiente en una batalla contra el maligno sin precedentes en la historia moderna. Ya no buscaría al que ve y no ve. No practicaría más exorcismos. Era libre y Magdalena estaba muerta.

A las nueve de la mañana, y con su ropa azul de preso, cruzó la puerta de salida. Contempló flores amarillas que se abrían paso, libres, entre el asfalto y la acera; los tréboles, los dientes de león y los papiráceos y blancos troncos de los abedules en el césped: eran libres, plantas libres. El autobús aguardaba en la parada, el tubo de escape tosía escupiendo humo negro, negro y libre. El conductor, agachado, colocaba dos maletas al lado de una bicicleta en la sombría bodega. Siete personas esperaban haciendo cola para subir, condenados con el tercer grado y funcionarios de prisiones entremezclados. El sol latía con fuerza, piaban las golondrinas. El autobús se balanceó con suavidad al ascender el conductor. Los grillos cantaban, los vilanos de un diente de león se desprendieron con la brisa de su frágil geometría esférica y se elevaron en el aire como parapentes. Lucrecio Torralba Petit esperó su turno para montar. Notó la caricia de un hilo de telaraña que brillaba con la luz.

Oyó su nombre. Desde el aparcamiento, una voz femenina le llamaba. La buscó. Al lado de un Citroën GS dorado dos chicas le hacían señales, una era Cecilia. Cruzó el césped y fue a su encuentro mientras los grillos callaban al notar la presión de los pasos. Cecilia corrió hacia él. Los vilanos se desprendían, las golondrinas cazaban en el aire hormigas voladoras. Se abrazaron. Se besaron. Lucrecio olió el pelo de Cecilia, sintió su calor bajo el vestido de tirantes. En la distancia, escobas amarillas, lavandas malvas, prados verdes y abejas peludas pardas y negras. Era Libre.

—Esta es mi amiga Elena Núñez. Ya te había hablado de ella.

La recordó de las cartas. Iba embutida en unas mallas negras y llevaba una blusa granate; era pelirroja, con cara redonda y mofletes hinchados y plagados de pecas. Lucrecio Torralba Petit le alargó la mano y tuvo que agacharse mucho para poder darle dos

besos. A su lado, la angelical belleza de Cecilia resultaba más clara.

—Me ha traído. Yo no tengo coche. Es un amor. —Cecilia cogió con fuerza la mano a Lucrecio.

El autobús, en la distancia, siseó al cerrar las puertas antes de reemprender su viaje. Cecilia llevaba un vestido negro con dibujitos rojos; la falda ondeaba sobre las rodillas. Apretó la mano del excura y la besó.

—¿Dónde quieres ir? Nosotras habíamos pensado ir al norte, a la playa.

El autocar partió dejando una nube de humo oscura. Unos gorriones se perseguían bulliciosos en el aire.

Desde que Paco les relatara cómo había intentado sustraer el Gran y Santo Escroto, Lucrecio, en las insomnes noches de reclusión, soñaba con la ermita en mitad de los acantilados, con un cielo lleno de estrellas y con la brisa del mar.

—A San Onofre de la Barquera —contestó sin dudar. Se sintió un poco egoísta: se había jurado hacer feliz a aquella chica—. Tiene mar —añadió justificándose.

—¡Vale! ¡Pues a San Onofre de la Barquera!

Se acomodaron en el coche, ellas delante, Lucrecio Torralba Petit en los asientos traseros.

—Y tus padres… ¿qué van a decir? —preguntó preocupado.

Elena Núñez encendió la radio y Cecilia no oyó la pregunta. Arrancaron.

Condujeron con las ventanas abiertas. Hacía un día caluroso y el coche no tenía aire acondicionado. El viento rugía en los oídos de Lucrecio y la música golpeaba sus tímpanos; de vez en cuando escupía los largos pelos que desprendían las melenas al aire. Cecilia le hablaba vuelta hacia atrás y le cogía la mano; él no entendía nada de lo que decía, pero asentía sonriendo.

Bosques de pinos y extensiones de brezos blancos y violetas, rapaces colgadas en el aire, coches de frente… Todos libres.

39. CRETÁCICO

Extendieron las toallas en la playa y se apresuraron a bañarse entre olas espumosas. Cecilia nadaba hasta Lucrecio y lo abrazaba, Elena Núñez buceaba sin sumergirse, con el culo en pompa flotando como una boya. Comieron unos bocadillos de chorizo encima de las toallas; las lonchas del embutido se llenaron de arena y los dientes rechinaban al masticar, pero la felicidad lo envolvía todo: a Cecilia con su biquini amarillo, a Elena con el suyo negro y a Lucrecio Torralba Petit con un bañador de palmeras que habían comprado en una tienda del paseo marítimo y que le quedaba grande. Cada grano de arena que masticaba Lucrecio se convertía en un rechinante y suculento bocado de libertad.

Al atardecer fueron a un hotel. Elena se metió en la ducha. Lucrecio y Cecilia se quitaron los bañadores húmedos, se acariciaron e hicieron el amor entre risas, sal y restos de arena; la ducha sonaba en el baño. La felicidad hace insensible al ser humano a los granos de arena pegados en el periné y al salitre precipitado en las axilas.

Lucrecio Torralba Petit se quedó tumbado en la cama, pensativo, triste, mirando al techo. ¿Había visto las pupilas alargadas de Magdalena? Un golpe de almohada le hizo volver.

—¡Vístete! —susurró Cecilia poniéndose una falda—. ¡Que va a salir Elena!

Cenaron sardinas asadas y vino blanco a la orilla del mar. Volvieron al hotel. Elena Núñez durmió en la cama supletoria. Al día siguiente, y después de desayunar, Elena Núñez regresó a Madrid. Lucrecio decidió alquilar un apartamento y quedarse a vivir en San Onofre de la Barquera.

40. DANIEL

Luis Ramón el mejicano, aunque pensara que el plan del ente era descuidado, no se atrevió a llevarle la contraria. Arrojar los cadáveres dentro del parque del Retiro no era una buena forma de deshacerse de los cuerpos; la policía los encontraría enseguida, investigarían y sería detenido, pero… ¿quién era él para llevar la contraria a Satanás? Volvería a prisión, a practicar el rito de abstracción, pero lo haría vivo.

Era de noche; aparcaron al lado de las verjas del Retiro y bajaron del maletero el cuerpo envuelto en bolsas de basura. Las poseídas, con fuerza sobrehumana, lo lanzaron como si fuese una pelota de tenis dentro del parque salvando el enrejado con una parábola certera. El cadáver aterrizó sobre la hierba con un golpe seco tras romper varias ramas en la caída. Regresaron a casa.

Minutos más tarde, una figura oscura desenvolvía los restos humanos, los profanaba y robaba las ropas. Al necrófilo le sucedieron tres individuos con cuchillos bien afilados que evisceraron, despiezaron y deshuesaron el cuerpo. Las vísceras y la carne, fileteada o picada, se venderían seguramente a la mañana siguiente en algún puesto de Mercamadrid. Cuando los carniceros acabaron, otras figuras siniestras se acercaron hasta los restos y reutilizaron las bolsas de basura llenándolas con los intestinos, que utilizarían más tarde como tripa natural para hacer morcillas. Los huesos con trozos de carne adherida que quedaron sobre la hierba fueron a su vez recogidos por operarios de una fábrica especializada en caldos concentrados (de vaca). Al amanecer no quedaba despojo alguno: Madrid los había devorado por completo.

41. OSEAS

En el horizonte y sobre las olas, nubes oscuras presagiaban tormenta. Cecilia estaba cansada y Lucrecio Torralba Petit se sentía lleno de energía, quería sentir la lluvia en la cara y la libertad recobrada; bajó a la calle y dejó a Cecilia en el hotel, frente a la tele, viendo un programa de prensa rosa. No había viento, las gaviotas permanecían en grupos sobre la arena mojada por la marea, una pareja recogía las sillas plegables y sombrillas, los relámpagos se dibujaban entre unas nubes que se acercaban con lentitud. Lucrecio Torralba Petit paseó sonriente por la playa. Elena Núñez se había marchado por la mañana, era libre y tenía novia y una misión: hacerle olvidar un exorcismo fallido.

Una de las gaviotas corrió cogiendo impulso, estiró las alas y con un par de aleteos se elevó en el aire; las demás aves imitaron el vuelo de la primera. Lucrecio Torralba Petit, al verlas, recordó a Magdalena. ¿La echaba de menos?

Las barcas se mecían en un mar aún tranquilo. Las gaviotas describieron por un rato círculos en el cielo; luego se agruparon para formar una figura en el aire. Lucrecio Torralba Petit la reconoció de inmediato; la última vez que la había contemplado era negra, integrada por miles de estorninos; una calavera con grandes ojos a través de los cuales se veían el cielo gris y los fogonazos de los relámpagos. Los turistas fotografiaron la extraña esfinge desde el paseo marítimo. Lucrecio no tenía cámara; se dejó caer de rodillas en la arena como Charlton Heston en el *Planeta de los simios*. Una voz resonó en su cabeza: «Tenemos un pacto y has cumplido tu parte. Respetaré la vida de la chica, aunque se haya hecho pasar por mí y acostado con mi esclavo. Un pacto con Lucifer no puede ser quebrado por ninguna de las partes. Volveré… Y tendrás que cumplir. O la mataré. Y recuerda, no vale suicidarse o destruiré Madrid».

Las gaviotas dejaron la formación y aterrizaron de nuevo en la playa vacía; solo Lucrecio Torralba Petit permanecía en ella, de rodillas y llorando mientras golpeaba la arena. Se levantaron ráfagas fuertes de viento y comenzó a llover. No, pensó, no la echaba de menos. Al poco regresó al hotel, cabizbajo; las hojas arrancadas de los árboles giraban en remolinos a su alrededor, las palmeras del paseo se inclinaban, el agua corría por las calles y las gotas impactaban contra la arena formando minúsculos cráteres. No estaba muerta, pensaba angustiado, nunca lo había estado. ¿Qué podía hacer? ¿Qué opciones tenía? ¿Huir y abandonar a Cecilia?

Las barcas pesqueras bailaban al ritmo de un mar embravecido y las olas rompían con fuerza contra el muelle. Si obedecía a

Magdalena, Cecilia tendría una oportunidad… Los relámpagos rasgaban el cielo entre los rugidos de los truenos. Lucrecio se balanceaba con las ráfagas del viento. Si abandonaba a Cecilia y se arrodillaba ante el maligno… ¡No! Ya era suficiente: iba a acabar con Magdalena de una vez. Encontraría al que ve y no ve y realizaría un exorcismo.

Cecilia le esperaba llorando. Le reprochó a gritos haberla dejado sola en la tormenta y sin luz, sola durante más de dos horas. Por ser idiota y volver empapado y mojarlo todo. Y sus lágrimas disolvieron el valor de Lucrecio, que la miró con pena. Le gritaba un fantasma y no sabía dónde estaba el que ve y no ve; si no huía de su lado, estaba muerta. Intentó abrazarla, esconderse, reconfortarla, pero ella evitó su contacto porque estaba demasiado frío.

Cecilia le dijo a voces que no toleraba situaciones como aquella, que había estado por ahí bebiendo, drogándose o, más triste, buscando una mujer, porque sabía que los exconvictos tienen deseos desenfrenados (se lo había dicho Elena Núñez). Lucrecio también lloraba; no replicó nada, pues todo era culpa suya.

La luz volvió y Cecilia se acomodó para ver otro programa de cotilleo. Lucrecio, siempre llorando, se sentó a su lado. Cecilia apagó la tele, le abrazó y le pidió perdón. Lucrecio lloró copiosamente sobre su cuello, sorbiéndose los mocos. Ella le acariciaba la nuca y le pedía perdón por haber sido tan brusca, mientras sentía en el pecho las convulsiones y el hipo de su amado.

El valor regresó con la luz de la mañana. Lucrecio Torralba Petit guardó la calavera blanca y flotante en el mismo cajón que las posesiones sexuales de la cárcel y los asesinatos diarios, Cecilia no necesitaba saberlo. Fueron a desayunar a una cafetería frente al mar. Las gaviotas dormitaban en la playa.

—Siempre estaré a tu lado —le aseguró—. Pase lo que pase.

Dio un sorbo al café.

Cuando acabaron fueron a alquilar un pequeño apartamento con vistas al paseo marítimo. Huir era imposible: Magdalena, no entendía cómo, sabría localizarle.

Comieron en la playa untando *foie gras* en pan de molde. Cecilia pasó el resto del día tomando el sol, Lucrecio Torralba Petit paseó por la orilla, y desde donde Cecilia no podía oírle, intentó contactar con Felipe Rodero Pérez, así se llamaba; no había olvidado el nombre del que ve y no ve desde que leyera la noticia del ojo que adelantaba. Consiguió su teléfono en información y llamó a Requena.

Contestó una mujer. Le dijo que Felipe Rodero Pérez era un sinvergüenza, que había desaparecido dejándoles en la indigencia, que nadie sabía dónde estaba y que casi era mejor porque la

maltrataba. Luego cambio el tono de voz, que sonó dulce, meloso, y le preguntó si era hindú o ruso, porque le apetecía muchísimo conocer a un hindú. Lucrecio se disculpó por no ser indio y colgó contrariado. Su última esperanza se había volatilizado.

Esa noche, Lucrecio Torralba Petit se quedó dormido entre los brazos de Cecilia, pero no descansó. El ente estaba vivo, los había encontrado, y el que ve y no ve había desaparecido; seguramente Magdalena lo había asesinado. No había sitio para Cecilia en aquel trío diabólico, su moral cristiana le impedía ser infiel. ¿Volver a ser un siervo o ver morir a Cecilia, ese era el dilema que turbaba sus sueños?

La madrugada le inspiró una solución. Magdalena le había amenazado con destruir Madrid si él se suicidaba, pero era un farol: no tenía el poder suficiente porque no era Satanás, ella misma lo había dicho; era solo un ángel caído al servicio de Belcebú. Si se quitaba la vida, salvaría a Cecilia, y Madrid y sus mascotas seguirían existiendo. Se condenaría eternamente, pero eso ya no le importaba: había aprendido a vivir en el infierno.

Pasaron los siguientes días en la playa, adquiriendo tonos dorados y favoreciendo el cáncer de piel. Esto a Lucrecio Torralba Petit no le importaba: los tumores no tendrían tiempo de matarle porque había tomado una decisión: derribar el rey. Sustituyó el cuchillo de untar el *foie gras* por uno de cocina enorme y afilado, y esperó. Si Magdalena aparecía, se haría el harakiri. Hasta entonces haría feliz a Cecilia, pospondría su ingreso en los ardientes avernos, y si estaba equivocado, regalaría unos días a los madrileños.

Lucrecio Torralba Petit disimulaba su plan lo mejor que podía. Dejaba a la humeante Cecilia torrándose al sol sin perderla de vista, y siempre con el cuchillo enganchado a la goma del bañador, se bañaba, paseaba por la orilla, buscaba cangrejos en las rocas o leía novelas. Se aburría: ¡podría haber hecho tantas cosas siendo libre…! La prisión de acero y hormigón había sido sustituida por una playa casi desierta en temporada baja.

42. JOEL

Magdalena vivía para su trabajo: cada mañana poseía un cuerpo humano tomado a su vez por un alienígena y recababa información sobre la invasión; al día siguiente trataba de suicidarse, y si no lo conseguía visitaba el piso de Luis Ramón el mejicano.

Los primeros asesinatos habían sido fríos: apenas le daba los buenos días y ya le estaba cortando el gaznate. Magdalena no sabía si sus esbirros le habían dicho algo al mejicano, como que esa no era forma de tratar al jefe, pero el caso era que las cosas habían cambiado: ahora desayunaban juntos, un café con tostadas, antes de que le cercenase certeramente el cuello.

Luis Ramón se acompañaba cada día de una persona distinta: diseñadores de moda, modelos, altos cargos políticos, banqueros, constructores o el presidente de algún equipo de fútbol; luego les rebanaba el cuello. Llegó a ser tal la cantidad de visitas que en dos ocasiones se cargó por error al que leía los contadores de la luz y a un testigo de Jehová libres de posesión alguna. La confusión era lógica; el plan alienígena, una vez instalados en la Tierra, fue adaptado y mejorado: poseyeron a constructores y banqueros y dispararon el precio de la vivienda por encima de su valor, con el que crearon una burbuja inmobiliaria en la que las pocas parejas que resistían a la ropa interior no podían costearse un piso, en la que las hipotecas asfixiaban a las familias y borraban la idea preestablecida genéticamente de tener descendencia, sin necesidad de bombas de lencería de aniquilación masiva.

43. AMÓS

Cada mañana, sin éxito, Lucrecio Torralba Petit trataba de convencer a Cecilia de visitar la ermita sobre los acantilados; la respuesta siempre era la misma: irían a la playa, pues tenían que aprovechar los pocos días de sol del Cantábrico; ya la visitarían cuando cambiase el tiempo. Lo que le pasaba, y se lo decía ella con mucha dulzura, era que como exconvicto no sabía disfrutar del mar y del sol. Sentía miedo ante los espacios abiertos y debía acostumbrarse.

Desde su último encuentro con Magdalena, el padre Lucrecio había perdido la inmunidad de la felicidad y la sal seca picaba en la espalda, la arena rechinaba en los dientes al masticar y los minutos sobre la toalla se transformaban en eras geológicas. Abandonaban la playa al atardecer para ir al supermercado, regresaban a ella puntuales después de desayunar. Lucrecio llegó a conocer cada duna, a los cangrejos, a las lapas y a los otros asiduos: reclusos, que huían al verle pasear con el enorme cuchillo colgando de la cintura; parejas de ancianos, surferos, algún perro y un tipo que, sin quitarse la ropa, se sentaba en la línea de pleamar y oteaba impertérrito el infinito.

Hastiado de tanta arena, Lucrecio Torralba Petit decidió hacerse a la mar y pescar. No se alejaría y si aparecía Magdalena siempre podría clavarse el cuchillo. Esa tarde compraron una barca de plástico y una caña.

Al día siguiente, mareado, arrastró el bote hasta la rompiente, junto al hombre que pasaba el día vestido y sentado contemplando impasible las olas y las gaviotas. Había olvidado adquirir una bomba; le dolían los pulmones y la cabeza.

—Buenos días —saludó al inmutable.

—No lo hagas —respondió el hombre vestido con pantalones amarillos y camisa de franela a cuadros. Estaba descalzo, con las piernas cruzadas. Un pañuelo rojo ondeaba sobre unas zapatillas blancas sin cordones—. Vas a pinchar la balsa con el anzuelo. Te vas a enredar y lo vas a pasar realmente mal.

Lucrecio Torralba Petit le sonrió. El hombre no le miraba: hablaba con la vista fija en el horizonte.

—No se preocupe. Está todo controlado —respondió.

—No es preocupación; es un hecho —contestó sin volverse.

Lucrecio Torralba Petit agarró una cuerda atada a un resalte de la proa de la barquichuela y se adentró en el agua. Avanzó unos metros y se aupó dentro del bote. Remó con dificultad. Salvó la barrera de olas y llegó a una zona más tranquila. Remó con denuedo mar adentro. La figura sentada del hombre vestido

destacaba en la arena. Un perro corría alocado por la orilla.

Lucrecio Torralba Petit lanzó el anzuelo, un pez amarillo iridiscente. Recogió carrete: un corcho rojo y ancho flotaba, unido al señuelo artificial, a unos metros del bote. Esperó; no se producían ondas alrededor del corcho, nada picaba. Se colocó la caña entre las piernas y se recostó en el neumático. Paciencia, se dijo, necesitaba paciencia.

No podía matar a Magdalena, quitarse la vida era la única salida, pensó acariciando la empuñadura del cuchillo. Subir hasta la ermita y arrojarse al mar desde los acantilados era, sin duda, la muerte más poética. Sin él, Magdalena se iría a putear a otro exorcista, Cecilia no moriría y Madrid seguiría igual de contaminada.

Le despertó un tirón. El corcho se había hundido, el carrete dejaba escapar hilo. Bloqueó el carrete. La caña se tensó. El sol difuminaba los colores. Recogió sedal. Distinguió el corcho que se acercaba debajo del agua arrastrando algo grande y negro enganchado en el anzuelo. Levantó la caña y sacó su presa. Era un pájaro grande y negro, un cormorán que se había lanzado a por el cebo de llamativos colores. Agarró al palmípedo por el cuello e intentó extraerle el anzuelo de la garganta. El pájaro se resistía y aleteaba frenético y le arañó. Lucrecio Torralba Petit introdujo media mano en la garganta de la atormentada ave y llegó hasta el pescado artificial. Lo agarró por un extremo y tiró con fuerza. El anzuelo se liberó y voló por el aire. El cormorán saltó y desplegó las alas sorprendiendo a Lucrecio, que abrió la mano dejándole escapar.

El anzuelo cayó sobre la barca y se clavó en la goma. El hilo de coco se enredó en las patas del cormorán, que trataba de volar, ronco, arrastrando el sedal mientras el anzuelo surcaba la superficie neumática. El aire que encerraba la barca huyó en segundos. Todo el bote se convirtió en una masa de arenas movedizas que acabó hundiéndose tragando a Lucrecio Torralba Petit.

El plástico rodeaba al náufrago y le impedía moverse, caía envuelto en un frío e informe sarcófago de goma, le faltaba aire. Arriba, pese a la turbiedad del agua, podía contemplar las patas de un pato negro, un corcho rojo, un pez amarillo y una caña medio sumergida. No luchó. Sacrificarse por los demás estaba bien, pensó morir para dejar vivir a Cecilia. Las olas cuarteadas transmitían una iluminación en mosaico al fondo marino. Necesitaba respirar. Abrió la boca y llenó los pulmones de agua.

—Adiós, Cecilia, perdóname. —Un cardumen de caballas brillantes cruzaba el cielo acuoso—. Hola, Magdalena, voy a tu encuentro; me arrodillé ante ti y pacté contigo: arderé en el

infierno, a tu vera. —Las burbujas exhaladas se dispersaban en el cielo denso y brillante—. Se acabó la partida, tumbo el rey.

Se precipitó a un azulado suelo arenoso. La voluntad de supervivencia se impuso a su consciencia y su cuerpo hizo un intento involuntario por liberarse, dándose impulso contra el fondo. El bote gabardina le permitió escapar. Emergió a la superficie. Respiró sin querer hacerlo, por instinto. Tosió, escupió el agua que había tragado y nadó hasta la orilla sintiéndose un cobarde.

No trataron de rescatarle. No había nadie más en la playa, ni el hombre vestido. Con sus últimas fuerzas llegó hasta las toallas y se echó al lado de Cecilia. Boca arriba.

Su cuerpo le había traicionado en el agua; se lanzaría desde los acantilados: en el aire no tendría ninguna oportunidad de hacerlo.

44. JURÁSICO

A Lucrecio Torralba Petit el recuerdo de Magdalena no le había dejado dormir. Nada más levantarse, fue a la panadería, compró pan con el que hicieron bocadillos y bajaron a disfrutar de otro día eterno al sol. No se tendió en la toalla; paseó por la orilla sin atreverse a bañarse; estelas burbujeantes borraron su rastro. La marea había arrastrado hasta la playa y casi enterrado los restos de su frágil barca neumática. Se detuvo ante ellos.

Qué cerca había estado de morir, se dijo, pero se había salvado, como Magdalena… El hombre que se sentaba vestido en la arena le había advertido. «Lo vas a pasar fatal», había dicho. ¿Fue una predicción? No, solo estadística; aquel tipo había sumado la probabilidad de mal uso de la caña, el cebo, el bote y su propia estampa; con todo ello había emitido un veredicto matemático. El hombre vestido era un científico, no un astrólogo.

Un taxi se detuvo en el aparcamiento de la playa. El conductor ayudó a descender al hombre vestido, que llevaba los ojos vendados con un pañuelo rojo. Sin quitarse el pañuelo, pagó al taxista, se descalzó y cruzó las dunas moviendo un bastón a un lado y otro. Se paró cuando las plantas de los pies notaron la arena húmeda, dobló el bastón, se sentó mirando hacia el mar y se descubrió los ojos.

Lucrecio Torralba Petit le observaba con curiosidad a pocos metros mientras el agua erosionaba la arena bajo sus pies. Se acercó. Quería preguntarle por su acertada predicción estadística, pero no se atrevió y cruzó por delante de él, sin decir nada. El hombre vestido no se inmutó: miraba al horizonte y sonreía. Tenía un ojo de cada color. La cara le recordaba a alguien. Volvió a pasar por delante, esta vez observándole con descaro. Se detuvo a unos pasos. Le conocía, pero no sabía de qué: ¿la cárcel?, ¿el seminario? Su mente tejía los hilos de la memoria y los pies trabajaban de forma autónoma; acabó contemplando de frente al hombre vestido, obstaculizándole toda la visión del mar y con una mano apoyada en la cadera y otra rascándose la barbilla.

Transcurrieron cinco minutos. Ninguno de los dos habló. Lucrecio Torralba Petit reflexionaba. El hombre vestido y con ojos de diferente color sonreía impávido. Lucrecio Torralba Petit resopló enfadado consigo mismo. El hombre vestido dio un respingo, sorprendido. Lucrecio recobró la memoria a la vez que oía la voz del que ve y no ve.

—¿Quién anda ahí? ¿Hay alguien ahí? —preguntó.

No era un astrólogo, no, pero tampoco un matemático: era Felipe Rodero Pérez, el que ve y no ve. Su fotografía había salido en los periódicos. Si el que ve y no ve no lo había visto era porque no

llevaba sentado en aquel lugar la hora que adelantaba.

El padre Lucrecio se santiguó agradecido. Ya no tendría que saltar desde los cortados de la ermita: habían llegado los refuerzos y el rey volvía a estar erguido en el tablero.

El hombre al que debía encontrar para realizar un exorcismo aparecía, de repente, sentado ante él en un pequeño pueblo pesquero. ¿Cuál era la probabilidad? Quizás Dios seguía haciendo milagros, insignificantes, pero bellos, y con un buen fin: mandar al infierno al último de los generales de Belcebú.

Lucrecio Torralba Petit se disculpó por haberle asustado, se presentó y se sentó a su lado.

—Ayer viste lo que me iba a ocurrir, ¿verdad? Ves con una hora de adelanto. Seguí tu caso en la prensa. —Lucrecio Torralba Petit cogió aire nervioso—. ¿Crees en Dios? Tengo que contarte una historia.

—Haz lo que quieras —respondió Felipe sin mirarle—. Tengo todo el día. Pero, por favor, siéntate detrás de mí, que si te cruzas en mi visión resulta muy molesto. Mi audio no va acompasado con el vídeo. Este, como bien dices, adelanta una hora.

Eran cerca de las once cuando Lucrecio comenzó a relatar su historia a Felipe, el que ve y no ve. Su encuentro con el padre Lorenzo, su adiestramiento como exorcista, su primer y fatídico exorcismo, la muerte del sacerdote, su paso por la cárcel, la posesión infernal de la prisión, las muertes diarias, los antiguos textos de Antolín, el Evangelio inconcluso de Judas Iscariote, el segundo tipo de exorcismo, la presencia catalizadora del que ve y no ve y la destrucción del centro penitenciario tragado por un volcán. Prefirió omitir sus citas semanales con Magdalena: no venían al caso.

Felipe Rodero Pérez escuchó atento, fascinado, sin interrumpirle, mientras contemplaba las olas romper contra la orilla. Lucrecio habló cuatro horas seguidas; en ellas, la marea arrastró el mar lejos de donde estaban y los cangrejos abandonaron sus cuevas para correr transversalmente entre piedras llenas de algas, el sol calentaba y los bañistas habían recogido para irse a comer. Ampollas llenas de líquido ambarino llenaban la roja y crepitante espalda y las orejas de Lucrecio Torralba Petit cuando terminó la narración con la invitación a que se uniese a él para realizar el exorcismo más peligroso al que jamás se había enfrentado el hombre. Comprendió por qué el que ve y no ve contemplaba el mar vestido y por qué Cecilia era tan pesada con la crema solar; no era obsesión, era prudencia.

Felipe Rodero Pérez se puso el pañuelo alrededor de los ojos, se demoró una hora y tras ella se levantó. Por primera vez miró a

Lucrecio, aunque no le viese. Fue mejor así, le hubiese asustado su piel de cangrejo.

—Un relato muy interesante —concluyó—. Tengo que irme. No he orinado en toda la mañana y tengo hambre.

—Ya… —suspiró Lucrecio con decepción.

—No es una excusa: lo que le digo es cierto —enfatizó el que ve y no ve—. No se desanime. Me ha convencido. Mi vida es una mierda. Me da igual morir luchando contra Satanás. Pero me meo. De verdad. Esta tarde, a las seis. Nos encontramos aquí si quiere.

Dicho esto, se fue rápido hacia el aparcamiento, subió una duna, y cuando se sintió a salvo de miradas indiscretas, orinó sobre una pareja que tomaba el sol.

45. ABDÍAS

Felipe Rodero Pérez perdió la vista a los diecisiete años, cuando la Luna se situó entre la Tierra y el Sol y desde toda España, y, por primera vez en años y última en el siglo según las televisiones, se pudo observar un eclipse parcial de Sol. Las emisoras también pedían que se tomasen precauciones para observar el eclipse, que se hiciese a través de cristales especiales y homologados.

Felipe Rodero Pérez había quedado con una chica para ser testigo del acontecimiento cósmico. Era obediente, pero adolescente, un concentrado de testosterona, y su primera cita era más importante que el caprichoso movimiento de la luna; sus intenciones no eran del todo honestas y planeaba abalanzarse sobre ella con la llegada de la oscuridad. Cogió de casa los cristales más homologables que encontró y con las gafas de bucear puestas se fue a ver el eclipse y, si llegaba el caso, las tetas de su querida Yolanda.

Fueron en bicicleta hasta la orilla del río. Era agosto, hacía calor y cantaban las chicharras. Yolanda se tumbó en la hierba mientras Felipe retransmitía la posición de la luna y su mancha en el disco solar, con los ojos entrecerrados y las gafas de bucear puestas.

Cuando la luna alcanzó dos tercios de la superficie solar y la oscuridad parcial se extendió sobre la superficie del planeta, Felipe, sudando dentro de la cápsula y con los ojos echando humo, realizó su preparado ataque. Sin quitarse las gafas, se situó frente a Yolanda, cerró los ojos e intentó darle un beso. Fue todo un éxito. Los labios se fusionaron, pero desgraciadamente también lo hicieron los párpados a unos globos oculares incandescentes. Perdió la vista y a la chica, que salió corriendo.

Felipe Rodero Pérez no tardó en encontrar un trabajo vendiendo cupones para una organización de ciegos y el amor entre los brazos de Penélope, una mujer temperamental y apasionada que cuando se enamoraba lo hacía de verdad, y era, según ella, porque Felipe Rodero Pérez no podía comprobarlo, la viva imagen de Marilyn Monroe, peca incluida. Tuvieron cuatro hijos, verdaderas gotas de agua de sus desdichados e invidentes genes.

Felipe Rodero Pérez recobró la vista, gracias al trasplante de un único ojo, cuarenta años después. Penélope, su mujer, dormitaba en una silla. Las fosas nasales de Felipe captaban el olor corporal, los tímpanos, las ondas sonoras de los ronquidos acompasados. No necesitaba verla.

El trasplante fue un fracaso y algo iba mal con su nuevo ojo; aparentemente veía, pero no funcionaba bien, no respondía a los estímulos o respondía con una hora de antelación. Le aislaron: tenían que investigar su caso. Regresó a planta, con el resto de

pacientes, unos días más tarde, cuando los médicos encontraron una explicación. Modificaron sus conclusiones: el trasplante había sido un éxito, pero por algún extraño fenómeno aún no aclarado veía el futuro con una hora de adelanto.

Y comenzaron los problemas. Su mujer no había sido demasiado sincera, pues era bajita, morena y más bien fea; el único parecido con la difunta actriz americana era lo de la peca, que era más bien verruga pigmentada, de mayor tamaño, llena de pelos y que adornaba la mitad de su cara. Felipe Rodero Pérez supo perdonar la mentirijilla y no dijo nada. No pudo hacer lo mismo cuando sus hijos fueron a visitarle: los pudo ver antes de que llegasen al hospital; Penélope no le había sido demasiado fiel.

Su mujer, como ella misma se definía, era temperamental, y cuando se enamoraba no le importaba el aspecto físico: entregaba amor y carnes de forma explosiva, de verdad y a fondo. El ojo previó la aparición de cuatro niños de diferentes edades y razas que se abrazaban a él: uno medio negro, otro medio indio, el tercero medio chino y el último medio esquimal. Penélope se había enamorado, acostado y preñado con un representante de cada una de las antiguas razas humanas. Cómo había conseguido encontrar un esquimal en Requena era todo un misterio, pero no había imposibles para una coleccionista impulsiva y enamorada.

—Voy a dejarte. Me has sido muy infiel —anunció una hora antes a la mujer que le besaba las manos, le hacía cosquillas con los pelos de la verruga y no dejaba de dar gracias a Dios por la exitosa operación.

Penélope se enfadó, adquirió los tonos carmesís de la indignación, gritó, le reclamó pruebas y le llamó embustero. Una enfermera entró en la habitación al oír la gresca. Penélope, señalando a su marido cíclope, lo acusó de malos tratos, berreó que era víctima de su violencia psicológica y la instó a que llamase a la policía. ¡La acababa de llamar puta! A ella…, ¡una santa!

Felipe Rodero Pérez tragó saliva. No veía lo que ocurría, solo escuchaba, pero su nuevo ojo ya había registrado a los niños de colores.

—Los niños no son míos —alegó.

Penélope no contestó, calló…, se mordió los labios.

—Y tú…, ¿por qué lo sabes? —le recriminó—. Pues están a punto de llegar. Se lo dices tú. Desagradecido. Con lo que te quieren a ti, una mierda de ciego.

Una hora más tarde, Felipe Rodero Pérez vivió lo que ya había previsto; sus hijos, una especie de representación de un foro internacional, trepaban por la cama metálica. Penélope, sentada, lo miraba con desprecio mientras se quitaba los zapatos de tacón con

tapizado de leopardo. Felipe Rodero Pérez sabía lo que sucedería a continuación. Podría haber intentado cambiar el futuro, pero el niño negro le besaba y le llamaba papá, el chino le acariciaba la frente, el esquimal buscaba pelusas en su ombligo… No eran suyos…

—Quiero el divorcio —exigió.

Penélope le lanzó los zapatos. Felipe Rodero Pérez lo esperaba desde hacía sesenta minutos, atento como guardameta bajo los palos de la portería, pero no los oyó silbar en el aire. Los dos proyectiles hicieron diana en la frente.

Con el tiempo, cuando su aparente poder divino fue atribuido a la ciencia, la prensa olvidó su nombre y Felipe Rodero Pérez recuperó el anonimato. Por culpa del trasplante perdió todo: le echaron del trabajo porque ya no cumplía los requisitos y la familia multicolor y monoparental se quedó con el piso. Sin un lugar donde vivir y con un ojo desfasado, abandonó Requena y se refugió en un pueblecito costero del norte, en San Onofre.

Se puso una venda en los ojos, regresó a la oscuridad e inició una nueva vida junto al mar, huyendo de la maldición de su ojo. Solo al sentarse frente al océano, ante visiones casi estáticas, se atrevía a quitarse el pañuelo y disfrutar de su visión futurista.

Hasta aquella mañana, en la que un tipo alto y encorvado se había tropezado con él en la playa y le había reconocido. Se presentó como Lucrecio Torralba Petit. Le dijo que estaba predestinado, que su misión era realizar exorcismos y, probablemente, morir haciéndolos. Para un hombre engañado al que un ojo le ha robado la vida, la familia, el trabajo y el piso cualquier palabra de apoyo era reconfortante.

Regresó a la playa a eso de las seis y se sentó a esperar, hasta que oyó la voz del padre Lucrecio a su espalda. Contemplaron las olas con desarreglo horario, mientras Lucrecio Torralba Petit hablaba de dentistas, de su último exorcismo, de Aristóteles, de Antolín de Cardeña, de un ser demoniaco que nunca había sido derrotado y del agente catalizador necesario para acabar con él; el que ve y no ve porque adelanta.

Felipe Rodero Pérez creía en las palabras del sacerdote. La vida le arrastraba a ser un héroe o morir intentándolo. Tomó una decisión. Acompañaría a Lucrecio Torralba Petit en su aventura.

—Cuando ese demonio dé señales de vida, te ayudaré a derrotarlo —le transmitió solemne.

Ante él las estrellas brillaban en el firmamento. Lucrecio contemplaba las gaviotas lanzándose contra el mar mientras el sol agonizaba.

46. JONÁS

Unas veces sumergía la patata en el chorro de agua fría, otras, las yemas de los dedos. Nada funcionaba, pelar patatas cocidas, recién salidas de la olla, dolía. Aunque un cocinero de la tele dijese que era un truco, que calientes se pelaban mejor, lo único que había conseguido Cecilia era quemarse los dedos y perder las huellas dactilares. Decididamente, comprar ensalada congelada era una idea mucho más inteligente.

Troceó las patatas de origen francés y cuatro huevos duros con olor a pedo, añadió espárragos de lata de origen chileno, aceitunas de procedencia marroquí rellenas en Andorra y pimientos de origen peruano. Mezcló todo con mayonesa americana y obtuvo una exquisita ensalada rusa elaborada en España. Lo pasó todo a un recipiente de plástico y lo cerró. La comida estaba lista. Cuando llegase Lucrecio, con el pan podrían ir a pasar una vez más el día en la playa.

Este se presentaría, como de costumbre, con media barra, y luego, ya instalados en la arena y lejos de las tiendas, no tendrían bastante. ¿Qué pasaba con el resto del pan? Era un misterio. Cecilia imaginaba a Lucrecio repartiéndolo entre los necesitados, las palomas o los peces. Era como Onofre, un santo, y por eso estaba enamorada de él, por eso daba igual lo que pensaran sus padres. Le quería y por él había dejado su barca, como decían las canciones de misa.

Salió a la terraza y se abandonó a la agradable brisa del Cantábrico, que refrescó sus yemas doloridas. Oyó el frenazo de un coche y la explosión, seca, de unos fuegos artificiales, de alguna boda, de algún patrón. Las verdes ramas de los plátanos flanqueaban la carretera ocultándola y no consiguió ver si el coche se había detenido o había continuado su marcha. El zumbido de su teléfono móvil la asustó. Sonrió. La había pillado desprevenida. Entró en la sala. El teléfono vibraba en la mesa. Atendió la llamada.

—Cecilia, ¿eres tú? —era una voz cavernosa.

—Sí, ¿quién lo pregunta? —no reconocía la voz.

Nadie contestó, al oído de Cecilia solo llegaba el ruido de la electricidad estática.

—Cecilia…, ¡cuánto te echo de menos!

Dejó caer el teléfono. Era otra voz. La voz, inolvidable, de su hermana Margarita.

La pantalla del teléfono se apagó. Habían cortado. Cecilia recogió el móvil. Sonó de nuevo. Se lo acercó temerosa a la oreja.

—¿Quién eres? —preguntó de forma brusca.

—Hola, buenos días. Mi nombre es Jacinto Sánchez Ríos. Soy el

presidente de Greenpeace España. Querría hablar con Lucrecio Torralba Petit —era otra persona. Sonaba distendida y amable.

—En estos momentos no está —contestó Cecilia aún desconcertada.

—Pero… ¿se encuentra con usted? —la misma voz agradable.

—Sí. Ha ido a comprar el pan…

Sí. Se encontraba con ella, se querían y se iban a casar. No se escondían de nadie. Paseaban cogidos de la mano. Sí, estaban juntos, para lo bueno y para lo malo.

La voz cambió y se transformó en la voz cavernosa que había atendido en la primera llamada.

—Ya lo sabía, es demasiado cobarde para huir… Bien. Escúchame, ¡zorra! Tú y yo nos conocemos. Soy la muerte. La oscuridad que asesinó a tu hermana, que convirtió la vida de tu familia en una pesadilla y la cárcel de Topas en un volcán. Ahora soy Jacinto Sánchez Ríos, el presidente de Greenpeace. Di al memo de Lucrecio que quiero verle, que le espero en la ermita hoy al anochecer. —Cecilia sujetaba paralizada el teléfono. Quería colgar, pero los músculos no le respondían, los brazos le pesaban, como en una pesadilla—. Él me conoce, ¿sabes, zorra? En la intimidad me llama Magdalena… Y hemos tenido mucha intimidad en la cárcel. ¡DÍSELO! Si no viene, iré yo y te mataré. Sí, zorra. Sé dónde estáis… y lo que estás pensando. Y sí: me lo he follado, repetidas veces. Lucrecio es mi siervo, mi humilde lacayo. Y lo seguirá siendo, aun después de muerto. Dile que quiero que se presente ante mí. Hoy, miércoles.

47. MIQUEAS

Luis Ramón abrió la puerta a un individuo alto, con una calva rodeada de una melena larga y canosa; no lo había visto antes, ni en periódicos ni en telediarios, pero la expresión de la cara, la sonrisa y los ojos con pupilas puntiagudas indicaban que bajo su aspecto se escondía el mismo ser con el que solía desayunar. Le invitó a pasar y fueron hasta la cocina. La puerta del dormitorio estaba abierta: sus amantes dormían abrazadas en una cama deshecha.

—He comprado cruasanes. ¿Café?

—Sí, gracias.

—No reconozco tu cuerpo, ¿es un tipo importante?

—Para vosotros se llama Jacinto Sánchez Ríos y es presidente de Greenpeace España, para el enemigo sí que lo es. Te presento al caudillo de sus ejércitos en el planeta. Cuando acabes con él no volveremos a vernos, quedarás libre. Mi misión habrá concluido.

Luis Ramón puso la cafetera italiana con el café recién hecho sobre la mesa.

—Ha sido un placer servirte. Ahora que sé que mi falta de virilidad se debía a los extraterrestres; he recuperado la seguridad en mí mismo. ¿Qué harás ahora?

Magdalena se sirvió café, no quiso contestar. Se contentó con pensar: «Volar de nuevo, ver con los ojos de una gaviota, pilotar sus alas, correr por la arena mojada y despegar, sentir el viento, el cielo arriba y abajo. Como la última vez que visitó a Lucrecio en San Onofre de la Barquera… ¿Le visitó porque quería volar, porque quería hacerle sentir su presencia o porque quería verle?». Fue el mejicano el que siguió hablando:

—Si el padre Lucrecio estuviera vivo, lloraría de alegría sabiendo que tu reinado de caos ha concluido.

—Lucrecio está vivo.

—Pero tú dijiste que estaba muerto…

—No sé lo que dije, además, soy el diablo y puedo decir las mentiras que me dé la gana.

«Volar rasante sobre las olas —pensaba—, un giro rápido y trepar en vertical hacia el sol y picar de nuevo, lanzarse en barrena sobre la playa, sobre esas diminutas figuras humanas que aumentan de tamaño por segundos. —Se sirvió café—. ¿Y si alguna de esas figuras era Lucrecio?»

—Yo volveré a México; las drogas y la prostitución necesitan sicarios. Si el padrecito está vivo, ¿le dejarás en paz o seguirás torturándole por ser exorcista y acostándote con él cada miércoles?

—Ten cuidado con las preguntas que haces, Luis Ramón. Soy el maligno y no se te olvide que a tu amigo le sacó los ojos un gato

por tomarse familiaridades… Cuando conocí a Lucrecio solo quedaban tres exorcistas menores de ochenta años: el padre Lorenzo, su amigo Genaro y el propio Lucrecio. Genaro se suicidó y al padre Lorenzo lo maté yo. Tenía una misión que cumplir y podía necesitar un exorcista a mi lado, así que me quedé con Lucrecio por eliminación.

—No te ofendas, te lo ruego. ¿Un exorcista y el mismo diablo juntos?

Magdalena sonrió sardónica.

—Tranquilo, no te mataré por eso. Quedo libre cada vez que sacrifico al ser que poseo, con los humanos es fácil, pero no sabía a qué huéspedes me iba a enfrentar, y si no podía destruirlos desde dentro, iba a precisar que lo hiciese por mí un exorcista… o un mejicano…

—Ahora sí que me he perdido —reconoció Luis Ramón—. Necesitabas al padre Lucrecio, pero de repente quemas la cárcel, pasas de él y me eliges a…

Luis Ramón no acabó la frase: la cafetera de acero inoxidable se convirtió súbitamente en un proyectil y con velocidad supersónica se incrustó en su boca rompiéndole la mandíbula y aplastándole las vértebras del cuello. El café se desparramaba desde el mal alunizado Apolo.

«Demasiadas familiaridades», pensó Magdalena. Quería volar como una gaviota y olvidar a Lucrecio. Sin embargo, había cometido un error: estaba atrapado en un cuerpo extraterrestre, apenas tenía poderes y le hacía falta un exorcismo. El periódico del día estaba en la mesa, y qué casualidad, era miércoles.

48. NAHUM

Chuchín defecó en el césped, debajo de un pino, dos pelotitas malolientes, viscosas, calientes y marrones. Antonia Galán Cantueso, guiada por el tufo, recogió en una bolsa de plástico una piña adyacente a las heces. Tendría que dar fibra a Chuchín, pensó: estaba muy estreñido.

Sentía la brisa marina y el sol en la cara, escuchaba los cantos de los gorriones en el paseo y los chirridos de las gaviotas en la playa. Había seguido viviendo solo por su Alfredo y ya era hora de reencontrarse con él y contarle cómo era San Onofre de la Barquera. Arrojó la bolsa con la piña en una papelera que era en realidad el carrito de un niño y se sentó en un banco. Tenía que regresar a la ermita, esperar la noche y saltar. Pediría un taxi.

Prestó atención a unos pasos. La madera del banco se curvó y crujió cuando alguien se sentó a su lado.

La maldad que había olvidado renació en su cuerpo, una pequeña mancha oscura en la superficie cerebral. Una mancha que palpitaba, se extendía y crecía cubriendo los hemisferios y el bulbo raquídeo.

—Soy una rubia excepcional, todos los hombres deseaban acostarse conmigo —le susurró una voz dentro de la cabeza. El aire olía a perfume masculino. Oleadas de maldad cada vez más intensas la recorrían—. Una marioneta a la que seducir con su irresistible sensualidad está sentada junto a ti —le decía la voz.

—Disculpe —reaccionó coqueta —, ¿podría indicarme la parada de taxis?

—Verá. No soy el más indicado para ello —respondió Felipe Rodero Pérez apartando un momento el pañuelo rojo. Vio estrellas, como las que había visto sesenta minutos antes de presionarse el globo ocular con el párpado cerrado.

—No sea usted modesto —replicó la lengua sibilina de Antonia, su voz era empalagosa, envolvente, sexual—. Seguro que conoce alguna…

Le acarició la mano. La maldad se extendía de nuevo por el cuerpo de Antonia Galán Cantueso, la inundaba, la sudaba por los poros. El ojo disfuncional de Felipe Rodero Pérez era un sol cercano que ejercía una atracción planetaria sobre su antigua dueña.

—Vamos. Indíqueme una —se insinuó la invidente. Se ahorró comentar nada sobre su ceguera.

—No, verá, es que yo…

Felipe Rodero Pérez sentía la presencia de Antonia Galán Cantueso, captaba el olor a fémina, sus humores. Hacía demasiado tiempo que una mujer no se le insinuaba y los testículos

respondieron al tono de voz, despertaron anulando su raciocinio; aquella mujer pedía una noche de pasión y lujuria. Pensó aprovecharse de su don, levantar el pañuelo y asomarse al futuro, pero decidió no hacerlo; una de las pocas ventajas de ser ciego era que no había mujeres feas. No deseaba ver a la que se sentaba a su lado. Perdería la magia. Él desconocía la técnica de la abstracción.

—¿Un taxi para irse? Sería una lástima —las hormonas habían conquistado a Felipe, eran ellas las que hablaban por su boca—. ¿No prefiere que antes de tan triste partida tomemos una copa?

Antonia Galán Cantueso olvidó por un momento a su difunto Alfredo. Estaba buena, debía de ser halagada y adorada por ello. Aquel hombre misterioso la deseaba. ¿Tendría dinero?, ¿fincas?, ¿toros? Alfredo fue un embustero… Haría el amor con aquel hombre para vengarse de Alfredo, del mentiroso que le arrancó sus formidables ojos.

—Con mucho gusto…

Felipe se levantó con Antonia cogida del brazo y emprendió el camino, ya conocido, hacia su apartamento. En su calle había varios bares y la cama quedaba cerca: era la mejor opción. Avanzaron paralelos al puerto, a lo largo del paseo marítimo. Felipe Rodero Pérez podía hacer aquella ruta sin usar el bastón, se la sabía de memoria.

—Por aquí damos mucha vuelta —se quejó Antonia—. Crucemos el paseo y la carretera. Llegaremos antes a donde vayamos.

La dirección que indicaba Antonia era peligrosa: no había semáforos y Felipe Rodero Pérez nunca la había recorrido. Tenía que decidir, si la mujer se daba cuenta de que era ciego, se lo pediría a otro. Las hormonas habían dado un golpe de estado y la bragueta hacía de brújula.

—Cómo no —aceptó valiente. Y tragó saliva.

Los testículos le cegaban, no repararon en que había algo raro, de que aquella mujer no había hecho ningún comentario sobre el pañuelo de Miguel Strogoff que llevaba alrededor de los ojos.

Llegaron al final del paseo, Felipe Rodero Pérez prestó toda la atención que pudo, golpeó con el bastón el bordillo, escuchó atento: no se oía ningún motor. Comenzaron a cruzar la carretera agarrados de la mano.

Una furgoneta de transporte urgente, a mucha más velocidad de la debida en núcleo urbano, surgió como un rayo y los atropelló. Los derribó con el parachoques delantero y les pasó por encima con las cuatro ruedas. La camioneta logró frenar a unos metros. Los ojos de vidrio de Antonia Galán Cantueso rodaban por la carretera, el pañuelo rojo del correo del zar se había quedado en el parachoques y tapaba la matrícula. Felipe Rodero Pérez yacía muerto sobre el

alquitrán. El ojo implantado permanecía unido a un cráneo fragmentado por un nervio óptico blanquecino remachado de viejas cicatrices. Felipe estaba muerto, pero el ojo, aún con vida, intentaba acercarse, con movimientos de ameba, a las cuencas vacías de Antonia Galán Cantueso, a casa.

El conductor de la furgoneta, un exconvicto conocido como Paco, aunque su verdadero nombre era Jonnathann, llegó corriendo. Se llevó las manos a las orejas; a sus pies había dos cadáveres: el perrito Chuchín y el ciego Felipe Rodero Pérez.

—¡Jodeeer! —exclamó, para a continuación explayarse—: No cabe duda de que he atropellado a estos dos ciudadanos y a una rata. He intentado ser un eslabón útil a la sociedad, pero circulaba rápido y mía es la culpa. Volveré a la cárcel, a sentarme en el banco con Luis Ramón el mejicano y el padre Lucrecio, a practicar el difícil arte de la abstracción. Abandonaré a mi gatito, me retirarán el carné y sufriré en una prisión donde no están permitidas las mascotas ni los coches…

Antonia Galán Cantueso agonizaba, pero también estaba enfadada, y aunque no tenía ni idea de lo que había ocurrido, sabía que se moría, que su grandeza no sería apreciada en vida. Alguien, a su lado, no paraba de parlotear, molestaba.

—… Aprovecharé el tiempo en la cárcel, estudiaré una carrera con proyección, mecánico, y cuando salga me iré de piloto al Dakar…

La moribunda quería que se callase… La maldad la había poseído; con sus últimas fuerzas rebuscó en su bolso, sacó un revólver y disparó seis veces, todo el cargador. Las dos primeras balas reventaron el cristal de una farola, la tercera remató al perro, la cuarta arrancó la rótula a Paco, la quinta se le clavó en el hombro y la sexta, certera, atravesó su antiguo ojo, cedido a una cara marcada con finas y blanquecinas cicatrices longitudinales.

Paco sintió una bala ardiente cercenar el globo ocular antes de morir. Antonia Galán Cantueso y el ojo de Felipe Rodero Pérez percibieron el mismo escozor. Estaban unidos, eran tres y eran uno.

Paco se desplomó, aplastando, con la frente, el ojo con movimientos de protozoo del fallecido Felipe Rodero Pérez. Antonia Galán Cantueso notó a distancia la deformación de su viejo globo ocular bajo la cabeza de Paco, el reventón y la presión liberada. Cuando el dolor remitió, la maldad había abandonado a Antonia, quien, en su oscuridad, distinguió la luz; vio a su hijo, a su marido y a su perrito estreñido. Sonrió y murió ciega y sana, aunque atropellada.

Y EL POBRE TERMINÓ COMO DONANTE DE ÓRGANOS.

49. HABACUC

Lucrecio Torralba Petit masticaba con placer un trozo de pan. Caminaba por el paseo marítimo de regreso a casa, sin prisas, contemplando las olas, las gaviotas lanzándose en picado y los barcos en el horizonte. Ya no tenía miedo a Magdalena, a quien con ayuda del que ve y no ve mandaría al infierno cuando apareciese. Y Cecilia, su novia, le esperaba haciendo la comida, ensaladilla rusa, en el apartamento donde se había quedado pelando patatas y huevos duros. La barra de pan sobresalía, picoteada, de la bolsa de papel que la protegía.

Por la mañana, antes de ir a la playa, solían preparar la comida, en pijama, entre besos y abrazos, luego Lucrecio iba a la panadería. Al regresar llenaban recipientes de plástico con lo cocinado, se ponían la ropa de baño y bajaban. Cecilia se había entregado por completo al violador de su hermana. Si Lucrecio Torralba Petit hubiese sido un mejillón, ella hubiese sido su concha; si hubiese sido una gamba, su cáscara. A la entrega de Cecilia contribuían los años en prisión, que habían hecho ser a Lucrecio una persona ordenada y muy aseada.

El paseo matinal hasta la panadería era para Lucrecio Torralba Petit una liberación de su novia perro. Disfrutaba de la soledad, de no tener pegada a él una novia tan cariñosa, una postilla adherida. Tenía que quererla. Se lo merecía y era el clon de su hermana, pero se sentía triste, quizás porque ella no era Margarita.

El pan nunca variaba en la cárcel; desayuno, comida y cena, día tras día y año tras año se repetían las mismas rebanadas de pan blanco, con poca corteza y mucha miga; por eso, para Lucrecio Torralba Petit, los grados de libertad, de los que hablaban los matemáticos, podían medirse por el tipo de panes que se podía elegir: gallego, de leña, de centeno, candeal, con pasas, con frutos secos, con salvado, chapatas, hogazas, barras y un largo y variado etcétera Compraba uno diferente cada día y de vuelta a casa cataba el producto, a trocitos, a pellizcos. Solo llegaba media barra.

Saboreaba un pan con nueces y pasas cuando oyó un frenazo. Padres en bañador con hijos agarrados a cubos y pelotas de plástico corrían curiosos hacia una camioneta parada en la carretera. Sonaron disparos. Los padres se dispersaron alejándose de donde provenían. Lucrecio Torralba Petit sintió frío en la nuca, una premonición. Tragó el bocado y se acercó a la furgoneta.

Pelotas de playa multicolores, cubos amarillos, palas azules, rastrillos rojos y algún niño abandonado rodeaban la escena: dos hombres, una mujer y una rata muertos en mitad de la carretera. Reconoció en uno de los cadáveres a Paco, su antiguo compañero y

guardaespaldas. Tres ojos de cristal rodaban por el asfalto. Un pañuelo rojo… Otro de los cadáveres era el que ve y no ve, de nombre Felipe Rodero Pérez.

Dejó caer los restos de la barra de pan y las palomas se lanzaron sobre ellos.

Volvía a estar solo, su aliado había muerto y no podría realizar el segundo exorcismo. Magdalena seguiría poseyendo y matando a seres humanos, y los destruiría a ellos dos, a Cecilia y a él. No había esperanza, había perdido. Hora de suicidarse. Pero la cárcel había templado su carácter y no se derrumbó. Disfrutaría de un último día en la playa con Cecilia, se despediría al volver y continuaría con su antiguo plan, el suicidio. Saltaría desde los acantilados de la ermita. No esperaría más.

Una brisa se levantó desde el mar y el pañuelo rojo se elevó entre remolinos. Las palomas se afanaban en picotear la bolsa de papel con la barra y un niño olvidado en la estampida jugaba con un cubo y una pala en el pegajoso charco de sangre.

50. SOFONÍAS

El taxi se detuvo delante del apartamento dos horas después de la llamada del maligno y a los trece minutos de haber pedido uno por teléfono. Lucrecio Torralba Petit y Cecilia aguardaban en el portal. No llevaban equipaje: no lo necesitaban. El miércoles era el día señalado, la muerte esperaba. Lucrecio besó a Cecilia y subió al coche. Cecilia permaneció en la acera sollozando.

—A Cordiñanes, León —indicó muy serio Lucrecio al conductor.

El dinero nunca le había importado a Lucrecio Torralba Petit, un verdadero seguidor de Cristo. Hasta que le echaron del sacerdocio cobró de la Iglesia como funcionario de Dios, en prisión recibió un sueldo del Estado, y de nuevo en la calle le dieron una indemnización por despido improcedente y el seguro de desempleo. Tenía ahorros y podía permitirse viajar en taxi. Además, solo le quedaban unas horas de vida y no tenía familia, de modo que el dinero que no gastase se lo quedarían los bancos. Hasta podía dar generosas propinas.

Magdalena había telefoneado reclamando una cita en la ermita, un miércoles y justo después de la muerte del que ve y no ve; nada era casualidad. Cómo había conseguido el número de Cecilia era un misterio, pero también una bobada al lado de las calaveras que le gustaba crear con los pajaritos en el cielo.

Su plan de exorcismo se había evaporado, pensaba con la cabeza apoyada en el cristal de la ventana, ya no existía el que ve y no ve y el rey paseaba solitario por el tablero; Magdalena ganaba. El maligno supo, desde el principio, que con la ayuda del que ve y no ve podía ser destruido y le permitió encontrarlo y hacerse ilusiones; luego lo había atropellado, era así de gracioso.

Magdalena no lo mataría en la ermita, la conocía; solo deseaba imponer su voluntad, saborear su victoria y esclavizarlo de nuevo. Pero Lucrecio había conocido la libertad, los sutiles paracaídas de los dientes de león flotar en el viento, los brezos violetas y las escobas amarillas, los distintos tipos de pan, los granos de arena en los filetes de lomo y los rizos de espuma de mar marrón, mezcla de agua salada, algas y detergentes. Sin catalizador para exorcismos, el plan inicial era la única salida; todo le abocaba al suicidio.

Si Dios consideraba su muerte un acto de valor y le perdonaba, sería feliz en un paraíso donde el tiempo no cuenta y no existen los miércoles; en caso contrario, continuaría con su vida en el infierno. No volvería a ponerse de rodillas ante el siervo de Satán, viviría un breve instante erguido antes de saltar desde los riscos, aunque para eso tuviese que mentir a Cecilia. El programa trazado seguía en marcha: se suicidaría y la dejaría libre. La quería lo suficiente para

morir por ella. Era la mejor decisión. Y lo de Madrid era un farol, al menos así lo esperaba.

Cecilia insistió en acompañarlo a su cita con el maligno, en inmolarse a su lado por amor: Lucrecio accedió, pero antes, le dijo, iría a Cordiñanes y cumpliría una promesa, visitar a Gema, la hermana del padre Lorenzo. Era temprano y tenían tiempo; regresaría por la tarde, la recogería e irían juntos a la ermita. Telefoneó a Cordiñanes. Le fastidiaba visitar a alguien y que no estuviese. Luego pidió un taxi. Por primera vez desde que llegaron a San Onofre de la Barquera no fue a la playa.

Lucrecio Torralba Petit mentía. No regresaría. Después de comer con Gema saltaría: el precipicio cambiaba, el fatal resultado no.

Llegó a Cordiñanes a la una y media de la tarde y bastante mareado. Los dientes perpendiculares del macizo central de los Picos de Europa se imponían en el paisaje, los recorrió con la mirada buscando una buena pista de salto, pagó la carrera y entregó al taxista un euro de propina.

Había recordado muchas veces la vieja casa del padre Lorenzo, abstrayéndose con ella para huir de la prisión. Había memorizado sus colores, los espacios, olores y crujidos…: grande, blanca y de dos plantas, con una balconada de madera de nogal en el piso superior, con macetas y flores colgando de las paredes. Pero el caserón que resistía firme en su memoria había sido engullido por la voracidad del tiempo; las paredes, sucias, se habían derruido por varios sitios dejando ver las tripas de adobe, madera y piedras; faltaban piezas de madera en una balconada grisácea, reseca y carcomida, y las macetas desbordaban de maleza y flores muertas.

No llamó a la puerta, no tuvo oportunidad: Gema la abrió de un golpe abalanzándose sobre él, le abrazó y le hundió en sus carnes. A Gema la había devorado también el tiempo, y de la mujer delgada y alta de unos años atrás solo quedaba la estatura; estaba gorda, canosa y descuidada, y olía a alcohol; pelos con aspecto de estacas negras le crecían profusamente en el bigote y vestía de luto, con una blusa sudada y una falda larga. Gema se había secado, como la casa, como las flores.

Un caldero de alubias con patas de cerdo esperaba en la cocina. Lucrecio Torralba Petit, sabiendo que era su última comida, acabó la cazuela, dejó en el plato huesos desnudos y trozos de piel mal depilados que le recordaron el bigote de la cocinera. En el café, mientras comía perronillas y bebía orujo, le habló a Gema de la promesa hecha de visitarla, se disculpó por haber perdido los libros y le relató cómo había sido asesinado su hermano, contándole, con pelos (y se fijó de nuevo en el bigote) y señales, el exorcismo y la muerte de Margarita y del padre Lorenzo, incluyendo la mandíbula

arrancada a este y los bolígrafos de colores clavados en los ojos. Gema escuchó entre hipidos y con lágrimas deslizándose por pómulos y mejillas, sin dejar de servirse chupitos de orujo; luego se levantó, pálida, y recogió los platos. Lucrecio Torralba Petit la contempló con pena: estaba vieja y agotada. Era otra víctima del mismo ser, de Magdalena.

Gema se sentó de nuevo frente al joven exorcista con otra botella de orujo y vasos limpios. La penumbra familiar de la cocina hizo sincerarse a Lucrecio Torralba Petit.

—Ese ser me persigue —susurró Lucrecio—. Creo que sé cómo acabar con todo. Si me pasa algo…, quiero que cuides de Cecilia.

—No te preocupes —contestó Gema condescendiente. No le había oído. Se miraba las manos mientras jugaba con un vaso.

—Creo… —suspiró Gema dejando el vaso de aguardiente en la mesa— que yo soy la culpable. El exorcismo no funcionó por mi culpa. Lorenzo no debió hacerlo. Estaba en pecado mortal.

—No te equivoques —la corrigió Lucrecio—: los exorcismos no funcionan con ese ser. Traté de realizar otro en la cárcel y tampoco resultó.

De repente, Lucrecio Torralba Petit recordó las palabras pronunciadas por Magdalena en el exorcismo de Margarita: «Algún día arderéis en el infierno conmigo. Tú, Lorenzo, por el sexo con tu hermana. Como tu amigo Genaro, y tú, Lucrecio Torralba Petit, por tu violación».

—Pero manteníamos una relación, y Lorenzo era sacerdote. ¡Estábamos en pecado mortal! —gimió desconsolada Gema.

—Te repito que tú, Gema, no eres responsable de lo que ocurrió en aquella habitación. Tu unión carnal con el padre Lorenzo no tuvo nada que ver.

—No somos hermanos.

—Bueno, pues si no erais hermanos, no es pecado mortal. Quédate tranquila.

—¿Cómo que no? ¡El sexo fuera del matrimonio es pecado mortal!

Lucrecio Torralba Petit quería consolar a Gema, hacerla renacer de sus cenizas o que al menos se depilase el mostacho, pero, sobre todo, quería que le dejase en paz. Había cumplido, había ido hasta Cordiñanes a dar su pésame y disculparse por haber quemado los libros, y de paso, buscar un nuevo hogar a Cecilia. No le apetecía hacerse cargo de los problemas sexuales de nadie: ya no era cura y le quedaba muy poco tiempo. Quería dar un último paseo tranquilo y saltar al vacío. Muerto el sirviente perro, se acabó el sarnoso pacto.

Bebió de un trago un vaso de aguardiente. Magdalena sabía

todo, presente y pasado: las relaciones del padre Lorenzo y su hermana, lo de su amigo, del suicida padre Genaro, y su violación aún no consumada, dónde hallarle a él y dónde encontrar y asesinar al que ve y no ve. Era inútil luchar contra aquel ser omnipresente y omnisciente.

Sus tripas rugieron, notó un espasmo y un dolor agudo y punzante en el abdomen, otro espasmo y una lanza afilada que le retorcía las tripas. Las alubias le habían sentado mal y pugnaban por salir al exterior. Se disculpó de forma atropellada y fue corriendo al retrete. Dejó a Gema divagando sobre su relación apasionada con el padre Lorenzo.

—… A Adán y Eva no los casó nadie, y yo me sentía así, libre como ellos…, hasta que ocurrió lo del exorcismo…

Tiró de la cadena repetidas veces intentando evitar que la onda expansiva de sus efluvios inundase la casa. Olía a exorcismo y sintió nostalgia. Recordó al padre Lorenzo, su entrenamiento abriendo intestinos de animales en descomposición. Soltó de nuevo el agua de la cisterna. Escapó de aquella atmósfera nociva cerrando la puerta y dejando la mayoría de los microscópicos y nocivos miasmas atrapados en el baño. El excusado estaba al lado de las escaleras. Miró hacia arriba. La primera planta había sido el estudio del padre Lorenzo. Gema lo vio desde su silla.

—Sube si quieres. Está como lo dejasteis —le animó.

La nostalgia le hizo ascender los escalones. Pisaba un suelo de maderos que crujía; olía a libros viejos, a hogar. Pasó los dedos por una gran mesa de roble llena de papeles que ocupaba el centro de la biblioteca, por dos pesadas sillas situadas en un extremo. Estaban justo donde las recordaba, juntas en un ángulo de la mesa, donde se habían sentado a ultimar los detalles del exorcismo. Recorrió las paredes, cubiertas por estanterías llenas de libros, cajas y papeles. Solo una de las repisas estaba vacía. No tuvo que acercarse para reconocerla: los libros que faltaban habían ardido en Topas. Volvió a la mesa y se sentó a ella. No había polvo. Gema había limpiado la habitación durante aquellos años sin tocar los papeles.

«En cuanto le dejas claro quién eres, y por qué estás allí, todo es pan comido. Recitas la oración y el demonio vuelve al infierno. Es un jaque pastor. Se acabó el espectáculo. Es como extraer muelas.» Decía en los vívidos recuerdos el padre Lorenzo.

Lucrecio Torralba Petit suspiró y cogió una hoja de su vieja mesa de trabajo; le gustaba sentir nostalgia. Reconoció su letra: describía distintos métodos para llamar la atención de un ente. En un margen del papel había una anotación del padre Lorenzo: «Lo que está bien está mal, lo que está mal está bien. Mármol negro».

Lucrecio Torralba Petit tragó saliva. Era el estúpido saludo del

ser. ¿Estaba allí? ¿Estaba jugando con él? El corazón le latía deprisa. Intentó serenarse. Se concentró en la nota, en las formas de hacerse ver por los poseídos.

Una ventana se abrió en la bruma de su memoria.

—Al idiota de Genaro no le basta con suicidarse. Encima me pide que le escriba esta absurda frase en su epitafio —se quejaba el padre Lorenzo escribiendo en un folio usado—. No me mires así, Lucrecín —continuó bromeando—. Aún no hablo con los muertos. Me envió una carta y unos libros. Los ha traído el cartero. Ahora concéntrate, que mañana miércoles es tu primer exorcismo.

Lucrecio Torralba Petit se puso de pie de un brinco. Revolvió en la mesa, entre los papeles, hasta dar con la carta de Genaro y los libros. La encontró enseguida.

Querido Lorenzo:

Espero que al recibo de esta carta estés bien. Yo ya estaré muerto.

Muchas gracias por haberme prestado la obra de Antolín de Cardeña. Me fue muy útil. Mis averiguaciones de años en la isla de Cerdeña fueron estériles, y tuve que leerlo para darme cuenta de mi error: Antolín no era italiano, sino burgalés. Y por fin, tras una vida de búsqueda, encontré el libro maldito en el monasterio de San Pedro de Cardeña, enterrado junto a los restos del caballo del Cid.

Ahora sé la verdad. A Antolín lo quemaron en la hoguera por su hallazgo; yo me quito la vida voluntariamente. Todo está al revés. Creía que veía, pero estaba ciego. No hay salida. Todo está confundido. Hemos errado tanto tiempo… No puedo soportarlo, no deseo seguir en este mundo.

Siempre hemos sido amigos, y me siento orgulloso de ello. No sé si lo que hago ahora, quitar tu venda, es bueno o malo, pero te aprecio y es mi obligación. Confío en que tú encuentres una salida a todo esto.

Te envío un paquete con tu libro (espero que no te importe que tenga alguna anotación), el que yo descubrí y algo de dinero para que me hagas un último favor. Quiero una lápida, sencilla, con este epitafio: «Lo que está bien está mal, lo que está mal está bien». En mármol negro.

Yo no podré encargarla, pues la funeraria me queda lejos y voy a quitarme la vida en cuanto lleve este paquete a correos (si no me mato antes con la bicicleta).

Gracias por tu amistad, y un saludo a Gema.

Lo que está bien está mal, lo que está mal está bien, el suicidio es la única forma de ganar la salvación.

Tu amigo,

Genaro.

Debajo de la carta había un solo libro, un ejemplar delgado y viejo, con tapas de cuero muy ajadas y letras griegas medio borradas. Lucrecio dedujo que su maestro había colocado el libro de Antolín de Cardeña en su sitio en la estantería y dejado aquel sobre la mesa, para leerlo antes de asignarle un lugar apropiado en la biblioteca. Lucrecio Torralba Petit abrió la tapa y leyó el título: *Evangelio de Judas Iscariote*.

Hojeó las primeras páginas; su griego había mejorado en los últimos años. El texto coincidía con el que él recordaba.

—¡Te llaman por teléfono! —gritaba Gema desde el piso de abajo.

51. AGEO

Los ecologistas no supieron salvar el planeta ni defender su bandera. Lucrecio Torralba Petit había crecido queriendo ser uno de ellos, viendo sus barcos en televisión, verdes y con un arco iris, enfrentarse a pruebas nucleares en el Pacífico, evitar el lanzamiento de bidones con residuos radioactivos en las costas de Galicia, impedir la marcha de grandes balleneros japoneses o la matanza de focas. Recordaba, aún con pena, las imágenes del Rainbow Warrior hundido en Nueva Zelanda. Imágenes lejanas…

Los ecologistas dejaron de salir en las noticias, los gais se hicieron con su estandarte y sus grandes gestas dejaron de interesar. El arco iris se convirtió en el símbolo de los homosexuales y las oficinas de Greenpeace, en el barrio de Chueca, sobrevivían ocultas entre las banderas multicolores que colgaban de balcones y tiendas. Para colmo, su presidente en España, Jacinto Sánchez Ríos, era un extraterrestre que quería acabar con la raza humana.

Jacinto Sánchez Ríos contempló con sus pupilas alargadas la pintura que colgaba en la pared del despacho, un cuadro de grandes dimensiones que le inmortalizaba encadenado a un oleoducto. Miraba más allá del retrato, observaba, en el fondo, el mar y las manchas blancas de unas gaviotas. Suspiró y descolgó el teléfono. Marcó el número de Cecilia.

* * *

Lucrecio Torralba Petit llegó a la ermita cuando el sol, convertido en un gran círculo naranja, besaba la superficie del mar. Sin pararse a contemplar el bucólico atardecer empujó la puerta abovedada, que chirrió al abrirse.

El interior del templo estaba iluminado, el párroco colgaba crucificado en la cruz del ábside tapando una talla de Cristo y una lápida del suelo había sido levantada y movida. Se santiguó ante el sacerdote muerto y se asomó a la oquedad que había quedado al descubierto: unas escaleras de hierro oxidado descendían en caracol a la oscuridad.

—Hola, Lucrecio, ¡cuánto tiempo! —había dicho aquella voz al teléfono en Cordiñanes—. ¿No estarás pensando en suicidarte y acabar con el pacto? Te recomiendo que no faltes a nuestra cita. Cecilia ya está aquí y se puede morir si no apareces.

—¡No vengas! —oyó gritar en segundo plano— ¡Es una trampa!

No se suicidó, no rindió el rey y descendió las escaleras. Cecilia había sido capturada.

«Lo que está bien está mal, lo que está mal está bien. Miércoles.

—Una voz, solo perceptible para Lucrecio, le recordaba conversaciones, frases inconexas—. Miércoles. Antolín lo guardó en el monasterio de San Pedro de Cardeña. Judas era el único apóstol espabilado. Abstracción para seguir adelante.»

El aire frío pesa más que el caliente y se deposita en las zonas más bajas: tantas enseñanzas falsas, tantas mentiras. La ley física no se cumplía en el pozo y la temperatura aumentaba al descender cada peldaño, una sensación casi inapreciable en el primer tramo, un hecho objetivo y cuantificable en los últimos. Sudaba y la ropa se le pegaba al cuerpo, el aire se había enranciado y olía a cuerpos descompuestos, a basura, a orín y heces…

Las escaleras terminaron en un pasadizo sin iluminar labrado en la roca y de paredes alicatadas; los fluorescentes que colgaban del techo habían sido arrancados. Miércoles. Cita semanal. Lucrecio Torralba Petit forzó la vista, achinó los párpados intentando ver en la oscuridad que debía atravesar. Distinguió bultos, sombras que se movían. Oía ruidos, respiraciones entrecortadas. El olor de heces de perro y humanas, de almizcle de glándulas perianales y esmegma fermentado inundaba su pituitaria. Sintió arcadas.

—No tengas miedo —se dijo tratando de infundirse valor—. Todo está a punto de acabar.

Entró en el pasadizo. Sentía moverse algo a su lado mientras avanzaba, lo oía, lo olía. Lucrecio Torralba Petit miró hacia atrás y al contraluz de las escaleras distinguió sombras humanas.

Poco a poco, los ojos de Lucrecio Torralba Petit se adaptaron a la falta de luz. El pasadizo recordaba al pasillo de un hospital, y en él apreciaba formas a ambos lados, apoyadas contra las paredes: hombres y mujeres con rastas por cabello y ropas amplias, *hippies* que miraban fijamente a la nada, que se despiojaban o cuchicheaban. También había perros, de todos los tamaños, tumbados entre las sombras humanas: unos lamían a sus dueños, otros eran lamidos. Escuchaba retazos de conversaciones: «Los toros, hay que prohibir los toros… —susurraban las voces—. Nos manifestaremos en pelotas… El jabón, hay que prohibir el jabón…». Susurros, gemidos, escenas de fornicación, entre *hippies*, entre cánidos, entre ambos… Sodoma y Gomorra se concentraban en aquel oscuro pasaje.

Lucrecio Torralba Petit pisó algo blando y el hedor a heces aumentó. Se detuvo y restregó con asco la suela contra el suelo. Se cruzó en su camino una figura, gris, solitaria, con melena larga y una espada en la mano, Lucrecio no consiguió distinguir su sexo. Se plantó ante él, quieta, rígida. Lucrecio cerró los puños. No retrocedería, por Cecilia…

La figura movió las manos y pudo apreciar que ahora no tenía

una espada, sino tres. Lanzó la primera hacia el techo, la segunda, la tercera, y se puso a hacer malabarismos con ellas. Un perro pulgoso se acercó al malabarista, le olió la pierna y, levantando una pata, le orinó en el pantalón. El o la *hippy* perdió la concentración y dejó escapar uno de los sables, que atravesó y mató en el acto al chucho. El ecologista gritó angustiado y se clavó otra de las espadas en la tripa. Con sus últimas fuerzas tiró de ella hacia arriba y se rasgó el abdomen: piel, intestinos e hígado, hasta llegar al esternón. Una manada de perros se disputó los cadáveres. El grupo de *hippies* no hizo caso de lo ocurrido. Eran vegetarianos.

Lucrecio Torralba Petit continuó andando. Toses y gemidos se mezclaban con los piojos y pulgas que saltaban en todas direcciones.

Llegó al final del pasadizo, donde la luz se escapaba por debajo de una puerta de madera doble y alta. Lucrecio Torralba Petit llamó con los nudillos. «Knocking at the heaven door»…, susurraba en su cabeza. La voz oída al teléfono le invitó a pasar, y al hacerlo la luz inundó el pasillo; los ecologistas retrocedieron gruñendo.

Lucrecio Torralba Petit se encontró en una amplia gruta excavada en el prado de la ermita, iluminada, a través de grandes ventanas que se abrían a los acantilados, por los cálidos tonos de un sol moribundo; bien ventilada y sin rastro de olor a podredumbre ecologista. Le escocían los ojos. Un hombre de mediana edad chepudo, calvo y con una franja de pelo larga y canosa le observaba sonriendo.

—¡Me alegro de verte, Lucrecio! —exclamó—. Tranquilo, los ojos dejarán de picarte enseguida. Se te han irritado por el amoniaco de la orina.

—¡Lucrecio! —gritó Cecilia desnuda y atada sobre un altar de piedra.

Magdalena lanzó una mirada de desprecio a Cecilia.

—Eres igual que tu hermana —dijo irónica—. No me extraña que Lucrecio se confundiese. Pero eres muy pesada…

Lucrecio estudió la sala que le rodeaba. El altar de piedra donde se encontraba Cecilia se alzaba en el centro rodeado de sillas plegables; las paredes de roca parecían haber sido esculpidas en el interior de un queso repleto de oquedades de distintos tamaños; dentro brillaban tarros con un líquido ambarino en el que flotaban sanguijuelas peludas; entre los ventanales que daban al acantilado había una pequeña cripta rodeada de ramos de flores y velas que alojaba un relicario de oro y amatistas. Magdalena le observaba sonriendo

—En ese relicario está el gran tesoro de san Onofre, los testículos que usó como cebo el día que le tomé el pelo. Bienvenido

a la guarida secreta de la Hermandad Cántabra del Gran y Santo Escroto. Cuando fallecen, y sobre el altar donde ahora está tumbada tu Cecilia, ceden su escroto —dijo indicando los tarros de las paredes—. Se han civilizado; hubo un tiempo en que lo hacían antes de morir… Pero, sentémonos, que estaremos más cómodos… Aquí, en estas sillas, frente a tu novia. Miércoles y nos volvemos a encontrar. Era nuestro día, ¿recuerdas?… ¿No te lo ha dicho, Cecilia? Quedábamos a follar todos los miércoles. Todo lo que te ha hecho se lo enseñé yo. Empecé con tu hermana… ¿Queréis algo de beber? ¿Coñac? ¿Anís? ¿Refrescos?

Cecilia escupió desde el altar donde estaba atada. Si salían vivos de aquella sala llena de escrotos, hablaría seriamente con Lucrecio. Lo más importante en una relación era la sinceridad, lo había leído. No estaba bien que le ocultase su libidinoso pasado de presidiario.

—No voy a responder a tus insultos, ¡Satanás! —gritó Cecilia.

Jacinto Sánchez Ríos, o el ser que lo poseía, rio.

—Muchas gracias, Cecilia, pero no soy Satanás, solo su fiel sirviente. Satanás, como le llamas tú, no podría venir a la Tierra, pues su poder la destruiría, y nosotros no queremos eso.

—Es un demonio menor —corrigió Lucrecio Torralba Petit—. Un pelele de su amo —quería herir su amor propio. Ojo por ojo. La ley de Talión.

Jacinto Sánchez Ríos lo miró fijamente unos segundos, y bruscamente volvió el cuello y miró de nuevo a Cecilia.

—No hagas caso a mi esclavo. Si vuestro Dios se rodeaba de ángeles y arcángeles, Satán lo hace de demonios y lo que podríais llamar *arcdemonios*. Los demonios os poseen, os hacen creer en Él y temer su poder. Son infantería, chusma. Los *arcdemonios* somos sus generales. Yo, ¡estúpida!, soy un *arcdemonio,* ¡un general!

Lucrecio Torralba Petit sabía que decía la verdad, lo había leído esa misma mañana:

> Pregunté al Maestro por qué usábamos dos tipos de plegarias a la hora de enfrentarnos a los endemoniados, y por qué, cuando no usábamos la correcta, los poseídos se consumían en llamas.
>
> El Maestro me sonrió. Judas, me dijo, eres el único de mis discípulos que tiene un espíritu crítico, y eso es bueno, pero nos traerá problemas. La única preocupación, añadió con pena, de las bestias de tus compañeros, es que transforme el agua en vino para almorzar.
>
> Hay tres tipos de demonios en el mundo, los primeros son débiles, incapaces de poseer al hombre, pero sí de entrar en su cabeza, crear imágenes y engañarle. Hay dos tipos más, mucho más peligrosos, y a cada uno de ellos corresponde una plegaria:

los primeros, la mayoría, son débiles, abandonan los cuerpos con el primer canto y vagan en busca de otros. Los segundos son poderosos, y para expulsarlos necesitarás el segundo salmo y la presencia del que ve y no ve. Si consigues arrancar a estos seres del alma que poseen, los desterrarás al Averno, para siempre. Tan poderosas son las palabras del segundo salmo, que si las recitas sin la presencia del que ve y no ve, o es menor el demonio que alberga, el poseído fenecerá entre llamas y el demonio quedará libre.

Ahora, Judas, pide a Pedro que deje de empujar el camello. Creo que no ha comprendido lo de pasarlo por el agujero de la aguja…

El padre Lorenzo y él habían cometido un error en el primer exorcismo. Nunca habían oído hablar de otro tipo de exorcismos o de *arcdemonios*. Pero la nueva plegaria y el que ve y no ve habrían acabado con él. Como habían acabado, en un pasado, con el resto de sus siniestros camaradas. Si la segunda oración había caído en el olvido era porque los *arcdemonios* habían sido exterminados. El padre Genaro se había suicidado por saber lo que él sabía ahora… Miércoles…

—Ya, ya —contestó Lucrecio irónico—. Y… ¿qué tal va tu lucha contra la invasión alienígena? ¿Ya has salvado al mundo? ¿Has vuelto a librarlo de la peste?

Miércoles… Ahora entendía todo. Quizás el mundo no merecía ser salvado.

—No te burles. Ese es el motivo por el que te he convocado. Tu amigo el mejicano acertó. El trabajo ya está hecho. Os he vuelto a salvar. El inframundo ha sido informado y se están encargando de ellos. Los extraterrestres —continuó— querían el planeta. Sabían que erais belicosos y si trataban de conquistar la Tierra la destruiríais. Encontraron vuestro punto débil: la libido. El deseo sexual que lleva al hombre a reproducirse. El cuerpo que habito no era el verdadero líder de Greenpeace; Jacinto fue abducido y poseído. Era el capitán en jefe de la fuerza de invasión alienígena. De él he extraído toda la información necesaria para derrotarlos. He poseído a un ser alienígena que a su vez había poseído a Jacinto. Y las cosas no funcionan correctamente. Este extraterrestre es distinto al resto, es más fuerte. No puedo hacer nada que vaya en contra de su vida. No me hace caso. Por eso te he llamado, Lucrecio.

Lucrecio Torralba Petit tragó saliva. Sabía que mentía u ocultaba datos.

—Me has llamado… ¿para que te saque de ese cuerpo?

—Si me dejas libre os dejaré en paz para siempre.

Lucrecio Torralba Petit rio. Todo daba igual.

—¿Y si te dejo pudrirte en ese cuerpo…? ¿Qué harás? ¿Me estrangularás?

—No —contestó tranquilo el ser demoniaco—. Ya conoces a mi séquito de ecologistas. Les ordenaré que os despiecen.

—Son demonios. Están poseídos. Nos atacarán haga lo que haga.

—¡Qué va! —Magdalena reía—. ¡Son humanos! Estaban con los extraterrestres. Yo no los he traído; me han seguido. Los alienígenas os estudiaron antes de atacar. Comprobaron que los ecologistas actuales solo velaban por los derechos humanos de gatos, perros y piojos, y los ecólogos, los científicos que se preocupaban por el medio ambiente, habían desaparecido o eran ignorados. El planeta vivía en una era de oscuridad medioambiental donde los ecologistas se confundían con los ecólogos, como en la Edad Media se confundía astrología y astronomía. Decidieron intervenir, ser ecólogos y financiarse con los ecologistas, porque, curiosamente, los padres de los ecologistas siempre eran ricos. En el pasillo tienes a los ecologistas: seres humanos libres.

«Todo estaba al revés; lo que parecía que estaba mal estaba bien. La humanidad no merecía ser salvada. La vida eterna condenada…», reflexionaba Lucrecio Torralba Petit mientras oía la monserga demoniaca.

—Entonces…, si te libero de ese cuerpo, me dejarás en paz para siempre… Y no harás daño a Cecilia. ¿Es eso?

—Sí. Si practicas un exorcismo conmigo, dejaré que pases tus días al lado de Cecilia. Pero no te engañes, no ganarás. Vivirás al lado de Cecilia. Dormirás a su lado y te asfixiarás a su lado. Te lo dijeron en la cárcel. En las relaciones amorosas hay dos tipos de individuos: gatos y perros. Cecilia es tipo perro y a ti te gustan los gatos.

Cecilia miró a Lucrecio. Si salían con vida, hablaría muy seriamente con su amado. No le gustaba nada la gente de la que se había rodeado.

—Eso no lo has de juzgar tú —dijo Lucrecio—. Acepto. Celebraré el exorcismo.

HASTA TENER LA FUERZA SUFICIENTE PARA DESENCHUFAR A "SCARCHARS".
VAMOS, DALE, YA VERÁS QUÉ CHOCOLATE MÁS RICO SALE
QUE NO, HOMBRE, QUE NO. TÚ DALE
¿NO ME ESTARÁS ENGAÑANDO? COMO CUANDO LO DE: "SIGUE CHUPANDO QUE SABE A FRESA"
PRESIDENT U.U.S.S.
NUCLEAR WAR

52. ZACARÍAS

Fueron los dentistas, como recogía Aristóteles en su obra, los primeros en realizar exorcismos; desde entonces, con mayor o menor intensidad, nunca habían cesado. Una lucha eterna se libraba entre demonios y exorcistas, y el frente de batalla era el interior de cuerpos huesudos y con llagas que levitaban hablando extraños idiomas. Existían dos plegarias para enfrentarse a la Oscuridad según la fuerza del ser del averno: una conservada hasta nuestros días por la Iglesia y otra, casi olvidada, capaz de reducir a cenizas la carne de los poseídos si no se recitaba en presencia del que ve y no ve. La misma historia a lo largo de los siglos: exorcistas intentando liberar a endemoniados, espíritus infernales intentando permanecer en sus entrañas.

Miles de años más tarde, un siervo de Belcebú pedía ser liberado de un cuerpo poseído; por primera vez en la historia, el combate variaba y Lucrecio Torralba Petit, exsacerdote, expresidiario y amante de la estadística, realizaría un antiexorcismo.

Desataron a Cecilia. El líder de Greenpeace se despojó de las sandalias y los calcetines de deporte blancos y ocupó su sitio en el altar. Cecilia observaba asustada y desnuda. Aquella partida debía terminar.

—Ser infernal que habitas el cuerpo de Jacinto, ¿captas mi presencia?

Era la segunda vez que intentaba hacer un exorcismo en solitario. Seguiría las enseñanzas de su maestro. El primer paso era llamar la atención del ser espectral.

—Claro, Lucrecio… Llevamos un buen rato hablando… —respondió Jacinto con desgana.

El siguiente era recitar la plegaria. Se concentró.

—Cinco engendros en la endemoniada…

Los músculos del ecólogo se contrajeron repentinamente: los talones se clavaban en las nalgas; los dedos de las manos eran una masa contraída y retorcida; los párpados, tensos, liberaban unos esféricos e irrigados globos oculares; los dientes sobresalían en una boca con labios retraídos.

—¡Cabrón! —consiguió decir el exorcizado—. ¡Estás usando la segunda!

Lucrecio Torralba Petit continuó con los rezos. No debía permitir que el espíritu infernal le distrajese. Ya no era un sacerdote, era un dentista de almas. Y sí, estaba usando la segunda plegaria. Magdalena solo había pedido un exorcismo y no había solicitado ninguna oración en particular. Si algo iba mal, no podría quejarse.

—… Avernos y demonios detrás de la escoba…

La musculatura de Jacinto se relajó y sus esfínteres se dilataron; la vejiga urinaria se vació, las contracciones previas del sistema digestivo hicieron que las heces abandonasen el cuerpo poseído. El hedor invadió la gruta.

—¡Acaba ya! —gritó Jacinto—: duele y noto mucho calor en el vientre.

Lucrecio Torralba Petit continuó las frases mientras extraía un bolígrafo del bolso de la camisa: un Bic de punta fina, de color naranja, con capuchón azul.

—… Cinco engendros y cinco albergaba…

El cuerpo de Jacinto volvió a contraerse. La saliva goteaba por una de las tensas comisuras de los labios. Un aullido de dolor escapaba de entre los dientes.

Lucrecio Torralba Petit quitó la capucha y la tiró al suelo. En las paredes naranjas del bolígrafo se reflejaba la imagen del padre Lorenzo, con los ojos ensartados y la lengua colgando. La venganza estaba bien porque estaba mal. La ley de Talión era justa.

Jacinto, inmovilizado, rígido, con los párpados abiertos e incapaz de pestañear, le vio acercarse armado con el bolígrafo.

Fue rápido, un golpe seco. La sangre fluyó lenta alrededor del bolígrafo, que, a modo de mástil, sobresalía de un ojo derecho perforado. Jacinto volvió a aullar; los espumarajos de saliva creaban surcos concéntricos en la mandíbula.

Las contracciones musculares cesaron. Jacinto se estiró con un Bic clavado en el ojo en un altar de extirpación de escrotos lleno de orina y diarrea. Tragó y parpadeó y gritó de dolor al hacerlo.

—¡Cabrón! ¡Te estás ensañando! ¡Te estás vengando!

Lucrecio Torralba Petit perfiló una sonrisa.

—No —contestó—. Solo estoy haciendo mi trabajo de exorcista. Liberar a Jacinto de ti. Ahora podemos proseguir. El que ve y no ve está con nosotros.

—Idiota —replicó Magdalena—. Aquí dentro no está Jacinto, solo hay un alienígena con ganas de exterminaros a todos…

Lucrecio había aprendido muchas cosas leyendo el *Evangelio de Judas Iscariote,* como, por ejemplo:

> —Ya no hace falta que diga nada a Pedro —contesté al Maestro—; el camello acaba de darle una coz en los testículos y ha ido a refrescarlos al río.
>
> —Este Pedro —contestó riéndose Jesús—. ¡Como para usarle de piedra donde construir un templo!
>
> —Disculpa que sea tan torpe como el resto de tus discípulos —añadí—, pero no he entendido tu disertación. Dices que los segundos demonios serán derrotados por el segundo salmo y la presencia del que ve y no ve. ¿Acaso no los derrotas tú con la fuerza del Padre?
>
> Jesús apoyó sus manos en mis hombros y me sonrió.
>
> —Hasta tu llegada, Judas —contestó paciente—, nunca conseguí liberar un gran endemoniado. Te elegí por tu sabiduría y tus atributos. Perdiste el

ojo de niño, jugando con hondas. Tú eres el que ve y no ve. Lo que pasa, entre tú y yo, es que no queda bien decir que se necesita un tuerto para conjurar grandes demonios. Judas —añadió solemne—, de hoy en adelante, a este tipo de palabras las llamaremos eufemismos.

Magdalena gritó por la boca del ecologista. Había sido engañada. De alguna manera, Lucrecio Torralba Petit había resuelto el acertijo del que ve y no ve. Estaba siendo exorcizado y derrotado, él, el último de los grandes demonios. Aulló de rabia. No quería volver a los infiernos. No podría regresar, y le gustaban la Tierra y las gaviotas.

—… ¡Y a todos los saco con una patada! —recitó concluyente Lucrecio Torralba Petit.

Magdalena notó cómo el cuerpo poseído que le contenía se elevaba en el aire y daba vueltas sobre sí mismo; y sintió cómo su propio ser inmortal se contraía.

Iba a ser enviado al infierno, reconocía aquella sensación, la había vivido hacía siglos en la desvencijada casa de un campesino, con Antolín de Cardeña. En aquella ocasión consiguió pactar; el *Evangelio de Judas* a cambio de su vida. Luego cenaron juntos y se despidieron educadamente. Antolín fue en busca de su libro y él emigró a Alemania y acabó con lo que los mortales llamaban *peste negra.*

No albergaba esperanzas, pues no tenía nada que ofrecer. Quiso tener un exorcista a su lado desde que Lucifer le encomendó la misión; sabía que poseer alienígenas podía complicarse y podría necesitar su ayuda. Los atrajo creando la posesión con la que todo exorcista soñaba; solo le había faltado hacer sonar *Tubular Bells*, y, juiciosamente, escogió al más joven; no sabía cuánto tardaría en salvar a la humanidad. Desde entonces no se había separado de Lucrecio. Desde entonces le había torturado, sin descanso, así que era lógico que quisiese venganza.

Se encogía dentro del cuerpo, perdía la consciencia, la mente extraterrestre despertaba. ¿Por qué se había empeñado en hacer la vida imposible a Lucrecio?

Jacinto dejó de dar vueltas y esparcir excrementos. Descendió suavemente hasta aterrizar en el altar de piedra. Parecía estar inconsciente; la respiración era suave.

Caía la noche. Lucrecio Torralba Petit interrumpió el exorcismo sin repetir la última frase: «¡Y a todos los saco con una patada!». Lloraba. Lo que está bien está mal, lo que está mal está bien.

—He leído el Evangelio —dijo Lucrecio a la desaparecida Magdalena—. No vine a la cita para arrodillarme, vine a salvar a Cecilia.

Se acercó a Jacinto, que tenía a Cecilia tras él, y le posó la mano en la frente. El ojo sano de Jacinto se entreabrió.

—Hola —saludó Cecilia desnuda.

Magdalena flotaba en la nada. Tenía sueño. Quería dormir. ¿Por qué había tratado así a su único aliado?

Jacinto sonrió.

—Gracias por liberarme —dijo—. Su única pupila era perfectamente redonda.

Jacinto se sentó en el altar. Miró la hora en su reloj analógico señalándolo con el Bic clavado.

No había hecho falta recitar la última frase del segundo salmo, pensó Lucrecio: era solo una repetición de la anterior.

—Ahora ya saben que los estamos invadiendo —reveló el ecologista.

Apretó un botón del reloj de muñeca. Disparó un rayo verde y fosforescente que atravesó el pecho de Cecilia y le estampó los pulmones contra frascos llenos de escrotos disecados.

—¡No! —gritó con todas sus fuerzas Lucrecio Torralba Petit.

El alarido despertó de su letargo a Magdalena, que contempló, a través del ojo sano poseído, a Cecilia, sin tetas y con un gran boquete. El alienígena perdió el control motriz del cuerpo compartido y Jacinto se desplomó.

Lucrecio Torralba Petit saltó lleno de rabia sobre el cuerpo tendido, sin fijarse si estaba despierto, desmayado o muerto, y estrelló, repetidamente, los puños en la cara, hasta romper el bolígrafo y quedarse sin fuerzas. Con los nudillos ensangrentados quitó el reloj de la muñeca del ecólogo canoso, se apartó, y sin dejar de apuntarle con el arma alienígena abrazó el cadáver agujereado de Cecilia.

Las lágrimas recorrieron sus mejillas. Había acabado con un monstruo para liberar a otro. La familia Esteban, sin duda, agradecería saber que él también era el responsable de la muerte de su otra hija, que la había vuelto a cagar con un exorcismo… El diablo no había mentido. Todo era verdad. Y todo lo que estaba bien estaba mal y viceversa.

Lloraba la muerte de Cecilia y el dolor de sus padres, lloraba también ser un monstruo y no sentir la pérdida del amor.

—Magdalena —imploró entre sollozos—. No sé si me oyes. Ahora sé la verdad. Lo que está bien está mal, lo que está mal está bien.

«¿Por qué había atormentado tanto a Lucrecio? —se preguntaba Magdalena—. ¿Por qué se había enfadado tanto cuando se enteró de que se había acostado con Cecilia? ¿Por qué había matado al mejicano cuando sacó el asunto?» Percibió las palabras de Lucrecio, muy lejanas. Intentó recuperar al endemoniado.

—No debiste leerlo… —susurró Magdalena desde una boca a la

que faltaban varios dientes—. Ahora sabes por qué debo salvaros… Si pronuncias la última frase del exorcismo le liberarás…

«El diablo siempre tratará de confundirte. —La voz del padre Lorenzo resonaba en la cabeza de Lucrecio Torralba Petit—. No le escuches, no le hagas caso. Saca la muela y acaba el exorcismo. Destruye al demonio y mata después a Jacinto.»

Lucrecio se sentó entre el desdentado y apaleado Jacinto y el dónut con forma de Cecilia, encorvado, agarrándose las piernas con las manos y sin soltar el reloj.

Creencias… Los exorcismos no eran tan simples como el padre Lorenzo le había contado. Mentiras… Todo eran mentiras ¿Cómo se hacía disparar un reloj de pulsera? ¿En qué dirección salía el rayo? ¿Sería capaz de quitarle el seguro?

—Si le mato y te dejo libre ¿qué harás? —preguntó.

Magdalena no supo qué contestar.

—Irme… —le tembló la voz—. Aunque te echaré de menos.

Lucrecio Torralba Petit sonrió.

—A mí me pasará lo mismo. Debe de ser el síndrome de Estocolmo.

Jacinto se desvaneció: Magdalena tenía sueño, no conseguía mantenerse despierta. Lucrecio no podía hacer lo mismo; los textos del Evangelio florecían en su memoria.

> Aquella velada, Jesús había encargado cena para todos nosotros. Aún era mediodía y descansábamos a la sombra de unas palmas. Transformó dos grandes cántaras de agua en vino y nos las ofreció. Mientras mis compañeros aliviaban su sed, me pidió que lo acompañase. Nos sentamos en unas piedras bajo un olivo.
>
> —Judas —me dijo—, mi Reino no es de este mundo. Existe una guerra eterna entre el Cielo y el Infierno. La energía de ambos ejércitos fluye de vuestras creencias.
>
> »Mi Padre me envió para que le alabaseis como Dios e inclinar la romana a su favor, pero gastó demasiado poder al hacerlo y los espías de Lucifer se dieron cuenta. Belcebú atacó y las tropas infernales han sitiado el Reino de los Cielos. Si mi Padre no recupera sus fuerzas, el Cielo caerá. He de volver.
>
> »Te pido lo que no puedo pedir a ningún otro. Quiero que esta tarde me entregues a Roma. Diles, tan solo, que estaré meditando en este monte de olivos, que ellos vendrán a prenderme. Estamos a tiempo. Los romanos se encargarán de reenviarme a casa y mi Padre recuperará su poder. —Lloré, me quejé y le besé las manos suplicándole que recapacitara—. Si no haces lo que te pido —añadió—, la balanza no alcanzará el equilibrio, el diablo se sentará en el trono del Reino de los Cielos, los ángeles serán exterminados y mi Padre, un exiliado. Será un camino sin retorno; cada vez que adoréis a mi Padre estaréis adorando al que ha usurpado el trono, a Satanás, y haciéndole más fuerte. Siento cargarte con esta losa, pero eres el único con un poco de sentido común entre mis discípulos.

—Judas —le recordó el padre Lorenzo a modo de glosa a este pasaje evangélico—, habría acabado con el espectro maligno sin preocuparse de los extraterrestres, porque los alienígenas no

existían y Jacinto era solo un psicópata con un reloj muy extraño. Pero Judas acabó mal…: se suicidó… —se contestó sin hablar—, como Genaro, que no supo aceptar la verdad… o quizás encontró la única forma de salvar el alma. Lo que estaba mal estaba bien.

—Señor, ¿por qué nos has abandonado? —gritó Jesús al morir, y hubo un gran temblor. Supe entonces que el Reino de los Cielos había caído y que mi Maestro no había llegado a tiempo.

Mis compañeros, ignorantes, crearon templos para adorar al que se sentaba en el Trono de los Cielos y el pueblo los siguió. Ahora todos adoran a Belcebú y cada día es más fuerte, mientras los poseídos se burlan de mi suerte y confirman la derrota.

Han pasado los años y los endemoniados son menos frecuentes. La guerra ha acabado y Satanás retira sus tropas. Todos le adoran sin saberlo, todos están equivocados. No he vuelto a presenciar milagros, los seres celestiales han sido derrotados. Qué ironía, lo que está bien está mal, lo que está mal está bien.

He dedicado mi vida a liberar endemoniados tratando de liberarme de mi propia carga, pero no lo he conseguido. Yo soy el responsable de la victoria de Satanás. Yo soy el que traicionó al Maestro.

Aquella aciaga tarde dejé a Jesús entre los olivos y regresé con los demás discípulos. Estaban ebrios y cantaban; me uní a ellos y bebimos hasta caer dormidos. No le delaté y Jesús cenó solo en la cantina.

—Esta noche uno de los míos me ha traicionado —dijo con pena al tabernero.

Con gran dolor de corazón y de cabeza revelé al día siguiente a los romanos dónde prender a Jesús sin sus discípulos: un día más tarde de lo acordado, demasiado tarde… Jesús me miró con tristeza y encargó otra cena.

Conservo las treinta monedas de plata que me dieron los romanos, las dejaré, junto a este libro, a los pies del árbol donde cuelgue la cuerda que me dé la paz.

Lo que está bien está mal, lo que está mal está bien. Solo la llegada del anticristo puede nivelar la romana y salvarnos.

El diablo ganó el cielo y las catedrales y las iglesias se elevaron en su honor, recapacitaba Lucrecio apesadumbrado. Ya nadie hacia milagros y no se debía al agujero de la capa de ozono, sino a que el infierno reinaba. Belcebú ya no necesitaba que los hombres creyesen en él y los demonios disfrutaban su jubilación en los avernos. La humanidad adoraba a Satanás queriendo ganar el cielo… y se condenaba a los infiernos.

—Magdalena… —susurró el exorcista fracasado.

Se sentía solo, indefenso, como cuando de niño soñaba que estaba muerto y flotaba inmóvil en el vacío, en la nada y para siempre, y despertaba gritando, sudando y asustado. Su fe en la vida eterna venció a la pesadilla. Creer en un cielo después de la muerte daba sentido a su vida, pero el *Evangelio de Judas Iscariote* hacía ver oscuridad en la luz. Lo que está bien está mal, lo que está mal está bien, proclamaba.

Lucrecio ya no necesitaba dormir para sentirse un astronauta abandonado en un cielo negro y sin estrellas. No existía el paraíso;

solo les esperaba el infierno a los mortales: la fe había sido burlada durante más de dos mil años.

Magdalena había recuperado la conciencia dentro del apaleado y desdentado ecologista. Percibió la agonía metafísica de Lucrecio Torralba Petit y se apiadó de él.

—Cuando me siento mal, recurro a las gaviotas… —le aconsejó.

El comentario hizo salir de sus razonamientos circulares a Lucrecio y sonreír; resultaba curioso: Magdalena usaba la misma técnica que Agapito huyendo a Burgos o Luis Ramón el mejicano en sus violaciones…

¿De qué servía la abstracción en un momento así? ¿Podía ayudarle a soportar su alma condenada? Había vivido tan de cerca la abstracción de sus amigos que comenzó a realizarla de forma inconsciente, a alejarse del problema y a contemplarlo desde otro ángulo, a volar como una gaviota, y prestó atención a una voz con acento mejicano: «¿Hay un cielo y un infierno? Si no existen, no existe el problema…». Y encontró la respuesta al rompecabezas de su fe.

—Las ratas negras, los diseñadores de ropa, Dios, Lucifer, tú… Todos alienígenas, ¿verdad?

Jacinto sonrió. Lucrecio Torralba Petit había comprendido.

—Digamos que soy del planeta Avernos… Pero nosotros no queremos destruiros; nuestras razas están conectadas.

La isla de las Respuestas No Contestadas, de la que habían hablado el día que conoció al padre Lorenzo, perdía otro atolón.

—¿Existe el cielo o el infierno?

—¡Y yo qué sé! Solo soy un extraterrestre.

La respuesta, aunque lógica y gratificante, no agradó ni al sacerdote ni al sentido del ridículo que aún quedaba dentro de Lucrecio Torralba Petit, y disparó el reloj de pulsera a la cabeza del ecólogo. Fue fácil, no tenía seguro o no estaba puesto.

—Por burlarte, ¡gilipollas! —profirió en alto. Se sentía estúpido.

Golpes, ruidos, gritos y gruñidos llegaban desde el pasillo. Había liberado al ser diabólico, a Magdalena. «Lo que está bien está mal, lo que está mal está bien», escribió Judas Iscariote.

Lucrecio Torralba Petit comprendió, gracias a la abstracción, lo que no habían alcanzado a ver sus predecesores: ni Judas ni san Antolín ni Genaro. Extraterrestres que querían poseer la Tierra…, extraterrestres que exprimían las oraciones y creencias de los humanos… ¡Todos alienígenas! El bien y el mal eran una lucha eterna entre dos manipuladoras especies de otro planeta, una partida de ajedrez intergaláctico en la que los terrícolas eran peones y en la que Satanás había dado jaque mate. Todo estaba al revés: lo que estaba bien estaba mal y viceversa, pero solo para una panda de

alienígenas.

El Evangelio había provocado también alivio en Lucrecio Torralba; si todos adoraban a Satanás, los sentimientos que lo unían a Magdalena no eran demencia ni enfermedad. Sin venda, con los pulmones rosados de Cecilia esparcidos por la pared y solo, escuchaba por fin al corazón. Sentía pena por la muerte de Cecilia, pero no la quería; había luz en el extremo del túnel no iluminado de la tristeza: le gustaban las gatas ariscas, no los perros pegajosos.

Supo que no estaba enamorado de ella desde su primer encuentro en San Onofre, desde que su cerebro se vació de hormonas tras eyacular y pensó en las pupilas alargadas de Magdalena. Había preferido ignorar sus sentimientos y ocultarse la violenta y absurda verdad…; hasta que Judas cambió las reglas del juego.

Había ido a la ermita a salvar a Cecilia del maligno y de sí mismo, pero un extraterrestre cabrón le había ahorrado las tristes palabras de la despedida.

Tampoco había querido a Margarita, ahora lo sabía; nunca la llegó a conocer viva… Había necesitado ocho años para comprender que en el amor lo importante es el interior, no el aspecto físico, y que estaba enamorado de un puto demonio, que era un ferviente adorador de una de las criaturas de Belcebú.

—¡Magdalena! —gritó al aire— ¡Eres imbécil! Llevas más de ocho años incordiándome. ¡Acostándote conmigo cada miércoles! ¡Haciéndome compañía! ¡Puteándome! Actuando como un adolescente burro enamorado. ¿Vas a ser capaz de irte y no decir que tú también me quieres?

Nadie contestó.

El extraterrestre, con la cabeza desintegrada, yacía junto al cuerpo cercenado de Cecilia y gotas de excrementos rezumaban del altar. La puerta de salida se curvaba y crujía por la presión exterior de un séquito de ecologistas enfurecidos.

Era idiota. Creía que un espíritu maligno podía enamorarse. Era idiota. Magdalena pasaba de él y no soportaba hacer tanto el ridículo. ¿Morir a manos de los ecologistas, a golpes, mordiscos y olor a mierda de perro o lanzarse por la ventana? No dudó y saltó: siempre le había gustado volar, como a Magdalena.

Era de noche. Oyó a los grillos cantando en el prado metros arriba, el rumor de las olas, y vio titilar las estrellas.

Al impactar contra las rocas creyó oír también la voz de Agapito, su antiguo compañero de celda.

—Hola, Antonia. Te estaba esperando. Pero… ¡Lucrecio! ¿Dónde está Antonia?

53. MALAQUÍAS

Lucrecio Torralba Petit recuperó el conocimiento en el hospital. Tenía rotas las piernas, una oreja raspada y múltiples contusiones; nunca había aprendido a tirarse de cabeza.

Una enfermera comprobaba en el brazo la tensión arterial. La reconoció: le había practicado un exorcismo hacía muchos años. La enfermera le sonrió. Tenía las pupilas rasgadas.

—Quiero que te cases conmigo —susurró Lucrecio Torralba Petit.

—Solo si haces que todos los días sean miércoles —contestó la mujer gato.

—Me parece un trato justo.

Magdalena se ruborizó: llevaba tanto tiempo en la Tierra que se había hecho zoofílica.

54. APOCALIPSIS

55. EPÍLOGO

Unos doscientos treinta y seis años después.

Se necesitó la ayuda de varios hombres para conseguir girar la rueda oxidada. Un ruido metálico sonó dentro de la gran puerta y las dos hojas se separaron unos milímetros. La presión negativa de la caverna hizo que el viento silbase a través de la abertura levantando el polvo acumulado; el mecanismo cedía, la rueda giraba y las gruesas puertas se apartaban a los lados mostrando los grandes cilindros brillantes que habían servido de cerradura.

Cuando el espacio fue lo suficientemente amplio, el grupo se deslizó al otro lado. Un túnel de hormigón, con oquedades llenas de frascos ambarinos con anchoas en su interior, ascendía en una suave pendiente. Avanzaron.

El pasadizo acababa en una gran explanada de tierra. Era de noche, el mar rugía a sus espaldas y una vieja carretera descendía hacia un valle. La Vía Láctea se alzaba sobre unas ruinas rodeadas de oxidados helicópteros y vehículos militares; el arco de un ábside y una pared con una campana aguantaban en pie el paso del tiempo, no cantaban los grillos, y no se distinguía ninguna luz en el horizonte; no había signos de presencia humana.

La Tierra destruida por obra del Anticristo, la humanidad reducida a un puñado de personas.

Habían sobrevivido. Las luces verdes de los sensores se habían encendido indicando que el nivel de radioactividad en el exterior era tolerable. Los supervivientes eran seguidores de la ciencia y no profesaban las antiguas creencias. La Semana Santa y los toros se habían extinguido. El equilibrio del bien y el mal había sido repuesto.

Se abrazaron llorando de alegría; luego destaparon alguno de los frascos y lo festejaron comiendo las extrañas anchoas.

El ruido de un trueno resonó en la noche, las estrellas desaparecieron y el cielo se iluminó; las sombras de los artefactos militares y de las ruinas, largas, negras y fantasmagóricas, se deslizaron hacia el mar. Una gigantesca bola de fuego apareció por el sur arrastrando una cola iridiscente de polvo cósmico y gases en combustión. Avanzó iluminando la tierra muerta y se estrelló en la distancia, en el oscuro océano.

Un gran maremoto barrió la extinta pradera de la ermita de San Onofre de la Barquera.

La noticia de la derrota llegó al lejano planeta de los extraterrestres ecólogos y diseñadores de moda. No se lo tomaron con deportividad y desviaron de su órbita un asteroide, un destructor total capaz de acabar con cualquier planeta. Lo lanzaron

contra la Tierra.

El hombre mide en años luz las distancias en el universo; los extraterrestres, en horas de siesta.

Agradecimientos

Me confieso, he pecado. La mayoría de las ideas de *Coto de Dios* son de Gabriel. Pasé una esponja por su frente y la estrujé sobre los folios (la esponja). Lo sé, siempre he sido el hijo sin talento de la familia. Y mis pecados no acaban, además le pedí unos dibujos para ilustrarla. Lo más triste es que no puedo dedicarle la novela porque también es suya.

También confieso la explotación sin escrúpulos de la tercera edad. Saqué a Magdalena de las hamacas, los pinceles y las lecturas plácidas para obligarla a esgrimir, una vez más, el boli rojo.

Rezaré por mi perdón.

Abel Fernández Ruiz nace en Burgos en 1969, pocos días después de pisar el hombre la Luna; sus hermanos, mayor y menor, nacen en Baracaldo. Estudia párvulos en Madrid, EGB entre Burgos y Requena, el instituto entre Burgos y Madrid, Veterinaria en Madrid y Biología en Salamanca. Ha trabajado en Salamanca, Burgos, Tailandia, Camerún y Zamora. Entre tanto ir y venir, pierde su identidad geográfica y pasa a ser del sexto derecha. Enamorado de los espacios abiertos y los grandes viajes, cumple condena como funcionario en un laboratorio y mata las tardes como investigador en la Universidad de Salamanca.

Su profesión y trabajo están lejos de la literatura: licenciado en veterinaria y biología, y aunque ya pasa de los cuarenta, parte de sus ratos libres los dedica a fantasear, imaginar, escribir o dibujar historias.

Ha colaborado, bajo el seudónimo de Fernández Bross, como guionista en la serie de comics *Emiliano Mardomingo* y en el corto *666: Un documental científico y neutral sobre las mujeres*. Su cuento *Al pasar la barca* ha sido publicado en el libro del V Premio de Ediciones Beta de relato corto.

Ha publicado con Click Ediciones, del Grupo Planeta, dos novelas *El opositor* (marzo de 2014) y *Coto de Dios* (septiembre de 2016).

Coto de Dios
Abel Fernández Ruiz
No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Gabriel Fernández, 2016
© Abel Fernández Ruiz, 2016
© de las ilustraciones, Gabriel Fernández, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2016
ISBN: 978-84-08-15843-1 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html

Otros títulos de Click Ediciones:

El opositor
Abel Fernández

Maldita reliquia
David José Ballester

Clint
Gonzalo Velasco

Calabozo para dos
Javier Casino

Al diablo con las vacaciones
Pablo R. Nogueras

NARRATIVA
CONTEMPORÁNEA